

25
años
Chile soy yo



HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

25
años
Chile soy yo



HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños(as), jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra.

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, 2017



Libro realizado por la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA).

Los autores de las obras fueron premiados en distintos años en el concurso Historias de Nuestra Tierra.

Coordinación general

Sara Montt

Colaboración en ejecución

Camila Leclerc

Revisión de contenidos

Oswaldo Zamorano

Selección de obras y edición

Alejandra Costamagna Historias campesinas

Floridor Pérez Poesía del mundo rural

Manuel Peña Me lo contó mi abuelito

Ilustraciones

Linografías de Loro Coirón, grabador porteño

Diseño

Victoria Neriz

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 285744

ISBN: 978-956-7215-66-9

Diciembre de 2017, Santiago de Chile

Imprenta LOM EDICIONES LTDA.

Índice

Presentación: 25 Años atesorando “Historias de Nuestra Tierra”	11
Prólogo: Las hablas de la tierra Sonia Montecino	13
HISTORIAS CAMPESINAS Cuentos escritos por jóvenes y adultos	
Región de Arica y Parinacota	
El regreso de la Francisca Mamani Claudio Huerta Valenzuela	19
Sobre la forma de la trascendencia Estefanía Vanessa Bernedo Plazolles	21
Región de Tarapacá	
El pueblo de tus abuelos Gladys Flores Rodríguez	23
Pasaje abierto Marcelo Sabino Moreira Alcota	26
Región de Antofagasta	
El mejor hombre de toda esta historia Paula Andrea Nievas Silva	27
Los ojos de Dios Eduardo Andrés Salinas Olave	29
La botica Paula Andrea Nievas Silva	31
Región de Coquimbo	
Vivencia Ema del Rosario Rojas Chávez	34
El cóndor nunca perdió tanto tiempo como cuando quiso enseñarle a la tenca Cristian Geisse Navarro	37
Las enaguas del cura Jorge Torres Galleguillos	40

La Quelita puertas adentro Nino Cuevas	42
Cambalache Carlos Arnoldo Toro Ponce	46
Región de Valparaíso	
Tierra de hoja Cristóbal Antonio Gaete Araya	49
El valle de los pájaros Eugenio Del Tránsito Verdejo Delgado	51
Región Metropolitana	
Lurtería Mateluna y su singular muerte Amelia Salinas Arévalo	53
Sombras de un tiempo ido Manuel Rocco del Canto	57
Hoy "Cazuela en las porundié" Claudia Andrea Apablaza Valenzuela	61
La vieja de los gatos siempre lo supo Pablo Marcelo Rodríguez Suau	64
La visita de la luna Francisco Hugo Curiqueo Curiqueo	67
Ropa heredada Nicolás Andrés Meneses González	71
Región de O'Higgins	
Cuento biográfico Miguel Peña Sepúlveda	74
Don Faustino, un ovejero de la Patagonia chilena Edith Ruiz Aguilar	78
El Catea el Águila Hugo Andrés González González	84
Región del Maule	
La loma del milagrero Fernando Antonio Rojas Faúndez	87

Región del Bío Bío

El casorio Violeta Ipinza Romero	91
Retorno Hugo Luis Gajardo Rodríguez	97
La maldición Lidia Mansilla Valenzuela	101
María Alejandra Isaura Ziebrecht Quiñones	103

Región de la Araucanía

Sopa misterio Gloria Yudith Dünkler Valencia	107
Blanca Fresia Esmeralda Curihual Garrido	110
El Nene (1932) Consuelo Elsa Riquelme Rosas	113

Región de los Ríos

El afuerino Rosalba Elizabeth Puche	115
El frío no congela, duele Ivonne Coñuecar Araya	118
Blanco y negro Juan Pablo Scroggie Smitmans	122

Región de los Lagos

Bitácora de la travesía de un pequeño golfo Nelson Antonio Torres Muñoz	124
El domingo Matías Alejandro Díaz Huirimilla	126

Región de Aysén

Mala seña Julián Patricio Vásquez Villarroel	128
--	-----

El invierno en el Chile Austral Jacqueline Boldt Corvalán	131
Los perros Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera	134
Región de Magallanes y la Antártica Chilena	
Vallejos Iván Darío Rojel Figueroa	136
ME LO CONTÓ MI ABUELITO Cuentos escritos por niños(as) y jóvenes	
Región de Arica y Parinacota	
El avestruz y el zorro Elvira Elena Choque Calizaya	143
Cómo llegó la quinua a la tierra Karmina Trency Jara Crespo	144
Pampa encantada Angelo Yante Chambe	146
Región de Tarapacá	
Los viajes de mi abuelita: Comercio entre poblados indígenas Melanie Patricia Cáceres Pachao	147
El gallo y el pucu-pucu Erwin Challapa Choque	149
La momia de la cabellera rubia Macarena Alejandra Araya Alfaro	150
El cóndor y la pastora Chaima Nilda Choque Challapa	154
Región de Antofagasta	
El floreo María Alegría Bello Sota	156
Región de Atacama	
Zapatitos de cristal Mauricio Leiva Arqueros	157

Los espantos de mi tío Nelson Leiva Arqueros	159
El diablo en su caballo Felipe Andrés Muñoz Molina	162
La fábula del alicanto Nelson Leiva Arqueros	164
La piedra del tope Natalia Victoria Valentina Ponce Briones	168
Región de Coquimbo	
De por qué la higuera da dos frutos al año Daniela Magdalena Moreno Plaza	170
El pájaro enamorado Franco Trujillo Cortés	171
Región de Valparaíso	
La historia del Heke, ladrón de curantos Mahany Pía Tuki Escobar	172
Región Metropolitana	
Profundo recuerdo Sebastián Muñoz González	174
Región de O'Higgins	
La cueva de Salamanca Andrea Zúñiga Valdenegro	175
La Chula Juana Andrea Donoso Silva	177
Región del Maule	
El torito de los cachos de oro Hilda Valeria Núñez Núñez	179
El rebaño de ovejas Juan Eduardo Gangas Zenteno	181
La campana del río Longaví Génesis Rebeca Rodríguez Montecino	182

Me robaron a Michael Jackson Karina Paz Espinoza Vergara	183
El pacto Carlos Antonio Cavieres Cancino	185
Matilda ¿vaca o gallina? Mabel Zapata Retamal	187
Región del Bío Bío	
Ruperto, el flojo Pamela Ruiz Fuentes	188
El ahorcado Catherine Antonia Belén Melo Matamala	189
La chancha acuchillada Felipe Andrés Fernández Martínez	191
Región de la Araucanía	
La piedra embrujada Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán	193
El culebrón de Martini Renato Aníbal González Seiffert	194
La grieta de la flor de oro Pablo Enrique Orellana Orellana	195
Región de los Lagos	
Las siete carretas de oro Bernardita Isabel Cárdenas Carrera	197
La papa, el gualato y el hombre Moisés Antonio Unquén Unquén	199
El valor de una rica sopaipilla Johani Macarena Castro Cárdenas	200
La yunta de bueyes Macarena Soledad Segovia Vargas	201
Solo una leyenda Ivannia Walezka Muriel Gutierrez Brûle	203
La novia de mi abuelo Iberia Bernardita Galindo Gallardo	205

La flor del mar Amparo Asenjo Baxa	207
Región de Aysén	
La casa solitaria Ziomara Francisca Chahuaicura Andrade	209
El caballo, la noche y el niño Sofía Inés Arregui Contreras	210
POESÍA DEL MUNDO RURAL Poemas escritos por adultos	
Región de Coquimbo	
Pirquinero Bartolomé Segundo Ponce Castillo	215
Romance de la alumna traviesa Bartolomé Segundo Ponce Castillo	217
Hijos de mi pueblo Tránsito Salvador Quimen Pichunman	220
Yerba Mate Ismael Efraín Rojas Carvajal	222
Agua Cero Ismael Efraín Rojas Carvajal	224
Región de Valparaíso	
Defensa de la carreta Cecilia Margarita Vargas Retamal	226
Región Metropolitana	
La fauna Miguel Ramírez Barahona	229
Vacaciones escolares Erick Gil Cornejo	231
La leyenda es desplazada Ricardo Vargas Cisternas	233

Allá por Curepto Ricardo Altamirano Aravena	235
Región de O'Higgins	
Al pie de un palto frondoso Carlos Santiago Varas Yáñez	239
El señor me dio un talento Sergio Antonio Barahona González	241
Verso a lo humano Raimundo Hernán León Morales	243
El infierno Raimundo Hernán León Morales	245
Campesino y la espantapájaros Aida Amanda Correa Toro	248
Región del Bío Bío	
Mercedes Rosa Hugo Alberto Harrison Canales	250
Región de la Araucanía	
Florentina del Campo Laura Nivia Jaque Zúñiga	252
Región de los Ríos	
Campo y pena Ada Erica Zapata Mera	254
Región de Aysén	
Un viaje maravilloso Ricardo Altamirano Aravena	257



25 Años atesorando historias de nuestra tierra

Relatos y poesía, costumbres y fantasías del mundo campesino; humor popular y mitologías indígenas. Así podría resumirse el venturoso camino cultural que ha seguido, desde 1992 hasta hoy, el Concurso “Historias de Nuestra Tierra”. Sin desprenderse de esa huella, el Ministerio de Agricultura a través de la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA, cumple 25 años en su labor de conservar un invaluable patrimonio que nace y se desarrolla a lo largo de Chile.

Esta antología resume un cuarto de siglo de difusión y comunicación que año a año se ha venido fortaleciendo. Ha sido una tarea transversal que ha trascendido para instalarse en la memoria cultural de nuestro país. A lo largo de este camino han sido muchos(as) —casi 3 mil este último año— los(as) participantes del concurso que han transmitido sus historias y fantasías, que nos llevan a descubrir cada vez con mayor nitidez, la riqueza que surge del campo y de las zonas rurales.

Aunque en sus inicios hubo algunas modificaciones en su nombre, el Concurso “Historias de Nuestra Tierra” ha integrado a sus ya tradicionales categorías “Me lo contó mi abuelito”, “Historias campesinas” y “Poesía del mundo rural”, diversos premios especiales, tales como “Pueblos Originarios”, “Mujer rural” y “Profesor rural”, menciones que han buscado preservar y resaltar la voz perenne de mujeres y hombres, niños y niñas de nuestra tierra.

Los destacados Alejandra Costamagna, escritora; el poeta del mundo rural Floridor Pérez y el investigador de Literatura Infantil, Manuel Peña, emprendieron la ardua tarea de revisar los trabajos que, en su momento, ya fueron publicados, y que para esta antología fueron seleccionados de acuerdo a criterios como calidad y representatividad del mundo rural, así como autor(a) y lugar desde donde surgió la obra. Asimismo, destacan en esta antología los hermosos grabados que acompañan los textos y que estuvieron a cargo del artista francés Thierry Defert, conocido popularmente como “Loro Coirón”, radicado en Valparaíso.

Resulta evidente que 25 años de concurso no se pueden condensar en las obras que forman parte de este texto, sin embargo, se puede afirmar, sin lugar a equívocos, que los trabajos que hoy presentamos constituyen una valiosa muestra del patrimonio cultural inmaterial de nuestro país que hoy guarda la Biblioteca Nacional.

Los trabajos de esta publicación especial también dan cuenta de años de aporte a la cultura rural, lo que ha permitido la creación de guiones para obras de teatro, presentadas como parte de los carnavales culturales “Historias de nuestra tierra” que han recorrido todas las regiones de Chile. A su vez, las publicaciones surgidas de los concursos anuales hoy están presentes en diversas bibliotecas y escuelas, al servicio del conocimiento de niños, niñas, jóvenes y de la comunidad en su conjunto.

Es así como el relato y la poesía del campo permiten entrelazar las historias, cuentos y poemas de hombres y mujeres del norte, centro y sur del país, de todas las edades, de distintos pueblos originarios, con distintos oficios y profesiones, quienes contribuyen definitivamente a mantener viva la verdadera identidad cultural de Chile. Haber participado en el desarrollo de esta labor y ser protagonistas de este hito, nos enorgullece y emociona.

CARLOS FURCHE
Ministro de Agricultura

BÁRBARA GUTIÉRREZ
Vicepresidenta Ejecutiva de FUCOA



Las hablas de la tierra

Sonia Montecino Aguirre

Mi madre no sabía contar o no le gustaba hacerlo. Mi padre sabía contar, pero sabía él demasiadas cosas... Dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui —mi región— y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folklóricas de mis cinco años y las demás que me han venido por mi pasión folklórica después, son las mejores para mí, son eso que llaman la “belleza pura” los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos¹.

Se puede decir que *Chile soy yo*, una antología que recorre los 25 años del concurso *Historias de Nuestra Tierra* realizado por Fucoa, recoge la “belleza pura” de las narraciones que se alojan en el mundo campesino, en los relatos populares, en las mitologías indígenas, en esos “viejos —y agregaríamos también viejas— de aldea” de los cuales Mistral bebió en su infancia. Son esos viejos y viejas los que hablan en la categoría “Me lo contó mi abuelito”, en “Historias Campesinas” y “Poesía del Mundo Rural”, antologados por Manuel Peña, Alejandra Costmagna y Floridor Pérez, respectivamente, abriéndonos en sus modulaciones los antiguos hábitos nuestros del contar; pero sobre todo de guardar en la memoria aquello que otros(as) contaron y que nos llega como eco, murmullo, o sonido manifiesto, en la oralitura seleccionada para celebrar las más de dos décadas de un esfuerzo cultural inédito en nuestro país.

A través de los textos escogidos el cuerpo entero de Chile se nos brinda, de norte a sur, en una diversidad de relatos cuyas inscripciones de género, generación, y etnicidades nos confronta con narraciones donde las marcas sociales y las subjetividades se acoplan y desacoplan desde el pasado al presente. En “Historias campesinas” escuchamos las hablas del norte, como en el cuento de Claudio Huerta que hace comparecer lenguajes que cruzan fronteras: “las Cochabambas”, y a “...la Pancha casi sin hablar el español se las arregló para llevar a su niño atado a su espalda, el pobrecito resistía todo el viaje... Dicen que la Pancha parecía un animalito asustado pues, como una

¹ Gabriela Mistral. “Contar”, abril de 1929. En Scarpa, Roque Esteban. *Magisterio y Niño*. Santiago: Andrés Bello, 1979, pp. 94-97.

vizcacha Saracsaya pues...”. Lo mismo Estefanía Bernedo con sus guallatas y achachilas y Gladys Flores hablando desde el interior del sistema de pasantes y alférez signado, en su configuración, por el peso del mundo onírico. Paula Nieves y Eduardo Salinas traen los imaginarios asociados a las masculinidades “buenas y malas”. Nieves además coloca el acento en las transformaciones económicas, defendiendo “la botica”. Ema del Rosario Rojas nos aproxima a los universos mineros del norte chico, en tanto Cristian Geisse y Jorge Torres, a los imaginarios de brujos y los infaltables pactos con el diablo.

Este trazado del norte se complementa con los textos de “Me lo contó mi abuelito”, donde Elvira Choque, Karmina Jara y Angelo Yante recrean los clásicos —en el sentido mistraliano del epígrafe— relatos mitológicos de avestruces y zorros, del origen de la quinoa y de la noción de encanto asociado a la pampa, respectivamente. Lo mismo hacen Erwin Challapa y Nilda Choque, con el duelo entre el gallo y el pucu-pucu como anunciadores del amanecer y las relaciones del cóndor y la pastora. Melanie Cáceres y María Bello, por otro lado, restituyen relatos de viajes escuchados a la abuela, y costumbres como el floreo. No faltan los episodios pirquineros del norte chico, y los poderosos imaginarios del diablo y el alicanto, en manos de Nelson Leiva y Felipe Muñoz.

Desde la vertiente de la “Poesía del Mundo Rural” este norte se nos apersona a través de los textos de Bartolomé Ponce, uno construyendo la cultura de la pequeña minería, y el otro una visión positiva y negativa de una alumna que se sale de los moldes. En el primer caso:

“La vida al roto minero / le exige su sacrificio, / al borde del precipicio / donde es cateador-muestrero. / De niño me hice aguatero / o del arriero, marucho, / barrené con el cachucho / y aprendí a enmaderador, / ya viejo fui un chancador / del Norte Chico famoso”.

En el segundo:

“Un paisano en La Cantera / menta a la Ivonne muy traviesa, / imagen de la pereza / sólo inventando leseras. / Para probarlo asevera / que es arisca y malcriada, / por sobre todo porfiada / como ninguna en la escuela, / donde siempre se revela / con alguna payasada”... Respondo desde esta sala / Amigo, porque es un templo, / donde es tan puro el ejemplo / de quien usted pinta mala. / Tiene en su alma de percala / el perfume de una flor, / se lo dice un Profesor / que con pasión la defiende, / pues la conoce y entiende / como ella siembra el amor.

Asimismo, desde la poesía popular la centralidad del mate en la construcción de la vida cotidiana campesina queda de manifiesto con la Yerba Mate de Ismael Rojas:

“...El mate vino a estrechar / los lazos de convivencia. / Hay que escuchar con paciencia / al bueno pa conversar. / Así les puedo contar, / tomar mate es tradición. / Es bueno pal corazón, / poema pal paladar, / que se puede declamar / cuando la bombilla suena, / cuando la mesa está llena / de cositas pa picar. / Qué más les puedo contar, / si es la cultura chilena”.

Del mismo modo, la zona central y sur se van dibujando con sus singularidades y sus lenguas, idiolectos y oralidades. Retomando historias recientes como lo hace Eugenio del Tránsito Verdejo, que transfigurando el cuento clásico de los pájaros congregados, lo relee e inserta al director del Indap como personaje; Manuel Rocco que trae el Golpe de Estado o Nicolás Meneses a los temporeros. Desde el sur Gloria Dunkler muestra la protesta juvenil a través de “Sopa Misterio”. Por su lado, Claudia Apablaza retoma el relato pícaro de la zona central: “Primera vez que escuchaba eso de ‘cazuela en las porundié’. Sabía lo que eran las cazuelas. También lo que eran las

‘porundi’. Mi abuela me había contado que eran unas señoritas a las que les gusta estar con muchos hombres tan sólo por un diez”. Y Violeta Romero hace lo suyo con “El Casorio”. Las vivencias de género quedan en evidencia en “María” de Alejandra Ziebrecht y la vida cotidiana del extremo sur en el relato de Jacqueline Boldt. La impronta de la colonización en el territorio huilliche está profundamente abordada en “Blanco y Negro” de Juan Pablo Scroggie. Las tradiciones orales del centro y del sur, en “Me lo Contó mi abuelito” bordan los contornos de la memoria de la Guerra de 1979 en el cuento de Sebastián Muñoz y traen a la escena del libro las mitologías de Rapa Nui con Mahany Tuki; brujerías, pactos con el diablo y culebrones en las obras de Andrea Zúñiga e Iberia Galindo, Carlos Cavieres y Renato González. Del mismo modo, las imágenes clásicas del oro en los relatos de Hilda Nuñez y Bernardita Cárdenas evidenciando el peso de la conquista española y su búsqueda del metal precioso. El humor campesino y popular no faltan y se pueden leer en Karina Espinoza en “Me robaron a Michael Jackson” y “La chancha acuchillada” de Felipe Fernández, así como nuevas versiones de los animales monstruos de Mabel Zapata. Por último, el sur y extremo sur son recreados por Moisés Unquén y el cultivo y cosecha de papas, así como el valor de una sopaipilla —durante el terremoto del 60— en el cuento de Johani Castro: “Mientras tomaban desayuno sintieron un gran ruido subterráneo. Se miraron algo preocupados, pero no le dieron importancia. Sin embargo, comenzó a temblar cada vez más fuerte. Las tazas se dieron vuelta, y la señora Celestina, comenzó a gritar. —¡Dios Santo, el fin del mundo! Y todas sus cositas comenzaron a caer de los muebles, los dos corrieron hacia fuera de la casa y quedaron afirmados en el cerco. Mi abuelo, mientras le saltaba el corazón, no pudo llorar al ver a doña Celestina, que entre sollozos, no soltaba de sus manos una sopaipilla que se devoraba desesperadamente”.

Por último, de la zona central y del sur profundos, en la poesía rural, leemos protesta y conciencia ecológica en Miguel Ramirez y Ricardo Altamirano, el primero desde Quilicura dice: “Por su hábitat usurpado / la fauna sufre un dolor / a los altos ha escapado / del humano usurpador”. En tanto, el segundo desde Aysén denuncia: Vidrios plásticos, basura / ensuciando la belleza. / ¿Tendrán mala la cabeza / o sólo la tendrán dura, / aquellos que se aventuran / por las riveras del Lago? / Sin tino causan estragos, / no tienen contemplación, / quieren dejar la región, / mugrienta como Santiago”. Tópicos como la inversión y resignificación de las figuras míticas se aprecian en Ricardo Vargas: “El Trauko está en el altar / la Pincoya en el desierto / el Cuero en un río seco / el Caleuche halló su puerto”, así como en Raimundo León quien ve al infierno así: “Si tu cuerpo algo desea / súbete al segundo piso, / sírvete un plato de erizos / y después la pololeas. / Aquí no existen peleas / todo es gratis la garzona / tú eres muy bella persona / no pienses estar condenao / aquí son todos salvaos / se come, goza y se toma”; y las imágenes femeninas cobran fuerza en “Mercedes Rosa” de Hugo Harrison y “Florentina del Campo” de Laura Jaque.

En esta antología los(as) lectores(as) podrán encontrar y gozar de muchas más obras que las ya señaladas y también podrán apreciar cómo una parte relevante del patrimonio cultural inmaterial de Chile —en este caso la tradición oral en sus múltiples variantes y contextos territoriales— se expresa en ella. Los 25 años de existencia de un concurso que ha hecho posible difundir, poner en valor y conservar este patrimonio, no merece sino nuestro reconocimiento, por un lado, porque ha permitido salvaguardar un conjunto de relatos que de otro modo hubieran sido relegados a la marginalidad, y por la excepcionalidad de constituir una política pública de largo aliento. En el primer caso, FUCOA ha realizado el gesto de traspasar al Archivo de Tradición Oral de la Biblioteca Nacional, todos los relatos que han sido presentados al concurso y con ello ha construido y aportado un rico acervo que puede ser consultado por todos(as). Asimismo, con las publicaciones de los textos ganadores, en sus distintas categorías, ha producido una colección que ya cuenta con 25 ediciones. Este archivo y la colección son importantes para los(as) estudiosos(as),

pero también para todos(as) quienes deseen conocer cómo se ha desplegado temporalmente la tradición oral campesina y rural, indígena y mestiza. En el segundo caso, el concurso es un ejemplo de política cultural sostenida y no sujeta a los avatares de las distintas administraciones: 25 años de continuidad dan cuenta de la vocación de FUCOA, dentro del Ministerio de Agricultura, de aportar a la preservación de un elemento crucial para la vida de una sociedad como son los relatos orales. Esta continuidad no ha sido una simple reproducción sino que ha sabido recoger las transformaciones y agencia de los sujetos que moran el mundo rural, incorporando a las mujeres, los indígenas y temáticas de la memoria que van desde lo cotidiano, lo afectivo hasta los sucesos socio-políticos (como la Reforma Agraria) que ha experimentado el país.

Finalmente, sabemos que en la vida de las instituciones las personas, sus compromisos y sensibilidades son materia primordial para que las políticas se desarrollen exitosamente. En el caso de FUCOA, todos(as) quienes han asumido las labores en estos 25 años —de ello he sido testigo— han mostrado pasión y cariño en la ejecución del concurso, y lo mismo los(as) participantes que desde el 2010 han enviado 1.500 obras cada año. El espíritu de lo que Gabriela Mistral pensaba sobre las historias orales, lo embriagante de los “clásicos” de la oralitura, el flujo constante de imaginarios y la fuerza de los relatos populares pueden percibirse en este libro que constituye un homenaje a quienes han sabido valorar el “ser contados(as)” por sus antepasados(as).



Historias campesinas

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA, 2007

EL REGRESO DE LA FRANCISCA MAMANI

Claudio Huerta Valenzuela (48 años)

Arica

Hoy por la mañana dicen que volverá la Francisca, comadre. ¿Cuál?... La Francisca Mamani ¿Cuál? ¿Esa, la Pancha de los Zupantes?... Dicen que regresa después de siete años... Siete... Sí. Dicen que estuvo en la cárcel por tráfico durante siete años... ¿Y dónde?... Sí, po, en la cárcel de Arica, po... Ahorita no más sus hijitas están muy felices de que regrese... Son muchos años de ausencia, ¿verdad?... Sí, po, muchos años... Dicen que la tomaron presa por esa cuestión de tráfico, po... Ah... por tráfico... Dicen que fue en el terminal rodoviario parece, pero otros dicen que fue en la aduana de Cuya, allá en Camarones, comadrita... Ah, sí, po. De eso hace siete años... Parece que ayer no más andaba con sus criaturas, subiendo a las pasturas de Guallatire... Así no más, pues... Sus hijitas ahora están crecidas y dicen que dos de ellas ya están casadas, po. Sí, po, la Pancha tiene cinco hijas y un hijito fallecido, pues... Dicen que el chiquito nació con un problema en la sangre... Sí, po, nació enfermo, po, de eso que le llaman leucemia... Tal vez por eso su padre las abandonó... Dicen, comadre, que es una enfermedad para morir... Dicen que el marido de la Pancha... que se fue a Puno a trabajar en las labranzas de papitas... Ella no tenía dinero para operarlo, por eso se metió en eso del tráfico, pero dijo que haría lo imposible, aunque en eso se le fuera la vida para salvar a su hijito... Así no, pues, eso pasó, pues... Dijo el paramédico que para que salvara a su hijo había que cambiarle la médula po... ¿La médula, comadre?... ¿Qué es eso? No sé, eso dijeron los de la ronda médica... Aaaah, sí, pues, ellos no más saben qué es la médula... Sí, po. Dicen que un día la Francisca subió al monte y atravesó la pampa de Surire para cruzar la frontera hasta el lado boliviano. Aaahh... Así no, pues... Sí, po, si no ese chiquito se le moría no más, pue... Cruzó los montes justo en el tiempo de mayor cantidad de nieve... Ella nunca bajó a los valles de Arica, pero conocía como la palma de su mano toda las lomas y los salares de este lado de la puna... Así no, pue... Con unas hojitas de coquita y un poco de agüita ella podía caminar durante horas, pero nunca tanto como para cruzar la frontera con su hijito... Así no más, pue... Siempre cargando a su hijito enfermo... Sí, po, no podía sostenerse con sus dos patitas, pues parecía un becerro recién nacido, como los guarisos, pues... ¿Y su hombre no hizo nada?... Na po, si se fue a trabajar a las tierras del norte, po... Pero dicen que un guardia de la frontera le pegó un tiro en medio de la pampa... por querer cruzar a la mala, pue... Así no ma, pue, el Tata lo castigó por mal hombre, pues... Sí, po, después se lo comieron los pumas del monte po... La Francisca lo lloró como unos meses... Después quemó su ropa pues como la tradición manda, pue... Pero dicen que la Pancha caminó durante cuatro días y tres noches para llegar hasta los cerros del Tacora para encontrar sus huesos, no sé si los encontró... Dicen que luego su hijito se agravó, entonces la Pancha, desesperada, se fue para la Cochabamba, en busca de trabajo para hacer dinero para operar a su hijito.

Allá en las Cochabambas le hicieron un encargo de tráfico, dicen, esa de llevar un encargo como burrera, dicen... que la Pancha no pudo negarse con tal de salvarle la vida a su hijito... Dicen que era lo único que podía hacer para obtener algo de dinero... Sí, pue, así no más, pue... Así es la vida por aquí, pue... Dicen que cruzó a la mala por detrás del cerro Piedra Negra hasta traspasar las nieves de septiembre, esas nieves que queman, hasta llegar al otro lado de las tierras húmedas de CalaLope... Pero la Pancha era mujer de valor, pues, comadre, y todito por su hijito, pue... Sí, po, ese lugar está maldito, ese lugar se come a los pastores y también al ganado, comadrita... Su padre, don Evaristo, le enseñó desde chiquita a cruzar las alturas, tal como el padre de su padre le enseñó a él, y el abuelo de su abuelo cruzó desde siempre a la caza del guanaco... Así no más, pue comadre,

así es la vida por aquí pues... Dicen que de regreso de las Cochabambas ya traía su encarguito, pues... Bajando durante días por el lado de Portezuelo, casi a punto de desmayar de cansancio... Así se subió a la micro la paloma, pues... para llegar hasta Arica... La Pancha no conocía esa ciudad tan grande, pues... Dicen que ahí la gente anda con zapatos todo el día, comadre... y que todos tienen máquinas para moverse entre las calles, comadre... Así no más pues, comadrita, así es la vida en la ciudad de Arica, pues... Dicen también que el alférez del pueblo es un señor que le dicen alcalde o gobernador, parece... y que las casas están unas encima de otras... Será por el poco espacio que hay, comadrita... Así no más, pue... Será por el poco espacio, pues... Pero la Pancha casi sin hablar el español se las arregló para llevar a su niño atado a su espalda, el pobrecito resistía todo el viaje... Dicen que la Pancha parecía un animalito asustado pues, como una vizcacha Saracsaya pues... Dicen que después de unos días de estar donde su prima se embarcó en un gran bus, esos de Tur Bus, comadrita, grande, nuevecito y limpiecito, así no más pues, comadre, los buses son grandes y limpiecitos, comadrita... La Pancha asustada y todo ya no podía retroceder... Ahora era todo o nada, pues comadre... Ya el destino estaba echado, comadre... Todo por su hijito, pues... Yo también habría hecho lo mismo pues, comadrita... Cuando uno pare no puede botar a los hijos pues, el Tatita Dios no lo permite... Sino castiga, comadre... Sino castiga... Dicen que cuando llegaron a Cuya, parece, un policía subió con unos perros que la olieron por todas partes, comadrita... Entonces subieron como cuatro carabineros y a la fuerza quisieron quitarle el encargo, la Pancha empezó a patearlos para que no dañaran a su hijito y, entre tanto forcejeó, el perro mordió a su niño... Entonces la Pancha se tiró sobre ellos desesperada y enloquecida por los perros y los hombres que la agarraban con violencia, cuando su hijito ya no respiraba la Pancha rompió a llorar... Mientras los hombres le levantaban las polleras, buscando su encargo de contrabando... Sólo hallaron un paquete con maca... Y en el informe, el transcriptor escribió coca... Sería para justificar la muerte del niño, digo yo, pues... Así no más, pue comadre, esas cosas son de las ciudades no más, comadre... Por eso le dieron siete años de condena, comadrita, siete años. En esos siete nunca dijo palabra... Siempre guardó silencio... No se defendió nunca... Nunca, comadrita... Ahorita vuelve, después de haber llorado tanto... Un juez le dio la libertad de sobreseimiento. Así no más pues, comadre, esas son cosas de las ciudades, comadrita, así no más pues... Mírela, ahí está, bajando parece un animalito asustadizo como una vizcacha Saracsaya... Mire, comadrita... Mire este diario de Arica, dice que una pastora de Surire mató a su guagüita, comadre... Sí, po, este diario es de ahorita no ma po, de agosto de 2007... Pero ese diario es de la ciudad, pues comadre, así son las cosas en la ciudad... Dice aquí que está presa, comadre... Sí pue, así no ma, pue...

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA, 2014

SOBRE LA FORMA DE LA TRASCENDENCIA

Estefanía Vanessa Bernedo Plazolles (27 años)

Arica

A penas el sol apareció escarchado, iluminando el minúsculo cuarto donde yacía su cuerpo, estiró sus brazos y dejó escapar un alarido. Respiró hondo: un fuerte olor a orégano le hinchó los pulmones. Se rascó el estómago unas tres veces para luego ordenar las pocas ideas que sobrevivían en su cabeza. Luego de eso se calzó el pantalón y los zapatos y se embutió un tazón de té, pan duro y charque de guanaco. Al abrir la puerta, obtuvo una imagen difusa pero sobrecogedora de su pueblo: Putre en todo su esplendor. Por un instante creyó estar aún soñando, no obstante, la voz de Rogelio —de frentón— lo compuso.

—Buen día, viejo Humberto —le dijo, para luego desaparecer por detrás de unos largos tunales desde donde extrajo unas espinas con el fin de quitarse las hilachas de carne que se le habían estancado entre los dientes. La niebla comenzaba a disiparse, los tejados de zinc reverberaban el cielo limpio y azul del altiplano. Al mediodía del lunes llegó el bus de La Paloma con los rostros de siempre (o de casi siempre): Gregoria Quispe, Manuel Paxi, Roberto Yucra, Aurelio Mendoza, Patricio Chura, Laura Mamani y un no tan largo como familiar etcétera. El chofer, un hombre gordo y oscuro, que sufrió más de la cuenta para levantarse de su sitio, descendió del vehículo y recibió en el rostro los rayos de un sol que a esa hora del día ya se hacía ingobernable. Se hizo sombra con la mano en la frente y repasó a los comuneros que esperaban por alguna carta, recado o encomienda. En la mitad de su trayecto se topó con el rostro sucio de Humberto Chura. Sin mediar alguna cuota de amabilidad —tal vez porque aquella era una escena que se repetía sagradamente cada lunes desde hacía ya seis meses—, le dijo en un tono seco y casi cortante:

—Para ti no hay nada, viejo Humberto.

Pese a todo, le extendió un paquete de galletas que Humberto le agradeció con una generosa palmada en la espalda.

Como era costumbre, por la tarde Humberto visitó unas pocas llamas que había heredado de su hermano. Las encontró pastando en medio de una pampa no tan verde como dura. La sensación de tristeza que devino del encuentro no fue peor que la sensación de miseria que inspiraban. Aun así acarició con entusiasmo sus lomos, quitó los trozos de paja brava que llevaban adheridas en el cuerpo y les habló con soltura, tal cual estuviese frente a alguno de los pocos amigos de su infancia. Para él esas cuatro desnutridas llamas representaban algo similar a una familia, la suya. Y, desde luego, el compromiso que un día había contraído con su hermano había sido firmado con sangre: la tinta eterna, dicen, la tinta de la vida.

—Las voy a cuidar, te lo prometo —le había dicho a Marcelo poco antes de que éste fuese trasladado al hospital Juan Noé de Arica, desde donde, por cierto, nunca regresó.

Pasado el ritual del encuentro, se echó sobre una enorme llareta y devoró las galletas que guardaba en el bolsillo. Contempló a las guallatas graznar y recordó que a esas aves los tour operadores principiantes suelen llamar gansos salvajes; y en rigor son solo eso: una especie hermosa de gansos salvajes. Dormitó con la boca abierta y, al rato, algo que podría haber sido garúa le mojó la frente. Al levantarse, decidió también quitarse los trozos de hierba que se le habían pegado al chaleco. A los pocos minutos, abandonó la tarea: aquello no tenía la menor importancia. Percibió el arribo del hielo que anticipa la llegada de la noche. Levantó la mano en un gesto de adiós y se dispuso a abandonar el lugar. La sensación que afloró en ese momento fue similar a la sensación que prospera luego de abandonar a un hermano menor en una fría llanura. Sin embargo, debió

partir. Cuatro kilómetros lo separaban de su ruco. Ya en el sendero, saludó a un grupo de turistas que pasaban y terminó fotografiándose junto a ellos. Pensó en el retrato de un hombre pobre y solo en un cajón, una vitrina, quizá un álbum familiar de alguna ciudad enorme.

Una vez en su morada, hizo fuego e hirvió agua. El mate que bebió se lo bebió solo, contemplando su sombra y anhelando que sus llamas sintiesen siquiera una partícula de ese calor que ahora le cubría el cuerpo. La noche duró lo que tarda en morir una brasa.

A la mañana siguiente, quizás más temprano que de costumbre, el sol atravesó las tablas de lo que podía ser una ventana. La luz le iluminó los pies: el dedo gordo se escapaba por un pequeño portillo en el soquete. Lo que vino luego fue similar a lo que sucedía desde el día en que su hermano Marcelo había muerto: repetir una vida sin luces, aferrándose a la idea de que pronto vendría por él. Se levantó y bebió el té, pero esta vez ni un trozo de pan duro había. Al salir del ruco la escarcha persistía sobre el universo. Después de dos años, extrañamente, prefirió comenzar la rutina yendo en busca de las llamas. Allí estaban: pastando solas en medio de una pampa no tan verde como dura, fría y peligrosa. Les acarició el lomo y sintió adherido el hielo sobre su pelaje. Intentó desprenderlo, pero éste se derretía entre sus dedos. A no ser por el ruido de una camioneta que atravesaba un camino cercano, el mundo en ese preciso instante era idéntico al de su infancia. Y tanto fue así, que incluso le pareció ver a Marcelo pastoreando a las llamas y lanzando chicotes con una delgada rama de queñoa. Cegado por aquella nostalgia, caminó siguiendo el rastro de su hermano: la pampa era ahora más verde y más amable. Ya junto a él, tomó su mano. Hacía calor, verdadero calor: había fuego. Escaparon juntos de una horda de guallatas. Después de tantos años vieron por fin sus rostros reflejados sobre la vertiente. Y así como la voz de Marcelo le surcó los oídos, pudo escuchar por fin el agua transcurrir, desprendiendo su infranqueable olor a alga. Creyó —una vez más creyó— estar en medio de algún profundo sueño, aunque esta vez la voz de Rogelio no se hizo presente para esclarecer sus dudas. Al dar un paso y otro, sintió los pies hundírsele en una especie de algodón o espuma. Volvió a su pecho aquella misma sensación luego de haber besado a Margarita Quispe en una Cruz de Mayo; ardía ese pecho enjuto donde a simple vista se expresaban solo huesos. Lo que sus ojos buscaron, sus ojos encontraron: madre, padre, abuelos. El pueblo entero danzando mientras la luz de los nevados enervaba música. Pensó en que la vida era ese hermoso fragmento de tiempo en el que los seres amados se aproximan. Se acomodó sobre las llaretas, mas no escatimó el peligro del puma o del frío; nada más cerró los ojos, hasta hacerse parte del paisaje.

Los días que prosiguieron no dieron luces del viejo Humberto. Aunque tal vez sí: Humberto era el primer rayo de sol resquebrajando el hielo sobre los tejados. Era la niebla o el olor a orégano que arrastran las brisas vespertinas. Era la parva de patos jergones o las mismas guallatas que los tour operadores principiantes llaman gansos salvajes. Sencillamente era la voz de Rogelio o los queñoales que se retuercen contemplando la noche cristalina de la precordillera. Era una que otra taruca, un guanaco, la velocidad del suri y desde luego esas llamas que al pastar se llevaban a la boca una pequeña fracción de su cuerpo.

Poco tiempo duró la soledad que encontró sobre ese colchón de viejas llaretas: fue velado lejos de allí, en una iglesia pequeña donde se lloró y se festejó, puesto que para el pueblo su imagen era la de un jila¹, un achachila². Sin embargo, el milagro de la pureza ya habría de reclamar su espíritu. Humberto era entonces una brizna, una señal, tal vez un grafema de esa imponente palabra que denota el universo. Incluso ahora, cuando me apronto a recordar esta historia, me pregunto si el viento fantaseando entre las calles de esta gran ciudad sea acaso un rastrojo de su ternura, un poco de su silencio, nada más que una semilla: un grano donde se comprime la entereza.

¹ Jila: Hermano (nota del autor).

² Achachila: Abuelo (nota del autor).

REGIÓN DE TARAPACÁ, 2006

EL PUEBLO DE TUS ABUELOS

Gladys Flores Rodríguez (38 años)
Putre

Te cuento esto para que no se olvide, ya que la persona que debió escribirlo, este año fue llamada al lado de Dios.

Él era un pequeño de una humilde familia; sus padres, ambos bolivianos, un día vinieron a probar suerte en el Valle de Codpa. Y allí nació él, un hijo sin tierra. Para los aymaras lo más importante es la tierra, pero en sus lares parecía que la Pachamama no daba sus frutos. Eran años de sequía y había que emigrar, por eso él fue chileno, pero la nostalgia hizo que su familia nuevamente se trasladara a su lugar de origen, o sea a Huayllas, en Bolivia.

El nombre del nuevo chileno era Rafael, sus apellidos Flores Castro. Ahora una nueva sociedad, grandiosa, presentábasele. Un sueño para los extranjeros estaba ahí, mirando el lindo cielo codpeño, y sintió ganas de volar y llegó a la ciudad de Arica —en esos tiempos puerto floreciente— y hoy, después de muchos años, sabe que había que luchar por todo lo que uno quiere lograr.

Te contaré que un día domingo, como todos los domingos, se juntaban a conversar los coterráneos en la plaza Primero de Mayo y ahí uno de ellos le dijo: “Rafael, tú tienes que pasar cargo en tu pueblo”. Y él, con el corazón en la mano, pues estaba recién trabajando y juntando algunos pesos, dijo: “Yo con gusto pasaría cargo, pero me falta la warmi”, e invitó a su enamorada, quien en ese momento disfrutaba de su día de descanso. Ella le dijo “a mí me encantaría”, y de muy buena disposición se preparó.

El viaje fue entretenido, ya que en esos tiempos se viajaba en camión. Abordaron el que más les convenía y llegaron a Huayllas, donde la pobreza imperaba. Y Rafael llegó feliz con su compañía a saludar a amigos y familiares. Y le llamó la atención las palabras de su abuelito Agustín, que al verlo le dijo: “Hijo, qué bien que has venido. Tú eres chileno, pero esta casa, esta estancia, es de tu abuelo y tú eres el único varón sucesor de la familia y tu deber es recibir cargo para el próximo año pasar la fiesta, pero no te resientas de los gastos, pues tu madrecita la Virgencita del Rosario todo te lo devolverá con creces y el día de mañana llegarás a éste que también es tu pueblo y no deberás bajar la cabeza, pues si le cumples a ella, no dudes que te sabrá premiar, y nosotros los pueblerinos te sabremos reconocer como un pasante y autoridad del pueblo”.

Y fue así como Rafael fue el primer chileno que pasó cargo de alferado en octubre de 1970, en el día de la mamita Rosario. Al término de la fiesta él se regresó, pues su vida y su trabajo estaban en Arica. Después aquella muchacha que lo acompañó sólo para recibir la fiesta llegó a ser la compañera de toda su vida y tuvieron cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres. Y en ese chileno, pero de corazón boliviano, germinó un gran amor por su protectora.

Años después estaban cumpliendo otro cargo, que se llama mayordomo, en donde uno de la pareja tenía que trasladarse por todo un año a servir al pueblo; alimentando las palomitas de la iglesia, colaborando con los trabajos comunitarios, siendo autoridad del cantón, como allí llaman a los pueblos pequeños. Y sucedió que se realizaría una reunión para que alguien tomara el cargo de corregidor, que significaba mayor compromiso. Y esa noche ella, su esposa Adela, que estaba cumpliendo cargo de mayordomía, estaba ansiosa por saber quién tomaría el cargo de corregidor, mientras que Rafael, en Arica, estaba junto a sus hijos y una hermana que venía de vez en cuando a ayudarle con los niños cuando su esposa estaba ausente.

Sucedió esa noche que Adela, que estaba en Huayllas, tuvo un sueño en donde un señor de edad le decía que debía tomar el cargo a nombre de su esposo, pues la virgen sabía que su querido Rafael tenía una gran enfermedad, pero que aún no se le declaraba y más tarde no podría asumir este cargo. Se quedó muy preocupada, ya que tenía el don de interpretar sueños. Pero esta vez estaba todo muy claro y no sabía cómo decirle eso a la comunidad. Ese día llegó presuroso el suegro de Adela, don Gregorio, a decirle: “Hija, tienes que tomar tú el cargo, me lo dijo el Señor esta noche en mi sueño”.

Por otro lado, en Arica llegó apesadumbrada la hermana de Rafael a su casa y le dijo: “Rafito (como le decía con cariño) esta noche soñé contigo, y el sueño estaba malo, no sé si te vas a enfermar tú o tus hijos, pero en mi sueño te vi que estabas en la ladera de un cerro y bajaste corriendo hasta hundirte en el agua hasta la cintura”. Y Rafael dijo: “Ay carajo, hartito malo está el sueño, yo también soñé algo parecido, ¿no será que la Adela, que está cumpliendo labores en Huaylla, está teniendo algún problema o tendrá pena por estar solita?”. No sé, le dijo la Severina, así se llamaba su hermana, pero por qué no la llamas de Entel y por último le dejas un recado con el encargado del teléfono y le dices que se cuide, que los sueños están malos.

Rafael corrió al primer centro telefónico y llamó. Por otro lado, Adela también estaba preocupada, porque para aceptar el cargo que su suegro le estaba sugiriendo tenía que preguntarle a su esposo primero.

Y se comunican los esposos. Adela le dice: “He tenido un sueño muy claro y prácticamente debes asumir este nuevo cargo de corregidor, porque la virgencita está anunciando algo que no es bueno, pero al mismo tiempo quiere que una vez más le demuestres tu afecto y devoción”. Yo también soñé mal, dice Rafael, y coincide mi sueño con el de mi hermana. Algo sucederá, pero confiemos en la mamita Rosario, asume no más el cargo.

La comunidad tenía muchos solicitantes del cargo de corregidor, pero Adela dijo: “¡Por favor concédanme a mí el cargo, no sólo yo lo he soñado, también mi suegro y mi esposo e interpretamos que la mamita esta vez eligió al hijo de su pueblo para que le sirva!”. La comunidad entendió y le cedió el cargo.

Trabajaron fuertemente ese año, ella en lo que sabía hacer, vender verduras, y él trabajaba en construcción. Así juntaron el dinero que surgió como arte de magia y pudieron pasar felices su cargo de corregidor, pero nunca viajaron con sus pequeños hijos, pues el clima es muy gélido. Y así pasaron los años y Rafael fue el más grande devoto de su mamá Rosario, hasta que llegó el período militar en Chile y agarró miedo de viajar seguido a Bolivia, pues no quería que lo relacionaran con otros emigrantes que muchas veces no cumplían con las leyes de ingreso al país o trabajaban igualmente. Y pasaron muchos años, unos quince, y uno de sus hijos —Alejandro— le preguntó: “Papá, ¿por qué nosotros no tenemos abuelos, no tenemos tierra, no somos como de ningún lugar? Hay algo en mí que me hace sentir vacío, ya tengo dieciocho años y quisiera conocer y viajar a esos lugares donde tú dices que están mis abuelos, quiero sentir que pertenezco a algún lugar. Toda la vida me han dicho indio, paitoco, pero eso no me ofende, pues me doy cuenta de que no soy blanco, pero los tengo a ustedes que me han enseñado a querer a mi familia, a los animales, a las plantas, mas yo necesito correr en la tierra y que me digan esta es la tierra de tus abuelos, por favor déjame viajar, ya tengo edad para eso”.

Ninguno de los hijos de Rafael conocía Huaylla y Alejandro, el tercer hijo, llegó allá. Sorprendido por lo maravilloso que tenía a su vista, lloró de alegría. Un viejito lo miró y le dijo: “No llores, hijo, ésta es tu tierra”. Y se abrazaron ambos hombres sin saber que por sus venas corría la misma sangre. Y el joven preguntó: “¿No sabe dónde puedo hallar a don Gregorio Flores? Yo soy hijo de Rafael Flores, de Arica”.

Hijo, le dijo el anciano, algo me decía que tú eras de mi linaje. Pasearon y comieron hasta quedar satisfechos y conversaron de todo lo que antes no se habían dicho.

Llegó el joven a Arica con la satisfacción de haber caminado en la tierra de sus abuelos y, después de un corto tiempo, toda la familia viajó a Huaylla y se sintieron parte de ese lugar, llenaron ese vacío, ese dolor que había significado ser hijo aymara sin tierra. Y hoy, que pasaron algunos años, estos hijos chilenos de Rafael sintieron en su corazón la necesidad de servir a la misma madrecita Rosario, que un día su padre sirvió fervorosamente. Hoy todos los mayores casados y con hijos quisieron repetir la historia, por eso el hijo mayor, Manuel, pasó cargo de alferado en 1998, luego Alejandro en el 2000 y por último su yerno, Joaquín, pasó cargo junto a la hija mayor de Rafito el 2002. Y ahora, el 2006, pasará el mismo cargo la hija menor, pero no estará presente el gestor de este amor, Rafael. Él no está con su alegre presencia, con su majestuosa palabra que nos decía: “Hijos, ustedes son de acá, su corazón aquí se rebosa de felicidad, en esta fiesta de octubre vienen nuestras familias de todos los lugares, es como si nuestras venas fluyeran en un solo cauce y nos damos cuenta de que los aymaras del Perú, Argentina, Chile y Bolivia somos un solo mar”.

REGIÓN DE TARAPACÁ, 2013
PASAJE ABIERTO
Marcelo Sabino Moreira Alcota (41 años)
Colchane

En una agencia de viajes, paradero destinado a la movilización que iba y venía de los pueblos rurales, siempre aparecía el padre con su hijo. Era de la siguiente manera.

Llegaba el padre un jueves y el viernes aparecía con su hijo. Compraba los dos pasajes, unas galletas y tomaban el transfer siempre muy alegres los dos. El domingo retornaba con su hijo y desaparecía dos horas, para volver solo y regresar a su pueblo. Todas las semanas.

Cuando su hijo entró a la adolescencia, lo hacía cada dos semanas. Paulatinamente empezó a viajar de forma más esporádica: una vez al mes y de forma irregular. El hijo ya casi ni hablaba con su padre y el semblante de éste se volvía cada vez más triste. En un momento dado, no viajó más con su hijo. Un día compró un pasaje abierto anexado a un billete. Dijo que cuando llegara su hijo, se lo dieran junto con el dinero.

Así comenzó la rutina para el padre: una vez al mes traía sus productos y preguntaba por el pasaje. Cuando escuchaba que nadie lo había retirado, tomaba el dinero, compraba unas galletas y las regalaba junto al pasaje a cualquier adolescente, estuviera solo o con su familia. Pasaron los meses y su hijo no apareció. Algunas veces el padre solo mandaba sus productos.

Con los años, notamos que cada vez que regalaba el pasaje y compraba la colación con el dinero anexado, lo regalaba a un adolescente cada vez mayor. Supusimos que era en relación a la edad de su hijo. La alegría del padre había sido reemplazada por el silencio; casi ni miraba a los adolescentes a quienes regalaba el pasaje.

Una vez apareció un joven adulto, muy mal oliente y de ropas rotas. Preguntó por el dinero del padre. Todos tomamos una misma decisión y le dimos el pasaje abierto con el dinero, pero él solo tomó el dinero, dejó el pasaje y se fue. A los días llegó el padre. Le dijimos lo que había ocurrido. Nadie habló de la apariencia que tenía el joven.

El padre tragó todas sus lágrimas de un sorbo agrio y dio las gracias sin mirar a nadie. Con las manos temblorosas, regaló el pasaje, esta vez a un niño. Hizo una pausa y retomó su torturante rito: un pasaje abierto.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA, 2011

EL MEJOR HOMBRE DE TODA ESTA HISTORIA

Paula Andrea Nievas Silva (28 años)

Antofagasta

—**L**os gringos quieren una de las llamas. Ellos pagan bueno —dijo José, la vista clavada en el horizonte.

La señora Emilia hizo como si no lo hubiese escuchado y siguió barriendo el patio de tierra. José volvió a repetir la oferta de los gringos y hasta dijo el precio. En respuesta, la señora Emilia entró a la casa.

José vio a su mujer perderse en las sombras al interior de la choza e hizo un gesto de desprecio. Tomó una vieja cuerda que colgaba de un oxidado clavo y fue hasta el corral. Quedaban dos llamas solamente. José las evaluó, pensando cuál de ellas le produciría más dinero y luego, haciendo un lazo con la cuerda, cogió a la Clara y la sacó del corral.

La señora Emilia se asomó al pequeño ventanuco de piedra y vio a su marido alejarse con la llama que, amarrada, mansamente lo seguía detrás rumbo a Socaire. Se dio la vuelta y miró a Rosa, su hija de quince años que estaba pegada mirando el techo de paja, sin hacer nada.

—¡Tu papá se llevó otra llama! —gritó—. ¿Se puede saber qué es lo que vamos a hacer ahora?

La niña se rascó la cabeza, tenía el pelo muy oscuro y tieso por la sequedad del aire.

—Vaya una a saber. Pero no se enoje, señora. Si sabe que con él no va a poder razonar.

—Va a volver muerto de curado. Y sin un peso encima. ¿Qué vamos a hacer, Dios mío? —Ya no parecía dialogar con su hija, sino que había apelado a una entidad superior.

Rosa se puso de pie y se asomó a la puerta de piedra. Allá abajo, por los cerros, se veía a su padre que iba con la llama, bailando casi, pensando en todo el alcohol que podría comprar, en toda la juerga y alegría y ebriedad que esa llama significaba, felicidad con patas, acaso.

—Una desgracia de hombre —oyó a sus espaldas. Era su madre que no dejaba de quejarse del padre, una historia muy antigua.

—Yo podría buscar un trabajo —dijo la niña, con una voz que no le pareció suya.

—Usted está muy chica —respondió automáticamente la señora Emilia, aunque Rosa no pudo evitar notar un cierto matiz de esperanza en su voz.

—De mucama pagan bien en San Pedro —continuó ella—. Alcanzaría para comprar comida y forraje. Sólo necesito que usted me dé permiso.

—¿Y la escuela? ¿Qué va a pasar con tus estudios?

La niña se encogió de hombros.

—En la escuela no aprendo casi nada.

La señora Emilia esbozó algo que se parecía remotamente a una sonrisa. Puso una tetera negra al fuego y preparó té. Rosa fue a sentarse junto a ella, al lado del fuego.

—Antes tu papá era un hombre bueno. No le gustaba tanto la bebida o le gustaba lo mismo que a todos, no más. Pero ahora... —dijo la madre y le alargó una taza a la hija.

—Agradezca que no nos pega, que sea. No como a la señora Marta.

A Emilia un escalofrío le bajó por la espalda. La señora Marta vivía en el sector de la Quemada. A veces pasaba un mes, dos meses que no se dejaba ver por el pueblo por miedo a que le vieran los moretones que el bruto de Juan Michia, su marido, le dejaba después de cada pelea o, mejor dicho, después de cada paliza. Se puso de pie y comenzó a desgranar unos porotos para la comida del día siguiente.

—Mi llamita —dijo—, tanto que había cuidado a mi llamita —suspiró largamente—. El domingo, después de la misa, le preguntaré al padre Aurelio qué podemos hacer.

—Pregúntele mejor si me puede conseguir un trabajo. No sea ilusa, señora.

La madre se dio vuelta, Rosa de inmediato leyó el enojo en el rostro de su progenitora.

—¡No hable así del padre Aurelio, carajo! ¿No ve que él quiere puro ayudarnos?

La hija se puso de pie. Sintió que era ahora a ella a la que se le subían los colores a la cara.

—Qué defiende tanto al padre Aurelio, si él lo único que hace es hablarnos del fin del mundo. Que se viene pronto, que nos preparemos. Está puro pensando en desastres ese señor, ¿en qué nos puede ayudar eso?

—Es un hombre bueno —dijo la señora Emilia, mientras seguía desgranando los porotos—. El mejor hombre de toda esta tierra. Ojalá me hubiera casado con él.

—Si una no puede casarse con un cura, oiga —dijo Rosa y volvió a acostarse en su cama y a mirar el techo. Pensó que con su primer sueldo como mucama lo primero que haría sería comprarse un televisor para matar todas esas horas muertas.

—Deberían poder casarse pues. Así una tendría la opción de tener un hombre bueno alguna vez.

Las dos mujeres se acostaron al poco rato, sin cenar. Sabían que no debían esperar a José, que se tardaría tres o cuatro días en volver o quizás más (dependiendo de cuánto le durara el dinero que hubiera sacado de la venta de la llama).

—Buenas noches —dijo Emilia, al acostarse.

—Que duerma bien, mamá —respondió Rosa.

No hablaron más, se quedó cada una sumida en sus propios pensamientos. Rosa pensaba en la televisión que podría comprarse cuando trabajara y quizás en cuántas cosas más en los meses siguientes. Emilia pensaba en el padre Aurelio, en sus ojos verdes. Rosa tenía razón; el padre siempre estaba hablando del fin del mundo, del Apocalipsis, de profecías fatídicas, pero a ella no le importaba escuchar esas cosas, sino más bien quería mirarlo de cerca (y por eso se sentaba en la primera fila todos los domingos en la misa). Pensar que si se hubiera podido casar con un hombre como él su vida hubiese sido distinta y hubiese pasado las noches abrazada a él, bajo el frío cielo del altiplano, en vez de tener que estar ahí, sola con su hija, varadas en tierras pero con la misma incertidumbre de un náfrago que va sobre un pequeño bote viajando a la deriva.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA, 2015
LOS OJOS DE DIOS
Eduardo Andrés Salinas Olave (38 años)
San Pedro de Atacama

Había que cuidar las llamas. Había que levantarse por las mañanas, muy temprano, con todo el frío del altiplano pegando en los viejos huesos. Había que sacar a sus seis llamitas del corral para llevarlas a pastar temprano y que se hidrataran con el escaso rocío de la montaña. Las dejaba en la quebrada y rezaba para que cuando fuera a buscarlas por la tarde no se hubieran alejado demasiado. Luego volvía a su casa de piedra y techo de paja y se ponía a armar los ojos de Dios. Eran muy fáciles de hacer: se formaba una cruz con cuatros palos del mismo largo. Luego, en diagonal, se cruzaban lanas de distintos colores hasta formar un rombo que se podía colgar en las ventanas o detrás de las puertas. Ella, su madre, su abuela y todos sus ancestros los habían utilizado desde siempre para ahuyentar a los malos espíritus y proteger la casa. Ahora tenían un uso distinto. Una vez a la semana la señora Hilda, con cincuenta o cien ya armados, debía bajar al pueblo a dejárselos a su hermana Carmen, que los vendía en su puesto de artesanía.

—Aquí están —decía, luego de llegar a San Pedro. Luego de dos buses y setenta kilómetros con el peso en la conciencia de que sus llamitas estaban solas allí en el cerro.

La hermana asentía y le extendía los billetes, muchos, demasiados; el negocio prosperaba y le daba un dinero que no sentía que mereciera. Por las noches, con todo ese dinero debajo del colchón, tenía ideas, pensaba en las cosas que podría comprar y sentía miedo.

—¿Por qué son tan populares estas cosas? —preguntó. La señora Carmen se encogió de hombros.

—Están de moda. Hay que aprovecharlo simplemente. Un día, ya que te niegas a comprarte un celular, no podré avisarte. Bajarás al pueblo con tu cesta cargada y yo te diré que no, que ha pasado el milagro y que ya nadie los compra y entonces tendrás que buscarte un trabajo de verdad y olvidarte de tus llamitas allá arriba en el cerro.

—Estoy bien así como estoy.

—Si vivieras en el pueblo podríamos buscarte un nuevo marido.

—Ya tengo un marido.

—Me refiero a uno que todavía esté en esta tierra.

La señora Hilda sacó un pañuelo de su bolso y se secó los ojos húmedos.

—Tengo mis llamitas. Ellas son todo lo que necesito —dijo. La hermana se acercó y le acarició el hombro.

—Siempre se puede volver a comenzar.

—No lo sé —dijo y retrocedió unos pasos. La penumbra de la galería de los artesanos siempre la ponía un poco triste. Ver tantas parejas de turistas de la mano. El propio pasado que venía a visitarla y a recordarle las cosas que había perdido. Y luego su hermana que insistía e insistía...

—Hay muchos hombres —dijo la hermana.

—Todos borrachos.

—Todos los hombres tienen defectos. Y nosotras también —asintió la señora Hilda.

—Es verdad. Y uno de mis defectos es que ya no soporto los defectos de las otras personas.

—Estás hecha una ermitaña. Antes eras distinta.

—Antes tenía otra vida. Ahora tengo ésta.

—¿Y qué es esa vida que tienes?

No había forma de contestar esa pregunta. Su hermana hacía mucho que había bajado de los cerros. Ya no podía recordar la forma que el tiempo adquiría en el campo. Lo dulce de mirar las nubes o atender la forma del viento. Sentir que el tiempo pasa más lento. Que la vida parece más pura. Quizás sea un espejismo causado por la soledad y el silencio, pero estaba demasiado acostumbrada como para ahora cambiar y darle el gusto a su hermana.

—Ya debo irme, si no perderé el bus.

La hermana se encogió de hombros y, dándose media vuelta, ordenó los llaveros, lapiceras y piedras de sal que esperaban por turistas que quisieran llevárselos con ellos hacia el otro lado del mundo.

—Nos vemos la otra semana —dijo la señora Hilda.

—Cómprate un abrigo nuevo —le gritó su hermana, mientras la otra se alejaba a la distancia de vuelta a su vida campesina. La señora Carmen la vio desaparecer y luego tomó la caja con los ojos de Dios que le había traído. Los guardó al fondo de la bodega, junto con los otros cientos, acaso miles más de cruces de colores que allí se amontonaban, en el olvido. Se vendían, sí, pero no tantas.

Los pedidos semanales eran la única forma de ver a la hermana, hacer que bajara del cerro y reencontrarse con ella unos breves momentos. Saber de su salud y de los pocos acontecimientos que era capaz de mencionar antes de que se apresurara a regresar a su tierra y sus llamas. Ese era el pequeño milagro que los ojos de Dios ofrecían: volver a ver a su hermana, asegurarse de que estuviese bien, verla partir siempre. “Pero mientras tengamos las fuerzas”, pensó la señora Carmen y volvió al trabajo y a las solitarias rutinas que ese día le traería.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA, 2016

LA BOTICA

Paula Andrea Nieves Silva (33 años)

San Pedro de Atacama

—¿Tiene Enalapril?

—Se me agotó. Pero tengo aceite de bacalao.

El señor Rodríguez meneó la cabeza y se alejó murmurando.

—¿Tiene antiácido?

—Ya no me queda. Pero todavía tengo leche de magnesia.

La señora Carmen se rascó la cabeza y salió de la botica.

—¿Me da algo para la migraña?

—No hay nada mejor que las obleas chinas —dijo el señor López.

El señor Aguirre asintió y le pagó los quinientos pesos que costaban las famosas obleas.

—¿Es lo mejor que tiene?

—Nada es mejor. Y de seguro le bajarán la presión.

El boticario, el señor López, tenía setenta años pero seguía en plena actividad. Mal que mal su botica seguía siendo la única del pueblo. Cuando ya no le pedían sino que derechamente le exigían ciertos remedios, López los anotaba en una lista y bajaba a la ciudad una vez a la semana, trámite que odiaba en lo más profundo.

—La gente no entiende que los remedios antiguos son mejores que los nuevos. Antes la gente moría mucho menos gracias a esa farmacología.

—Seguro que sí —decía el señor Abarca mientras el boticario le colocaba con mucho cuidado una cataplasma de hierbas en el pecho.

El negocio, que ni siquiera tenía nombre y era “la botica” a secas, sobrevivía más que prosperaba. Se mantenía a flote en base a la falta de competencia. Su exclusividad era también su poder.

—Tiene que modernizarse, papá —le decía su hija, la Clara Antonia—. Si no cualquier día de estos...

—Cualquier día de estos... ¿qué? ¿Acaso algo distinto va a suceder?

No lo vieron venir hasta que fue demasiado tarde. Primero la botillería de la plaza del señor Montero, que en paz descansa, fue vendida por su esposa a señores que nadie conocía ni habían sido vistos antes en el pueblo. Luego se pusieron grandes carteles anunciando la llegada de una de esas grandes cadenas de farmacias, de esas que se coluden para subir hasta el cielo el precio de los medicamentos.

La Clara Antonia miraba el rostro preocupado de su padre que se iba tornando más gris conforme avanzaban los días en que se aproximaba la inauguración de la farmacia. Un “te lo dije” podía ser simplemente una nueva estocada dolorosa. Ya no había vuelta atrás para la tragedia.

El día de la inauguración el pueblo entero esperaba en las afueras que abrieran las puertas del local, como quien espera que se abran las puertas del cielo. A prudente distancia, medio oculto en la plaza detrás de un algarrobo, estaban López y su hija.

—Tendremos que volver a plantar papas y trigo si queremos comer —dijo la hija.

—Nada de eso. Jamás cerraré mi negocio.

—Si mi madre estuviese viva, usted no sería tan cabeza dura, señor.

—No metas a tu madre en esto.

Los días pasaron y la botica cayó de golpe en el olvido. Era lo mismo abrirla o cerrarla: no entraba un alma. López se quedaba mirando a la calle a ver si alguien se animaba a pasar, aunque fuese a saludarlo, pero sus antiguos clientes apuraban el paso al cruzar frente a la botica, bajaban los ojos, avergonzados, sin saber si era por ellos mismos o por el propio López que nunca había actualizado su negocio y que había insistido en su sueño de que el tiempo no pasara nunca. El boticario se rascaba entonces la barbilla y se quedaba mirando las hojas del calendario.

Un día de marzo la farmacia de la competencia amaneció rayada con spray con consignas incendiarias. Decían: “No a la nueva farmacopea”, “Diga sí a la medicina tradicional”. Carabineros se presentó a primera hora del día en la botica de López.

—Es la primera visita que recibo en mucho tiempo —le dijo el boticario al sargento.

—Y puede que sea la última. ¿Me puede decir por qué le hizo esos rayados a la farmacia?

Lo interrogaron durante casi dos horas. El señor López tuvo que jurar repetidas veces que nada tenía que ver con las consignas escritas en la nueva farmacia. Los carabineros lo miraban muy enojados, pero no tenían pruebas. Amenazaron con llevárselo preso si los rayados volvían a aparecer. El señor López parecía realmente desalentado así que el sargento, para aminorar un poco las cosas, le compró unas tiras de esparadrapo para el botiquín de la comisaría.

—Son como las vendas, ¿verdad?

—Son mucho mejores que las vendas —sentenció López.

A la hora de almuerzo cerró la botica y se fue a casa. La Clara Antonia se afanaba con la cabeza gacha en la cazuela, como si ahí estuviese el secreto último de la vida.

López se sacó el sombrero y se sentó en el comedor.

—¿Por qué? —preguntó.

La Clara Antonia se asomó tímidamente desde el borde de su cazuela.

—¿Por qué rayaste la farmacia? —insistió López.

—¿Y por qué dice que fui yo?

—Porque yo no lo hice. ¿Y quién más lo iba a hacer?

La hija estrujó el paño de cocina y se puso a llorar. López fue a consolarla. Después de todo no era su culpa ni debía pagar por las obsesiones de su padre. ¿Qué sabía su hija por lo demás? ¿Cómo iba a saber del dolor de López cuando su esposa enfermó y lo primero que hizo fue huir a la capital en busca de toda esa inútil ciencia médica que nunca pudo ayudarla? Por eso prefería la medicina del pasado en la que todavía se podía confiar. Pero era la clase de asuntos que nunca se cuentan a nadie, que la gente prefiere llevar a cuestas como una cruz.

—No es tu culpa —dijo López, que no había podido cuidar a la esposa pero que sin duda estaba decidido a cuidar a su hija.

—¿Y de quién es la culpa entonces?

“Del tiempo”, pensó el boticario, pero no se atrevió a formular tal acusación en voz alta.

—La culpa es del progreso —prefirió decir.

—El maldito progreso —corroboró la hija.

Y se quedaron ahí abrazados mientras la cazuela se enfriaba en la olla, pensando en mañana, o en pasado mañana y las nuevas formas que el progreso tendría para perjudicarlos a ambos, la tela del tiempo estrechando sobre ellos, sobre todos los hombres, la arena que caía a sus pies.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2002

VIVENCIA

Ema del Rosario Rojas Chávez (79 años)

Coquimbo

A mi papá se le ocurrió la idea de ir a buscar oro. Después que había estado tres meses por Ovalle y nunca vino a vernos. Mi mamá, mientras, trabajaba sacando papas en las parcelas vecinas. Yo era pequeña, pero bien empinada. Y pensaba: cuando llegue mi mamita le voy a tener unas ricas papitas, y comenzaba buscando bostas para hacer el fuego y preparar la comida. Comimos muchas papas y coliflores, porque en tanto que buscaba bostas encontraba algunas florcitas de coliflor que habían quedado en las matas y rastros de papas que traía en mi delantal o una bolsa infaltable. Lentejas comíamos otros días también, adornadas siempre con coliflores, un poquito de aceite y ya lista la comida, y siempre la tetera humeante, hervida...

Mis hermanos eran mi compañía y mi preocupación, pero todo sucedía como un encanto, nunca nos faltó la comida, aunque nuestro padre no volvía.

En dos burros nos trasladamos al campo. Íbamos cinco: mi papá, mi mamá, mis hermanos, Rosa de cinco años y Manuel de dos años. Viajamos llevando ollas y ropa, en fin, lo mínimo para estar allá en el campo. No fue fácil llegar porque mi mamá, que nunca había montado en burro, cada cierto trecho caía al suelo resbalándose por la cola del burro. El viaje duró toda la noche y llegamos de madrugada al lugar que habían indicado; estábamos a cuarenta kilómetros de La Serena.

Nos arreglamos en una majada que nos convidó una vecina.

Y allí comenzó el trabajo y también la aventura, lo nuevo, el aprendizaje y los cuatro años que aguantamos en el paraje más lindo.

Se llamaba Maitencillo el pueblo por donde pasamos para encaramarnos por los cerros y senderos altos, tan altos que el sol salía muy tarde y se iba muy temprano cuando llegaba el invierno.

Había muchos hombres haciendo lo mismo que nosotros, mi papá tomó a un trabajador, pero no resultó porque era caro pagarle. Propuso que lo acompañara a lavar oro mi mamá, pero ella no pudo aprender por más que mi papá le indicaba cómo tomar la máquina lavadora. Ella lavó muy bruscamente. Cuando mi papá vio que no aprendía, la retó y empezó a perseguirla y a tirarle piedras. Mi mamá subía por el cerro para hacerle el quite a las piedras. ¡Tenía muy mal genio mi papá! Todo el día trató mi mamá, pero al ir a achicar (a separar el oro de la tierra), es decir a juntar el oro, no pudo hallar nada porque mi mamá ¡lo había botado todo!

La máquina tenía una manilla y un cajoncito al que le llamaban peinecillo.

Cuando no pudo aprender ella y él vio que no le convenía tener y pagar a un ayudante, me tomó como su máspreciado obrero y dijo: mira negrita, yo voy a traer las capachadas de tierra y tú las vas lavando así, y movía su brazo enseñándome cómo había que hacerlo. Ocupábamos la "máquina lavadora", una especie de caja con bordes bajos que contenía la tierra y arena que íbamos extrayendo de la quebrada. Se movía la mano sobre el harnero, se ponía elevado sobre un cajón; se juntaba un polvo negro de la misma tierra y ahí se juntaba el orito. Mi papá lo iba lavando con el azogue, echaba agüita y se aconchaba el orito. Para lavar el oro se ocupaba un burro que traía el agua en unos tarros especiales.

Se secaba y echaba a un frasquito. En los siguientes días y siempre me mandó a vender el oro y a comprar víveres. Las instrucciones eran hacer la cola y vender el oro; en la cola había muchos hombres grandes que también sacaban oro como nosotros. A veces hacíamos medio gramo hasta un gramito.

Yo que tenía la alegría de una niña de siete años y las benditas ganas de ayudar, estuve muy feliz y lográbamos en el día quince capachadas en la mañana y quince en la tarde, un día más, un día menos, pero siempre había una recompensa; algunas veces el oro tenía el tamaño de un granito de trigo.

Al salir del almacén, con la plata en la mano, partía a comprar lo que hacía falta, como harina para las tortillas de rescoldo, fideos, papas, queso, un fardo de pasto de cuatro kilos para el burro que mi hermana llevaba en la cabeza. Yo llevaba una lámpara, entre los quehaceres estaba el de cargar la lámpara. Partíamos con la lámpara y los víveres en la cabeza y andando muy despacito porque el camino era angosto.

Había más familias viviendo en el entorno, y yo curioseaba en algunos ratos en que no había que trabajar y me acercaba a ver cómo hacía la rica harina tostada la señora Paula, que tenía cien años y estaba ciega. En la olla de fierro tostaba el trigo, luego lo molía y lo trasladaba a una bandeja de madera. Mi mamá metía la mano e iba juntando en su delantal unos puñaditos, la viejita que algo se daría cuenta decía: ¡Ah, gallinas mañosas!

Entretanto, pusieron una escuelita en Maitencillo a la que iban los niños del pueblo. Yo no podía asistir, tenía un compromiso con mi papá y mi familia. El verano en Maitencillo era muy lindo. Cuatro años estuvimos en la chocita que mi papá construyó, él hizo un torito y techo con churque y greda, una pared muy firme y el resto tapado con ramas cruzadas que conformaron nuestra casa. En los años lluviosos el agua de la quebrada era mucha y clarita.

La señora Angelina decía: que venga la Ema a ayudarme, y yo trataba de imitarla pelando rápidamente los duraznos para huesillos, lo trataba de hacer tal como ella. En el huerto había nogales, almendros, duraznos; en el medio de estos árboles había sembrado alfalfa, verduras. Tenían una aguada y frutas de todas las layas. Me quiso tanto esa señora, cuando yo le iba a ayudar los días domingo me servía un gran almuerzo.

Ellos tenían ovejas, cabras, gallinas. De los mismos animales se hacía charqui y se ponían huesos salados al sol, que servían para las ricas comidas de invierno. Otras cosas se hacían en el campo, como ir a buscar leña. Una vez de las tantas, un domingo cuando no se trabajaba, nos mandaron junto con la Rosa, que era mi amiga e hija de los dueños de las rocas, y decíamos hola, hola. Nos fuimos encaramando de cerro en cerro, llegamos a un precioso lugar plano con lindos maitenes a los que nos subíamos y bajábamos para luego subirnos a otros árboles y corríamos por la arena a ver quién ganaba... ¡Te gano! ¡No, yo te gano! No nos acordamos de que había que recoger leña ni de comer, era tan lindo como estar en un sueño, un encanto. Conversando, inventando y riéndonos, después de mucho jugar nos dimos cuenta de que se estaba haciendo la noche y quisimos regresar, pero estábamos tan alto que no sabíamos cómo bajar ni menos cómo volver. Buscamos leña, pero al querer bajar la perdimos porque los peñascos nos la arrancaron. No había camino y estaba lleno de abrojos, no había por donde salir. Mientras se oscurecía, la Rosa comenzó a llorar y comenzaron a venir a nuestras mentes los cuentos y los miedos. ¡Va a salir el león! O el huecudo, ese animal que atraía con el hálito a las personas. Estábamos al lado de un ojo de agua que había sido tan encantador más temprano. Ahora nos tenía muertas de miedo. La Rosa era muy regalona de su papá. Entrada la noche escuchamos cómo nos llamaban y, subidas en una roca, contestábamos al grito de Roooooosa, EEEemmmma. Yo me subía a un peñasco alto. La Rosa a otro y gritábamos: ¡Aaaaquiiii estamoooooossss! ¡Aaaaquiiiiii estaaamooooossss! ¡Hasta que al fin nos encontraron! ¡Suerte para nosotras!

Al preguntar a los lugareños dónde estaba ese lugar paradisiaco no supieron contestar y dijeron que tal lugar no existía, porque ellos conocían de tramo en tramo los cerros y nunca habían visto lo que nosotras contábamos.

Cuando habían pasado cuatro años de esta vivencia, ya no nos quedaba ropa ni sábanas que hacíamos con los saquitos de harina. Tampoco cama, porque una noche en que los papás conversaban animadamente el burro se comió la chala, que de eso eran hechas las camas, de las hojas del choclo. Y solo nos dejó la mitad de la cama.

Mi papá tenía cinco hermanos y llegaron un día a buscarnos a todos y ahí terminó la vivencia de la minería. Después volvimos a nuestra casa rodeada de parcelas y viviendo con mi abuelita, mientras se encontraba un trabajo para comenzar todo de nuevo... Ir a recoger papas, trabajar con alguna familia rica, en fin, lo que se presentara para ayudar a la casa. Nunca pude ir a la escuela, algo que tanto deseaba en la vida, sí pude ir a la comunión porque la monjita a donde iban mis hermanos me invitó y podía ir los sábados cuando la patrona me daba permiso. Solo tuvimos que comprar el nardo para hacer la primera comunión, de la monjita recibí un santito de recuerdo. Con unos ahorros que tenía, fuimos a la plaza con mi hermana y nos sacamos una foto.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2007

EL CÓNDOR NUNCA PERDIÓ TANTO TIEMPO COMO CUANDO QUISO ENSEÑARLE A LA TENCA

Cristian Geisse Navarro (30 años)

Vicuña

El cóndor nunca perdió tanto tiempo como cuando quiso enseñarle a la tenca. Eso yo lo escuché tantísimas veces antes de entender qué diablos era lo que esas palabras significaban. Ahora que ya estoy viejo, sé perfectamente qué era lo que la Raquel me quería explicar hablándome así. Y para que ustedes también lo entiendan, tengo que empezar contando que soy brujo. Sí, créanlo, paisitas. Yo soy de la temida raza de aquellos a los que llaman brujos y que tanto miedo dan a los niños que nos oyen cantar mientras aleteamos bajo la luna llena. Y está bien que sientan miedo, porque si volamos, es porque llevamos un pellejo de chiquillo a modo de poncho. O porque nos hemos embadurnado con la grasa caliente de un carnero de dos cabezas. Y es que hay tanto truco que algunos escuchan decir, pero que nadie –o casi nadie– sabe si es de a de veras o si es cuento de vieja. Pero el brujo sabe que es cierto casi todo aquello que la gente oye decir sobre penaduras, pactos, aparecidos, entierros y asuntos de esa laya. Hoy en día, ya nadie cree mucho en todas estas cosas, más bien se ríen a mandíbula batiente y prefieren hacerle caso a todas esas patrañas que enseñan las escuelas o los masones o la tele o la radio. Supersticiones, dicen; folclor, dicen; cuentos, mentiras, embustes, dicen. Allá ellos: niegan cosas que son tan ciertas como que estoy yo mismo acá, sentado debajo de una higuera con una gallina negra en los brazos.

Siendo yo apenas un niño me enteré de sopetón que toditas esas historias eran verdaderas. Vivía yo en un caserío que llevaba por nombre Nuevo Infiernillo, porque al antiguo Infiernillo se lo había hecho desaparecer un brujo celoso y enamorado. Porque, créanme paisitas, cosas así son fáciles de hacer para el que sabe. Y los brujos saben. Como les decía: yo vivía en un rancho todo pobreza ahí en Nuevo Infiernillo. La vieja Raquel me había recogido de la mitad de una quebrada donde fui a parar, porque mi madre nunca me quiso. O eso es lo que la Raquel me contó. La Raquel era mujer sola. Y tan fea era la señora que la gente decía que tenía tratos con el diablo. Lo más seguro es que nadie pudiera jamás probar que tamaña calumnia era verdad. Pero era verdad.

Conmigo era un pan de Dios. Y me crió a lo campo: mitad varillazos y coscorriones, mitad arrumacos y engaños. Nunca me faltó leche en la mañana, porotos al almuerzo, churrasca a la once, charquicán a la comida. Nunca me faltó tampoco el dulce de membrillo, la mermelada de damasco, la granada chorreándome por los brazos. No pasaba frío en las noches y siempre tuve chomba para la helada y poncho para la lluvia. Todo porque la Raquel me quería como su hijo. O su nieto, que es aún mejor. Aunque ahora tengo muchas más cosas por las que agradecerle, esperen un poco y ya sabrán.

Lo que más me gustaba de ella, siendo yo apenas un niño, era que fuese tan re buenaza para contar todo tipo de penaduras y casos. Yo me quedaba con ojos de tucúquere escuchando las historias de El Cuero, ese monstruo fiero que se había chupado al finado Lagos cuando a la mitad de la cordillera se acercó a tomar agua en la Laguna Amarilla. O la de la Coca Mula, esa bestia con cara de mujer y cuerpo de burro que caminaba bajo la luna llena en la Vega de las Ñipas. O la de La Llorona, un ánima en pena que se paseaba por las calles de los pueblos en la noche, buscando a sus tres hijos que se le habían ahogado uno tras de otro, mientras ella lavaba a orillas del Estero Izquierdo.

Un día se me ocurrió preguntarle, ya algo más grande, si todo aquello era de verdad cierto. Ella me miró con una mirada que no sé cómo decir, pero que tenía algo de maña y algo de burla. Sorbió el mate, escupió al fuego y en vez de responderme nada, me dijo “ya es hora de que sepas algo que me tiene muy curiosa contigo, chiquillo de moledera”. Fue esa tarde cuando se me abrieron de verdad los ojos y empecé a ver todas esas cosas que la más de la gente solo puede escuchar decir. Se metió al rancho, me trajo una chomba y me pasó un paquetito amarrado con pita negra. Me dijo “llévaselo a don Severino, niño. Dile que vas de parte mía y que es cosa urgente. Si te dice que te esperes, vuelve a golpearle la puerta hasta que salga. No te olvides de usar estas mismas palabras: que es cosa urgente”. “¿Pero tan tarde quiere que vaya, misía Raquel?”. Yo le preguntaba eso, porque en realidad me daba un miedo rematado partir a esa hora al rancho de don Severino, que quedaba más allá de Los Guanacos. Y no era lo lejos que quedaba lo que me pareciera mal, sino lo brujo que la gente decía que don Severino era. “¿No te estoy diciendo, chiquillo? Partiste no más. Y háceme todo lo que te dije que hicieras”.

Partí para allá, cuando el sol ya se iba perdiendo en la cordillera. Con el alma en un hilo iba, pero haciendo de tripas corazón, porque la Raquel me había enseñado a obedecerle en lo que fuera, tan diablaza era ella. Llegué al destartalado rancho del viejo aquel, cuando el sol ya se había escondido y cuando las velas hacían bailar la luz adentro de la casa tan vieja en la que vivía. Tuve que tragarme el susto para golpearle fuerte, con fuerza de hombre grande, la puerta seca que parecía se iba a caer con cada golpe. Al principio, no se escuchaba nada, cosa que me puso contento, porque ni les digo el miedo que yo sentía y las ganas que tenía de que no hubiera nadie. Pero golpeé de nuevo, todavía más fuerte, porque como les decía, bien enseñado a obedecerle me tenía la señora. Grité “don Severino, le traigo un recado de misía Raquel” y escuché entonces ruidos allá adentro. Y nuevamente silencio. Tuve que golpear de nuevo, más fuerte y más fuerte, ahora de miedo y no por obedecer. “Don Severino, dice misía Raquel que es cosa urgente”. Entonces escuché su voz de pájaro viejo. “¡Y qué mierda quiere esa vieja chuchona, dile que estoy ocupado!”. Se me pararon todos los pelos del cuerpo porque presentía que cosa linda no iba a ver en lo que seguía. “Vengo a entregarle un encargo que ella me dijo es cosa urgente, don Severino”. “Por la cresta máquina, espérate niño”. Y sentí entonces ruidos de golpes y de cosas que se caían cerca, cada vez más cerca. Se abrió la puerta y al principio no quise creer lo que mis ojos veían: a la luz triste de las velas, pude ver, créanme paisitas, al viejo ese con la cara dada vuelta para el lado de la espalda, todo el cuerpo brillando y embetunado con una grasa espesa, a poto pelado, mirándome con ojos de diablo y el culo para el mismo lado de la cara, mientras me decía “Pásame para acá, niño del diablo, y ándate antes de que me arrepienta”. Pálido como un fantasma, le pasé el encargo y como me quedara como un palo ahí al frente suyo, me gritó “¡Y dile todo lo que viste, porque para eso te mandó la vieja esa! ¡Partiste, mierda!”. Con lo que salí corriendo hecho un basilisco, a la mitad de lo oscuro, saltando piedras y asombrado de no sacarme la recresta con eso de no ver nada a la mitad de la negrura. Llegué a la casa resoplando al rato, pero sudando helado, mudo y sin saber qué decir. La vieja Raquel estaba ahí afuera, con el mate entre las manos, frente al fuego. Como me viera con unos ojos tan abiertos que lechuza parecía, me dijo casi riendo: “¿Cómo te fue, niño? ¿Qué cosa fue lo que viste que vienes blanco como ánima en pena? ¡Dime, niño, no te quedes callado!”. Y cuando yo le conté la cosa esa tan rara que yo había visto allá en el rancho de don Severino, se le fue un poco la risa y dijo: “Así es que puedes ver”. Escupió al fuego y entonces le escuché por vez primera: “Qué bueno fíjate, qué bueno. El cóndor nunca perdió tanto tiempo como cuando quiso enseñarle a la tenca. Yo ya pensaba que me estaba gastando contigo por las puras”. Fue ahí cuando supe que yo iba a hacerme brujo por las malas o por las buenas. “Mira muchacho, eso que viste era lo mesmito que yo quería que vieras” y se rió con los pocos dientes que le quedaban. “Don Severino iba a salir a volar, porque más rato sale la luna llena. Se había embetunado con una receta que yo también me sé y se había sacado la cabeza para partir a volar con las orejas bien crecidas”.

Yo la escuchaba con la boca abierta y los pelos de punta. “Como tú lo pillaste en los preparativos, recién desatornillado del cuello, se la tuvo que poner a la rápida y salir a abrirte así, con la cabeza mal puesta”. Soltó una risa tan fuerte que hizo que los pájaros volaran de los árboles. Después me preguntó “¿te gustaría salir a volar una noche de éstas”, y como yo asentiera, lleno de miedo pero también de gusto y gana, volvió a soltar la risa para decirme “pues de buena te salvaste, niño, ahora no más te queda aprender bien las cosas que te puedo enseñar”. Y tan bien me enseñó la buena Raquel, que ahora bien sé que si en vez de asentir, me hubieran echado a llorar negándome a todo eso, ahora no podría estar acá contándoles lo que les cuento.

Decirles todo lo que aprendí desde entonces hasta ahora sería cosa de nunca acabar, aunque tal vez ya se dé el tiempo para que lo haga. Pero hoy sí que no puedo. Y por una muy buena razón, ¿y es que acaso alguno de ustedes sabe qué hacer con una gallina negra, toda negra, patas negras, pico negro, plumas negras, a las doce en punto de la noche de San Juan? Pues aquel que lo sepa, comprenderá por qué no puedo ahora terminar de contarles mis historias. Les anuncio eso sí que me queda por caminar mucho esta tarde, hasta un lugar donde no se escuche el canto del gallo, trazar tres círculos en la tierra, uno dentro del otro, y justo a media noche ponerme a gritar con todas mis fuerzas: “¡¡¡Vendo esta gallina negra!!! ¡¡¡Vendo esta gallina negra!!!”.

A ver si después de que pase lo que sé que va a pasar, pueden reconocermé.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2008
LAS ENAGUAS DEL CURA

Jorge Torres Galleguillos

Vicuña³

En este día he quería contarles una historia, es netamente verdad, de esa verdad verdadera, no vayan a pelarme después que soy mintiomano.

Es la historia de un curita 'e mi pueblo, que por culpa del estoy 'onde estoy.

Tampoco crean que voy a hablar mal de un curita, solo voy a contarles las locuras de un padrecito de mi tierra que era traficante honrao y tenía la venia del mandinga, pero él es un santo, todo lo hacía por Santa Trinidad.

Venía yo bajando por el Camino del Indio, allá en la cordillera, cuando de repente sentí una oía a azufre que me llegó a coser las narices. Entonces eché cuerpo a tierra asustao, porque cuando llega ese olor es el Cola 'e Flecha que anda cerca. Más asustao que monja con atraso, miré de reojo por si lo veía y adivinen a quién vi: al curita, don Hermógenes Estanislao del Tránsito, y al frente a un señor de paltó, cola larga y unos cachos como'e toro de exposición.

Casi me llegué a miar con la impresión, pero seguí sapeando. En eso el curita le dio el manso abrazo al Cachúo y le pasó los cinco en señal de sellar un pacto. Despué' de eso, el Cachúo sacó 'e su paltó unos rosarios y unos santos y se los dio al curita, y el curita levantó sus enaguas y sacó de ellas las confesiones con los secretos de los hacendaos 'el pueblo y ahí me enteré de hartas cosas, como por ejemplo: que on Basilio Hurmeneta tenía romances con oña Cleo, esposa'e on Aparicio, presidente de la junta'e vecinos. Oña Cleo, por otro lao, era la directora del colegio 'e señoritas'e la frontera. A on Floridor se le quemaba el arroz y el que hacía de hombre era on Santiago Pizarro, hombre muy apuesto, cotizao por todas las mujeres del pueblo, era rico y soltero.

No les cuento más confesiones pa' que no igan que soy copuchento.

Una vez que se fue el Cachúo, me juí pensando en lo que vi y escuché y estuve varios días encerrao en mi rancho; me daba más hueltas que trompo cucarro, lo vivió. Entonces decidí ir pa' la iglesia a ver al cura. De manto al lomo y chupalla a las cejas, me juí a encararlo. Cuando llegué allá, ahí estaba el curita, en el púlpito, recolectando información pa'l Cachúo y yo me pregunté: ¿Cómo un hombre santo pue trabajar pa' los os bandos?

Y entré al púlpito con ganas e retar al cura, le ije cuantas verdaes, pero mi suerte jué otra, salí como perro apaleao con la cola entre las piernas y bien sermoneao; es que el on cura me dio un discurso como si hubiese sío el mismísimo Papa.

Me retó y me ijo que a la otra me excomulgaba por sapo. Tuve que rezarme tres Padres Nuestros, cinco Ave María y dos Rosarios completitos y entre tanto rezo y rezo se me prendió la vela y me dije a mí mismo: si el diablo puee ¿por qué yo no voy a poer? Así que me juí a convertirme en el cola'e flecha, agarré a tizeretazo un abrigo viejo que tenía pa' ser el paltó de cola, me amarré en la chupalla unos cacho'e un chivo que había hecho charque, me conseguí un poco de azufre pa'l olor, le corté los pelo de cola al perro y me hice la oña barba. Acto seguido, saqué una botella de pisco de la del burro y me mandé un pencazo crucifícao hasta verle la cara al Cristo pa' que no juera pecao y me juí pa'onde los hacendaos, pensando que luego iba ser muy rico. La primera pará la hice onde

³ Nota: Algunas obras no incluyen todos los datos del autor(a) (edad y comuna) debido a que no se cuenta con esta información. Se ha optado por incluir el curso de enseñanza escolar cuando se tiene este dato.

ña Cleo, que estaba recogiendo las enaguas e la sogá, salté e etrás ela higuera y la pobre eñora casi le dio un soponcio de la impresión y mientras gritaba “no me lleve, no me lleve”, aproveché de pedirle cuanto oro y plata ella tenía. Me hizo más cruces que las que había en el cementerio, pero al ver que no me corría, me llenó un saco con cosas, me juí más contento que burro en primavera aonde mi siguiente víctima.

Saltando pircas y cruzando cequias, me encontré a on Basilio y cuando iba cerrando la puerta de su casa, le planté un grito que llegó a cagase ‘e susto. “Pídame lo quiera eñor”, me decía, “pero no me mate, no me lleve pa’l infierno”. Yo le ije que por mientras no me lo quería llevar, pero que podía decirle al pueblo un par de secretitos que sabía de él, entonces él me pasó varios meloncitos. La cosa estaba buena; al final, el cura no era tan malo, porque de no ser por él, yo seguiría siendo empelotao.

En una casita en la lomita de un cerro, vivía Floridor y adivinen con quién estaba tomando té con galletitas: con on Santiago. Una de poemas que le decía, que on Floridor ya cortaba las huinchas. A too esto, ya se hacía la noche y cuando se jueron pa’la pieza a conversar, yo les tranquilé la puerta y comencé mi arduo trabajo. Agarré la caena el perro y la hice sonar en el suelo. Vieran cómo gritaban esos dos, como dos niñas e quince. “Pídame lo que quiera, on mandinga”, me decían, y yo que no soy naè tonto, aproveché y me hice e varios terrenitos. La cosa iba bien, pero podría ser mejor. Terminé ‘e visitar a toos los confesao’, me juí a dormir pa’lotro día ir a buscar más secretos; total, ya era un traajo y más honrao que el del cura.

En la mañana tempranito, apenas cantó el gallo, me leanté, pero parece que con la pata izquierda. Manto al lomo y chupalla a las cejas, me juí rapiito pa’l Camino del Indio, pa’ escuchar la información. El curita ya se estaba arreglando las enaguas, quizás cuántas confesiones traería entremedio. Yo me sobajeaba las manos igual que mosca en leche; en eso, el curita se sentó en una piedra y el Cachúo apareció. Un poco enojao venía el mandinga y penquiando al cura le decía que otro se le había adelantao en el traajo y que estaba muy cerca de aquí y apareciendo a mi espalda, como un relámpago, me miró fijamente a los ojos. Me cagué y me meé del susto. Me pescó del pellejo el culo y me llevó onde el cura.

¡Padrecito, padrecito, sálveme!, le imploraba yo al cura y el cura desgraciao me hizo la media tapa. Me ijo “huaso bruto, yo te lo había advertió, así que ahora te vai excomulgao”. “Es todo suyo, don Sata, este huaso quiso ser diablo y como diablo se va pa’l infierno”. Entonces el Cachúo me lleo pa’onde tenía guarda las cosas y me las quitó toititas. Me llevó al pigüelo y me ijo: “Hora te vai pa’l infierno como juiste diablo, te vai a encargar de servirme pa’ siempre y si no me hacía caso, te quemó vivo. ¿Estamos claro eñor?”. Y por ambiciao a puntaè pata po’l culo, me llevó pa’ su caldero.

Ahora la pago injustamente y el curita quetito, haciendo güenos, negocios vive feliz, comiendo perdiz.

Y en su iglesia toos los santos que el diablo le trae quetitos y sonrientes y la gente no tiene idea que se los paga con sus confesiones.

¡Uta qué tengo mala pata por la cresta y ahora cómo salgo de ésta!

Esta historia que les conté e’ la peritita verdad. Traten ‘e no buscarme pa’ saber más de esto, porque onde yo estoy los inviernos se pasan calentito y no les sigo hablando porque tengo que ir a sacarle brillo a los cachos del mandinga y en cuanto al cura, no le deseo mal, pero ojalá que se enrede en las enaguas y se les caigan todas las confesiones en plena misa, por chueco.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2009

LA QUELITA PUERTAS ADENTRO

Nino Cuevas (35 años)

Salamanca

A la Quelita la educaron como se educa a una parra, un rosal o una buganvilia, un árbol cuyo destino es torcer su belleza en la búsqueda del sol. Su guía era su padre, don Queno, que hacía la pega de taita con la misma dedicación de parcelero, campesino y criancero, temido y respetado. Ni el colúo tenía peor genio, decía la gente, que al verlo pasar con el rostro ensombrecido con los tragos y la chimba de tres días, evitaba el camino que lo traía de vuelta al rancho. Y la Quelita, un modelo de virtud ignorante, inocente y virginal, conociéndole sus mañas, le preparaba la senda al lecho, arrimando cuanto se interpusiera entre él, la puerta y la cama. De ahí en más, dos jornadas durmiendo la mona, echando humos por los cuatro costados, mandando y gritando desde que amanecía hasta que se entraba la noche bien por la tarde.

¡Utas! Quelita, cruel destino. ¡Utas! Mi niña de las crines rubias como el choclo y un cuerpo florecido tan temprano, que apenas dejaste las muñecas en el rincón de tu pieza, los hombres ladinos soñaban con tu piel en guayacán tallada.

Un día de aquellos en que el sol asorocho los ánimos del cuerpo, llegó por el polvoriento camino un turco como los que había visto en las tiendas de Salamanca en Semana Santa. Vistiendo un curioso y llamativo ropón, arrastrando una mula barbada como él, cargada de ollas y bártulos pa' la venta. Se detuvo frente al portón de don Queno a preguntar por agua fresca y tratar la compra de un caponcito del cabrerío populoso que el hombre mantenía en sus corrales.

—Buen día, señorita.

—¡Holas, pues! ¿Qué se lei ofrece, oiga?

—Vengo porque tratamos con su taita un caponcito. ¿Es usted la Quelita?

—Así no más es. Pero mi taita no está, oiga.

—¿Y será que podré esperarlo a don Queno, señorita? Si agua fresca me das, Dios te bendicirá todos los días.

—Sí, claro, pásele no más oiga, y ahí en el pozo podrá tomarse un buen sorbo de agua.

Arrimó el hombre extraño su mula y siempre sonriente, con la dentadura blanquísima y completa, tan distinto y cordial en el trato, se acomodó a la sombra de un gran boldo en el patio de los Cruz, que ése era el apellido de la familia.

Mientras la Quelita continuaba con su labor, notó que el turco la miraba con algo más que curiosidad. Sin malicia, pero como atontao. “Yo no sé si fue por el calor. Si no hace comentario será porque no hay nada que decir, Quelita. Y este sol que se cuele por la falda y ese hombre que me mira”.

No tardó don Queno en volver de la parcela. Saludó entre bromas al amigo y lo llevó hasta la majada a escoger el animal. Y se contentó con un capón color ceniza, cuyo valor quedó en \$20 y un saco de alpiste pa' los pollos.

Antes de despedirse y partir por donde vino, dijo el hombre:

—Con todo respeto, don Queno, no sabía que en su campo se guardaba tan linda flor.

—Mire usted, Fahed, no me venga con huevadas, oiga. Ésa es mi hija y es para un cristiano de güen nombre, no pa' un turco sin creencia.

—No se me enoje, majitus. Yo no más quería...

—¡Quería nada! El trato llega hasta este condenao y se acabó —terminó el tema don Queno, señalando al caponcito—. ¿Y tú qué mirái, cabra tonta? Despidete del señor y anda a hacer lo tuyo, pájara —ladró.

—¡Sí, papito! Adiós, caballero.

—Mucho gusto, señorita —correspondió el hombre, estirándole la mano al tiempo que, muy secretamente, le entregaba a la Quelita una fina chuchería, cautivando el corazón de la moza, que corrió hasta el más profundo rincón de la casa a mirar, tocar y sentir largamente aquel presente.

Los días pasaron y la Quelita, como sonámbula, se perdía en cavilaciones que intentaban comprender estas nuevas inquietudes de su alma. No podía entender qué le había hecho merecedora de estos halagos y más. Su corazón, enraizado por la chéptica del deseo, comenzó a pedirle, a gritarle al Dios Todopoderoso un nuevo encuentro con el hombre extraño. Y así fue.

Pa' las veranadas le agarró una fiebre tan fuerte y tan rebelde que no pudo acompañar a don Queno en la comitiva que estaría perdida en las altas cordilleras por semanas. A regañadientes y echando puteadas por la boca, don Queno aceptó el hecho y se encaminó con tíos y sobrinos a la cabeza de su tropa, dejando a la niña en los cuidados de la casa. “Y las cosas se dan solas, Quelita, como el fruto silvestre, como la hierba que mejora”.

Un buen día, cuando habían pasado los peores momentos de enfermedad, se esmeraba en la rueca con la lana trasquilada que esperaba por su paciencia y sus dedos finitos como primores. Tan metida estaba en sus asuntos, que no oyó que llamaban al portón. Y el hombre extraño halló una buena excusa para abordar el domicilio y sorprender a la querida, mientras que la Quela canturriaba una canción de amor mexicana. Unas manos poderosas se posaron en su cuello. El calor confundió los sudores y sus ojos se volvieron hacia el ardiente asaltante. Él no dijo ni una palabra. Tanta falta no hacía. La niña, en cambio, atinó apenas a esbozar una cándida protesta que hizo al hombre sonreírse una vez más con su cara de moreno Pedro Infante, lo que bastó para que sus brazos quisieran enlazarlo y apretarlo contra sus tiernos senos. La besó. Y la Quelita supo entonces qué era un beso. Prometió arrancarse con ella aquella misma noche, mientras que sus manos avanzaban por sus muslos. Le dijo incluso que la amaba, pero el dolor era tan grande y desquiciado a la vez, que casi se desmaya sin comprender siquiera el significado de esas palabras, sólo palabras. En ese pequeño espacio que dejaba cada respiro de los dos amantes, para ella el deseo de mirarlo era poderoso y urgente, estar atenta a sus latidos, sentirlo entrando en ella como hasta el fondo de su espíritu una y otra vez, que nunca jamás, lo juro, nunca antes, se supo de tanta dicha en esos lados.

Cuando hubo terminado, el hombre extraño se vistió en la pesebrera. Y antes de marcharse había dicho “en la noche vuelvo por usted, Quelita. Me la llevo para mí. Guarde sus cositas”.

Y ahí quedó la Quelita, largo rato sujetando sus pudores con las manos, queriendo retener hasta secarse lo que el hombre había dejado ahí dentro. Colgó sus enaguas en la silla de su cuarto y miró largo rato la mancha de sangre habida en ella. Y cuando los últimos espasmos ya se habían ido, decidió juntar sus pocas cosas a la espera del buen raptó. Oyó de pronto los postigos de la puerta y salió corriendo con la bolsa en la mano. No era el ser amado. “¿Viste, Quelita? De sorpresa, se dejó caer tu taita por la casa”.

—¿Y vos, pa'ónde vay, huevona?

—Pa' ningún la' papito.

—¿Cómo que pa' ningún la'o? ¿Y esa bolsa con ropa?

—Es pa' lavarla, papito.

—¿Lavarla y a estas horas?

Entró el demonio en su pieza, olisqueando como los perros, preguntando al mismo tiempo ¿con quién estuviste?

—Con nadie, papito.

—¿Con nadie, ah? ¡¿Y esa sangre en tus enaguas, PUTAAAAAA?!

Justo después de que el rancho se poblara con los ecos castigadores de la furia y en la faz de sus mejillas llenas de lágrimas la mano poderosa de don Queno, aparece el Tino a contar lo que había visto y oído en la cantina: el Turco, que ya estaba medio pasao pa' los tragos, estaba contándole a los parroquianos que había desflorado a la Quelita.

Al escuchar esto se echó a correr locamente por el camino, no sé yo con qué fin, la Quelita. Yo creo que, más que salvar el agravio, deseaba huir con él sin importar ya nada. ¡Corre, Quelita! ¡Corre! Mira que tu taita lo alcanza con el alazán al galope; y te tiró al camino con un fustazo bien puesto en tu espalda. Y ahí quedaste, tiritando como perro que se muere, tratando de pararte para volver al paso a la casa, a esperar lo que viniera. Rezando.

La gente cuenta que llegó don Queno al Tropezón Cantinero, y que a gritos hizo salir al turco a la calle pa' arreglar bien las cuentas.

Envalentonado por la chicha, le gritó un par de cosas en un idioma que nadie sabe, pero no alcanzó a hacer nada el hijo de Alá. Para ser justos, ya estaba bien cocido el hombre. Así que don Queno de un cachetazo lo largó al suelo, donde finalmente, con fuerzas descomunales, lo repasó con una piedra que encontró a la mano y que pesaba como ¡50 kilos! La recibió en el estómago, el Turco, de manera que todos concuerdan que se murió ahí mismo, casi al tiro, partido en dos. Con lo cura'o que andaba, yo creo, Quelita, que no se dio ni cuenta de nada.

Una sombra en el alma se le cruzó a la Quelita cuando sintió los postigos del portón, pero no se atrevió a salir pues el padre, encendido por el odio, no tenía forma de que alguien lo parara. Sin embargo, golpeaban la puerta tranquilamente, como alguien que buscaba por otros asuntos.

Salió a abrir y no fue su sorpresa cuando vio al hombre extraño parado en la calle, mirándola con sus ojos apagados. Quiso la Quelita tirársele encima para componerle la esperanza en el rostro y sus ojos, pero él retrocedió.

—No puedo irme con usted, Quelita. No puedo.

—Pero mi dulce turco, ¿qué pasó con mi taita?

—No puedo irme, Quelita. Ya no puedo llevármela —le decía mientras se perdía entre las sombras del camino.

Ella se adelantó para agarrar sus cosas y seguirle el paso al hombre amado, cuando otra vez y roncamente golpearon el portón de su casa. Y golpeaban tan fuerte que yo pensé que era mi Taita, Ninito. Pero no, no era mi Taita, eran los gendarmes que venían con pistolas y escopeta buscando a mi papá, porque había matado a mi turco hacía como una hora atrás.

Estas cosas me las contaba la Quelita, cuando me enseñaba cómo amar a las mujeres en la carne. Tenía yo catorce años y para convivir con su recuerdo hasta mi muerte, ella, que había llegado de Tranquilla a trabajar puertas adentro en mi casa, terminó en mi cama de una plaza donde, desnudos y cansados deliciosamente, rodeó mis inicios como hombre con historias y leyendas con las que aún convivo.

Un día alguien golpeó la puerta de mi casa y la Quelita no apareció más. Dejó sus ropas, sus tejidos y su voz callada rondando en los pasillos y en mi cuerpo.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2010

CAMBALACHE

Carlos Arnoldo Toro Ponce (71 años)

Vicuña

Casi todas las personas viven la vida en una silenciosa desesperación

HENRY DAVID THOREAU

Así nomás jue, don Carlitos. Nosotros perdimos todito lo que teníamos por allá en Alcoguz.

Como le estaba diciendo, mi abuelita, doña Fabiola, bonito nombre tenía mi abuelita, ¿verdad, don?, cuando ella murió, tenía, si mal no recuerdo 105 años. Estaba arrugadita como una pasa, pero tenía muy buena memoria, pero no tanto como la que tenía don Máximo Zárate, el hombre más rico del valle, si hasta las aguas del río, ese río que parte desde los cerros grandotes por allá arriba en la cordillera, decía que eran suyas, y todo el mundo le creía lo que él decía, ya que además de rico hacendado, era juez de paz y, según decían los que más lo conocían, fue un famoso picapleitos en su juventud por allá en la capital.

Como don Zárate era la persona más letrada de Alcoguz en aquellos años, nosotros creíamos todo lo que él decía. El padre de mi taita, es decir mi abuelo, mi papá y nosotros —los cabros chicos— sólo llegamos hasta tercer año de preparatoria, ahí en la escuelita que estaba en el Pabellón, cerquita de aquí nomás. En esa escuelita existía un solo curso y ahí estudiábamos revueltos todos los cabros: grandes y chicos, niños y niñas. Sólo había un profesor, don Gervasio Peralta, un hombre medio curco, enclenque y con una nariz enorme parecida al pico de un tiuque, de canillas flacuchentas y que tosía como un condenado. Un día cualquiera, el profe paró las patas y se nos jue pa'l patio de los callados, dicen que se murió del malacate. Se tuvo que cerrar la escuelita por varios meses, hasta la llegada de uno nuevo. Así que usted comprenderá que casi toditos en el poblado, y sólo con tres años de estudios, apenas sabíamos deletrear el abecedario y, cuando más, cantar como loros las tablas del 1 al 10.

El patrón hizo quemar todos los utensilios personales del profe, incluso los libros que usaba para enseñarnos, por temor, dijo, a que se les pegara la tisis a los niños. También ordenó a uno de sus peones azufrar el que usaba como dormitorio don Gervasio y la salita de clases pa' matar a todos los bichos infecciosos, microbios los llamaba él, para evitar todo tipo de contagio. Mi abuela quería el par de frazadas que protegían del frío nocturnal el cuerpo esmirriado del profesor, pero el patrón también ordenó quemarlas.

El patrón, don Máximo, leía mucho y nos leía las noticias que traían los diarios de la capital para que toditos estuviéramos al tanto de lo que pasaba en el país. Una vez a la semana partía hacia Vicuña en su cacharro, un Ford viejo de color verde, que resoplaba como condenado cuando regresaba por el camino terroso que serpenteaba como culebra orillando los cerros desde Rivadavia hasta nuestro pueblito, que en ese entonces era re chiquito. A veces el patrón llegaba hasta Rivadavia con su autito y ahí tomaba el Elquino hasta La Serena. De vuelta traía un montón de libros, revistas y diarios y entonces, casi siempre los domingos por la mañanita, que era el único día para descansar, en la plazuela, justito al pie de la iglesia, nos daba cuenta de lo que decían *El Diario Ilustrado*, *El Mercurio* o *El Día de La Serena*. Claro que nos leía solamente de día, pues por allá, no como ahora, no existía luz eléctrica, solo nos alumbrábamos con chonchones a parafina.

Mi taita, puchas que tenía cachativa mi viejo, hacía unas lámparas de carburo con un par de tarros, uno de salmón y otro de sardina, que alumbraban más que los chonchones. Sepa usted que cuando usábamos los chonchones por la noche, toditos amanecíamos con la cara más sucia que no sé qué y los hoyos de las narices taconeadas de hollín.

Eran otros tiempos, don Carlitos, si hasta para obrar teníamos que ir hasta el fondo del huerto y, la verdad, no era un huerto, era sólo un peladero. Y allá en el fondo, detrasito de unas mollacas donde al mediodía a los rayos del sol retozaban algunas iguanas de pecho colorao, ahí mesmito hacíamos nuestras necesidades. Pero eso sí, y esto es verdad, aunque usted no lo crea, el culo nuestro era más sabio que cualquiera de nosotros, ya que nos limpiábamos el hoyo con papel mercurial y de *El Diario Ilustrado*. A pesar de esto, solo uno de mis hermanos, el Gustavo, ese que de niño tenía la cara de zorzal brevero y que toavía sigue de gañán y de peón al peo en el fundo de los Zárate, salió momio por limpiarse por años el traste, y no se ría usted, don Carlos, con hojas de *El Mercurio*. Los diarios los traía mi abuelita pa' la casa, ya que ella una vez a la semana hacía el aseo en la casa del patrón.

El patrón era regüena persona, según comentaban mi abuela y mi taita. Cuando al atardecer tomaban su mate junto al brasero... ¡Ah!, olvidaba decirle que mi santa madre murió cuando parió a mi hermana chica, la Violeta, esa es la más pichusca de la familia. Esa niña, al parecer, salió con vocación de servicio, porque toda su vida ha sido empleada doméstica. Desde que murió mi mamá, nos crío a toditos mi Mama Vieja, así le decíamos a mi abuelita, porque para nosotros era una muy buena mamá, pero un poquito más vieja. Sí, los dos viejos, mi abuela y mi taita, querían al patrón, porque de vez en cuando, sobre todo pa' la Pascua, nos regalaba algunas pilchas pa' toda la familia.

Lo que no sabían era que don Máximo era re mañoso, ya que siempre estaba al aguaito pa' joder a alguien y, finalmente, nos jodió nomás el futre aquel. Un día le dijo a mi abuela: Mira, Fabiola, yo te conozco desde hace mucho tiempo, prácticamente de toda una vida y te estimo bastante, porque has sido una buena mujer para conmigo y tu familia es honrada y honesta. Eso yo lo aprecio mucho, por lo tanto, Fabiola, te propongo un trato. Escucha bien lo que voy a decirte: tú sabes que no tienes nada en esta vida, nada donde caerte muerta, pero yo te prometo que cuando mueras tendrás tu buen ataúd y de muy buena madera. Todo eso a cambio de tu campito que no sirve para nada; como tú lo ves es solo mala tierra árida y sin agua. Además, el flojo de tu hijo nunca la va a trabajar. ¿Qué te parece el trato, mujer? Oh, por supuesto tendrás una buena misa y un muy buen velorio, eso te lo prometo, querida Fabiolita.

Eso es lo que le dijo el patrón a mi Mama Vieja, días después de que ella cumpliera los ciento cuatro años de edad y ella se lo creyó a pies juntillas. Se lo creyó, porque ella confiaba en don Máximo y, además, ella siempre soñó con un buen funeral, con misa y con un buen ataúd de madera. Cuando se lo contó a mi taita, éste al tiro le dijo que aceptara, porque era un buen negocio, ya que ni ella ni él tenían dinero suficiente para un buen entierro. Así que mi abuela puso nomás el dedo gordo de su mano derecha al pie de un documento donde estaba escrito su nombre y que para tal efecto había redactado don Máximo: el campito de mi abuela por un buen funeral cristiano y como Dios manda. También don Zárate le pidió a mi abuela aquellos papeles amarillentos donde estaba —de acuerdo con lo que nos dijo nuestro taita unos meses más tarde, cuando fuimos desalojados por los pacos de nuestro rancho— registrada la legitimidad de la tenencia del campito de los López de Alcoquaz.

Una semana antes de que mi abuelita parara las chalas, el patrón llegó desde Vicuña con un muy buen ataúd, forrado por dentro con un género blanco y muy suavcito y con un buen olor a madera nueva, uno de los mejores que había construido un tal Galleguillos, que era, así lo dijo el patrón, el mejor mueblista de la región. Llegaba a brillar el cajón de lo lustroso que estaba.

Mi abuela y mi taita emocionados estaban por tanta suerte. A ella le corrían algunas lágrimas por los surcos de su arrugada cara y el viejo de mi padre le dijo a mi Mama Vieja: “Viste, viejita, lo bueno que es el patroncito”. Sí, asintió la abuelita con una sonrisa. Lo peor de todo es que, al parecer, la vieja sólo estaba esperando la llegada de aquel ataúd, ya que seis días después la abuela Fabiola se murió.

Desde entonces, don Carlitos, nosotros, los López de Alcoquaz, no tenemos nada y siempre hemos trabajado en tierras de ricos y mucho menos de soñar con un ranchito propio. Así es la vida de los sufridos. ¿No lo cree así usted, don Carlitos?

Así terminó diciendo después de un largo suspiro quizás de resignación, para ponerle fin a su largo monólogo, aquel anciano de canoso cabello y de mirada triste. Luego tomó su pala para seguir laborando, como todos los días, en campo ajeno. Y con tranco lento se perdió tras un inmenso viñedo.

REGIÓN DE VALPARAÍSO, 2007
TIERRA DE HOJA
Cristóbal Antonio Gaete Araya (24 años)
La Cruz

Las hojas crujían en mis pies como los ladridos en mis oídos, mis pasos rápidos y sigilosos no lograban alejarme de la jauría de perros que corría detrás de mí, así como tampoco del rondín armado que imaginaba donde yo estaría para liberar su escopeta, no sólo matarme, sino matar el aburrimiento del pueblo, de las frías noches en que solo entraba a su guardia el rocío. El motor del patrón se adelantaba por el sendero, pero la máquina era incapaz de perderse entre los árboles; el foco jamás me iluminaría y yo ya tenía cuatro patas de perro para hundirlas en las hojas secas en las que caía naturalmente la fruta.

Silbé en el vacío de la noche, para que huyeran quienes me esperaban fuera de la parcela, para que corrieran, y el ruido de los ladridos que me seguían me impidió saber si las bicicletas partían o si ya lo habían hecho. No temí por ellos, hacíamos lo mismo desde niños, cuando el balón se pasaba a las vastas parcelas yo me metía por debajo de las rejas y les silbaba si venía el Coño, el dueño de la tierra de origen español; él odiaba vernos allí, pero no soltaba sus perros como los que ahora me seguían.

Divisé el riachuelo: mi salida. Me hundí en su pequeña canaleta y me volví un ratón que se cuela bajo las rejas que impedían hundirse en el agua oscura; imposible ser visto. Los perros y los vehículos pasaron de largo. Yo conocía el terreno, era mi terreno antes, yo había trabajado mucho tiempo allí como peón, pero ya no tenía trabajo, pues no me necesitaban para la cosecha, sabía hacer crecer el árbol pero ya mi espalda no podía cargar; la había gastado desde muy niño y por eso me había quedado sin nada para la temporada, no tendría cómo comer estos meses hasta que se sembrara otra vez. Uno hace lo que puede. Uno aguanta el aire cuanto puede, antes de tener que respirar otra vez.

Cuando salí del agua, los ladridos volvieron a comenzar y de nuevo corrí y el crujir de las hojas repicó en la noche. Yo iba seguro, sabía dónde estaba el hoyo de la reja; por ahí debía salir con mi saco de fruta, y la ventaja era la suficiente. Pero al llegar ahí, la salida estaba cerrada, uno de los cambios en mi ausencia. Cuando me giré, los perros venían hacia mí, varios metros más atrás llegaban el rondín y el patrón con sus armas. Imaginé mi cuerpo enterrado bajo la tierra, como una más de las hojas de los paltos, mi cuerpo como cimiento de los árboles, mi cuerpo detenido en esta parcela convertido en corteza; mis brazos entregando frutas y mis hojas meciéndose con el viento, rozadas por el sereno nocturno. Todavía no deseaba mi final.

Me detuve. No tenía salida.

Los perros se abalanzaron sobre mí.

Cuando llegó el patrón, los perros todavía me cubrían, y yo ya estaba hundido en las hojas. El rondín apoyó su arma en la tierra y vio el saco de paltas que llevaba. Le habló a su patrón:

–Está completo.

–¿Pero dónde está el?

Los perros habían reconocido mi olor cuando saltaban hacia mí, recordaron los juegos en que nos abrazábamos y nos perdíamos en las hojas secas; ellos también crecieron conmigo. Entre los gritos del patrón y del rondín sólo seguían a una figura indeterminada. El patrón se acercó a ellos y los felicitó con unas palmadas. Pero los perros no estaban acostumbrados a cazar, se habían acostumbrado a jugar. Yo esperé horas ahí hasta que todos cerraran los ojos y me volví una raíz que arrastraba sus brazos hasta alcanzar todas las paltas que habían caído de los árboles. Estas paltas no eran del patrón, eran de la tierra. Y yo era parte de ella. Salté la reja y caminé hasta la línea férrea. Ya no pasaban trenes de pasajeros, sólo de carga por mi comuna, demasiado alejada del progreso. Esperé la bocina y me perdí en el aire entre los vagones.

REGIÓN DE VALPARAÍSO, 2009
EL VALLE DE LOS PÁJAROS
Eugenio del Tránsito Verdejo Delgado (72 años)
San Antonio

Sin tener ninguna pretensión, este cuento sucede nada más ni nada menos que en el Valle de los Pájaros, ubicado entre las serranías del secano costero, donde habita un gran número de pequeños agricultores que están severamente castigados y empobrecidos por lo de siempre, los rigores de la naturaleza. Así y todo, se organiza una reunión y le cursan respetuosamente una invitación al señor Director Nacional de INDAP para que venga a conocer su extrema y difícil situación, a la cual el señor Director accede positivamente, respondiendo a vuelta de correo, fijando día, fecha y hora. Los agricultores están maravillados y empiezan los preparativos para recibir a tan connotado visitante.

De esto se enteran los pájaros y pajaritos del Valle, donde existe una gran colonia de tal fauna, por algo este lugar lleva ese nombre. Entonces, en una espontánea asamblea, deciden bloquear el camino de ingreso al Valle, que solo es uno; no con violencia, pero sí con mucho respeto, mucha paz y gran alegría, todo esto con el fin de presentar al señor Director de INDAP sus inquietudes y necesidades. Para ello deciden ubicar tres vigías del camino en lugares diferentes: la Perdiz se ubicará al lado oriente del camino; el Jilguero, al poniente; el Pequén, más o menos al centro de la distancia a cubrir, cerca de la caja estero, en aquel entonces seco, producto de la misma gran sequía.

En el día y la hora señalada, la Perdiz ubicada en su puesto de observación descubre una gran polvareda en el camino, pero a una enorme distancia con respecto de su ubicación. Y estando bien segura de que el polvo del camino es ocasionado por el vehículo en que viene el Señor Director de INDAP, da la alarma: lo vi, lo vi, lo vi, dijo la Perdiz; yo lo vi primero, dijo el Jilguero, y yo lo vi también, dijo el Pequén. ¿A quién vieron, cabritos?, dijo el Chorlito; al director de INDAP, dijo el Alcatraz. ¿Cómo lo sabes?, dijo el Colibrí; lo cacho al andar, dijo el Zorzal. ¿Cómo lo cachái tan bien?, dijo el Pidén; cuesta harto poco, dijo el Tococo. ¡No lo vis que anda quebrado!, dijo el Guairo; ¡hay que recibirlo súper bien!, dijo de nuevo el Pidén. De acuerdo, dijo el Cuervo; yo sirvo el vino, dijo el Pingüino; el señor Director de INDAP no toma vino, dijo la Paloma; yo le ofrezco un cafecito, dijo el Lorito; un café moro, dijo el Loro; déjense de leseras, dijo la Repiche; me da indignación, dijo un Gorrión; hay que hacer un escenario, dijo el Canario; eso es lo que yo quiero, dijo el Pájaro Carpintero. Saliendo de sus casillas, dio un solo picotazo y con maestría y destreza fabricó trescientas sillas agregándole una mesa. Y mandó a las Chiriguillas, volando raudo y bajito, a convidar a la reunión a los demás pajaritos, llamándolos de forma urgente y a todos los animales que quieran estar presentes.

Debajo de un verde sauce, donde el agua no corría, se congregó la asamblea alegre, como un fan club para darle la bienvenida al señor Director de INDAP. Todos estaban nerviosos. Para que nada se note, de negro se vestía el Jote. Cuando el auto se detuvo, el Jote se adelantó con toda cordialidad diciendo: bien vestido sea usted, señor Director de INDAP, ¡voy a hacerlo bien cortito, aquí le estamos esperando con una asamblea de pajaritos! El señor Director, consciente de que no era el lugar al cual se dirigía y viendo el orden y respeto que mostraban los pajaritos, decidió quedarse para vivir tan singular experiencia.

Fue tal la alegría que muchos trajeron flores. Celebrando al señor Director, cantaron los Ruisiñores. Todos querían actuar y pedían escenario en honor al señor Director de INDAP; muy bonito cantó un Canario y no podía faltar la presencia femenina y, aunque era un severo invierno, llegaron las Golondrinas.

En los cogollos del sauce, yo diría en lo más alto, tres Alondras esperaban que el Jote hiciera la seña para ser parte del acto. “Qué acto más maravilloso, anonadado me rindo, bajando las Alondras, cantando de rama en rama canciones del campo lindo”. Cantaron al director, vinieron a homenajearlo y, como no tenían brazos, no pudieron abrazarlo; pero quedaron contentas y llenas de felicidad de haber cantado ese día para el señor Director de INDAP. Para que no se les escape la fiesta en algún desborde, el Jote muy preocupado de continuo llama al orden.

Porque existe la certeza de que funciona un clandestino, donde un Pato Carrentino les vende vino y cerveza, el Jote desesperado llama al Zorro que es ladino. Lo mandó donde el Correntino con prudencia y sutileza, que le diga con franqueza si usted no se va Don Pato, boto el vino y la cerveza, sin tener ningún traspíe y como yo ando con hambre, yo me lo como a usted. El Pato fue muy sumiso, canchero a todo cabal se marchó más que ligero con su negocio ilegal, para buscar razones dijeron los gorriones y, a viva voz, gritaron que empiecen las peticiones; de acuerdo, dijo el Cuervo; un Gorrión que era vocero pidió al director de INDAP que interceda ante CONAF para forestar la pradera y tener más arbolitos para hacer sus pajareras.

Anote, señor secretario, dijo el Canario. Muy apenada llegó una Codorniz, pidiendo al señor Director que le ayude en un drama que destaca: está denunciada por contaminación acústica, la acusan de gritar muy fuerte cuando sale a vender chancaca, chancaca, chancaca.

Todo el mundo quiere hablar, pero no se va a poder, porque llegó una Cabrita corriendo a todo correr y sin tener ningún rubor le dice al señor Director que la trae un gran motivo: solicito un crédito blando, ojalá bien baratito, para comprar anticonceptivos, porque está muy cabreada de tener tantos cabritos. Receptivo el señor Director atendía a la Cabrita, cuando llegó otro pájaro metiendo mansa copucha y le dice al Director: yo soy la señora del Chunchu, se lo dijo en femenino, ¡yo soy la señora Chuncha! Y denuncio a mi marido que cada vez que se nos cura, ¡nos saca a todos la chucha! Ese es caso policial, dice el señor Director. ¿Llamo a los Carabineros?, dijo el Jilguero. Como siempre los Carabineros llegaron más que ligeros y se llevaron preso al Chunchu por tirarse a pucho.

El señor Director pide un minuto de silencio y comunica que todas las solicitudes serán resueltas positivamente en el más breve plazo y dice que se conversará con los agricultores.

Cuando se está retirando, millones de pajaritos lo despidieron cantando.

“Aquí termina este cuento,
si usted quiere me lo cree
de este viejo campesino
que apenas escribe y lee”.

REGIÓN METROPOLITANA, 1997

LURTERIA MATELUNA Y SU SINGULAR MUERTE

Amelia Salinas Arévalo (69 años)

Santiago

Lurteria Mateluna nació en una tarde calurosa de verano después de quizás cuantos meses, días o minutos de embarazo en la mente-ventre de quién la concibió. Fue esa tarde, sin fecha ni año, cuando Nancy apareció en la cocina de su casa, curiosamente vestida. Falda larga y floreada, tacones altos y medias, pañuelo a la cabeza como lo usan las campesinas del lugar. Dos trenzas de ajo, secas y sin frutos, asomaban a ambos lados de sus mejillas regordetas sostenidas por el pañuelo de cabeza y bajo las medias largas hurtadas a mamá, que cubrían sus flacas piernas de chiquilla, había colocado aquí y allá montoncitos de papel, semejando venas hinchadas y gruesas empujando burdamente el tejido de seda como deseando salir. Completaba el estrafalario atuendo una canasta, de aquellas típicas que poseen las vendedoras de huevos, tortillas o dulces y que suelen verse con profusión en la estación de ferrocarril o en la pasada de los buses. Dentro de ella, había colocado —simulando tortillas— pelotitas aplanadas de barro, algunas cebollas y papas. Un paño albo sacado del cajón de la cocina cubría su cesta de mercancía.

Los siete años de Nancy habían desaparecido para dar paso a una mujer de edad indefinida, joven o vieja, pero con señas de trabajo y sufrimiento. Así se la vio, canasta al brazo, piernas ligeramente encorvadas, caminando de extraño modo.

Al verla, su madre reprimió la carcajada y adivinando el juego, preguntó:

—Señora, ¿qué se le ofrece?

En ese instante la vida de Lurteria Mateluna tuvo presencia y palpitar. Una voz entre infantil y adulta, con sonsonete de campo adentro, resonó en la estancia.

—Aquí le traigo, casera, tortillas de rescoldo recién hechas, papitas del huerto y verdura fresca. También huevitos, sacados ahorita del nido.

La madre inquiere, curiosa:

—¿De dónde viene y cómo se llama?

—Vengo de Las Arañas, llegué reciencito en la micro de una y me llamo Lurteria Mateluna.

Curioso nombre, piensa la mujer, mezcla de cabra cerruna, de mate, luna, flor, tomillo, cedrón...

Largo silencio, sin miradas.

—Bueno, señora, déjeme un atadito de cebollas por ahora y una tortilla para probarla...

La hermana mayor aparece saboreando un membrillo machucado. Al ver aquella escena ríe con estrépito, escupiendo amarillos pedacitos de membrillo. Y esta cosa, dice, ¿de dónde apareció? ¡Cada día más loca, podría disfrazarse de reina o hada! La mira de arriba abajo y su risa continúa aguda y estridente. La niña Lurteria devuelve la mirada sin decir nada, casi con desprecio. Con seriedad de milenios, coge su canasta y va a sentarse en una silla de las varias colocadas en la hilera en el largo pasillo que mira al jardín.

Durante un rato permanece impasible, mirando hacia un lado como quien ve desfilan paisajes por la ventanilla de un tren o micro. El viaje, sin destino preciso, toca término y Lurteria con su extraño caminar se dirige al jardín perdiéndose por el sendero de cardenales que bordea la

pandereta divisoria. Muy pronto ese camino se marcaría cada vez más con los tacones altos, huella del ir y venir de la señora Lurtería desde su mundo en Las Arañas.

Así, por muchas tardes, la señora Lurtería continuó haciendo su aparición con paso lento y balanceado que no se sabía a ciencia cierta si era producto del peso de la canasta, cada vez más provista, o el imaginario dolor de las piernas atormentadas por esas insufribles várices de papel colocadas bajo las medias.

En los días fríos se colocaba un chal sobre los hombros y en más de una ocasión pisó deliberadamente los charcos para mostrar los zapatos húmedos y embarrados, atravesando los surcos recién regados o los potreros pastosos que circundan su caserío en Las Arañas.

Su figura fue habitual en la casa. Ya nadie reía y el comprador de turno regateaba el precio de las mercaderías o se quejaba porque las tortillas estaban desabridas o los huevos añejos. En tales ocasiones, doña Lurtería se ponía brava, quejándose de lo difícil que era venir de tan lejos, criar gallinas y hacer el pan, que la plata no se hacía nada, que sus remedios para las várices son tan caros y que su marido trabaja menos porque sus dolores a la “columna” son cada vez más grandes. Y así continuaba una retahíla de quejas, hablando a solas, sentada en la silla de siempre —su micro o tren— hasta ponerse en el sendero de los cardenales.

Su presencia se hizo imprescindible. A veces, no aparecía en una semana, entonces alguien pregunta durante el almuerzo o la cena: ¿qué le habrá pasado a la señora Lurtería? Nos tiene unos huevos, sin tortillas o sin verduras... La niña mantenía silencio, como si también ella se preguntara lo mismo. Sólo una vez comentó: ¡Pobrecita! A lo mejor su marido está más enfermo de la “columna”. Cuando de nuevo hacía su aparición, contaba alguna desgracia que le impedía venir, pero gracias a Dios ya estaba de vuelta y la Virgencita del Carmelo le ayudaba a vender bastante...

Lo cierto es que Lurtería Mateluna empezó a ser conocida por las vecinas, las que aceptaron el juego imaginativo aumentando así su clientela y su nombre.

Las andanzas y aventuras de doña Lurtería rodaron por caminos insospechados hasta llegar a oídos de una tía que vivía en Santiago, quien gozó de buenas ganas la mágica realidad de su sobrina, sin ocurrírsele otra cosa que enviar para esa ocasión el telegrama que esta vez llegó, desafortunadamente, a su destino.

El mensajero tocó el timbre que sonó estridente y pertinaz. Pensaron en un invitado más al cumpleaños y la hermana mayor corrió a abrir la puerta. Un vozarrón penetró por ella recorriendo la casa. Nadie dejó de oírlo, parecía anunciador de circo:

—¡Telegrama, señora Lurtería Mateluna, firme aquí, son doscientos pesos!

¿Qué diablos era eso? La chica lo miró estúpidamente, volviendo la mirada hacia atrás, pidiendo auxilio. De nuevo el vozarrón atravesando paredes y la impávida actitud como respuesta.

—¡Ya pues, apúrese, que tengo que terminar el reparto y con la calorcita que hace! Por el pasillo aparece la madre, limpiándose las manos con el delantal.

—Sí, ¿qué hay?

—¡Telegrama, señora Lurtería Mateluna! ¿Aquí, no?

El hombre perdía la paciencia.

—¡Sí, claro... Ya!

Confusión, sorpresa. Era absurdo, pero posible. De algún modo, la señora Lurtería existía. Firmó la hoja que le pasaron, buscó las monedas en el bolsillo y recibió el papel cuidadosamente doblado. Lo sintió blando y esponjoso, pegado a sus manos como mensaje de otro planeta. Se sobrecogió.

Tras ella, amparándose, pálida y sin palabras, con los brazos caídos, marioneta sin amo, estaba Nancy-Lurtería mirando al mensajero con sus grandes ojos inexpresivos primero, luego con una mezcla de asombro y pánico.

¡No, no era posible! ¿Dónde había conocido a ese hombre la señora Lurtería? Ella vivía en Las Arañas y ese día no podía venir. Sintió cerrarse la puerta y los pasos del mensajero que se alejaban por la calle caliente y vacía.

Mamá le alargó el papel. ¡Es para ti! No quiso tomarlo, no era para ella. Bueno, agregó mamá, habrá que ver qué dice:

Señora

Lurtería Mateluna

Marín 874

Melipilla

FELIZ CUMPLEAÑOS. QUE SE MEJORE SU MARIDO Y VENDA MUCHAS TORTILLAS.

Con cariño, tía Lucy.

Con voz alegre repite el final del mensaje: con cariño, tía Lucy. ¿Ves? Es de la tía que no puede venir y te saluda con este telegrama.

Nancy sintió un líquido tibio y salado llegar a su boca y una mano grande morena, como la del mensajero, apretar la garganta.

Vamos, dice mamá sonriendo. Pero si es como una carta, más rápida eso sí, que la escriben en una máquina especial y llega ligerito por los hilos y luego... No, no escuchaba, oía la voz sin entender. Todo le parecía como uno de esos sueños terribles y largos que no se van, son rojos o negros y los rostros de las personas son tan grandes que te sofocan y te aplastan. ¿Por qué la tía Lucy habría hecho eso? El cumpleaños era el suyo, la torta llevaba su nombre junto a las ocho velitas. De nuevo, el líquido salado en su boca y su garganta.

De algo estaba segura, a la señora Lurtería no le gustaban los telegramas. Eran cosas raras hechas por máquinas, quizás quién las traía y casi siempre anunciaban desgracias.

La voz del padre, fuerte y cálida, preguntó: ¿Y cuándo comemos la torta y los helados? Los invitados se están aburriendo. Su hermana la tomó por los hombros y susurró en su oído: no seái tonta, parecís huasa, vamos a tomar onces y después jugamos ¿ya?

Todos se habían puesto ridículos sombreros y ella se vio obligada a aceptar el suyo, uno grotesco, de reina, con papeles brillantes y una estrella. Apagó las velitas sin fuerzas y cuando le cantaron el cumpleaños feliz y sonaron los gritos y aplausos, su cabeza pareció partirse. El trozo de torta lo sintió seco y amargoso, se lo sirvió para no dar pena a papá y mamá que no se cansaban de repetir que estaba exquisita. Nada tuvo sentido, las amigas haciendo sonar los pitos y cornetas, peleándose

por las golosinas y las sorpresas, parecía una guerra. Sólo deseaba que la tarde terminara y se fueran pronto. Después de todo, había sido el día menos feliz de su vida.

Nunca más volvió Lurteria Mateluna. La falda floreada, aún con cardenales rojos en sus orillas, volvió al baúl, trazo sin vida, junto a los zapatos tacón alto con restos de barro seco amenazando disolverse en polvo. Cerca del manchón de flores donde terminaba el sendero de cardenales, como si tuvieran sangre seca, se encontraron las trenzas de ajo y las medias de seda. Un musgo verdoso comenzaba a crecer y meterse insidioso entre el tejido, los montoncitos de papel y las trenzas de ajo.

Así murió la señora Lurteria, irremisiblemente, sin posibilidad de una vida nueva, por un certero y mortífero telegrama que la alcanzó en pleno corazón.

REGIÓN METROPOLITANA, 2001
SOMBRAS DE UN TIEMPO IDO
Manuel Rocco del Canto
Ñuñoa

Al relatar esta historia me estoy limitando a contar una situación más vasta, profunda y patética que sucedió después del 73 en el campo, cuando el país se detuvo porque la gente se escondió o se retiraba a lugares discretos para que la olvidaran. El olvido parecía entonces el mejor refugio, especialmente en el campo, donde el inquilino humilde, ignorante del motivo de las redadas y aprensiones sorpresivas, era detenido a su vez por consultar en los cuarteles por parientes, amigos o compadres.

A mi entender, el hecho de que todos se escondieran o se empeñaran por ser ignorados y olvidados probaba el miedo que existía en el agro y la arbitrariedad de los sucesos de ese entonces.

Por eso la noche en que Rogelio, un líder de oposición en la clandestinidad, me citó a un rancho en la quebrada de Tamecura, donde velaban el cadáver mutilado de un hombre joven, olvidé para siempre mi repertorio de sarcasmos y dudas. Mientras lo observaba olvidé también mis aprehensiones, la nota que debía tomar para la Vicaría y aun quién era yo. Mejor dicho, creí, sentí o pensé en esos momentos que estaba en la época medieval o frente a la Inquisición, que disfrutaba torturando y mutilando seres humanos. Sentí el hedor húmedo de los calabozos medievales, escuché el rechinar tenebroso del “Potro de Torturas” y los gritos de dolor de las víctimas. Al mirar los tobillos en carne viva del cadáver, pensé en el cepo y en grilletes atroces. Recuerdo que me sacaron de esos oscuros pensamientos y de la horrible visión medieval para llevarme a otro lugar del valle, a una reunión secreta en una parcela en la ribera norte del Choapa para la que me creyeron apto por antecedentes de familia. En el trayecto no me hice mayores ilusiones, pero pensé que quizá aún podría escribir la nota que varias veces había empezado con fe y abandonado con desaliento.

En la pieza todo cambió y lo que narro a continuación es, en síntesis, la historia que me contó Rogelio ante el cadáver acribillado de un conocido agricultor. No niego que mi reacción fue de auténtica alarma. Instintivamente la disimulé, pero obré con la íntima convicción de que debía, ante todo, cuidarme y mantenerme en este mundo para no dejarme arrastrar a ese otro, misterioso, amenazador y siniestro que estaba diezmado a los pequeños agricultores de mi región.

El 14 de septiembre, a la oración, las autoridades dictaron un bando. Abarcaba una larga lista de nombres. Todos eran requeridos por la autoridad militar. Tenían plazo fatal para presentarse. En su parcela, en las riberas del río Choapa, Juan de la Cruz Pontigo Trigo se enteró por los vecinos de que su nombre figuraba en el edicto. Su primera impresión fue de extrañeza, después de pavor. Trató de calmarse y dominar sus nervios. Pensó que si jamás había efectuado un acto reñido con la ley y las buenas costumbres ni había participado activa o pasivamente en política, debía existir una equivocación. En su monótona vida de agricultor no había desarrollado otra actividad más que cultivar su parcela, ayudar a la iglesia, a los vecinos más necesitados, y entregar parte de su producción agrícola al internado de la Escuela Parroquial, donde estudiaban niños de escasos recursos. Esa noche decidió recurrir a la iglesia a conversar con el cura párroco. El sacerdote lo recibió benévolo, manifiestamente apiadado y abiertamente evasivo. Le agradeció la generosidad con que había ayudado a la iglesia y a la escuela. Recibió con beneplácito los sacos de papas y el cordero que le llevó y lo instó a esperar con calma. Le dijo: “Quién nada hace, nada teme”. Se negó

con suave energía a acompañarlo al cuartel del poblado vecino a aclarar su situación. Pese a la insistencia y ruegos de Pontigo, que ansioso volvió a solicitarle que lo ayudara cuando se despedía, ofreciéndose a llevarlo y traerlo en su camioneta, obtuvo igual evasiva.

Descorazonado y temeroso, regresó a la parcela. En el trayecto le pareció que todo cambiaba, el camino, los árboles, el río invariable y los cerros. Temió que ya no quedara una cosa capaz de sorprenderlo, intuyó casi mágicamente que ya no le abandonaría más el temor y la impresión de traición. Los árboles dormidos bajo la llovizna y la parcela inmóvil en un inconsolable anochecer de invierno le provocaron una sensación de desamparo y soledad que nunca antes había sentido.

Después de unas noches de insomnio, lo envolvió nuevamente la calma. Detuvo con serena bondad todas las embestidas de los vecinos para esclarecer su situación. Siempre indulgente y cordial, desde aquella sonrisa un poco quemada y lejana, les hizo ver el grave riesgo que enfrentaban si concurrían al cuartel.

El 20 las autoridades recibieron una denuncia. El día 21, de madrugada, Pontigo fue arrestado. Lo condujeron sin muchos miramientos al cuartel de policía. Un oficial joven y sonriente le leyó los cargos y le explicó en qué consistían la “sedición y traición a la Patria”. No logró levantar ninguno de los formidables cargos en su contra. Consiguió eso sí, sin esfuerzo, impresionar profundamente al oficial por su infinita bondad y la serenidad que emanaba de él. El teniente le leyó los derechos que tenía, lo separó del resto de los detenidos e impartió órdenes precisas para que no lo maltrataran ni lo privaran de agua y alimentos, mientras informaba este caso, a su parecer absurdo, a sus superiores.

Incrédulo en su calabozo, pensó con débil asombro que aún tenía esperanzas. Sin embargo, la tristeza y el miedo lo encadenaron al rústico camastro de su celda durante algunos días, hasta que fue llevado ante un fiscal para prestar declaración. Por bastante tiempo fue interrogado y contrainterrogado. A veces eran oficiales de alto grado los que lo consultaban, otras el vehemente fiscal que deseaba obstinadamente confirmar los cargos. Todos en su oportunidad, después de indicarle los derechos legales que le asistían, manifestaban dudas sobre su culpabilidad.

Perplejo, comprobó que después de los interrogatorios ya no era ingresado a su celda. Solamente lo encerraban de noche, después de que se cansaba de vagar por el cuartel. Le daban un trato diferente al resto de los prisioneros, le imponían pequeñas obligaciones, más como distracción que otra cosa. Al poco tiempo era conocido y apreciado por todos. Él se comportaba como en el primer día, siempre dispuesto a ayudar y colaborar en todo. Dócilmente trataba de dar gusto y adaptarse a su reclusión. En un comienzo había cedido a la tentación de contar los días y las horas, pero se dio cuenta de que eso estaba de más, porque su cautiverio parecía no tener término. Ya nadie se preocupaba de él, se había convertido en un detenido bien especial, incluso con cierto ascendiente sobre sus captores.

Una noche, un nervioso y apresurado sargento le comunicó la orden de presentarse ante el coronel de inmediato. En el pasillo en penumbra encontró a varios oficiales que discutían acaloradamente. Guardaron silencio cuando lo vieron y lo saludaron compasivamente. Se sintió solo, inerte, temeroso y vulnerable, infinitamente. Alguien le dijo suavemente que se detuviera un instante mientras lo anunciaban al jefe. El resto de los oficiales quedó en una zona de sombras. Uno de ellos se acercó y en voz baja le deseó buena suerte.

Lo hicieron entrar, lo cegó un poco la luz de la íntima oficina. Un hombre alto se paró y le tendió la mano. No vio su rostro en un comienzo porque aun lo cegaba una potente lámpara. El coronel le pidió que tomara asiento, le ofreció un café o un cigarrillo. Rechazó ambas cosas y esperó ansioso y de pie que el oficial hablara.

Escuchó que éste le decía: “Usted sin dudas querrá saber de inmediato por qué lo mandé llamar”. No esperó respuesta y continuó hablando: “Le ruego que tenga entereza y escuche con calma lo que tengo que decirle... Desafortunadamente no tuvimos suerte en su caso. Agotamos todos los medios a nuestro alcance por establecer fehacientemente que usted no es el extremista buscado por los servicios de seguridad. Se comprobó la diferencia clara del número de cédula de identidad y actividades. Persiste en su contra la denuncia que, si bien es cierto consideramos infundada, no es menos cierto que es difícil desestimarla sin una investigación más acuciosa. Lo lamento sinceramente, no tuvimos éxito. La Comandancia de Guarnición ha pedido su traslado de inmediato. Ellos aclararán este asunto. A la una de la madrugada pasará un camión que viene con detenidos del sur por usted”. Compungido le dijo: “Créame que obra en mi ánimo y en el resto de los oficiales de esta unidad que existe una lamentable confusión de nombres en su caso. Tenemos la certeza que no es el delincuente extremista que se busca”.

Le indicó no muy convencido los derechos que tenía y que debía apelar. Tocó un timbre y al momento entraron los oficiales que estaban afuera. Se despidieron respetuosos de aquel hombre moreno, de rostro sereno y cordial, que tenía algo de sacerdote o pastor evangélico y absolutamente nada del peligroso terrorista denunciado. Todos insistieron en que tenía derecho a apelar.

Fue trasladado en el piso húmedo de orín y vómitos de un camión militar, entre un hacinamiento de prisioneros de guerra que se quejaban y gemían por cada movimiento del vehículo. El primer sentimiento de Pontigo fue de mero terror. Trémulo y reseca la boca, vislumbró como en una pesadilla el final terrible de este viaje. Ignoraba aún qué había movido el odio de la persona que lo delató como extremista. Recordó con desorden y con pena los numerosos prisioneros que habían pasado por el cuartel de policía y que no habían regresado jamás. Pensó que no lo hubiera acobardado tanto morir entre los primeros el día que lo detuvieron o en las fugas simuladas en que no sabían de dónde les llegaba la muerte. Pero morir ahora, después que habían hecho renacer en él tantas esperanzas, era verdaderamente intolerable.

Llegaron al amanecer al regimiento, lo colocaron de espalda a una muralla y le vendaron la vista. Después de un tiempo que le pareció eterno, lo condujeron a un recinto que presumió, por los olores, era una bodega o algo similar. Interrogado por el verdugo, dijo sí a todas las consultas. Bajo esos duros apremios y ya sin resistencia reconoció ser el extremista buscado y todo lo que se le quiso imputar. En las múltiples sesiones de suplicio que tuvo se fueron apresuradamente confirmando uno a uno los cargos. Llegó a anhelar con impaciencia la muerte, la descarga piadosa que lo redimiría, mal o bien, del terrible martirio que le había tocado vivir.

El fiscal, en cuyas manos estaba la suerte de Pontigo, leyó los cargos. Bastaron pocos minutos para que admitiera la culpabilidad y solicitara la pena de muerte. Con absoluto desprecio y movido más por una actitud mecánica que profesional, lo notificó del tiempo que tenía para apelar.

El Consejo Militar requirió el máximo de antecedentes y fijó una fecha para dictar sentencia. Esa demora, como pudo apreciar Pontigo, se debía al deseo administrativo de obrar impersonalmente y aparentar equidad y justicia en los juicios sumarios que instruía.

Antes del día prefijado lo hicieron morir mil veces, en fusilamientos simulados efectuados en patios interiores o en sitios eriazos y alejados. Entre condenados que verdaderamente eran muertos o aniquilados por metralla de guerra, de soldados vociferantes que simulaban atacar a guerrilleros ilusorios. Sintió, invalidado por la pasión del miedo y la impotencia, cómo eran ultimados a su lado, por corvos de batallas históricas de la Guerra del Pacífico, sus inermes y variados compañeros de prisión. En esos terribles simulacros aprendió que el acto puro y general de morir no era lo terrible, sino las circunstancias que lo rodean. El desolado e insomne amanecer de su ejecución lo encontró de pie, preparado como todas las mañanas. Le anunciaron que lo

asistiría espiritualmente el nuevo capellán castrense. Esperó con desdeñosa perplejidad este último acto. Cuando abrieron la puerta, el estupor y después la indignación lo inmovilizaron en el centro de la celda. Lo asaltó la incómoda impresión de que se burlaban de él, aún en los momentos finales de su vida. El religioso con uniforme (capitán) que ingresó era el cura párroco de su localidad, quién, más urgido por pasiones políticas que por un sentimiento de piedad, asistía al final del que siempre consideró su enemigo. El grito horrorizado y vesánico de Pontigo apagó la diana del cuartel... Después, el portazo violento y la fuga desordenada por los corredores y pasillos en penumbra, atropellando soldados soñolientos y sorprendidos. Salió al patio dormido bajo la blancura del amanecer, recordó otros amaneceres similares en su valle, sintió el aire matinal en el rostro y pensó que había regresado a su tierra. El aire frío de la mañana le recordó su amado río Choapa y las cosas cotidianas de su parcela. En esa magia se encontraba cuando lo abatió la metralla. Su débil quejido se prolongó humilde a la luz del nuevo día.

Quince años más tarde ingresaba al país, procedente de Suecia, JUAN DE LA CRUZ PONTIGO TRIGO, rechazado varias veces antes de la lista de exiliados autorizados a retornar. Ahora volvía feliz a su patria, a su cielo de puras brisas y de mar tranquilo, donde la vida, ese derecho nuestro de cada día, volvía a ser respetado. Se subió alegre al autobús que lo llevaría al centro de la ciudad. Ignoraba que un hombre inocente, que tuvo la desdicha de tener exactamente su mismo nombre, había padecido el terrible destino que en rigor le correspondía a él.

N.A. La geografía de los hechos que se describen es real, no está contaminada de fantasías o falsedades. El sacerdote, por su carácter duro y apasionado, erró de profesión; fue nombrado vicario castrense por este hecho. El finado, un agricultor o minero de Illapel o Salamanca en la IV Región, pero, por sobre todo, un hombre al que hace tiempo enterró el olvido.

REGIÓN METROPOLITANA, 2003

HOY “CAZUELA EN LAS PORUNDIÉ”

Claudia Andrea Apablaza Valenzuela (24 años)
Ñuñoa

De punta en blanco entró mi abuelo a la cocina. Descendiente de francés: alto, delgado, tez blanca, pelo oscuro, y sus ojos, como el agua del lago Conguillío. Botas a la rodilla, pantalones claros, una camisa de cuello almidonado y su pelo en la perfecta quietud que le proporcionaba la gomina.

Llevó la taza de café con leche hasta sus labios. Qué fascinante figura, qué adorable, pensaba yo en silencio. El deseo de querer ser como él en esos momentos me llevaba a imitarlo en mis juegos con Fabián, el hijo de la cocinera.

Luego de que éste se retirara de la cocina, mi abuela, una mujer dura, posesiva, masculina, gris en sus tonos y vestidos, pasó a supervisar que todo estuviese marchando bien.

A esas horas yo era un fantasma. Los niños toman desayuno y juegan por las mañanas. Las labores de la casa reemplazaban mi presencia y me permitían jugar a mis anchas o escuchar sin esconderme, bajo la claridad de la luz del día, lo que sucedía en la casa.

En ese momento mi abuelo Daniello se acercó nuevamente a la cocina para decir que llegaba a la hora del té, o tal vez en la cena, que no lo esperaríamos antes.

Junto con el sonido de sus tacones al salir de la casa, reconocí en el rostro de Rosario, la cocinera, una pequeña sonrisa cómplice con ella misma, o quizás con algún recuerdo o idea que pasó por su cabeza. Mi abuela Josefina no lo notó. Mantuve, sin duda, mi actitud de silencio.

Ya en el patio, cerca de un puente en que solíamos jugar con Fabián, éste se me acercó y con una postura que buscaba complicidad, me dijo casi al oído:

—Hoy hay “cazuela en las porundié”. Al parecer, como me contó, lo había escuchado la noche anterior cuando fue con Rosario al almacén a hacer algunos encargos. Las noticias allá en Longaví, como en todo el pueblo, corrían más rápido que el viento.

Primera vez que escuchaba eso de “cazuela en las porundié”. Sabía lo que eran las cazuelas. También lo que eran las “porundié”. Mi abuela me había contado que eran unas señoritas a las que les gusta estar con muchos hombres tan sólo por un diez. Entonces resultó que no podía asociarlo. Sin embargo, me produjo una especie de curiosidad y fascinación, sobre todo por la forma en que Fabián me lo contaba.

Mi mente aún inocente para algunas asociaciones abstractas, pero fuertemente cargada de ese deseo infantil, de ese placer que comienza a despertarse a cierta edad, me llevó a ceder a la invitación que me hacía Fabián. Consistía en ir a mirar de lo más cerca posible lo que iba a suceder en la casa de las “porundié”.

Llegamos a una casa abandonada al final del pueblo. Estaba en un callejón angosto, pero grato. Sin árboles que tapan el sol, ni pasto que imitara esas enormes casas patronales. Fabián me dijo que la casa que estaba al frente del lugar donde nos ocultamos era la casa de esas señoritas.

Tocaron las doce y de a poco comenzaron a llegar algunos hombres de la ciudad. Entre estos rostros reconocí, por ejemplo, a don Julián, el notario; a Jacinto, el dueño de la farmacia; al administrador del fundo Las Hortensias; a un amigo de mi abuelo que siempre visitaba la casa los

sábados por la tarde; a algunos de sus compañeros de naípe, entre otros. Así, de a poco, fueron llegando uno a uno a ese lugar más caballeros. A ese lugar que me pareció que era un centro de reunión de personajes ilustres del pueblo.

De pronto divisé de lejos la silueta de alguien que conocía. Lo reconocí, era mi abuelo. Desde el principio del callejón vi cómo éste se acercaba a la casa. Hice el intento de pararme para ir a saludarlo, pero Fabián rápidamente me disuadió a que no lo hiciera. Diciéndome que si lo hacía, no alcanzaríamos a verlo todo.

Cada vez lo veía más cerca, hasta que finalmente se puso bajo el umbral de la puerta de la casa. Luego, una mujer lo salió a recibir y entraron. Me quedé con el deseo de llamarlo, de decirle que yo también formaba parte de aquel evento, pero ni siquiera intenté hacerlo, pensando en lo que Fabián me había dicho.

Una de las ventanas que daba al salón principal de la casa nos permitió mirar, desde afuera, tranquilamente, el espectáculo. Nadie estaba preocupado de lo que sucedía más que adentro de la casa. Ahí todo era fiesta, jolgorio, una gran celebración.

Se sentaron todos en una gran mesa larga. Botellas de vino sobre un mantel blanco. Flores frescas en jarrones rebasados de un agua cristalina, como recién sacada del riachuelo que pasaba junto a la casa. Había ahí adentro, aparte de muchos hombres, también muchísimas mujeres. Estas eran bellísimas. Llevaban vestidos de colores, anchos, floreados, y su cabello se lo tomaban en un moño o en una trenza, otras se lo dejaban suelto.

Desde la cocina venían mujeres con platos llenos de una cazuela que no tenía en absoluto la presencia de esa que servían en casa de mi abuela. Todo era de otros colores. Imaginaba que el aire que se respiraba ahí adentro también era distinto, lo que me llevó nuevamente a decirle a Fabián por qué no entrábamos nosotros también ahí. Su negativa fue esta vez más dura. Pensé en mi abuela y recordé esas prohibiciones secas que me hace ante situaciones que parecen de todo mi placer. Siempre se niega a que participemos, como por ejemplo de los paseos en la plaza del día domingo después de misa. Cuando veo a mis amigos comer dulces, algodones y correr entre los árboles.

Tres de ellas, quizás las más hermosas, estaban sentadas en una especie de escenario. Comenzaron entonces a entonar canciones alegres, que me despertaron las ganas de bailar y besarlas. Cantaron durante todo el almuerzo. Luego los hombres que iban terminando sus cazuelas se acercaban a alguna de estas tantas mujeres y las sacaban a bailar. Estaban sentadas alrededor de las cantantes y era desde ahí donde los hombres las iban a buscar para invitarlas a la pista.

Los jarros con vino se acabaron, trajeron más. Comenzó así el baile. No entendía por qué se intercambiaban parejas. De una se pasaban a otra, y luego a otra, hasta que al parecer encontraban a la que andaban buscando desde que entraron a la casa.

Los vestidos formaban una fiesta de colores. Comenzaron las caricias, las piernas empezaron a dejarse ver cuando estas hacían un paso osado o cuando alguno de ellos la daba vuelta de una forma especial. Eran piernas gordas y llevaban algo que nunca había visto. Unas medias que no terminaban arriba, sino que las sujetaban unos hilos, similares a los suspensores que usa mi abuelo. Eso me gustó mucho. Mi cuerpo comenzó a latir cada vez con mayor intensidad. Yo era cada uno de esos hombres que estaba en esa pista de baile, cada una de esas mujeres, estábamos borrachos, pero completamente dichosos.

En este júbilo había olvidado a mi abuelo, hasta que lo reconocí. Era el más bello de todos, sin duda, y la mujer con la cual estaba, también. Morena, pelo crespo hasta la cintura, labios gruesos, rojos, y llevaba puesto un vestido similar al tono de sus labios, escotado, entallado en la cintura.

Quería ser él nuevamente, pero no imitarlo como en mis juegos, ser él y posar mi mano en esa cintura, luego en esas piernas, levantarle el vestido a esa mujer, como él lo estaba haciendo.

De a poco los hombres comenzaron a desaparecer por un pasillo largo, oscuro, que iba desde el salón hacia el fondo de la casa. Iban de a parejas. Mi abuelo también desapareció. Don Julián iba con una más apagada, pero igualmente soñable; el farmacéutico con una más pequeña; su amigo, con el que jugaba a los naipes, con una rubia; y así de a poco comenzaron a desaparecer hasta que no quedó absolutamente nadie en el salón. Sólo las guifitas y una mujer mayor, con un traje no menos exuberante, y que en ese momento salió de la casa.

Con Fabián pensamos que todos iban a salir de la casa, de la mano de sus compañeras, e irían a pasear por algún campo cercano. Pero nada de eso sucedió. Mi cuerpo estaba extasiado, y mi sangre corría por éste de un modo intenso después de haber presenciado esas fogosas escenas. Nunca había contemplado algo así. Mi imaginación esperaba por algo más, un acto cúlmine, decidor, tangible.

Nos quedamos ahí con Fabián a la espera de nuevos acontecimientos. Pero nada más sucedió. Para nuestra frustración, comenzaron a salir, después de algunas horas, desde ese largo pasillo, todos los personajes que vimos perderse en éste. Mi abuelo fue uno de los últimos. Fue ella quien lo dejó en la puerta. Se besaron, pero sin esa pasión que vi antes. Cuando llegamos a la casa con Fabián, no aguanté a correr donde mi abuela y contarle todo lo que había visto con lujo de detalles. Sabía que ella se fascinaría con mi historia. La sacaría de su tedio grisáceo y gigantesco por algunos minutos, tal vez para siempre. Corrí a su pieza y le dije: Abuela, hoy hubo “cazuela en las porundié” y estaba mi abuelo.

Tras esa declaración, lo único que escuché fueron gritos. ¡Rosario, llévate a este niño a su pieza! Y el patrón ¿dónde está?, gritaba con una enorme rabia, que emanaba de sus poros, sobre todo de sus ojos de gato enfurecido. Durante toda la noche sólo escuché sus lamentos, mientras mi abuelo dormía silencioso en su escritorio.

REGIÓN METROPOLITANA, 2012

LA VIEJA DE LOS GATOS SIEMPRE LO SUPO

Pablo Marcelo Rodríguez Suau (54 años)

La Florida

Al hombre siempre se lo vio caminando de espaldas. Ya nadie se sorprendía de la agilidad con que recorría las calles y los senderos, de cómo subía pendientes y eludía los obstáculos. Ya ni siquiera los niños se inquietaban al verlo transitar, a veces sereno y despreocupado, como pensando; a veces agitado, inquieto y veloz, envuelto en un histérico ajeteo sin aparentes razones. Pero siempre de espaldas. De espaldas, como viajando en el último vagón de un tren al sur, siempre observando los verdoros cuando se alejan y en la actitud del que siempre se despide, al punto que la gente se acostumbró a saludarlo con un amistoso “¡Chao, Tato! ¡Chao, Tatooo!”. Entonces él levantaba alegremente su brazo, exigiendo el máximo al desproporcionado botón negro de su apretada chaqueta, respondiendo el saludo con una sonrisa fotografiada en su boca, que dejaba a la intemperie sus gruesos molares.

Más sorprendente resultaba el hecho de que nadie en el pueblo podía afirmar que alguna vez lo hubiera visto tropezar. Era como si caminara por rieles invisibles y sólo se abandonara a un respaldo aún más invisible, entregado y confiado en no sé qué cosa, que nunca jamás nadie vio.

Pero las cosas no siempre fueron así. En un comienzo las gentes lo trataban como a un ciego, retirando posibles peligros. Intentaban ofrecerle ayuda, o bien, lo anunciaban: “¡Allá viene!”, con gritos de alarma. Pero con el pasar del tiempo se dieron cuenta de que el Tato se manejaba sin inconveniente alguno por las entreveradas callejuelas de Huecura, ya fuera en invierno, cuando el agua hasta el nombre les cambia a las cosas, o en verano, cuando el sol se sienta en las mismas esquinas junto al adobe y los perros ni a ladrar se animan por miedo a levantar polvo.

Si en Huecura usted preguntara por Roberto Caulín, todos le dirían “naide hay aquí con ese nombre”. Desde un principio todo el mundo le dijo Tato y no me pregunten por qué. Preguntarlo sería como preguntar de dónde salió el viejo alcalde que cada cuatro o cinco meses se dejaba caer montado en su embarrada camioneta norteamericana, regalando la ropita que su señora ya no usaba: “Esto que les puede servir y esto otro que ya verán ustedes para qué sirve...”. En cada visita nunca dejó de acercarse a doña Inés para decirle “ya sabe, esto es para el Tato. Cuando lo vea, entrégueselo. No lo vaya a olvidar”. Lo subrayaba como advertencia patronal.

Es que la camioneta norteamericana impresionaba. Los niños, cuando la veían venir por el camino grande, se disputaban el derecho a sentarse frente al volante. Los mayores la miraban con un asombro mal disimulado... No fuera a creer el caballero que ellos nunca se habían subido a un vehículo.

A veces las cosas son así sólo porque no son de otro modo, y eso a la gente de acá le gusta, de lo contrario, preguntarían. Y no lo hacen. Pero los de Huecura no son lesos. Cuando algo no lo saben, lo inventan; y el que no cree, o se queda callado o inventa algo mejor.

Así le pasó al que no creyó que el señor alcalde había sido elegido. Viéndose obligado a decir que si éste era lo que era, era porque tenía una camioneta norteamericana y que se creía la muerte porque a su señora la habían operado de no sé qué huevá en la capital, y que a la vuelta había vuelto más flaca y bonita que la cresta... Negrita, de labios rojos como carbón encendido, con unos ojitos claritos que cuando se jué no los tenía así...

—No se operó naa, oh.

—¿Qué decí vooo?

—Te digo que no se operó ná, oh. La señora estaba acá, en el pueblo. Venía gorda como... como una chancha preñá; y al otro día, ná... flaquita, bonita, con lo ojitos claros... ¡siempre ha tenío lo ojos así! Bonitos.

—¡Quién te ijo esa huevía, oh! La vieja de los gatos... ti apuesto.

—No sé, oh. Ya ni me acuerdo. Hace tantazo tiempo...

Fue así como una vieja entre las viejas inventó que el Tato había nacido teniendo treinta y dos años. Y que un día había aparecido por el camino que viene de las nieves, cochino como un puerco, caminando de espaldas, saludando a las gentes como si viniera victorioso de una guerra y se estuviera yendo inmediatamente a otra, sin mediar descanso ni tregua. No faltó quien dijo que venía de vuelta, viviendo la vida de allá para acá, como quien dice y como quien lo ve, retrocediendo, siempre retrocediendo, incansable en busca del minuto en que nació.

Sólo una vez lo vieron detenerse. Fue cuando el señor alcalde concedió un paseo en su camioneta norteamericana a una tropa incrédula de niños que, sentados atrás, se tomaban de las manos con caras asustadas. De pronto, el Tato estaba ahí detenido junto a una empalizada, como una foto antigua. En esa oportunidad, el viejo alcalde detuvo el vehículo y abrió la puerta. Se escucharon los largos ruidos de la manija que bajaba y la chapa que se soltaba. Se bajó lentamente y, como si fuese a capturar una mariposa, intentó acercársele. Se aproximó, los niños aguantaban la respiración. Estaba a una distancia que nunca nadie logró estar, tan cerca como para darle la mano. Entonces el Tato, sin provocación alguna, dio un pequeño brinco y emprendió veloz huida, alejándose con una mano en lo alto, sonriente, dejando ver sus molares salivados y ese botón grande y ajeno. Los niños gritaban “¡Chao, Tatooo!”.

No se dejó ver por varias semanas. Se sabía que andaba por ahí, ya que desaparecía la comida que la vieja de los gatos, doña Inés, le dejaba junto a la roca que en septiembre servía para poner la bandera.

Al cabo de un tiempo se dejó ver durante varios días, de espaldas como de costumbre. Pasaba errático como el viento o puntual como un astro del firmamento, alegre como si regresara del amor o abstraído como un filósofo que, deshaciendo el camino, busca quién sabe qué pensamiento que pudo habersele caído por el fondo roto de sus bolsillos. Volvió, pero ojalá nunca lo hubiese hecho.

Morir en Huecura no es fácil. Se requiere de años. La gente muere de arrugas, cargando sacos de dolencias menores. Más que morir, acá la gente se apaga, muere poquito a poco. En silencio se muere y en silencio la entierran... y aquí no ha pasado nada. Parece que mañana me muero; preparen la carne, las papas, afinen la guitarra y pasado me entierran.

Por eso la tragedia fue más tragedia. Fue el atardecer del 19 de septiembre cuando, envuelto en los vapores tintos del vino, el viejo alcalde entró veloz con su camioneta norteamericana, sin percatarse que, en sentido contrario, el Tato retrocedía saludando militarmente el emblema nacional. Lo arrastró varios metros. El cuerpo, como si fuera títere, como si fuera espantapájaros, se enredó en las tripas del poderoso vehículo. Varios hombres fueron necesarios para sacar el cuerpo de entre los fierros, mientras el alcalde, con los brazos en el volante, ocultaba su rostro como no queriendo escuchar las indicaciones urgentes que unos y otros se daban a gritos, incrédulo de los hechos que ahí estaban ocurriendo. Nada se podía hacer para que ahí no estuviera como en un mal sueño, aferrándose a la posibilidad de levantar la cabeza y ver que estaba en su casa y en su cama, con una pesadilla clavada en el pecho. Pero no fue así.

Cuando Mario Caulín, más conocido como el señor alcalde, abrió la puerta y bajó de su camioneta pudo ver el cuerpo desfigurado del Tato. De rodillas, para luego abrazarlo y mecerlo en sus brazos... El vaivén de la cabeza inerte... Las crenchas, mezcla de polvo y sangre... “Roberto, Roberto”, le decía al oído, secreteándose en cada lágrima. “Perdónanos, dile a Dios que nos perdone...”

Alzó el cuerpo del que había sido su hijo enfermo y para la gente fue inevitable observar el curioso desgaste en la suela de sus míseros zapatos. Puso al Tato en el interior del vehículo y se lo llevó lentamente, como quien lleva a un niño ligero de sueño.

Esa fue la última vez que la gente de Huecura vio al Tato, y la última también que vieron al señor alcalde en su camioneta norteamericana. Doña Inés se tragó sus lágrimas mientras una veintena de gatos bigoteaban un plato de leche, junto a su camastro.

REGIÓN METROPOLITANA, 2013
LA VISITA DE LA LUNA
Francisco Hugo Curiqueo Curiqueo (24 años)
Renca

Yo llevaba una vela en la mano, pero aun así no veía. La lucecita se quejaba y se hacía la que quería dejar de existir, por eso me tropezaba. Y aunque tenía dos ojos, uno para mirar donde pisaba y otro para vigilar la vela, no podía usarlos como si fueran independientes. Por algo compartían un mismo cerebro.

Cuando llegué al final del pasillo comencé a oír murmullos y, como estaba la situación, podrían haber sido las pruebas que confirmarían mi sospecha, o bien solo la roedora presencia de los ratones mordiendo trocitos del cuero que se secaba en la cabecera del comedor. Me asusté, lo reconozco. Además, a los adultos no les importa lo que digamos nosotros, de eso me he dado cuenta. Por eso preferí creer que eran los ratones y me devolví a la cama.

Cuando llegué a la pieza, mi hermano me preguntó si estaban los papás en el comedor. Le dije que sí para evitar más explicaciones. Pero él, sin reparar en mi inocencia, emitió unos garabatos obscenos, luego se movió bruscamente en la cama, como si su pataleta estuviera dirigida a alguien especial. Qué ridículo mi hermano.

Luego vino nuestro padre. Miró, luego hizo un ademán de retirarse, pero reapareció sorpresivamente y encendió la luz. Todo con la lentitud suficiente para que yo pudiera cerrar los ojos y mostrar mi talento actoral. Soy tan bueno para hacerme el dormido que a veces me duermo de verdad. Después me asomé al pasillo y vi su enorme espalda despidiendo a otro hombre en la puerta. Nunca lo había visto, pero escuché que lo llamaba tío. No recuerdo lo que soñé, pero sé que no fue nada bonito.

Al día siguiente comenzaría algo extraordinario, eso más o menos lo intuía. Supe que ese día nos enteraríamos de todo, con los parientes lejanos, como si fuéramos tan lejanos como ellos. Tuve ganas de llorar, pero de rabia. Era la primera vez que sentía celos.

Cuando desperté encontré a mi madre mateando sola en la cocina. Silenciosa, de vez en cuando mordisqueaba trozos de tortilla untados en ají. Miraba por la ventana el camino de afuera, mojado como estaba el paisaje se distorsionaba por completo, como si afuera todo estuviera destruido. No movía los ojos y creo que incluso no pestañeaba.

“Pobre mamita”, pensé. Nunca he sabido por qué, pero le tengo lástima. Me acerqué a ella y la abracé, pero mis brazos nunca han logrado rodearla por completo. Me percaté, además, de que su chaleco estaba mojado. De seguro ya se había ocupado de todos los animales. Mi mamita.

—Y a ti qué bicho te picó —me dijo, mientras me servía un tazón de leche y me acercaba el queso junto al pan.

—Nada. ¿Está cansada, mamita? —le pregunté, sin soltarla y conduciendo mis ojos hacia el camino vacío, terroso y rojizo.

—¿Cansada? No, todo lo contrario.

Chupaba su mate y volvía a llenarlo rodeando su rostro de un vapor ondulante y translúcido. “Qué linda mi mamá”, pensé. “Qué lindas sus cejas”.

—Cómo voy a estar cansada, si no he trabajado nada.

—¿Y el papá?

—Va a llegar ligerito, y trae compañía, así que suélteme y tome desayuno, mijo. Después me va a buscar unas habas del otro lado, ¿bueno?

—Bueno. ¿Y el Gustavo?

—Fue con tu papá.

—¿Y dónde fueron?

—Fueron a buscar a una enferma.

—¿Qué?

—Una prima de tu papá se va alojar con nosotros un tiempito, porque está enferma.

—¿Qué prima, mami?

—No sé, hijo. Yo tampoco sé, por eso estoy esperando.

Mi madre era tan hermosa. Por lo menos a mí me parecía la mejor. Ya había escuchado decir que a todos les pasa lo mismo. Algunos decían que eso se llama estar enamorado de la mamá. Y aunque yo no sabía lo que era estar enamorado, sentía una felicidad gigante cuando la miraba; una emoción que comenzaba en el estómago y que me escapaba por la boca igualito que el vómito, así de incontenible. Y me daban ganas de llorar. De seguro eso era el amor. Yo estaba enamorado de mi mamá. ¿Pero cómo no sabía ella quién era la prima enferma?

Volví con el canasto lleno de habas y saboreando unos chupones que había encontrado al otro lado. Loncomilla, mi perro regalón, me acompañó. A él —cuando estábamos solos— le hablaba. Siempre creí que él me quería, como yo también a él. Por eso creía que era mi deber aprender su idioma, y no él el mío, que es mucho más difícil. En el camino lo aturdí de preguntas: ¿qué prima es?, ¿de dónde?, ¿de Temuco?, ¿de Santiago?, ¿quién era el hombre de anoche?, ¿su padre?, ¿y por qué no se la lleva él?, ¿por qué viene con nosotros?, ¿estará muy enferma?, ¿se va a morir?, ¿qué piensas tú, Loncomilla? Pobre perro. Con razón se hacía el que no me oía y corría delante mío, persiguiendo liebres hasta sus guaridas, dando saltos con la lengua afuera.

En mi casa había dos camionetas grandes, casi nuevas, como las que aparecen en la televisión, sin barro. Adentro había mucha gente desconocida, casi no había espacio para mí. Le pasé las habas a mi mamá y ella me besó en la cabeza. Después me acerqué a mi papá, le acaricié la barriga y le di mi último chupón. Él me pasó su mano gruesa por el pelo y me preguntó al oído si había desayunado. Yo moví la cabeza de arriba abajo, una sola vez. Luego él, alzando la voz para que todos escucharan, dijo:

—Éste es mi otro hijo, el más chico. Se llama Mauricio.

Y todos me miraron sonrientes, mujeres y hombres. ¿Cuál de todas ellas era la prima enferma? Yo me avergoncé y me escondí entre los brazos de mi papá. Él me abrazó y volvió a decirme al oído que me diera vuelta, que no fuera tontito, que éramos familia. Entonces le pregunté muy bajito, casi sollozando:

—¿Tu prima enferma?

—Sí. Está allá adentro, vaya a saludarla —respondió él.

A dos pasos de la pieza me arrepentí y me metí al cuarto de las herramientas. Ella no estaba sola. Hablaban personas, al parecer mujeres, pero no podía distinguir ninguna palabra. Yo ya no quería saludar a la tía, me daba flojera. Entonces entró Gustavo, con un trozo de queque en la mano y una pelota de fútbol en la otra. Me lanzó la pelota para que la atrapara y la mirara. Era blanquísima, brillaba. Mi hermano me dijo, con la boca llena:

—Anda a saludar a la tía, también te tiene una pelota y muchos dulces. Mira, prueba éste.

Yo mordí el queque y sabía a naranja o algo así, estaba delicioso. Entonces me levanté, dubitativo, y llegué hasta el borde de la puerta. Nuestras puertas no tenían, valga la redundancia, puertas, por lo que técnicamente eran pórticos. Por esa razón ella me vio de inmediato.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una mujer joven y preciosa, casi tanto como mi mamá. También había dos asientos ocupados por una pareja de ancianos. El hombre se parecía mucho al que mi padre había despedido la noche anterior. La mujer, en cambio, era adusta y vestía con pulcritud, como las profesoras del colegio de Gustavo.

—Hola. Bienvenida. Soy el hermano de él —dije, apuntando a mi hermano.

—¿Y cómo te llamas?

—Mauricio.

—Yo me llamo Luna. Soy tu tía. No nos conocíamos. Ven a darme un besito.

Fui, dejé que me besara en la mejilla y luego escuché:

—Ellos son mis papás.

A ambos les di la mano. Ya me iba cuando me llamó a su lado.

—Te traje un regalo, mira —me dijo y me pasó un cuaderno grande de hojas gruesas junto a varias pinturas y pinceles.

—Gracias —le respondí. Me pareció de lo más sorprendente que no fuera una pelota. Supuse que la tía Luna no era como todas las mujeres que había conocido, que ella tenía luz propia. Por esa razón supe lo que padecía y, por supuesto, que sanaría. Antes de irme, le agradecí de nuevo y le pedí perdón por no poder hablar más, porque tenía que ayudar a mi mamá.

Dejé el regalo en mi cuarto y volví al comedor. Todos esperábamos al machi. Yo ya lo sabía todo: la tía Luna tenía un pájaro adentro del estómago que había nacido dentro de ella, y ahora debía salir. “¿Por qué tenía un pájaro adentro del estómago?”, me pregunté. Pero instantáneamente sentí un violento viento frío arremolinándose en mi cerebro. De modo que pensé: “Ya, ya, ya. No pregunto más”. El viento desapareció.

Comenzaron a llegar los demás tíos y primos. A todos ellos los conocía. Traían un cordero limpio y trozado, listo para asarlo. Las mujeres cocinaban. Los hombres bebían vino, pero los más viejos mezclaban chicha nueva con harina tostada. Los niños jugaban junto al arco con la pelota nueva. La tía Luna lloraba mentalmente sin escándalo, como si estuviera acostumbrada a verter lágrimas de un dolor casi merecido, casi propio. Y el machi todavía no llegaba. Le pregunté a mi mamá si le podía hacer un remedio a la tía. Ella miró primero a la abuela, que pelaba papas sentada a su lado. Luego asintió.

—Pero que nadie te vea —me dijo.

Entonces me volví invisible. Crucé montes y montes. Pasé por los trigales de todas las familias, pisé todas las papas que a esa hora descansaban prudentemente bajo tierra esperando el momento para florecer en el verano. Tenía que llegar al pantano de la ñaña Kelw, ella tenía unas matitas de lavanda y de quillay. Después debía alejarme mucho más, hasta el campo del pariente Aliwen. Él tenía murtillas y frambuesas que en esta fecha rebosan amargas y sabrosas. Luego corrí por la tierra descansada de mi papá, esa que me encanta arar con él cuando vuelve a encubar las semillas, como las aves a sus huevos. Me metí escondido al huerto del colegio para sacar unas hojitas de palqui y hualhui, porque solo ahí las siembran. De seguro cuando sea grande ya no existirán y

tendré que ir en su búsqueda en una caminata mágica que terminará llevándome a las estrellas. Después corrí hasta mi casa por los senderos que suplen al camino. Estoy seguro de que nadie me vio, ni siquiera los pájaros hermanos del que mi tía guarda en sus entrañas.

En mi casa había ambiente festivo. Todo olía a carne asada y papas cocidas. Vi fuentes con ensaladas que no eran de mi mamá, de seguro las habían traído sus hermanas. Sin saber por qué me dio vergüenza ver a mi padre riendo a todo volumen con los otros hombres. Todos estaban tan ensimismados en lo suyo que nadie se percató de mi presente para la tía. Yo quería que sanara. Ella quería que dibujara en las hojas que me había regalado. “Así son las relaciones de los hombres de este planeta”, pensé yo. “Como las ovejas con los zorros, como los huaquiles con los cisnes, como las naves mercantes con los calamares prehistóricos. Todos damos lo que tenemos, porque así se mantiene el orden del cosmos. Unos dan un rasguño, un mordisco, un golpe letal, y otros dan la vida para que continúen los rasguños, los mordiscos, y los golpes letales”. ¿Por qué pensaba todo eso? No lo sé, sólo lo sabía y me alegraba saberlo, porque también me respondía la pregunta que antes me había hecho zumbando la cabeza de dolor. “Así se aprende”, volvió a decir la voz de mi cabeza que se iba apoderando de mis movimientos y pasiones.

Le llevé el agüita caliente con un platito de frambuesas y murtillas. Ella se puso tan contenta de verme entrar con la bandeja, que mi orgullo egocéntrico infantil no pudo más de jolgorio. Solo faltaba que me besara nuevamente en la mejilla para que yo me electrocutara de tanto cariño.

—Cómase y tómesese todo y dejará de llorar por dentro —le dije. Ella me dirigió una mirada, entre asustada y bondadosa. Yo pensé que era muy natural ser adulto y que de cierto modo ya lo era, que siempre lo había sido. Lo más curioso fue cuando le dio la primera cucharada al agüita y me miró. Porque dentro de sus ojos, por detrás de ese círculo oscuro donde casi siempre se refleja el exterior, pude ver la mirada furiosa del pájaro que mi tía tenía adentro. Era grande, negro y bastante gordo, tenía un odio que podía hacerlo gigante y de seguro sería muy difícil sacarlo. Pero el machi todavía no llegaba. Quizás había que cortarle la piel a la tía Luna para poder sacarle esa maldad de adentro. Pobre Luna. Y el machi todavía no llegaba.

Cuando se quedó dormida, retiré la bandeja y la dejé en la cocina. Comí con mi mamá, una tía y una abuela en una mesa casi vacía. Mejor, porque así no oíamos el ruido ensordecedor de decenas de cucharas hambrientas. Afuera los hombres comenzaban a erguir un rewe, que une este mundo con los otros que se ven brillando en la noche. El machi todavía no llegaba. “¿Dónde estará?”. La noche se venía acercando con vehemencia; estaba seguro de que el sol descendía más rápido que en otros atardeceres y, justo antes de que la luz se apagara, del lado de las montañas apareció la luna, nuestra Külleem, el arma más fuerte de mi tía.

Qué hermosura de tierra de espíritus sueltos teníamos esa noche. Espíritus a caballo corriendo entre los troncos de cipreses vetustos; otros gigantes, con forma de reptil, echando llamas por los ojos que saldrán desde el lago a media noche reclamando su alimento. La tierra temblaba despacito, casi imperceptiblemente, pero todos la sentían. Los hombres miraban, unían sus palines y gritaban sus almas para mantenerse juntos. Detrás, las mujeres miraban un punto indescifrable entre el cielo y la eternidad. Los niños miraban el suelo, asustadizos y expectantes. Y a lo lejos, iluminado por la sonrisa plateada de una daga empuñada en su mano, caminaba, zigzagueante, el machi, echando gritos de guerrero que resonaban por todos los cerros. “El machi” dije yo, pensando en voz alta. Inmediatamente se oyó un gemido aterrador desde el cuarto de la enferma. “Ahora ha empezado la pelea”, pensó mi mente en silencio, para que las otras no la pudieran escuchar.

Lo que sucedió después no se puede relatar.

REGIÓN METROPOLITANA, 2014

ROPA HEREDADA

Nicolás Andrés Meneses González (22 años)

Buin

Mi hermano se llama Sebastián, pero le digo Seba porque es de mi misma talla. Yo me llamo Víctor y él me dice Vico, porque se le enreda la lengua. El Seba es mayor, pero su porte es parecido al mío. Una vez, para medir fuerzas, echamos un gallito y me ganó en un dos por tres. Vivimos en la casa de la abuela con nuestra mamá. Ellas casi nunca están en el día. Sus trabajos en los packings son de siete de la mañana a siete de la tarde. Nosotros pasamos en la calle jugando hasta que en la esquina aparece alguna de ellas. Siempre traen a la rastra una bolsa con la cosecha de temporada. Corremos a ayudarlas y de ahí nos vamos directo a la casa.

Nuestra abuela se llama Carmen y siempre nos compra ropa una talla más grande. Insiste que a nuestra edad crecemos de un día para otro. Para comprobarlo, todos los días nos medimos estirados a lo largo del colchón y tratamos de topar ambos extremos con la punta de nuestras manos y piernas. Así vemos quién crece más. Yo me estiro todas las mañanas y noches para crecer lo más pronto posible y poder ganarle un gallito a mi hermano. Estoy seguro de que lo haré cuando sea una talla más grande que él.

La mamá y la abuela Carmen siempre discuten por las cuentas de la casa. Mi mamá evita pasar plata para el agua y la luz. Dice que trae más cosas para el refrigerador: frutas y verduras, choclos, frutillas, guindas, peras, duraznos, kiwis y ciruelas; mi abuela, en cambio, cada vez trae menos cosas, la bolsa arpillera le pesa y sus manos cada vez tiritan más.

Según el horario de clases pegado en el refrigerador, a mí me toca educación física los martes en la mañana. Ese día me toca correr en la cancha al lado de El Carmelo, donde trabaja mi mamá. La miro a través de los eucaliptos que separan los terrenos. Más bien finjo que mi mamá es una de esas señoras de “yoqui” con capacho al hombro que arrastra una escalera y les arranca frutos a los ciruelos. Mi mamá trabaja mucho, pero nunca nos compra ropa. Se fuma su plata echada en la cama viendo las comedias de la noche.

Según el horario de clases pegado en el refrigerador, a mi hermano le toca educación física los jueves después de almuerzo. Como hizo tira sus zapatillas pichangueando en la cancha de baby, usa las mías. Yo no tengo buzo y él me presta el suyo, que está agujereado en el bolsillo derecho. Cuando me descuido y echo las monedas de cien ahí, se resbalan por mi muslo y a veces caen en la parte del talón de mi zapatilla.

Tenemos un tío que siempre pasa en camioneta por la casa preguntando por mi hermano. Nunca se baja, solo toca la bocina desde afuera. Nosotros ya conocemos el ruido del motor y a veces ni hace falta que meta ruido. Cuando no está el Seba yo le aviso dónde puede andar. Siempre me da cien pesos. Un fin de semana invitó a mi hermano a la piscina. Mi hermano dijo que sí sin pedirle permiso a la abuela ni a mi mamá. Cuando éstas llegaron, les conté donde andaba el Seba. Llegó el domingo en la noche. No le dijeron nada. Antes de que nos mandaran a acostar, mi hermano me mostró un billete de cinco lucas. No dijo nada más ese día.

Nuestra mamá vive con nosotros en la pieza al fondo de la casa. Se encarga de vestirnos y llevarnos al colegio todas las mañanas. Los tres dormimos en una cama vieja de dos plazas. Yo y el Seba dormimos al rincón. A mí me gusta dormir apoyado en la pared de internit porque es fresquita, pero mi hermano siempre me gana el puesto. Cuando llega del trabajo, mi mamá ve

teleseries fumando de costado en la cama. Yo entibio sus pies helados con los míos. Ella apaga los cigarros en la bacinica. Primero desenchufa la tele y después arrastra la bacinica para lanzar el cigarro, que se desvanece en el pichí y termina como un bicho flotando en un mar amarillo.

Le tengo envidia a mi hermano. Creo que es desde que camina equilibrándose en el bordillo sin caerse; desde que trae a sus amigos a la pieza y desordena la cama jugando a las peleitas y mi mamá no lo reta; desde que nuestro tío pasa en su camioneta Chevrolet todos los fines de semana preguntando por él, gritando «¿dónde está el Seba?» o «¿hay visto a tu hermano?», como si su imagen fuera una sorpresa, como si su cuerpo inquieto no alcanzara a desvelarme en sueños cuando me pega codazos y patadas, como si nuestro vínculo no funcionara, aunque durmamos respirándonos en la cara.

Mi tío pasó otro día sábado y se llevó a mi hermano. Cuando llegaron mi abuela y mi mamá, les conté de nuevo que el Seba había salido. No dijeron nada. Di por hecho que mi tío siempre hablaba con ellas antes de llevarse al Seba, pero cuando escuché su conversación me di cuenta de que no. Tenía nuevamente el rincón de la cama solo para mí, pero no pude calentar las sábanas por más que me moviera. Mi mamá me piñizó por inquieto y me quedé tranquilo. Me dormí sobando mi hombro derecho y pensando en la suerte del Seba.

Mi mamá se enojó el domingo con mi hermano, porque la poca ropa que tenía había llegado llena de tierra. Mi hermano le contó después que usaba el buzo del colegio y las zapatillas para cosechar y ralear en el fundo Santa Adela, que mi tío manejaba una cuadrilla de fin de semana y que le pagaba cinco mil pesos por día. Desde ese fin de semana yo tuve que usar el buzo húmedo para educación física, porque mi mamá lavaba los lunes en la tarde. Un mes mi hermano se compró zapatillas nuevas, así que no tuve que sacudir más las mías. Mi mamá no se quejó más de la tierra. El polvo de la ropa de mi hermano se mezclaba con el humo del cigarro al lado de la artesa donde mi mamá refregaba.

Mi hermano siempre llegaba muy cansado de la casa de mi tío, no tenía fuerza ni para molestar en el colegio. Empezó a faltar los lunes. Como mi mamá solo me dejaba afuera, no daba justificativo al inspector. Una vez llegaron los carabineros a buscar a mi hermano a la casa. Mi mamá les mintió y dijo que estaba enfermo. El Seba no quería seguir yendo al colegio. Decía que no le servía para nada, que mejor se dedicaba a trabajar. Mi mamá le advirtió que si seguía faltando, no lo iba a dejar ir a trabajar, pero mi hermano le empezó a pasar la mitad de la plata.

Cuando mi abuela supo que mi hermano estaba trabajando y pasándole plata a mi mamá, se enojó. Discutieron violentamente en el comedor y mi abuela amenazó con echarla. El Seba defendió a mi mamá. Yo no dije nada. Después mi abuela me ofreció quedarme en su pieza y dejar al Seba con mi mamá. Le dije que sí. Mi hermano podía faltar al colegio y me había devuelto las zapatillas rotas. La abuela Carmen me dejaba ver tele a mi gusto y hasta tarde. Ponía monitos hasta las doce. A la mañana siguiente me levantaba más temprano y me arreglaba tranquilo para el colegio. Como mi abuela no podía llevarme, me dejaba viendo tele mientras hacía la hora. Después aparecía mi hermano y me avisaba que ya se iban.

Mi mamá tuvo que prohibirle ir a trabajar a mi hermano. Yo seguí quedándome en la pieza de la abuela. Cambié toda mi ropa a su cómoda. Me dejó un cajón solo para mí. Comentó que mi mamá no podía pedirle plata a mi hermano, que en la casa ella pagaba todo. Dijo que lo hacía para que su plata la gastara en nosotros, en vestirnos y alimentarnos. Nuestra mamá nunca nos compraba nada, mi abuela era la que nos regalaba casi todo. Mi mamá hacía desaparecer su plata.

A la semana siguiente mi tío llegó a la casa. Nunca lo había visto fuera de la camioneta. Era de patas cortas y guatón. Habló con mi mamá y mi abuela harto rato. Mi hermano estaba con ellos. Después mi hermano entró en la pieza, echó unas cosas en la mochila y se fue con mi tío. Lo acompañé hasta la puerta. Ahí me dijo que iba a venir de vez en cuando. Le pregunté qué iba a pasar con el colegio. Me dijo que se iba a cambiar. Me había dejado el buzo del colegio en el tercer cajón de la cómoda.

No volví a ver a mi hermano por cuatro meses. Al quinto, mi abuela cayó hospitalizada. Llegó mi tío a la casa y habló con mi mamá. También venía mi tía. Dijeron que mi abuela les había pedido que me llevaran con ellos. Les pregunté por mi abuela. Mi tía se puso a llorar y me dijo que estaba grave, que lo último que había dicho era que nos cuidaran. Les pregunté por mi hermano. Me dijeron que estaba en Santa Adela, que ganaba mucha plata. Arreglé mis cosas y me subí a la camioneta.

REGIÓN DE O'HIGGINS, 1994
CUENTO BIOGRÁFICO**Miguel Peña Sepúlveda**

Olivar

Somos nueve hermanos, cuatro mujeres y cinco hombres, nacidos de la unión de mi madre (a la que quisimos con admiración, sobre todo los hijos hombres) con mi padre, quien se dedicaba a las faenas del campo en esta Región del Libertador. Digo faenas del campo porque Manuel Jesús, que era su nombre, no tan solo se dedicaba a los cultivos tradicionales, como las siembras de porotos, maíz o papas, sino que también tenía sus potreros con alfalfa o trébol. A estos pastos en verano alcanzábamos a darles hasta tres cortes y nosotros, los hermanos menores, nos encargábamos de hacer toda la cosecha. Esto es la siega, que se efectuaba con una pequeña máquina tirada por caballos. Luego venían todos los otros procesos hasta terminar aprensándolos con una anticuada máquina llamada “prensa”, que accionábamos con la ayuda del motor de un camión Ford del año 1929, al cual le conectábamos una correa a una rueda que dejábamos suspendida.

Aparte de estas tareas, nos preocupábamos de atender los animales de pequeñas crianzas que nunca faltaban en la casa. Después de estas labores, mi madre nos tenía la ropa de colegio en orden para ir bien presentados a la escolita No 3 de Rancagua.

Los días de la niñez pasaron veloces y llegó la adolescencia. A nuestro padre, en vez de progresar con todo lo que había adquirido con la ayuda de mi madre, le entró una especie de ruina económica, y hubo que dejar todos sus terrenitos e ir a ocuparse de un fundo en las cercanías de la ciudad de Rengo.

En la casa y pequeña parcelita que teníamos con todos sus quehaceres (seguir criando y manteniendo a los chanchos, sacar leche, sembrar o dar los terrenitos en media) quedó un puntal al que nunca vi flaquear: esa fue mi madre, quien se ocupó de enseñarnos a nunca perder el tiempo en salones de billares o jugando a las cartas, que era muy común en el pueblito donde nos criamos; siempre nos daba ejemplos de ser sufridos y tenaces para soportar todos los problemas que se presentaban en una familia numerosa como la nuestra.

Yo, siendo uno de los hermanos menores y acostumbrado a los trabajos agrícolas, decidí acompañar a mi padre en las labores del campo. Un día salí a salitrar un trigo que teníamos en media con un hacendado de los alrededores. Esta siembra se había efectuado en un potrero donde aún quedaban los restos de cañas de maravilla de la siembra anterior, que yo pisaba a modo de pasatiempo. Y así, poco a poco, se repartía el abono a ese triguito que salió un tanto amarillento. Los potreritos de esa parcela se dividían unos de otros por unas cercas de piedra y barro hechas, al parecer, en los años que había mucha mano de obra cesante. Pero esa tarde calurosa del verano que se aproximaba, al ir pisando estas cañas y no ver dónde ponía exactamente el pie, pisé una enorme culebra que medía fácilmente unos dos metros de largo, y su color y grosor se asemejaban a las cañas ya descritas. Este animal, al sentirse aprisionado por mi pie, un poco pesado por la carga del salitre, pegó un tremendo coletazo y, enroscándose en su cola a modo de un solo pie, se paró a unos tres metros de donde yo estaba, sacando su lengua repetidas veces. Me miraba fijamente, como queriendo atacarme a mordiscos o azotarme con su tremenda cola con escamas. Así estuvimos algunos segundos mirándonos fijamente, hasta que ella abandonó su posición y, dando un agudo silbido, se arrastró hacia las pircas de piedras.

Abandoné el trabajo que con tanto entusiasmo había empezado y, con el susto que pasé, anduve cabizbajo y triste hasta que llegó mi madre que nos visitaba a menudo. Después de contarle lo sucedido, ella me santiguó igual como lo hacen con los niños pequeños.

—Esto, haciéndolo con fe —me decía—, uno vuelve a quedar normal.

En ese villorrio, en que todo era calma y rutina, un día preparamos la Fiesta de la Primavera con algunos amigos y vecinos. El motivo: levantar una pequeña capilla religiosa en los terrenos ya donados por algunos vecinos católicos. Encontramos la cooperación de todo el pueblo, muchos preguntaban ¿en qué puedo ayudar? Se formaron las comisiones que se harían cargo de las distintas candidaturas, que eran de varias partes del pueblo. Las elecciones fueron muy peleadas, tanto que hubo que hacer una segunda vuelta para que, felizmente, una niña sacara la mayoría de los votos y la coronáramos Reina de la Primavera 1950.

En esa fiesta de chayas, flores y serpentinatas mi participación consistía en animar los actos de representaciones de las damas de honor y los pajes que las acompañaban. Terminé siendo el Rey Feo para acompañar a la Reina, que era una de las jovencitas más hermosas del lugar.

Y aparece el amor, pero cómo no iba a llegar si estábamos en la edad en que no se tienen problemas de ninguna especie y todos eran proyectos e ilusiones para los días futuros. Mi escogida no fue la Reina de la Primavera, sino una de las damas de compañía: Isnelia, una mujer de unos veinticinco años que, a mi parecer, reunía muchas condiciones para ser la polola ideal. Profesora de la escuelita de la aldea, era muy querida por sus alumnas y apoderados. Bien modesta y muy buena lectora, un día llegó a mi casa con una novela debajo del brazo: Zurzulita, del escritor Mariano Latorre.

—Vengo —le dijo a mi padre— a pedirle a su hijo.

Por supuesto que era en forma de broma, pero desde ese día fue mi prometida oficial. Nos enamoramos y, en los días de vacaciones, ella se olvidó de regresar a su casa en Puente Alto. Haciendo numerosas tareas agrícolas, pasamos juntos ese caluroso verano. El trigo, ya maduro, nos esperaba para traerlo a la era. Y los porotos tórtolas, casi desgranándose. Había que ordeñar las vacas cada mañana y hacer los quesos por la tarde, pero también nos dábamos tiempo para salir a pasear a caballo por las suaves lomas de los cerros cercanos que aún conservaban sus flores blancas y aromáticas. Subíamos por el Río Claro hasta dar con sus afluentes y darnos cuenta de que el agua que regaba nuestras siembras era muy escasa. Eso originaba las peleas de los agricultores, quienes nombraban un juez de agua para racionar este vital elemento.

Los días pasaron veloces y parece que con la llegada del otoño aparecieron también los primeros nubarrones. Fue Isnelia la que un día me trajo la noticia: era el tiempo de presentarse al servicio militar obligatorio. En el día señalado por la lista nos presentamos unos mil quinientos jóvenes de todo el cantón de Caupolicán. Quedé llamado para integrar la dotación de reclutas a la semana siguiente. Isnelia se despidió de mí, diciéndome que a lo mejor no me vería más. Con mi partida se terminaron sus vacaciones en ese hermoso lugar, que era de ensueño para trabajar e ir proyectándose un gran futuro.

Otra vida empezaba y había que afrontarla. Una vez dentro del cuartel militar y con uniforme de trabajo, empezaron los cabos y sargentos a sacarnos rápidamente nuestras costumbres civiles para ir dando paso a la llamada disciplina militar. El contingente era un cuarenta por ciento de muchachos venidos del campo. Aprendimos rápidamente a cuadrarnos, marchar al compás de la banda del regimiento y también a hacer tiburones y arrastrarnos con el fusil por delante, simulando que estábamos en una guerra a muerte.

Llevábamos unos dos meses de instrucción cuando fui testigo de una tremenda tragedia, ocurrida en nuestro turno de guardia de caballadas (ésta no solamente significaba cuidar los caballos, sino que trabajar toda la noche limpiando el guano de los corralones). Estábamos con el trabajo terminado y la claridad se acercaba con mucho frío esa mañana de mayo. Uno de mis compañeros se encontraba durmiendo, sentado con un palo que dividía un corral de otro, cuando de repente vi llegar, acercándose con mucho sigilo, a un guardia que traía un fusil Mauser en las manos. No le dimos importancia, pues las rondas las hacían cada hora los conscriptos que estaban de guardia; algunos saludaban, otros pasaban sin decir palabra y regresaban a dar las novedades al cabo de guardia.

Este conscripto que llegó al grupo nuestro era un simple recluta al que, en la guardia, le habían pasado una carabina con bala de guerra capaz de alcanzar un blanco a unos trescientos metros de distancia. Nosotros sabíamos perfectamente que el arma que traía era el fusil Mauser que a cada uno le pasaban para las instrucciones diarias con carabina, pero con bala de fogeo, por lo que no había peligro y no hacía daño alguno. Yo y otro compañero conversábamos y estábamos atentos a algún acontecimiento o robo, que generalmente se producían a esa hora. La claridad era absoluta, además que varias ampollitas colgaban de las vigas o cerchas del galpón. Al vernos, el recluta hizo un gesto de que guardáramos silencio. Luego, en forma repentina, levantó el arma a la altura del hombro derecho. Pensé que quería hacernos pasar un susto ya que él estaba a pocos metros de distancia. De repente suena el disparo y vimos con horror que nuestro camarada de esa noche de caballadas caía muerto en forma instantánea. La bala a fogeo de ese amanecer trágico había sido cambiada por una bala de guerra que atravesó la garganta de mi humilde compañero de Coltauco y perforó los pizarreños en un inmenso boquerón. La sangre brotaba a borbotones por la parte de salida del proyectil. En un segundo había llegado la muerte a visitarnos.

Corrieron todos al sitio del suceso, no tardó en llegar la plana mayor del Regimiento. Había que hacer un sumario para investigar los hechos. Encargado el teniente Paulsen, fuimos citados como testigos. Al empezar, diciendo la verdad de lo ocurrido, se me hizo callar en forma prepotente por el oficial a cargo del sumario. La jefatura del regimiento al que pertenecía con tanto honor ya había hecho declaraciones a “El Rancagüino”, diciendo que la muerte del conscripto Luis Octavio se había producido por un atascamiento de su carabina, al pasar un cierre de alambres de púas.

Me permitieron ir a sus funerales, que fueron muy ceremoniosos. Su caballo de adestramiento iba detrás de la carroza. La banda tocaba “Yo tenía un camarada”. Como último homenaje, coloqué su gorro de campaña encima del ataúd. Mucho recogimiento pero yo, en mi silencio, sabía que había faltado a la verdad en la investigación exacta de su muerte.

Volviendo a la vida civil, hubo que buscar trabajo lo antes posible. Salimos con uno de mis hermanos a la Laguna del Maule. Allí nos ocupó la Corporación de Fomento en uno de sus embalses para la instalación de plantas eléctricas. En invierno terminaban las faenas porque el viento y la nieve no dejaban avanzar las obras de la construcción. Una vez terminado el trabajo, de nuevo a buscar el sustento a otros parajes de nuestro Chile. Mientras recorría las sequedades del norte supimos, por las noticias, que en el sur de Chile el mar había subido alrededor de cinco metros de su nivel. Por haberme empleado en una forma de construcciones de emergencia, de inmediato nos trasladamos a las regiones de La Araucanía y Los Ríos. En la bahía de Queule, pueblecito o caserío que está en el límite de estas dos regiones, se comentaba que el mar se había llevado todo. Nos embarcamos por un estero o parte de río hacia esa localidad y, efectivamente, la noche de subida de la marejada, el mar, en una ola gigante, había arrasado con todas las pertenencias de unas cien familias que vivían alrededor de este estero que desembocaba en el mar.

Ahí estuve con un pescador descendiente de alemán. Me contaba que la mayoría se había salvado gracias a que el maremoto produjo un gran ruido, despertando a todos los habitantes. Luego de arrancar a los cerros vecinos, pedían a Dios que salvara sus vidas. Sus enseres, animales, carretelas, lanchas, pescadores, todo se lo había tragado el mar. El pánico no los abandonaba, pues se creía que el mar volvería a levantarse para, esta vez, hundir para siempre sus pedazos de tierra.

Al trasladarnos poco después a la ciudad de Valdivia, sus autoridades colocaron letreros en los que se leía: “Hasta aquí llegaron las aguas” y marcaban cinco metros de altura.

Y así, en uno que otro quehacer, transcurrió la vida. Pasaron cuatro décadas. Durante ese tiempo fundé una familia, que no fue numerosa, pero ya llegaron los de una tercera generación.

¿Y qué fue de Isnelia? Un día me contrataron para llevar a una congregación religiosa de paseo a la cordillera. Era el mismo lugar que, en nuestra juventud, recorríamos con la maestra de escuela. Llegamos muy temprano a Rinconada, todo seguía igual. El agua cristalina bajaba por el río Claro, cantando a través de las piedras. Las flores silvestres nos daban su suave aroma, el trigo ya estaba maduro y parecía que se esperaba la Fiesta de la Primavera. Mirando al muchachito que había llegado a ofrecernos caballos en arriendo para dar un paseo, se me ocurrió que me facilitara el mejor de todos. Escogí uno color tordillo, con una montura inglesa reluciente. Lo quería para tirar pinta, acordándome de Isnelia. Mi deseo era ir a verla, ya que había averiguado la dirección donde vivía.

Volví a galopar las suaves lomas de nuestros tiempos idos, pero ahora llevaba una pequeña angustia en el corazón. Parecía adivinar una sorpresa. Llegué a una casa de campo, con corredor y jardín a la calle. No se divisaba ni un alma, golpeé una pequeña puerta de reja, no salía nadie a asomarse. Después divisé una campanita que se toca a modo de timbre, y he aquí que aparece una viejecita de vestidos largos, como los de una manda, pelo canoso y afirmándose en un bastón.

—¿Qué quiere? —me preguntó.

Me quedé observándola un rato. Sí, efectivamente era ella, aquella muchachita de dientes perlas y pecho de paloma, que irradiaba y contagiaba su alegría de vivir. Ahora, como en un gran telón de fondo, parecieron los años transcurrir apenas en un segundo, convirtiendo a mi Isnelia en una ancianita.

—¿Vivirá aquí la señorita Isnelia? —contrapregunté.

(Dije señorita por lo de profesora, pues sabía de sobra que se había casado y, al igual que yo, también había formado una familia).

“Sí”, la oí decir muy bajito. No me conoció en absoluto, menos se dio cuenta de que le llevaba un ramo de flores blancas. Medio tartamudeando le dije que le traía los saludos de una amiga de la ciudad de Rancagua. Se oyó una voz varonil y ella se perdió en los interiores del corredor.

Al regresar a mi casa, busqué un espejo grande para mirarme. Los años no habían pasado en vano, pero ¿por qué ella había envejecido tan rápidamente? Habían pasado cuarenta y tres años sin verla.

El Olivar, a 27 de marzo de 1994.

REGIÓN DE O'HIGGINS, 1999

DON FAUSTINO, UN OVEJERO DE LA PATAGONIA CHILENA

Edith Ruiz Aguilar (60 años)

Rancagua

—**A**quí, por estas tierras inmensas, la huella no tiene fin —me dijo el ovejero con su voz lenta, firme y melodiosa. El ovejero estaba sentado sobre un tronco que le servía de asiento y de mesa para sostener la tetera del mate—. Siéntese —me invitó, haciendo un gesto—, acomódese aquí conmigo y sírvase un mate amargo para que vaya probando el sabor de la región. Por estos lados hay hospitalidad, la puerta del rancho la tengo siempre abierta para custodiar el fogón y para dejarle el paso libre a los forasteros y a la soledad. Ella es mi fiel amiga desde la juventud. Una vez traje a una mujer y, la muy canalla, me la espantó para que se fuera. Desde entonces la tengo como única compañera. ¡Qué le vamos a hacer con la suerte, caray! Toda la vida he sido ovejero y puestero. Tengo a mi cuidado un buen piño de ovejas en estas extensas leguas de mi patrón.

Después el ovejero suspiró y se quedó mirándome, como midiendo mi estatura y mi fortaleza. El día era claro y transparente, el sol se veía pequeño en el cielo y no entibiaba el aire a pesar de la luz. Retomando su monólogo, me interrogó:

—¿Qué le parece, forastero, esta tierra tan grande y tan fría? Y tan olvidada, ¿por qué no decirlo? Cuando era niño fui a la escuela, mi madre era profesora. Todavía guardo sus libros como un recuerdo. En los mapas descubrí que esta región queda en los confines del planeta. ¿Le molesta el viento, muchacho? —continuó el anciano—. Al principio es pesado, después se acostumbrará a sus caprichos y hasta podrá conversar con él cuando se canse de charlar con los perros. Una noche sin luna el desgraciado llegará gimiendo como una mujer. Después se irá y usted lo echará de menos por esos sollozos de hembra que le harán recordar a todas las que lo quisieron. A la mañana siguiente usted se sentará sobre este mismo tronco y se pondrá a conversar, solito, hacia adentro. En cualquier noche lluviosa volverá enfurecido y negro como el diablo por esas cumbres, y cabalgará aullando por encima del rancho. ¡Ay, pobre muchacho! Usted se va a poner a tiritar de soledad y de espanto, porque el endemoniado, al enredarse entre los árboles opuestos a su paso, va a bramar enloquecido derribando las lengas, los coigües y los ñires, que se van a caer en un verdadero estruendo de troncos y brazos reventados contra el suelo. El amanecer se va a tardar, le va a parecer que el sol perdió el rumbo, dejando a la Patagonia como una oveja guacha. ¡No me mire incrédulo! —exclamó al ver mi expresión de miedo y desconsuelo—. Usted tiene que hacerse hombre y saber bien, desde antes, como son los caprichos del viento, de la nieve y de la escarcha. Los sabañones que le salen a uno en las manos y en los pies son del carajo y dan picazón; después que no dejan dormir con el escozor, se revientan. Por acá los curamos con los meados. Es lo mejor. ¡Ah! Y si se le sale un lobanillo en alguna parte del cuerpo, lo que debe hacer es sobarlo con saliva muda en la mañana; y en la noche con grasa de cordero calentita.

Me largué a reír con todas mis ganas, y el puestero me llamó la atención con seriedad:

—¡No se ría así, ya va a aprender! Cuando era un mocoso le pregunté a mi vieja sobre la saliva muda y ella me dio una lección. Me lo explicó mirándome fijo con sus ojos negros como calafates, y me dijo: “Es la saliva de la mañana, la de antes de hablar” —y después Don Faustino prosiguió sentencioso—. Entrada la primavera el viento va a regresar soplando del polo sur, livianito de pies. Tan juguetón y cantarín como aquel cariño que le di a esa mi potranca, que tuve aquí y no la pude amansar. Mejor no la voy a recordar, porque todavía me duele como una puñalada de cuchillo

verijero; y me vuelve a sangrar el corazón. Entonces, para más mejor, le voy a seguir hablando del viento. Como le decía, la brisa se va a llevar la lluvia y vamos a volver a ver el sol. De la pura alegría se van a poner a cantar los arroyos y a brincar los animales en los campos y en los potreros. Usted, amigo, va a escuchar por primera vez en su vida la risa del cielo y de la tierra. Las copas de los árboles se van a llenar de hojas por la mano de Dios. Sobre el campo, donde estuvo la nieve, brotarán los coirones, los cadillos, las pimpinelas; y el ganado volverá a tener alimento fresco.

La historia del ovejero me tenía alelado, pero a la vez el cansancio y el hambre me estaban traspasando como agujas. Comencé a dar temblores y el anciano me consoló diciendo:

—Pronto va a llegar el verano, pero eso sí que mientras regrese el calorcito se va a tener que aclimatar. ¡Claro, a usted, me lo mandaron para enseñarle a ovejero! Esto que le he dicho son las primeras lecciones. Al principio va a ser duro porque usted no es patagón y viene del norte, según me dijeron. Con un poco de voluntad aprenderá, no se desanime, va a aprender. ¡Se lo aseguro! Tómese otro mate amargo para que se vaya aquerenciando en la Patagonia. Enseguida vamos a asar un churrasco para matar el hambre, y le voy a mostrar su catre y la vara para colgar sus pilchas dentro del rancho.

Después, haciéndome una señal con la mano abierta, me dijo con su acento austral tan recio pero acogedor:

—Muchacho, pase a este humilde rancho, pobre en comodidades pero lleno de cariño. Todos los lujos que usted haya conocido antes, aquí los va a tener que olvidar. Descargue ahora sus bultos y empezará por lo más sencillo. Le enseñaré la forma de preparar el aliño para salmuerar un buen churrasco patagón. Primero va a tablear un pedazo de esa masa que tengo fermentando y se va a poner a freír las tortas en esa sartén para acompañar el asado de cordero. ¡No examine tanto mi facha, carajo! —me reprendió sonriente—. Con estas pierneras lanudas, de cuero de oveja, ando bien aperado para pasar el frío. Las botas, mi pañuelo de cuello, mi campera y mi sombrero los compré “al otro lado del alambre”, como le decimos aquí a la Patagonia Argentina. Por la tremenda distancia y las dificultades de los caminos con nuestro propio país, tengo que comprar allí mis aperos para el trabajo. Entienda por aperos todo lo necesario, es decir los vicios y las prendas. Es un pueblecito de la frontera donde también viven muchos emigrantes chilenos. Agarro el galope por esas pampas y, siguiendo la huella contra el viento, llego pronto al pueblo, casi en un dos por tres. Allí uno encuentra más de lo que usted está pensando. En ese lugar que le digo están a la venta las botellas de grapa para alegrar el mate, es decir para tomarlo “con punta”. Están los porrones con ginebra para poner a cantar al corazón, las pilas para la radio y las cuerdas para mi guitarra campera. Yo le voy a enseñar a pagar como en patagón, con todos los dicharachos de aquí. Además, allá uno se encuentra con otros ovejeros, arrieros y puesteros para conversar del tiempo, de la vida, de las mujeres, en fin. Por último, para desafiarlos a jugar unos partidos de truco.

El anciano se dio cuenta de mi ignorancia con relación al juego del cual me hablaba y me aclaró:

—El truco es un juego de naipes que vino de España y se quedó aquí en la Patagonia chilena y en la Patagonia argentina. Es muy entretenido. Se forman las parejas y se ponen de acuerdo con el llamado “tanteador” para la aplicación del reglamento. Con simulación y mentiras de grueso calibre, se trata de adivinar la carta del contrario y de engañar con la carta propia. La primera mano de naipes se llama “el envido”. Todo se dice en verso rimado con picardía picante y con provocación. Lo más importante es cantar la flor del truco. ¡Se lo voy a enseñar y va a ver cuánto le va a gustar! Algunas veces se hacen apuestas de ovejas, de pingos o de vaquillas gordas. Al final termina el juego con un entrevero de chiporro asado, vino abundante y baile con mujeres que son buenas para la risa. Eso sí que, algunas veces, la borrachera puede terminar mal. ¡Hasta con puñaladas, mierda! —exclamo don Faustino con repentina fuerza—. ¡Un ovejero, puestero

o arriero no debe andar jamás sin sus cuchillos: el facón y el verijero, carajo! ¡Con el facón bien enfundado al cinto para defenderse y para carnear animales; y con el verijero para comer asado! Mañana buscaré los cuchillos y el cinto con todos los aperos, y se los enseñaré a usar. Bueno, le aconsejo desde ahora que con las mujeres del pueblo uno no puede hacerse ninguna ilusión. Ellas no quieren vivir en los pueblos lejanos y sacrificados, como éste, donde no hay ni siquiera un baño con agua corriente. Pero haciendo honor a la verdad: son lindas, saben cantar, tocar la guitarra, bailar; y le dan a uno un respiro entre tanta soledad. Eso sí que hay que ir con harta plata, porque cobran caro por sus servicios.

Le voy a enseñar el camino a la felicidad, se lo prometo. Eso sí que primero va a tener que aprender las faenas de un buen ovejero. ¡Como que me llamo Faustino Mansilla Millaldeo que usted va a llegar a ser el mejor en la amansada de caballos, en la capa de corderos y en el cuchillo carneador! ¡Y para qué decir en adiestrar los perros, en jugar el truco y en todas las tareas de un ovejero, caramba!

Don Faustino buscó una botella de grapa de un cajón y preparó de nuevo el mate para bajar, según me dijo, el asado que nos comimos. Le puso agua fría al tiesto para lavar la yerba, dando fuertes chupadas y escupiendo el agua verde por la puerta del rancho. Después le colocó el agua caliente con un chorro de grapa y me lo pasó recitando:

Aquí va un mate con punta
 pa'l aprendiz de ovejero
 saldrá flor de compañero
 si me sabe hacer la yunta.

El anciano se quedó a la espera de mi reacción por el sabor del mate. Al ver que no hice ninguna mueca con el fuerte brebaje, lanzó una tremenda carcajada, exclamando:

—¡Al fin tengo un compañero para matear! —Después comentó entre dientes—: No sea que me lo espante la soledad, no más... Sabrá usted, forastero, que en estos últimos años el corazón se me ha portado mal. Por estos lugares no hay doctores y si el motor le empieza a fallar a uno, se rompe sin miramientos. El día cuando me muera usted no me haga viajar por dos días y dos noches, atravesando en mi caballo como un chiporro carneado al cementerio del pueblo chileno, ni al argentino que queda más cerca. ¡No, afuerino! Entiérreme en el bosque de los ñires para escuchar el canto y los gemidos del viento, para sentir el balido de las ovejas y para seguir conversando con mis perros.

Oscurecía y empecé a ponerme triste, entonces le pregunté a don Faustino si tenía pilas para escuchar las noticias de las radios del norte del país. Mi pregunta le causó risa, una risa burlona, y me respondió:

—¡Pero, hermano, aquí en la Patagonia nosotros estamos viviendo en un mundo aparte, en el abandono y el olvido, ¿no se dan cuenta todavía? Aquí las noticias del norte no le servirán para nada. Por estos lados la vida siempre será igual con las noticias y sin ellas. En un tiempo más usted comprenderá lo que le digo. Si las radios del norte parece que fueran de otro planeta. Nada de lo que dicen tiene que ver con nosotros, ni con esta tierra perdida en el mapa pero tan bonita. Eso no lo puede negar ni el más empingorotao.

A usted, amigo, no debe importarle si baja o sube el dólar. O si llega una artista famosa del extranjero, porque por estos lados nunca la verá ni en foto. No le debe dar ni comezón donde pongan el congreso o lo dejen de poner. Ni tan siquiera la dieta de los parlamentarios. ¡Nada! ¡Usted está aquí para hacer patria, sin pensar en ninguna cosa de por allá en el norte! Aquí va a aprender mucho. ¡Y se va a hacer un hombre de verdad, no un enclenque, caramba!

Al terminar de hablar se puso de pie, suspiró hondo, se estiró con fuerza y se fue a buscar la guitarra que estaba colgada de un clavo en la pared. Tomó asiento sobre el cajón donde guardaba la grapa y, serenándose de ánimo, comenzó una canción desconocida para mí. La canción era triste, me informó que era propia del lugar y se llamaba “Corazón de escarcha”. Al finalizar me volvió a aconsejar:

—Se lo digo como un padre, no se ponga a soñar con las payasadas de otras partes tan ajenas a nosotros, ponga los pies en la tierra. Eso es lo mejor para usted. Pensar en el norte le haría muy mal y no tiene sentido, ésta es su realidad aquí y ahora. Si quería cambiar de vida, aquí la va a cambiar por completo. No quiero desilusionarlo, pero primero tiene que curtirse de lejanía y soledad. Las radios de Coihaique son más entretenidas. Ellas dan los mensajes de los familiares que andan por el pueblo. Como, por ejemplo: “Le quiero informar a mi marido Rudecindo que mi compadre ya me arregló el motor y me lo dejó como nuevo”. Esas noticias son simpáticas. También dan las tristes, cuando muere un conocido o cuando hay peligro por las crecidas. Las radios del norte se acuerdan de nosotros sólo cuando hace erupción el Hudson. Después, con el tiempo, va a poder escuchar sus famosas noticias sin enfermarse y, cuando eso suceda, sus mentás radios le van a importar un carajo. Entonces las va a mandar a la misma mierda y a la madre puta que las parió.

Don Faustino volvió a tomar la guitarra y se puso a entonar unas payas, propias de la región, aclarando el significado de las palabras que yo no conocía.

Los días pasaron volando entre mi aprendizaje y las conversaciones con el ovejero. De pronto llegó el verano y, una mañana, el anciano me dijo:

—Ya enteró seis meses por estos pagos, forastero. Me siento contento, lo veo harto aquerenciado en La Patagonia. Mañana vamos a empezar la capa de los corderos. Los vamos a capar a diente. ¡Y no se me ponga tan asustado, mi amigo! Va a venir un capador experimentado a darnos una ayuda. También vamos a realizar la señalada, mejor dicho, vamos a marcar los corderos haciéndoles una señal en la oreja con el distintivo del patrón. Algún día él va a venir por aquí y lo va a conocer en persona. Como le decía, vamos a empezar la capa y usted me va a ayudar, llevando los animales al ruedo para practicarles la operación. Al final de la manga, se va a dar cuenta de la rapidez con que sentamos cada chiporro. De una dentada y ¡zaz! Le arrancamos los testículos con gusto a sangre. De un sólo escupitajo los lanzamos al balde coquero y nos enjuagamos la boca con trago para desinfectar los dientes. ¡Y al otro chiporro, carajo, hasta terminar el día! —Don Faustino ni reparó en las náuseas y arcadas que me venían, en tanto aseguraba—. ¡Usted va a capar unos cuantos para experimentar! Oiga, aprendiz, le cuento que pronto va a empezar la faena de la esquila. Para eso viene un camión con una máquina y una comparsa de esquiladores, agarradores, envellonador, en fin, todos los que se necesitan para la faena. Nosotros debemos tener habilitados los galpones, los bretes y el baño de las ovejas. Una vez que han sido peladas, hay que bañarlas con desinfectante para que no agarren sarna.

A la entrada del otoño don Faustino se veía satisfecho. Aquella noche, cuando ya comenzaba el frío, me dirigió unas palabras de cariño:

—¿Vio, muchacho, como ya no es forastero? Ya mi compañero no es un aprendiz, lo digo con orgullo, es un ovejero.

Estaba sonriendo y murmurando satisfacciones, cuando se quedó dormido en su catre cerca del fogón. Aquella madrugada desperté asustado con los gritos del anciano:

—¡Arriba! ¡Arriba! Está nevando. ¡Hay que salir a juntar las ovejas, mierda!

Don Faustino, siempre tan calmado para todo, esa mañana partió desesperado, silbándole a los perros. Y gritándole, al igual que un demente, a los caballos. Tanto al pingo que montaba como a los caballos pilcheros que cargaban los bastimentos. Así le llamaba a la comida, los cueros lanudos, las vasijas, la leña seca y el forraje de campaña. Esa fue mi primera experiencia con la nieve. Al ver el manto blanco tuve deseos de reír, saltar, jugar, en fin, de no sé qué.

No tenía ropa adecuada, había pasado el verano y ni siquiera nos acordamos con don Faustino. Recibí mi paga del administrador y hasta conocí al patrón. Con tanta plata en mano, nos fuimos a divertir al pueblo con el viejo ovejero y lo olvidamos todo, hasta mi ropa del frío. Entonces decidí ponerme un poncho de don Faustino y unas botas de él, que me quedaban algo chicas. Subí de un salto a mi caballo y salí dándole fuertes silbidos a mis perros. En el camino me encontré desorientado, porque la nieve había borrado los senderos. Los perros me guiaban corriendo por delante y olfateando los rastros de los perros y de los caballos de don Faustino. Al verlos tan diestros y con tanto afán, me bajaron los impulsos de abrazarlos de puro agradecimiento.

Trabajamos todo el día, que más bien parecía un crepúsculo. Con don Faustino, los perros y los caballos parecíamos unos fantasmas en la nieve.

La alegría inicial de ver la nevazón se me había terminado, sentía que el frío me tenía acalambado y deprimido. El vapor de nuestra respiración se confundía con el vapor de la respiración de los perros y de los caballos. Era como una nube que nos volvía a caer sobre el cuerpo convertida en gotas de escarcha.

Al final de la jornada, encendimos fuego sobre una lata con la leña seca que cargaban los caballos pilcheros. Cocinamos los churrascos. Tomamos el mate con más grapa de lo corriente, hasta que sentimos arder la garganta. Al costado de la fogata se echaron los perros para engullir los trozos de carne asada, cuya grasa se les congelaba en el aire. Un poco más allá de los perros, forrajearon los caballos el alimento que ellos mismos habían transportado.

Mientras yo cebaba el mate, don Faustino se burlaba de mí, diciéndome:

—Ovejero, te van a salir tantos sabañones que te van a faltar meados para la cura.

Al anochecer regresamos, dejándonos guiar por los animales. Una vez ya en el rancho, mientras mi maestro desensillaba los caballos, avivé el fogón y empecé a cocinar un asado criollo. Es decir: plantado en una cruz de fierro, al lado del fuego y bien salmuerado. Estaba friendo las masas cuadradas, llamadas las tortas en la Patagonia, cuando entró don Faustino y empezó a buscar algo en un cajón.

—Aquí encontré unos cueros lanudos —me dijo—, a lo que comamos te voy a enseñar a costurar unas buenas pierneras para el frío. Los demás aperos los vamos a ir a comprar apenas se vaya la nieve. Es la primera nevada y no se afirma. Se irá en unos cuantos días. Una vez en el pueblo jugaremos al truco una vaquilla. Estoy seguro de que vamos a volver con carne para un mes. Ya eres un maestro en el truco, más mentiroso que yo y mejor verseador. Me las está ganando en todo ¡cagón! Menos en la capa a diente. Ahí te dejo unas cuantas leguas coquinado —dijo riéndose a carcajadas, mientras terminábamos de coser las pierneras. Después las levantó en el aire y gritó—: ¡Te quedaron como de sastrería, ovejero! Ahora sí que me voy a dormir. ¡Que sueñes, por adelantado, con las angelitas del pueblo!

Se fue el invierno con su crudeza y su soledad. Esa soledad que nada más se siente en las vastedades patagónicas. Jamás podré olvidar la llegada de esa primavera. Aquella mañana, al despertar, tuve una corazonada. No escuché el chisporroteo del fogón por una carga de leña recién puesta ni pude oír las radios de la región dando los mensajes a los pobladores. Tampoco sentí el sonido de la tetera sobre el fuego matero, en la orilla del fogón. Me decidí, con temor, a abrir los ojos y vi en su catre a don Faustino. Me levanté sospechoso y caminé despacio hasta el anciano. Lo encontré mirando al cielo, con el rostro frío y descolorido. Lo abracé por primera vez en la vida y un puñal de dolor se me enterró en medio del pecho al ver, tan quieto y tan rígido, a mi maestro. Me nubló el llanto y encendí dos velas rezando. Lo velé tres días y dos noches, conversándole de todo lo que me había enseñado y habíamos hecho juntos. Olvidado de las ovejas y prendido de su mano grande. Sumergido entre la pena y los aullidos de los perros, decidí su entierro.

Cumplí cabalmente con su pedido: lo senté en mi caballo y yo me monté detrás de él, sujetándolo para que no pareciera muerto.

Esa tarde la brisa era suave, cristalina, y el viento livianito y juguetón. Caminamos silenciosos, por la pampa, hasta el bosque de los ñires. Nos seguían los perros con las orejas gachas, parecían desolados e iban arrastrando el hocico por el suelo.

Sobre la cruz le grabé con mi cuchillo verijero:

A mi maestro ovejero,
con todito el corazón,
le lloro el truco de luto
porque no tengo una flor.

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2007

EL CATEA EL ÁGUILA**Hugo Andrés González González (54 años)**

San Vicente de Tagua Tagua

Era pasado el mediodía, las faenas de corta de duraznos se habían suspendido en el fundo de Los Maitenes, localidad próxima a San Vicente de Tagua Tagua, en la Sexta Región, para que los sufridos trabajadores del agro, tanto temporeros como de planta, almorzaran. Como la canícula de verano pegaba fuerte, tres inmigrantes estacionales, a la sombra de un frondoso sauce, se afanaban preparando el causeo de tomate, salmón y queso, que sería el único manjar con el cual, a decir de ellos, “engañarían las tripas ese día”. Los nombres de esos cristianos, en ese lugar, no tenían ninguna importancia, ya que ellos, al igual que todos sus semejantes, eran identificados por sus apodos o sobrenombres, que puede que se los hayan puesto por alguna característica física o bien por alguna metida de pata, o también podía ser que los hubiesen heredado de sus ancestros.

Al mirar a esos tres representantes de esa nueva categoría de trabajadores que pululan por nuestros campos recogiendo la fruta de temporada y que el léxico exquisito llama “trabajadores estacionales o temporeros”, uno no puede dejar de pensar que los ingeniosos campesinos, al rebautizarlos, seguramente tomaron en cuenta sus atributos corporales. Uno de ellos, delgado y moreno hasta la exageración, con una vistosa nariz ganchuda, era conocido como el Pidén. El otro, chico y rechoncho, al caminar dejaba a la vista dos piernas muy arqueadas, tal vez como consecuencia de un raquitismo infantil, esa persona era llamada Pata'e Catre. El otro integrante del trío era alto, moreno y maceteado, corporalmente no tenía nada especial como para cambiarle el nombre con el cual sus progenitores lo habían pasado por el civil. Pero cuando abría la boca y hablaba, caramba qué vozarrón tenía el hombre, metía tal bulla que desde caurito chico se ganó el apodo de Tarro. Y como era medio oscurito de piel, le agregaron el adjetivo de Choquero.

El Pidén, mientras cortaba con su cuchilla parronina el queso en cuadraditos, dijo: “Se dieron cuenta, gallos, que este año parece que el Catea el Águila pegó la falla”. El Pata 'e Catre, soltándose un poco los cordones de sus gastadas y descoloridas zapatillas Adidas, que hablan de que la mentada y cacareada modernidad también llegó a nuestros campos, donde la gente echó al olvido las tradicionales ojotas porque llevarlas ahora es signo de atraso, con voz pausada señaló: “A ese ñato le gusta correr mundo, quizás 'ónde' está y qué vientos le soplan”.

El Tarro Choquero, luego de espolvorear un poco de sal y verter aceite sobre el tiesto plástico de marco Taper Ware, que por la modernidad imperante había reemplazado a las tradicionales budineras de aluminio o enlozadas de antaño, añadió: “A propósito, ¿alguna vez les contó por qué le decían así?”.

Ante la negativa de sus camaradas de faena, el Tarro dijo: “Creo que hace dos años, luego de que nos pagamos, partimos a San Vicente a pegarnos unos picotones. Estábamos bien guasqueados cuando a ese sobaño se le soltó la lengua y me contó lo de su apodo. Me refirió que cuando cauro chico él era copuchento, le gustaba mucho seguir a las mujeres cuando iban al baño, ya fueran jóvenes o viejas, no hacía distingos. Como el guater estaba todo abierto y no aseguraba la privacidad de naiden cuando iban a desocupar el cuerpo, el sobaño se escondía detrás del pasto y les miraba esa parte por donde se hace y nace la vida. A veces la suerte le da'a güelta la espalda, estaba en lo mejor mirando un güen queque, cuando su taita lo pill'a'a y le sacaba cresta y media con la gruesa correa que usa'a de cinturón y que el viejo manejaba con maestría. Tan pronto pasaba el dolor de la paliza, volvía a las andadas, se ocultaba detrás del pasto y a aguaitar a las mujeres se ha dicho, que debió a eso le pusieron Catea el Águila”.

Luego de engullir casi medio pan con tomate, el Pata 'e Catre señaló: "Ese ñato tiene cualquier historia, el Pedro Urdemales, que leímos en la escuela, a su la 'o es una ojota'. La otra vez, en el pueblo, cuando andábamos los dos bien copeteados, me contó lo que le pasó en el norte cuando era joven. Me dijo que cuando él tenía veintidós años era un tipo güen mozo, que onde iba provocaba impacto entre las minas, las que lo toreaban y que más de algún guachito había dejaò en los muchos caminos que recorrió. Una vez, como no tenía pega, se jue pa'l norte con otro compaire, querían llegar a Arica, pa' buscar trabajo en el puerto. Por el camino se les acabó la plata y tuvieron que echar las patitas al trajín. Llevaban varias horas caminando, con el sol quemándoles la espalda, cuando a lo lejos vieron una casita perdida en la monótona inmensidad de la pampa. Al llegar a la vivienda, los atendió una señora muy atenta, les dio comida y alojamiento. Como a los dos no les quedaba ni una chaucha en el bolsillo, decidieron mairugar y echarse el pollo sin pagarle a la dueña de casa, así lo hicieron y se jueron caminando por ese desierto que nunca acaba. Era como el mediodía cuando se les ocurrió mojarse la cara pa' refrescarse. Ahí casi se fueron cortaos de la impresión, no tenían cara, en sus rostros sólo había dos ojos y una superficie plana, les faltaban las narices y las bocas. La señora de la casa donde alojamos, por venirnos sin pagar, nos hizo la tallita, pensaron y se volvieron a buscar las partes que les faltaban. Al llegar a la morada, la dueña de casa les dijo: Adelante pasen, los estaba esperando, allá en el patio está lo que andan buscando. Efectivamente, en ese lugar, según me contó el Catea, había un canasto grande lleno de narices y bocas, él por más que buscó y rebuscó no può hallar las que eran suyas, así es que choreado agarró una nariz y se la colocó, igual cosa hizo con su boca. Su socio no tuvo problemas, encontró al tiro sus partes. Luego, el Catea tuvo que dejarle a la ñora el reloj de bolsillo que le había daò su taita, como garantía de pago y se jueron pa' Arica. Por el camino se echó una mirada en el espejo pa' verse el nuevo caracho y ahí se percató que había escogiò mal, la nariz parecía un pimiento morròn y la boca no era boca, era más bien un tremendo hocico. Desde entonces la suerte le cambió, pues con su nueva cara tan fea, ni siquiera los perros le ladraban. Pensó en volver a la casa del desierto a cambiar su nariz y su boca, pero le dio julepe. El Catea decía: No vaya a ser cosa de que encuentre una nariz más fea y una boca más grande, mejor me quedo con todo lo que tengo no más, poh".

–¿Y vos te tragaste tamaña mentira? –inquirió el Tarro.

–No sé, la verda' es que uno que'a con la duda. El Catea le pone tanto color cuando cuenta sus custiones que uno no sabe si miente o no –replicó con cierta turbación el Pata 'e Catre.

El Pidén, rascándose el pescuezo, añadió: "Tenís toitita la razón, ese sobaò se las saè por libro. ¿Quién le va a creer que una vez estuvo a punto de robarle to'as sus riquezas al mismísimo Lucifer?".

–¿Cuándo contó eso? –preguntó el Tarro.

–Si mal no recuerdo, jue el año pasaò, cuando vos no vinistes –respondió el Pidén.

El Tarro poniendo cara de intrigado, pidió:

–Oye Pidén, ¿por qué no contai esa aventura del Catea con don Sata?

El Pata 'e Catre terció en el diálogo, diciéndoles:

–Estoy convencio de que si el Catea le hubiera robaò las riquezas al Mandinga, hoy día sería Don Catea el Águila. Pidén, otro día tendrás que contarle la historia al Tarro, ya que viene llegando la gente y el Sota, así es que cortemos la cháchara y dejemos sucias las cuestiones para lavarlas después y vamos a agarrar esos sabrosos duraznos que hacen cada día más rico a nuestro muy amado y comepulmones patrón.

El Pidén sonriéndole le respondió:

–Ya te estái poniendo comunista, Pata ‘e Catre, pero creo que tenís razón, de esta gran torta nosotros sólo recibimos las migajas. ¡Vamos, amigos, la pega nos espera!

Luego de calarse sus desteñidos jockeys, adornados con vistosas propagandas que incitan al consumismo, los tres hombres dejaron la comfortable sombra del añoso sauce y se fueron bajo el inclemente sol a proseguir sus tareas de arrancar esos frutos del agro chileno, que luego de un largo viaje harán las delicias de los paladares de los norteamericanos y europeos. Mientras se alejaban rumbo a las matas, el Tarro señaló: “No es por ser rojo o algo así, pero creo que el Pidén tiene to’a la razón. Como diría hoy la gran Violeta Parra, nosotros los temporeros no sabemos cuánto vale nuestro sudor”.

REGIÓN DEL MAULE, 1998
LA LOMA DEL MILAGRERO
Fernando Antonio Rojas Faúndez
Pelluhue

Los diarios, las radioemisoras, la televisión entregaban exactamente las mismas noticias. Hablaban de las mismas cosas. También callaban las mismas cosas. Eran los días en que nadie quedaba igual después de escuchar un rumor. El rumor era una agencia noticiosa que irrumpía en los hogares, en las conversaciones a hurtadillas.

Se hablaba de que todo fue más cruento de lo que decían los gobernantes. Se hablaba de miles de muertos, miles de detenidos y desaparecidos. En ese ambiente en que los signos gramaticales debían ser muy bien pronunciados e interpretados, porque de lo contrario era exponerse a ser borrado del diario vivir. En ese ambiente, amaneció. Doña Consuelo había decidido cocinar empanadas ese día, aprovechando que su esposo, sin poder salir a ninguna parte por razón del estado de sitio, le había reparado el horno a la vieja cocina. ¡Veinte años! ¡La edad de Robertito... y pagada con tanto sacrificio! Orgullosa, doña Consuelo se disponía a pelar las cebollas para el pino cuando sonó el timbre. Doña Consuelo miró a su esposo y éste a su esposa y Robertito. Robertito dijo yo voy, mamá. No, voy yo, replicó el padre y se dirigió a la puerta mientras el timbre sonaba nuevamente. Se sintió cerrar y la voz de don Roberto que anunciaba la llegada de un telegrama. Un pequeño silencio y una atmósfera enrarecida de nerviosismo e interrogantes invadieron la habitación.

Ábrelo, pues, Roberto.

Ya lo hago, mujer, tranquila.

«Consuelo: hoy falleció tu hermano Carlos. Viaja urgente. Irene».

Ahora el silencio fue más largo, más profundo y se terminó con los sollozos de doña Consuelo.

Roberto, ¿cómo voy a viajar? Así como están las cosas, me da miedo...

No sé... pero algo habrá que hacer.

Mamá, ¿y si viajo yo? Es menos riesgoso para mí, porque si es verdad que revisan los buses y las maletas, eso produce retraso en el viaje y podría suceder que no se llegue en el día; de ser así, yo puedo dormir en el terminal de buses, mientras que para ti sería demasiado agotador y peligroso... No sé, pero yo propongo eso.

Yo también creo que eso es lo más adecuado, Consuelo, no me gustaría que te expusieras a riesgos por ahí.

Suspirando con rabia, pena y resignación, doña Consuelo exclamó:

¡Qué se le va a hacer, ni siquiera al funeral de un familiar puede ir una con tanta cosa que pasa!

Prepárate, Robertito, y te vas los antes posible.

Todo transcurrió rápido. El bus salió esa mañana retrasado porque cuando todo estaba listo para su salida, alguien dio la orden de allanar el terminal. Y entre abrir las maletas y guardar los contenidos, el tiempo, que era lo único que corría sin problemas, pasó rudo, acortando el día.

Cuando era de noche, Robertito llegó al apartado lugar del velorio de su tío. Una anciana rezaba y el resto de la asistencia respondía automáticamente. El olor a flores invadía todo. Coronas en las murallas, velas encendidas en todas partes, flores del campo en improvisados floreros.

El difunto era el único soltero de sus hermanos; vivía con la hermana mayor y su familia. Había fallecido de un ataque al corazón, según decían los familiares, y como el médico del pueblo era dueño de una parcela cercana y conocía al extinto por sus labores agrícolas, los deudos consiguieron el certificado de defunción sin que el médico lo examinara.

Había comenzado a hacer frío; la típica casa de campo con un comedor amplio y corredores estaba ocupada con gente del sector. En la cocina hervían agua que más tarde serviría para preparar el café de trigo. Por esa hora dos mujeres ofrecían un vasito de gloriado o de aguardiente. El reconfortante líquido apuró conversaciones y motivó a contar chistes.

De pronto, como que el frío se agudizó. Como que el silencio les robó la identidad a todas aquellas humildes personas que con ojos redondos y temerosos miraban hacia el patio, en los mismos instantes en que una camioneta y dos jeeps detenían su marcha enfrente de la casa, apagaban el motor y al parecer lo único que existía era la luz de los focos y el ladrido de los perros. Sin saludo previo ni decir agua va:

Todo con los «carneses» en las manos...

Nadie salga de la casa...

Ya po, ya po, sacando los «carneses», rezongó el recién llegado, que al parecer era el segundo jefe del grupo, y a éste, junto con su superior, era al que más se le notaba que había bebido alcohol. Toda la casa quedó revuelta: colchones con su lana de oveja en el suelo, roperos con la ropa tirada por cualquier parte, cajones abiertos, el entretecho, la cocina y hasta el gallinero, todo, todo quedó en desorden.

¿Hay algo más?, interrogó el jefe.

Negativo, mi jefe, no hay nada, ni siquiera algo sospechoso...

¿Cómo que no va a haber nada? ¿Revisaron al muerto?

Silencio de parte de todos. Gritando:

¡Pregunto si revisaron al muerto!

No, mi jefe... Es que no creíamos necesario... Ahora, si usted dice, lo hacemos.

Por supuesto. Bajen el cajón, respondió el jefe, enérgico y cortante.

Alguien apretó los dedos de la mano en el brazo de la hermana del difunto, sosteniéndola, intuyendo que ella iría a impedirlo. El que hacía de jefe, hombre relativamente joven, con bigotes tipo cantante de boleros, preguntó con voz prepotente:

¿La viuda?

No señor, aquí no hay viuda, el finadito era soltero, él era mi hermano... Murió ayer en la mañana, pobrecito, fue un ataque al corazón, por más que le dimos gotitas y remedios de casa, igual que Dios se lo llevó, contestó su hermana, con voz humilde y algo asustada.

Mientras revisaban las cédulas de identidad, el jefe alzó la voz y dijo:

¿Y si este huevón no está muerto y es un terrorista escondido?

Puede ser, se apresuró a responder el segundo jefe. Estos extremistas son capaces de cualquier cosa... Allanemos todo, po' jefe, qué nos demoramos.

Sí, procedamos. Ya... Sacándose los chaquetones y todos con las manos en la cabeza, las piernas abiertas y contra la muralla... Ya po, ya po, muévanse, gritaba al borde de la histeria.

Ubicaron el ataúd en el piso. El segundo jefe y dos subordinados procedieron a abrirlo y a sacar al difunto tío de Robertito. El muerto, con su mejor tenuta, se dejaba tironear hasta que lograron poner fuera de la caja fúnebre ambos brazos y una pierna. A todo esto, el resto de la asistencia al velorio estaba muda. Unos sentados, otros con los ojos tapados, otros rezando en silencio. El más joven de los subordinados advirtió algo así como un pequeño movimiento en los dedos de la mano izquierda del muerto. Le pareció una ilusión óptica y no lo contó al resto de sus compañeros; pero él no era el único en observar esta situación, luego ya no fueron solamente los dedos de la mano izquierda, sino que también las piernas, ambas manos, ambos brazos, las cejas y sus labios, aún cianóticos, también comenzaron a moverse lentamente, y tornándose de color natural. Los jóvenes subordinados, aterrados, gritaron al jefe y éste, con una copa en las manos, se acercó incrédulo.

Lo miró, sintió dos lanzas de hielo que le atravesaban el cuerpo. Temblando por el miedo y por el alcohol, estiró la mano, palpó el pulso y con sorpresa constató que era débil, pero sin duda indicaba signos de vida. Pensó entonces que estaba vivo, que sería lo mismo que una vez que en una conversación con un practicante de su institución éste le había contado de un caso en que el muerto en realidad no estaba muerto y que solo había sido un ataque. Rápidamente, pensó qué haría su odiado jefe en esta situación, recordó eso de la mentalidad ganadora, eso de tener siempre la razón, eso de sacarle provecho a toda cosa en que se pudiera obtener adherentes y rápidamente también se decidió. Dio órdenes de reunir a todas las personas en el lugar donde se encontraba el difunto (o ex difunto) y así, medio desmayadas, otras espantadas, fueron tomando ubicación alrededor del jefe.

Señoras y señores, yo, Marcos Cuadras Hernández, jefe de este destacamento, les debo anunciar que gracias a que me dan pena sus pobrezas, heredadas de otros gobiernos, que sólo pensaron en su provecho y no el del pueblo, es que, al verlos tan tristes, he decidido volver a la vida a este caballero; ya vieron que sólo con mirarlo a los ojos lo he traído a la vida nuevamente...

Con los ojos rojos por el alcohol y la locura del poder absoluto, continuó hablándoles de su milagro y que además era un enviado de San Marcos, por eso su nombre. Robertito vio que su tío se incorporaba y que con voz entrecortada pedía agua, él mismo quiso ayudarlo, pero el culatazo de un arma lo envió exactamente debajo de una silla. Una de las viejitas pidió clemencia por el joven y su tío y comenzó nuevamente a rezar, pero el jefe la mandó a callar, sacar las flores al patio, llevarse al ex difunto al dormitorio, descolgar también las coronas y cambiar el gloriado por un ponche, que cante la señora Rosario y brindar por el milagro.

Borrachos, los subordinados brindaban con su jefe y alguno que otro vecino de don Carlos, que también se entusiasmó. Convirtieron la casa del velorio en una casa de fiesta. Robertito se dirigió al dormitorio donde estaba su tío, se dio cuenta de que tenía dificultad para respirar y decía que le dolía el pecho. Rápidamente fue donde el jefe, el que insistía que una muchacha bailara con él. Le explicó que su tío estaba mal, que necesitaba ayuda médica, que debía trasladarlo hasta el pueblo más cercano en vehículo; pero el milagroso jefe reaccionó violentamente, diciendo que ya bastante esfuerzo le costó el milagro, que estaba cansado, con hambre y con sed. Robertito, indignado, le gritó que él no era campesino, que tal vez la gente de ahí creería eso del milagro, pero no él. Que además era un farsante, le dijo, un abusador de su autoridad y aprovechador de la ignorancia de los demás, que si el tío se moría sería también un asesino. De improviso alguien gritó:

¡Don Carlitos se muere otra vez, dio tres suspiros y quedó con los ojos abiertos!

Robertito corrió al dormitorio y encontró a su tío tal como lo anunció la voz que gritando comunicó la segunda muerte. Volvió tan rápido como salió al comedor y se abalanzó sobre el jefe, pero un subordinado apretó el gatillo de su fusil y el cuerpo del joven se desplomó lentamente, acompañado por el eco del estampido que recorrió toda la casa y la fría noche.

Los asesinos ordenaron a los deudos que entraran nuevamente las flores y las coronas, que las señoras comenzaran a rezar el rosario y que se ofreciera gloriado a los asistentes. Ubicaron los cuerpos inertes cada uno en una cama y poco a poco se fue creando un ambiente de velorio, frente a la incertidumbre de los lugareños y dueños de casa. Antes de retirarse del lugar y con la voz típica de un borracho, el jefe se dirigió a los asistentes.

Son todos unos mal agradecidos, nosotros queríamos resucitarles al muerto, pero ustedes no colaboraron. Este cabrito era un extremista que nos quería atacar y seguramente después los atacaría a ustedes también, es por eso que nos vimos en la necesidad de eliminarlo...

La gente miraba los cuerpos sin vida y automáticamente respondieron al rezo que una de las ancianas comenzó a rezar: Dios te salve María, madre de Dios...

La mañana era limpia, por la ventanilla del vehículo entraba una suave brisa y allá lejos se veía la cordillera blanca, blanca, blanca.

Papá, ¿por qué a este lugar le llaman la Loma del Milagrero?

El hombre, con cariño, le tiró la oreja a su hijo, diciéndole:

Prometiste mejorar tus notas en historia, ¿te olvidaste acaso de que te ofrecí un viaje de pesca por el lago? En todo caso, ¿recuerdas ese tomo de la antigua colección de libros en que cuentan cuando América estaba dividida en países? Bueno, en uno de esos textos aparecen varias narraciones, entre ellas la de la Loma del Milagrero. Deberás leerlas, entonces comprenderás por qué hoy tenemos un cielo azul y un mar que tranquilo nos baña.

La mañana era limpia.

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 1996
EL CASORIO
Violeta Ipinza Romero (59 años)
Quilleco

*Por qué no empezar versiando
lo que traigo atragantao
más vale morir hablando
antes de morir callao*

En un campo precordillerano ya era de noche y muy helada cuando terminaron los preparativos para el gran viaje del día siguiente, en pleno junio, hacia el pueblo cercano, para efectuar el casamiento del Nacho con la Gume. Los caballos amarrados al varón, las monturas y mantas listas para llegar y poner, cocaví en unas bolsitas chicas individuales, con una tortilla al rescoldo, otra con harina tostada, carne de chanco ahumada y cocida, cebollas, sal y un frasco con ají molido en piedra, secado al humo de la gran cocina de campo. Sólo faltaba que se enfriara el pavo asado que se había envuelto a última hora antes de la partida a la mañana siguiente. Las señales de luces de los chonchones a parafina se van perdiendo una tras una en el umbral de la puerta de la casa, indicando que los viajeros se van a dormir si es que pueden, son tan grandes los nervios, van a casarse.

—¡Traigan el pan, chiquillos! —grita con voz chillona y destemplada doña Flor, una vieja gorda con las tetas parchadas, siempre parchadas. Es que las tenía tan grandes que le gastaban la ropa con el roce, justo ahí. Por eso don Gollo, un vecino, decía con tanta gracia: «Ave María, ñor, las medias ubres d'esta cristiana, si me pasan a doña Flora pa' lechera, creo que me da pa' un queso y medio».

Todo esto acompañado de grandes risotadas, a pesar de que ya no le quedaban ni fuerzas, ni dedos de lechero. Mientras doña Flora arregla el paquete con el pavo, padrino y novio se dan la tarea de ensillar los caballos de ellos y de las niñas que iban en caballos aparte, con montura de mujer. La mamá da los últimos toques a la novia, alindándola lo más posible, no fuera a ser que el Nacho se arrepintiera a última hora, ya que él la conoció después de la mea de la mañana, como dice don Manuel, o sea lavadita y peinada, porque antes de la mea en el campo las niñas salen presurosas a hacer esa diligencia irremplazable, chasconas, trasnochadas de cara y sin ningún afeite, además a campo traviesa, por eso los pícaros campesinos recomiendan que para buscar novia hay que conocer a éstas antes de la mea, con su belleza natural. Volviendo al viaje de los novios, la comitiva ya lista parte a caballo muy temprano, pues no hay otro medio de transporte y el tiempo apremia por lo lejos que queda el pueblo, además el tiempo amenaza lluvia. Pasaron el puente colgante antes que rayara el sol y allá por el sector de las entre piernas, cercanos a 20 ó 30 minutos de su destino, se detuvieron a desayunar. Bajan las bolsitas, se comen parte del cocaví, continuando al galope su viaje en la recta larga frente al cementerio local.

Llegan al pueblo y enfilan sus pasos a la oficina del Registro Civil. El lugar es pequeño pero consta de iglesia católica, correo, municipalidad, escuela pública y esta oficina del civil. Se apila la gente del lugar y sigue con curiosidad a los viajeros tan bien montados, unos pocos curaditos asoleándose y los infaltables jubilados tras la copucha de algo fuera de lo común, viendo llegar a este grupo con los caballos bardeando por el sudor y la neblina. Los ropones de las mujeres venían todos embarrados en el ruedo, producto del barro que les salpicó en los charcos de agua acumulada en los hoyos del camino durante el trayecto. Se desmontan y dejan un propio, hombre de confianza

a cargo de los caballos, y se meten a tropezones a la oficina del Registro Civil, diciendo en voz alta: «Buenos días, caballero» a un sujeto que estaba sentado en una silla fuera del mesón, «¿estará el señor civil?».

«Venimos a casarnos». «No, no está pero voy' ir a aguaitarlo altiro». Y rápidamente va a la casa del buscado personaje, con quien vuelve apuntándolo tras unos grados de alcohol de pícaro chacolí que él mismo cosechaba y que no le permitía salir todavía de la mona que aún traía encima. Inmediatamente el oficial empieza a rebuscar y sacar unos libracos negros y grandes que se veían muy pesados, por lo menos a él le pesaban más de un kilo. Se dirige a los presentes y con voz pausada les dice: «Las libretas y los carnés de los novios, novio y novia digo, de los padrinos, digo madrina y padrino, o sea mejor digo de los testigos de esta boda».

Presurosos, empiezan a trajinarse los hombres sus documentos por debajo de las mantas húmedas de las cuales se escapaba vapor compuesto por una mezcla de olores indefinidos, a humo, tortillas, ovejas y que sé yo cuántos olores más. Las mujeres, por entremedio de sus apretados corpiños, también buscaban los documentos requeridos por el oficial civil sin los cuales era imposible proceder a la ansiada ceremonia. De repente nuestro honorable, pues lo era, oficial civil de respetable familia del lugar se encuentra con una lluvia de carnés y libretas de familia. Para dar inicio al casamiento toma un libro, toma una libreta y anota, pregunta y anota, luego toma otro libro, otra libreta y anota, suelta un libro y toma un carné, anota en otro libro, lo deja, toma otro carné y así sigue durante un rato interminable. Después de anotar los últimos datos, se restriega los ojos una y otra vez tratando que se le aclare la vista un poco para poder firmar el importante documento. Después de las consabidas frases y preguntas a los novios, que a esas alturas estaban bastante abrumados y temerosos, procedió a firmar el documento.

Terminado el casamiento, todos contentos recogieron sus libretas y carnés que se encontraban esparcidos por el mesón, y un paquete grande que venía todo embarrado se lo pasaron al señor oficial, por costumbre y con cariño.

—Esto es para que se lo sirva usted. Es un pavito y perdone lo poco, señor.

—No, no, está muy bien. No hacía falta, muchas gracias y que disfruten de una muy buena vida futura, hasta pronto.

Acto seguido, los recién casados y compañía se van a un negocio a comprar un poco de vino y se toman una buena chupilca en caña. El vino con azúcar y harina tostada los relaja y les da ánimo para la vuelta a casa. Se sirven el resto de carne acompañada con moño de harina, esto es una cebolla pelada que se come a mordiscos, previamente untada con sal y harina, humedecida con agua ardiente para que no quede atoradora. Con este tremendo aperitivo, a los caballos y marchando rápido, pues tienen que llegar al campo al almuerzo con cantos apropiados al caso, a las cuecas con zapateo y huifa, tallas, versos y adivinanzas picaronas. Ya llegados a vuelta, cruzan en arco de flores y entran al patio donde los espera el resto de los invitados. Lugareños todos y en primer lugar está doña Elisa, gran cantora y tocadora de vihuela de los años de su abuela, quien fue la que le enseñó y la viejita aprendió. Le pasan una banca, se sienta, le para el cogote a la guitarra afiná a la antigua por tercera alta y canta con rasgueo suave y pausado estas maravillosas décimas de novios:

Viva la novia virtuosa
viva el santo sacramento
viva el novio en su aposento
viva con su fiel esposa
cumplan feliz su destino

que ambos sigan el camino.
Vivan los novios y padrinos
vivan los suegros y cuñaos
vivan los acompañados
del sacramento divino.

Orgullosos los padres fueron
que han dado tan buen ejemplo
a sus hijos en el templo
por la gracia que obtuvieron
vivan los que concurrieron
a esta fiesta tan preciosa
con la madrina dichosa
que tal gracia Dios le ha dado
con el padrino a su lado
viva la novia virtuosa.

Feliz aquel parroquial
por sus distinguidos dones
que, dando sus bendiciones
y el consejo conyugal,
nos legó este testamento
José y María fue atento
en su estado primoroso
y en él guardó sustentoso
viva el novio en su aposento.

El novio que con acierto
supo escoger a su esposa
debe apreciarla por cierto
como a una joya preciosa
proporcionándole atento
todos los finos cuidados
esto será retornado
por su esposa con amores
como maceta de flores
vivan los acompañados.

La novia con mucho esmero
a su esposo ha de cuidar
como le gustó jurar
un fino amor verdadero
mucha suerte compañero
cumpla usted su destino
ambos sigan el camino
como se les ha ordenado
en el convento sagrado
del sacramento divino.

Que repiquen las campanas
 que suenen esos clarines
 que vienen los serafines
 del cielo tocando diana
 de esas alas quedan sanas
 en un buen procedimiento
 dándole a Dios cumplimiento
 del cielo se desengaña
 y con toda su compañía
 viva el santo sacramento.

Vivan novios y padrinos
 que han venido a desear
 a esta pareja querida
 a quien vengo a acompañar
 bendigo toda su vida
 y esta tan grande unión
 lo digo y doy corazón
 que no sufran los «revenes»
 reciban mis parabienes
 y les doy la bendición.

En ese momento la cantora saca su pañuelo y enjuaga sus lágrimas al igual que la mayoría de los invitados, es la emoción de recibir a los jóvenes como marido y mujer. Si ayer eran unos «cochos» no más, dice ella. Ya corten el llanto, que esta fiesta es de alegría, grita un huaso grande y saca un pañuelo batiéndolo al aire, ¿quién quiere bailar conmigo? Ya, doña Elisa, rásquele las cuerdas a su cogote 'e yegua con una cueca, y acto seguido Tiqui-tiqui-ti, tiqui-tiqui-ta, toca la guitarra con un rasgueo de cueca valseada y bien marcado, se para un viejito gordo coloradito y de tremendos ojos azules para tañer la guitarra. Cuando la pareja está paseándose, él se manda estos versos, mientras alguien dice: «Este don Rosendo va a dejar la cantá».

Y eso era,
 cáscara 'e pera
 carreta chancha
 con ruela 'e madera
 viejos borrachos
 cantando leseras
 yegua tordilla
 güena pa'l era
 montura redonda
 con güena estribera
 espuelas de plata
 con sonajera
 mantita al hombro
 bien corralera
 pantalón de huaso
 cortao a tijera
 marrueco abierto
 pichula afuera

Ja, ja, ja, grandes carcajadas celebran, esta es la forma de trocar la pena en risa y sigue la fiesta que se las pela, coronada de un succulento almuerzo en el que cayeron chanchos, pavos y casi medio gallinero además de los ponchecitos y enguindaos muy cabezones y pajaritos dieciocheros, dulces chilenos embetunaos.

La fiesta duró hasta que se acabó la comida y el último trago, muy buena.

Pero los años pasan inexorablemente y la familia del Nacho y la Gume empieza a crecer. Todos los años hay un retoño que da alegría y también dolores de cabeza a los papás. De vez en cuando, por no viajar al pueblo anualmente a inscribirlos, los van pasando por mellizos, ya que en ese tiempo se creía que había que pagar fuertes multas por el atraso de inscripción de los hijos, así que era mucho más fácil hacerlo de a dos por vez. El oficial civil siguió trabajando con su mismo sistema y la gente que lo quería mucho quedaba feliz del buen trato que él tuvo siempre con todo el mundo. Hasta que un buen día la parca lo visita. Como es natural fallece, pasando a formar parte, como todo el mundo, del cementerio local. Se suceden otras personas en el cargo, unas llegan, se van y así sucesivamente, mientras siguen pasando los años. Y un día de un año, no a caballo ni con barro, de día claro, viajando por un regio camino rápido hasta ahora existente, en bus de primera, llega a la moderna oficina del Registro Civil otra pareja de novios a casarse y también acompañada de testigos, amigos y parientes. El nuevo oficial civil, un joven soltero, ágil, buen mozo y también muy atento, como el de los viejos tiempos, después de saludarlos muy caballerosamente les dice: «¿De dónde vienen ustedes?»

—Del campo, señor civil.

—Por favor sus libretas, sus carneses, de los novios, de los testigos.

Son dejados en el mesón, al igual que muchos años atrás, todos los documentos requeridos por el nuevo funcionario, no faltaba ninguno. Y aquí comienza de nuevo la historia, pero esta es mejor y me atrevo a decir casi increíble. Se buscan libros de esos negros que pesaban más de un kilo pero que hora estaban livianitos en las manos del nuevo señor civil, y tras de leer y releer por incontables veces, cotejando documentos con libros y libros con documentos, el oficial civil, rayando en la locura y sudando la gota gorda, se sienta agotado y jadeante.

—Señor, señorita. No los voy a poder casar, lo siento mucho.

—Pero ¿por qué, señor oficial? Le trajimos todos los papeles que nos pidió y nos preparamos tanto para este día, es nuestro casamiento. Fíjese —dijo la novia con angustia— que mi mairina ya me dejó la fiesta lista y los acompañados nos están acompañando en el campo, hasta se consiguieron una guitarra y una cantora que es recontra rogá pa' cantar, ¿qué podemos hacer en este caso, señor? Dígamelo.

—En otra ocasión será —dijo el señor oficial—, cuando podamos arreglar un poco los libros. Sí, señores, los libros. Yo no tendría ninguna mala voluntad en casarlos pero los libros que hay aquí, de la constancia de los matrimonios en el casamiento de sus padres, efectuado en esta oficina hace más de veinte años, no hay legalidad ninguna, ellos no están realmente casados por la ley civil.

—Pero, señor, ¿y la libreta de familia?

—Lo siento mucho pero, según mis conclusiones, el funcionario de aquellos tiempos, yo no sé por qué, tuvo una gran equivocación: casó al novio con la madrina y al padrino con la novia y además... además —dijo con impotencia— los números de las actas no están correlativos, parecen puestos al azar.

Todos se miraron entre sí sin entender qué diablos era lo que estaba pasando, sólo que había que volver de nuevo porque los libros estaban malos y había que esperar quizás cuánto tiempo más para poder casarse. ¡Qué medio chasco! Con este hecho comienza la nueva era de los libros de la oficina del Registro Civil del pueblito aquel en el cual se hicieron, a la larga, muchas enmiendas y correcciones para no tener más problemas, como la de esta historia en particular.

Mientras tanto en el campo la gente hizo su propia fiesta sin importarles que hubiera habido casamiento o no, total todo estaba preparado y habiendo tanta comida y trago a destajo, qué importaba lo demás. Hasta la cantora con unos tragos entró en vereda, haciendo zumbar la guitarra, los viejos medios cocidos se volvieron locos echando tallas y versos como éste que recitaba otro invitado, un tal don Jaime, de pelo negro y crespo. Era un tipo muy divertido, tenía cara de abogado del diablo y al compás de los tiqui-tiqui-ti, recitaba algo que decía así:

Me meto a la chacra
me como los choclos
me corren las babas
me zumban los mocos
y salú pos caballero.

Una vieja agachá
y otra en cuclilla
parecen carreta chancha
sin barandilla
¡Y que vivan los novios!

Se pierde en la noche la algarabía y se prenden los chonchones humeantes, y sus tenues luces se van perdiendo como antaño tras el umbral de la puerta de la vieja casa de campo.

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 1995

RETORNO

Hugo Luis Gajardo Rodríguez (58 años)

Mulchén

Mi profesión es ser jardinero y como tal uno tiene que cuidar el suelo e ir de a poco dándole textura, cuidándolo más que a uno mismo. Se suceden unas a otras diferentes complejidades muy largas de ir explicando, pero como una forma de graficar mejor las cosas puedo decir que la luz solar es el factor que controla predominantemente la floración.

Toda flor necesita estímulos, unas veces puede ser el sol y otras la oscuridad. El caso es que soy jardinero y aquí estoy contando una historia que le sucedió a otro jardinero.

Así se van tejiendo las historias o los cuentos, relatos que nos llevan paso a paso a vivir de a poco nuestras tradiciones, que se ha ido perdiendo con el tiempo.

Esto que voy a relatar de la mejor forma posible ha perdurado para siempre en mi memoria, ya que sucedió en un jardín cualquiera de un pueblo cualquiera; se ha ido transmitiendo de jardinero a jardinero y por primera vez se relata en forma escrita.

Es importante saber también que la temperatura desempeña un papel central en la iniciación de la floración, así como lo hace en la germinación de la semilla.

En todo esto la mano verde del jardinero tiene importancia vital, por eso es que conversamos de días cortos, de noches largas o al revés; y para qué hablar de la importancia del agua, que va entregando nutrientes disueltos que son absorbidos por las raíces.

Y de las épocas del año mejor ni acordarse. Fue en una de estas épocas o etapas del tiempo cuando empecé todo de una manera sencilla, casi sin alardear, calladamente, en silencio, mientras afuera en la oscuridad todo se conjugaba para bien o para mal.

El movimiento ascendente del agua caliente del mate, mezclado con un poco de aguardiente, sonaba a través de la bombilla con su característico ruido sordo, como cuando le hacemos cariño a un gato, de esos tantos gatos que están desparramados por todas partes.

Y allá en el jardín la translocación ascendente también se producía. ¿Han visto una representación esquemática de la entrada del agua a una planta?

El caso es que allá afuera se estaba gestando todo con el constituyente principal de toda célula viviente activa de nuestro planeta, que es el agua. Llovía como llueve por estos lugares. De repente un fogonazo en el firmamento y luego el ruido del trueno producían cierto malestar a los que nos encontrábamos calentándonos a la orilla del fuego. Noche de perros, larga noche. Seguimos dándole al mate y al aguardiente, masticando de a poco una tortilla al rescoldo hecha por la mano de monja de la dueña de casa, con ají picante cacho de cabra.

Allá afuera los relámpagos: apenas cinco segundos de luz cegadora formando una fotosíntesis apreciable, dando a lo mejor la energía requerida a la tranquila y callada transformación de ella.

Productos seriados van produciendo corrientes ascendentes de electrones energéticos, y todo esto mezclado con la luz de los relámpagos o el sonido de los truenos. El humo que se escapaba y que lo arrastraba el jardín formaba la química primaria.

Pequeño tubo de ensayo o a lo mejor probeta el jardín, la casa, el mate, el aguardiente y allá, en lo más alejado, callado el proceso cumpliendo paso a paso sus etapas de energía radiante de hidrógenos de electrones, de energía de vida.

¿Quién iba a pensarlo? A lo mejor fue una dosis mayor de vitaminas o aminos que da la vida, que ejercen una función general de metabolismo; o puede haber sido el mate o el aguardiente los que me hacían ver las cosas, contaba mi colega el jardinero.

A un perro le dio por aullar esa noche y el gato puso unos ojos más redondos que un plato. Parece que al gato le salían chispas por los pelos, que tenía así de tiesos, más tiesos que una vara de gladiolos.

Esto nació así de repente, tiene que haber sido algo lento, ese algo que es difícil de explicar, sobre todo cuando no se tienen los conocimientos adecuados. Pero a jardinero no me lo ha ganado nadie y conozco una planta, conozco el pasto bueno y la flor buena, si hasta le canto a las flores y parece que ellas me conocieran a mí también.

Me encanta cantarles a los jardines, silbarles despacito y hacerles cariño a las bellas hortensias.

Risas a granel, ya que sabíamos que el Viejo, como le llamábamos cariñosamente, andaba de requiebres con una tal Hortensia, que tenía el mejor jardín de aquel pueblo del sur.

Un poco amoscado el Viejo nos dice: qué saben ustedes, pregúntenle a una madre cuál es la mejor manera de bañar a un niño y ella se los va a decir: así de fácil es cuidar un jardín y eso que yo no he pasado por ninguna escuela, esto de ser jardinero me nació de tanto ver a mi abuelo y mi abuelo lo aprendió de su padre y yo estoy aquí de cuerpo y alma siguiendo de ser jardinero.

El aire libre, niños, favorece a las plantas, ellas no pasean, todo depende del tiempo que uno les dedique, del cariño con que uno las trate. Es lo mismo que si uno fuera la madre y el padre de las plantas. O no han visto nunca cómo después de darle un baño a un niño la madre lo toma y lo frota suavemente y le canta y le conversa y si está el día muy lindo y si está el sol, lo seca de a poquito para que desde allá arriba los rayos de este sol lo acaricien. Así yo trato a mis plantas. Nos callamos un rato pensando, sólo el viento y el agua seguían su eterno diálogo allá afuera. El gato se estiró un poco como con flojera mirando a un rincón y parando las orejas. El Viejo nos miraba de reojo como calándonos por lo que nos había dicho.

Hasta que saltó uno de nosotros para decirle: ya pus, don Pedro, siga contándonos su historia, no se amostace tanto, si fue una broma y nada más.

El Viejo se sintió importante, tomó un pedazo de tortilla y así lentamente como comen los viejos se mandó un tragón que lo anduvo atorando un poco; para pasar el mal rato se tomó otro mate y parece que le echó más aguardiente que de costumbre.

Como les iba diciendo, nació así de repente, si era una noche muy parecida a esta noche. El caso es que allá, más al fondo de mi jardín, yo había encontrado y enterrado unas papas muy extrañas que me parecieron de flores.

No salían, a pesar de que yo cuidaba el pedacito de suelo como nunca lo había hecho, hasta casi llegaba a llorar de pura pena porque no salían sus capicitos a darme la esperanza de verlas crecer, para cuidarlas y ver cómo eran y de qué flores se trataba.

Pasó el tiempo, llegó el otoño y nada; el invierno, nada; la primavera, nada, y se me fueron olvidando mis queridas papas de plantas. Había que cuidar otras y otras, así es la vida del jardinero, siempre cuidando, desmalezando, cuidando sus jardines, su vida.

Un año justo, verano nuevamente, laboreo de verano, laboreo de otoño, desmalezando, limpiando, y me encuentro con un asomo de vida, allí estaban calladitas, creciendo; qué dicha más grande. Para qué les digo, así llegué hasta pegarme la curadera más grande de mi vida.

Ustedes saben que yo era casado y, mala suerte, no tuve nunca un hijo y mi vieja se mandó a cambiar para el otro lado de donde me debe estar mirando por ese mismo. Es como si hubieran nacido de repente los hijos que nunca tuve. Me pegué la curadera y cantaba de contento y lo comunicaba a mis amigos de ese tiempo.

El viejo jardinero seguía contando su historia. Hace rato que nos tenía en suspenso; por un momento se le vieron brillar sus ojos de viejo y, como mirando hacia el patio donde teníamos nuestro espacio dedicado al jardín, traspasando la barrera de los recuerdos, se detuvo un rato como para tomar aliento.

El asunto es que mis plantas habían nacido, eran de un color distinto el de sus hojas. Nunca había visto unas hojas como aquellas, se parecían mucho al terciopelo rosado, suavecitas cuando yo las tocaba, parecía como si me agradecieran el que les hiciera cariño, lindas mis plantas, lindo el color, si hasta parecía como si el jardín entero se estuviera renovando solo y eso que era invierno, uno de los más crudos que se han visto.

Lo raro es que los vecinos empezaron a decir que en el jardín andaba la animita de no sé quién, que se veían luces. Yo era joven en ese tiempo y trabajaba como contratado, me acostaba cansado para luego al otro día seguir con mi trabajo. Ya les dije que uno cuida a su jardín mejor que a uno mismo.

Al principio no me inquieté mucho, pero veía con sorpresa que las plantas crecían como más rápidas que de costumbre. Si hasta las que tenían que nacer en primavera estaban saliendo y la tierra me parecía más calentita, las plantas seguían creciendo y lo más curioso es que en realidad se veía como si una cúpula de luz las rodeara, protegiéndolas de la lluvia y del viento.

Fueron creciendo lentamente, rodeadas siempre de esa luz que las protegía. Si hasta el perro que tenían en esa casa no se aproximaba, ya que un día fue a meter sus narices y salió aullando y con el hocico medio chamuscado. Lo increíble, seguía contando el Viejo, era que, si yo me aproximaba, la luz se abría y me dejaba acariciarlas y cuidarlas.

Pasó el tiempo, no tan largo, pero ¿quién detiene el tiempo? No se puede volver la carretilla para atrás, se respondió a sí mismo. Me fui dando tiempo para mirar desde lejos, sin que se diera cuenta la luz. Y lo extraño era que parecía que cambiara de lugar, como cuando juegan los niños chicos haciendo alboroto, revolviendo todo a su alrededor. Y las sorprendí, verdaderamente las sorprendí; un jardinero sabe de memoria el lugar donde están enterradas sus plantas y el espacio que se les designó anteriormente. Ellas se habían corrido de lugar, estaban un poco más juntas algunas, otras más lejos y una permanecía un poco ladeada; era verdaderamente asombroso todo aquello, habían revuelto todo el lugar. ¿Las plantas? ¿Quién? Todavía no me lo explico. Los jardineros somos verdaderos investigadores privados, ya que tenemos que vigilar, tomar notas, obtener resultados, plagas, chapas, tiempo, sol, aire, tierra: todo un universo al cuidado de nosotros para deleite de los demás y la satisfacción propia. Así somos y seremos siempre, el Viejo no era una excepción de la regla.

Con su voz todavía más animada, sea por el mate con aguardiente o por su mismo relato, continuaba. Lo verdaderamente cierto es que la luz iba creciendo a medida que crecían las plantas en el interior de la cúpula. Si ya alcanzaban el porte de un cristalino, ellas. Las plantas parece que se habían puesto un poco más serias, sus hojas largas y sedosas se aproximaban unas a otras como haciéndose cariño, el desorden alrededor era menor. Fueron tomando ciertas formas y diferentes coloridos, nunca perdiendo ese color de tul rosado, unas más encarnadas que las otras. Difícil de explicarlo.

El jardín alrededor era más bonito. Nunca, creo, voy a tener otro igual y eso que era invierno. No crecían malezas, el pasto parecía una mesa de billar, los árboles ya empezaban a dar luz a sus primeros brotes. Todo era lindo como un cuento.

Hasta que un día, más bien dicho una noche como ésta que suena, el trueno y el relámpago alumbraban la oscuridad y sucedió lo que tenía que suceder. Se sabe que en una tormenta primero viene la luz y luego el trueno, todos los sabemos. En esta ocasión sucedió al revés, se sintió el trueno potente que llegó a estremecer la tierra y luego una luz enceguedora iluminó el jardín.

Salí a ver mis plantas, ya se sabe que las quería como a mis hijos, esos que nunca tuve, y allí estaba ella, grande, silenciosa, esperando detenida en el aire sin ruido, sólo con su luz que cambiaba de tonalidades a cada instante; parece que enviara señales, parece que estuviera comunicándose con algo o con alguien, mejor dicho.

Mis plantas nacidas de esas papas extrañas estaban agrupadas más juntas y la cúpula que las encerraba se había alargado. Descubrí que sus pétalos y sus hojas y sus tallos estaban vibrando de alegría, me pareció ver unos rostros extraños, pero simpáticos en mis flores. Sí, creo que eran rostros y brazos de hojas de pétalos de estambres, mis plantas tenían vida propia y esa cosa brillante en lo alto las estaba llamando.

Un movimiento de tierra, un temblorcito, luego un viento tibio acariciante y mis plantas y la cúpula se elevaron por el aire hasta incrustarse suavemente en la esfera mayor.

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 2004
LA MALDICIÓN
Lidia Mansilla Valenzuela (49 años)
Hualpén

A la Morelia le gustaba el campo. Siempre estaba hablando del tiempo en que recorrían sus pies los surcos de las siembras, los pastizales, y regaba la huerta de su mamá donde las cebollas, tomates, arvejas eran sus favoritas a la hora del almuerzo. Recordaba con mucha nostalgia los días de su niñez, lo rápido que el tiempo se iba y sólo las remembranzas de su estadía en esos lindos campos hacían que su presente fuera mejor.

La edad ya me está volviendo torpes los pensamientos (ríe golosamente, evocando) pero aún tengo presentes algunas anécdotas (mirando picarona, con cariño), cosas que para este momento en que la vida corre más rápida suenan a cosas de viejos. Sabe, Rosita, cuando yo tenía como siete años allá en el campo me maldijeron. Acostumbraba a subirme en los chanchos y los corría como a caballos, a veces les ponía en el trasero un palito en el hoyito para sujetarme mejor, por supuesto que en algunas ocasiones se me quebraba el palito y los chanchos se enfermaban. El dueño, que por supuesto no era ninguno de los tíos con los que vivía, sino don Pepe, el dueño del campo vecino, cada vez que se encontraba con mi tío le contaba lo que les pasaba a sus animales.

—No entiendo lo que pasa —le decía—, los cuida bien y el chico que los recoge por las tardes los tiene limpio el lugar donde duermen. No sé, vecino, qué les sucede. Usted se imaginará que pierdo dinero con esta enfermedad, porque debo matarlos antes de que engorden y por supuesto no es muy bueno el precio que logro vendiéndolos a vara.

—¿No ha pensado, vecino —le decía mi tío, estando yo a su lado—, mandar al Juvenal a que los venga a cuidar mientras andan pastando? A lo mejor comen algo malo y ustedes no se han dado cuenta, puede ser que hasta sea algo nocivo para los que compramos la carne.

—No se me había ocurrido, mire. Creo que lo voy a hacer yo mismo.

A mí, señora Rosita, créame, se me olvidó la conversación y seguí con mis malos juegos. Digo malos ahora, porque en esos días eran grandiosos, sentirme como una jineta corriendo a lomo de los chanchos. Pasaron algunas semanas, ya estaba cabalgando de nuevo, era tan feliz que no me di cuenta cuando don Pepe llegó a mi lado. Su cara se había vuelto tan roja y la voz no le salía de lo puro enojado. Estaba tan asustada, no podía pararme después del costalazo que me di. Habitualmente los chanchos me botaban, como una no tiene de dónde agarrarse, era por eso lo del palito (sonríe, con los ojos llenos de nostalgia). Como usted verá, pues, no estaba en muy buenas condiciones ni de hablar ni de correr y entonces don Pepe me lanzó su maldición. Me gritó: chiquilla de porquería, ya verás lo que te va a pasar por subirme arriba de mis chanchos. Te van a salir cerdas entre las piernas y te va a correr sangre... Ya verás lo que te sucederá. Te acordaras de mí, te lo juro... Vas a recordar mi maldición... Ya sabrás lo que te pasará, chiquilla de mierda. Verás cuando divise a tu tío, le conversaré “quién y qué” provocaba la enfermedad a mis animalitos.

Me fui a casa muy asustada, ojalá que este viejo regañón no le contara nada a mi tío. Esperé por muchos días una reprimenda, pero no sucedió y el tirón de mechas pensado por muchos días no llegó. El verano pasó como todos los años, dejando nuestras bodegas llenas de los frutos necesarios para el invierno: las papas, los choclos secos para hacer chuchoca, el trigo para llevarlo más tarde al molino y tener pan en invierno, las arvejas y los porotos secos, se habían preparado las mermeladas y recogido la miel, en fin, había sido buena la cosecha.

Aquellos años caminaron lentos, cuando una espera ser grande no pasan nunca.

Un día fui al río, los meses se habían sucedido muchas veces y las noches me vieron crecer. Se abultó mi pecho; ya era una señorita, como comentaba mi tía, y tenía que cuidarme. No entendía mucho lo que ellos hablaban, pero tenía que aceptarlo, eran las personas que más sabían de todos lo que yo conocía. En la escuela aprendí a leer y escribir, conocí a los héroes chilenos como Arturo Prat, Bernardo O'Higgins, poemas de Víctor Domingo Silva, Óscar Castro, Gabriela Mistral y otros que ya no recuerdo; también empecé a fijarme en los chiquillos, en fin, estaba cambiando mi vida, ya no me cortaban el pelo y mi tía me hizo algunos corpiños para sujetar los pechos, como ella decía.

Como le iba contando, ese día fui al río a bañarme con otros niños de otras parcelas, nos juntábamos como quince, todos entre los diez y los trece años. Para que no hubiera juegos extraños, le explicaba mi tío a mi tía. Ellos sabían lo que señalaban porque eran mayores. Bueno, ese día al sacarme los calzones para bañarme tenía sangre en ellos y no sabía qué sucedía. Me arranqué para otro lado donde nadie me viera, allí donde la vegetación era más alta, escondida por supuesto, que nadie se diera cuenta. Y me miré la entrepierna, y ahí estaba. La maldición de don Pepe se había hecho realidad, tenía cerdas entre mis piernas, eran rucias, iguales a las de los chanchos que montaba cuando niña.

No hallaba qué hacer, me puse otra vez mis calzones y corrí con toda la ligereza que mis pequeños pies me permitían. Esta vez hasta la villa donde don Pepe tenía una carnicería para vender el producto de su esforzado trabajo de crianza de cerdos. Me arrodillé y llorando le supliqué que me quitara la maldición, había logrado ya su propósito. Que hacía mucho tiempo, le dije, que era más chica cuando me subía a sus chanchos. Así que por favor dijera algún conjuro para que esa pesadilla se fuera.

—¿De qué maldición estás hablando, chiquilla del diablo?

—De la que usted me gritó cuando yo jugaba con los chanchos, esa que me iba a salir sangre y cerdas en la entrepierna, ¿se acuerda, verdad?

Seguramente en ese momento debió acordarse porque lanzó una gran risotada, una carcajada que me hizo doler los oídos y poner roja de vergüenza, por no tener nada que agregar.

—Aquello ya lo olvidé, anda, ve y dile a tu tía lo que te pasa.

Don Pepe no paraba de reír, diciendo qué chiquilla más loca, ésta. Años más tarde, cuando era ya una mujer grande de edad, con hijos, regresé a la villa y pasé a saludar a don Pepe. Él todavía se acordaba de la inocencia de aquellos tiempos y de aquella chiquilla que, aunque él hubiera querido quitarle la maldición y tener noción de muchos conjuros, no podía hacer nada por ella.

Ese día me dio un fuerte abrazo bendiciéndome junto a mis hijos para que Dios en su misericordia infinita me diera una buena vida.

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 2013

MARÍA

Alejandra Isaura Ziebrecht Quiñones (54 años)

Talcahuano

María no vaciló en poner los changles y los dihueñes en el canasto, haciéndoles espacio junto al pan amasado envuelto en un paño blanco y al cuchillo. Que le dijeran sus vecinas que el día no la iba a acompañar en las ventas porque el “fjese usted, con esta lluvia no va a andar nadie en la calle y se va a mojar como sopa”, a María no le hacía mella. Así que se hizo la tonta y la desentendida, porque en su cabeza zumbaban como un abejorro las palabras que el cura había pronunciado el domingo en misa, si bien era cierto que no había escuchado todo el sermón. Socorro, su hija menor, había pasado una noche de perros por la infección del oído que siempre la atacaba en invierno. Ella se la había pasado haciendo cucuruchos de papel que incendiaba en la punta para hacer que le saliera el aire que le inflamaba. El doctor de la posta había calificado dicho tratamiento como algo inservible, incluso dañino, que en nada ayudaba en la cura. Pero a ella no le venían con cuentos estos mocosos de la ciudad. Nadie iba a saber más que ella, que ya había criado a cinco, y esta última, que había salido como de yapa, no la haría cambiar sus tratamientos que habían resultado tan eficaces como los anteriores. Dos cabezas piensan más que una y, además, Diosito está del lado de las mujeres como ella, que echan a su espalda la pesada carga de sus vidas y siguen cargando su cruz con alegría. Eso sí se lo alcanzó a escuchar al cura.

Mientras caminaba con los ojos adormilados por la lluvia que caía inclemente por su cara y el ruido de los árboles de la vieja avenida de tierra parecía decirle que se rindiera, ella pensaba en su nombre y en su madre, que es de donde —la mayoría de las veces— nos vienen los nombres. Se llamaba María, como la Santa Madre del niño Jesús. Y recordó la tarde en la que había cumplido nueve meses de embarazo de Socorro, su niña enferma. Con la experiencia de tener hijos en el vientre, no se percató de que Socorro tenía una prisa terrible por llegar a este mundo, como si aquí la esperase algo muy bueno. Así, se vio de pronto con las piernas abiertas en el baño de madera, al fondo del patio, botando agua que corría por sus piernas y que le acarreaba más dolor en la panza. Mientras observaba, muerta de susto, pensaba que aquello era muy extraño.

Se acomodó los calzones como pudo y como pudo también salió gritando a voz en cuello “¡Socorro! ¡Socorro!”, por el trayecto infinito que la llevaba hasta su casa. Una vecina —después supo que había sido la Carmencha— oyó sus gritos y se fue como alma que lleva el diablo en su ayuda.

—No te preocupí, es solo la guagua que quiere salir. Tampoco te hagái la niña de pecho en estos trances —le decía la Carmencha, que a su vez gritaba pidiendo ayuda al vecino Toño, que a esa hora de la tarde aún dormía la mona de la noche anterior. María se agarró la panza con un miedo feroz, porque se acordaba, también con horror, del domingo en que se había confesado; justo cuando el padrecito le decía “está bien, mujer. Reza un par de Ave Marías y un Padre Nuestro”, y le hacía la señal de la cruz por entre los cuadraditos que apenas le dejaban ver su cara en el cubículo en penumbras. Justo entonces, se le vino a la cabeza un pecado feroz. Ella sabía que la ferocidad de aquel pecado podía hacerle perder para siempre la sonrisa bonachona que el cura le brindaba cuando ella estaba en la primera fila. A la hora de darse la paz, él se le acercaba y le ofrendaba esa sonrisa junto con su mano regordeta. Y ella se sentía a salvo y dejaba de pensar en el pecado que guardaba y deformaría la sonrisa del cura hasta transformarla en una mueca cargada de odio. De eso se estaba acordando, cuando escuchó unas voces que le decían: “¡Puje con fuerza que ya viene! ¡Puje, mujer!”

Entonces ella sintió toda su sangre en la cara mientras se decía que eso le pasaba por pensar en su pecado mayor justo en el momento en que su guagua quería salir al mundo. De repente vio una cosita pequeña, envuelta en grasa y sangre, que le acercaban. Ella estiró las manos, sin fuerzas casi, para sostener lo que la vida le enviaba nuevamente. Abrazó al pequeño bulto.

—Toma a tu hija, acércatela a la teta —le dijo la mujer de blanco—. Es solo por un momento, antes de ir a lavarla. Le hace bien.

Y ella lo hizo. La niña abrió la boca muy grande para tirar un llanto terrible, como si hubiera sido estafada, como si no le gustara esta madre, ni este mundo. Fue tanta la pena que le dio a la María, que pensó de inmediato en el nombre más apropiado para la niña.

—Se llama Socorro —le dijo con un hilo de voz a la enfermera que ya se la sacaba de encima.

La enfermera miró a la guagua con un poco de lástima, María no supo si por el nombre o por el destino de la pequeña. Y la mujer se alejó por el pasillo angosto sin decir nada, con la niña envuelta en una sabanita desteñida.

Socorro lloró justo en el instante en que a María se le había instalado el recuerdo. Le agradeció ese llanto oportuno que se llevaba las imágenes como recortes de papel viejo arrastrados por el viento. Plegó una hoja de diario y le prendió un extremo, mientras que el otro, que era un muño terminado en punta, lo introdujo en el oído de la pequeña. Esperó, tarareando algo que escuchaba en la radio. Del cucurucho salió una bocanada de aire que produjo un ruido molesto y María sonrió complacida. La niña paró el llanto y ella comenzó a moler una pastilla, para mezclarla con el agua de toronjil en la mamera.

—Deje a su madre trabajar, mi niña. Mire que el dinero no es regalo pa los pobres. Tenemos que comer, usted sabe... o lo sabrá muy pronto, apenas me acompañe a la ciudad y nos instalemos muy juntitas a ofrecer lo que Manolo, el mayorcito, está recolectando en el cerro ahorita mismo.

María caminaba por la calle poblada de gente que no reparaba en ella, que tenía la vista sumida en sí misma; porque ella sabe que una se mira hacia dentro, que ahí están todas las cosas que una quisiera tener y las que no. “El infierno y el cielo”, le había dicho el cura en la misa del domingo. Pero ella sabía que las mujeres también piensan en otras cosas que nadie dice: en el amor, por ejemplo. Ella siempre pensaba en el amor, a pesar de los hijos hechos con desgano, casi por cumplir con un deseo que nada tenía que ver con el deseo de su cuerpo, sino más bien con la necesidad del hombre borracho con el que se había casado y al que se lo vendieron por bueno y trabajador, que eso le decía la Chela.

—Te estafaron, Maruja. Ese es un bueno para nada; menos mal que no te pega, es lo único que no hace. Y no por falta de ganas, sino porque llega tan borracho que no sabe ni dónde tiene las manos pa aforrarte.

Y era cierto porque, en los primeros meses de matrimonio, él sí sabía dónde tenía las manos. Cuando ella no le traía la comida caliente a la mesa, donde él la esperaba impaciente, María sabía que no iba a recibir un “gracias” de su marido, sino que una cachetada. “Suavecita, pa que no te mal acostumbres”, sentenciaba. Por aquel entonces, María no cargaba culpa alguna, así que ese golpe le dolía en lo profundo. Con la cara guardada bajo la palma helada de su mano, caminaba a la cocina y se quedaba ahí, viendo caer la tarde sobre el camino de álamos que se expandía frente a su casita de madera improvisada, enclenque, pobre y fragmentada, como todo en ella.

“Que Dios me guarde”, decía entonces, como si Él fuera su padre. Un padre desconocido, parecido al que había tenido de este lado de la vida, que se había fugado perseguido por la justicia, o por la injusticia de robar para comer. Habían sido unos cuantos troncos que los de la maderera habían dejado a un lado del camino... de eso hacía tanto. Su padre los había negociado a buen precio, según recuerda por los días de comida abundante de los que gozaron. Pero la justicia

vino por él y la injusticia se quedó en la casa colmada de miseria, a la que pronto se arrimaron borrachos de otras latitudes cuando su madre se puso a vender vino sin permiso de nadie. A ella le daba como miedo recorrer las facciones amoratadas de aquellos hombres que ponían unos billetes sucios en las suyas y le decían cosas cochinas al oído.

María se fue a trabajar muy chiquita, ahora lo piensa, y se mira de lejos con el vestidito que le hizo la Tere una tarde de verano.

—No te muevas, que el ruedo te va a quedar chueco y se te van a ver los calzones.

Recordó la mirada de su madre cargada de humillación; la niña trabajaría donde la familia de los Monsalve. Gente buena, le habían dicho, de buena paga. Y ahí ella encontraría algo más que trabajo: también se haría mujer en una sola noche, cuando la puerta de la pequeña pieza de servicio se abriera a las tres de la mañana.

María pensó que estaría en Concepción hasta las seis, que tomaría el tren de las siete a su casa en Quilacolla y que estaría justo a tiempo para preparar algo de cena. No sabía que eso dependería de la lluvia, de los clientes, de la improvisación a la que siempre la vida la sometía. Su puestito, a un lado de la estrecha vereda de la calle Carrera, le gustaba, como le gustaba la mano de Ramón en su pierna, por las noches antiguas, unas pocas noches atoradas en un tiempo demasiado remoto. Le gustaba esa mano que era una invitación, una provocación sutil, un convite que no guardaba relación con los insultos, con la decadencia a la que la sometía en los días cuando, ebrio, la obligaba a tocarlo, a someterse en silencio, como si nada estuviera ocurriendo debajo de las sábanas blanquitas —como a ella le gustaba dejarlas a punta de cloro y agua caliente— de la cama.

—No puedes gritar, porque los cabros chicos van a despertarse. Así que échate a un lado y pone el culo, que es lo único bueno que te queda.

Y María pensaba que no, que no era lo único bueno. Que tener eso, que la hacía una mujer deseable para el indeseable de su marido, no contribuía en nada a hacerla sentirse mejor, sino que más bien la acercaba a una desgracia ineludible. “No me da tristeza haberlo perdido”, piensa. “Ni que se haya arrancado con la Manuela, ni que me haya golpeado la noche antes de escabullirse por la explanada de la calle para que el lacho de la Manuela no pudiera encararlo con el cuchillo con que mataba a sus chanchos los domingos de fiesta. Seguro que pensó, mientras corría de la mano con la Manuela, con el cogote apretado por la huida y el cansancio, en el cuchillo y en los chillidos insoportables de los cerdos. Y de seguro pensó también que la Manuela tendría que pagarle caro el favor que le estaba haciendo al llevársela. Pobre Manuela”, piensa María. “Ahora va a conocer los golpes a los que el pobre carnicero, diestro con el cuchillo pero una seda con ella, nunca la sometió”.

Fuera de ella y de sus pensamientos, la calle era una tira multicolor de gente que pasaba indiferente. Salvo por alguien que compraba los panes de María, que le decía que estaban muy ricos los de la semana pasada, que todos le habían pedido más, que cómo los hacía. María le decía que era el horno de barro, fíjese usted. Debía ser eso. No, no era demoroso y valía la pena. Que para eso estamos, pa traérselo calentito. No tiene de qué preocuparse, que todo está muy limpiecito. Sí, estoy aquí tres veces por semana. Gracias, y que Dios la guarde. La calle se ondulaba, se estiraba, se despoblaba y se volvía a poblar; como ella que, entumida, pensaba en sus hijos, pensaba en su casita, pensaba en la miseria y daba gracias, porque podría haber sido peor. Donde no hay salud, no hay pensamiento alguno. Y se sacudió el delantal como si se sacudiera las ideas de la cabeza y volvió a gritar para que le compraran, para que supieran que estaba allí, para decirse que nadie le taparía la boca ni le tocaría la pierna. Para ser libre.

A eso de las ocho María entró en su casa. Sus hijos la recibieron con una sonrisa cargada de hambre. Por un momento ella quiso correr, volver a la calle, al tren, a la vereda; por un momento ella no quiso ser parte de ellos. Y en ese instante se revolvió en el fogón, casi extinto a esa hora, donde saltaba humeante una que otra brasa, como si ella las hubiera revuelto. Pero no había hecho nada. “Son mis pensamientos”, se dijo, y se adentró en la cocina pequeña y fría.

Ella tendrá que enseñar a sus hijos; les dirá que no son huachos, solo criaturas sin padre presente. Era verdad que el Ramón reconoció solo a uno de ellos. Luego estaba demasiado ebrio, demasiado cansado, y ella no se atrevió siquiera a insinuarle que hicieran el trámite. Ella siempre temía que él la golpeará, temía su mirada antes del golpe. Comenzó a mirar la olla que echaba pequeñas volutas de humo mientras las presas escuálidas y olorosas de la cazuela carnuda comenzaron a llenar el ambiente. Los hijos llegaron a la cocina atraídos por el olor. Cuando comenzaron a comer, María observó cómo Socorro sorbía con ganas, acostadita en su cama. Sonrió. Y casi dejó de sentir el miedo que siempre le quemaba cuando pensaba en la tarde en la que había bajado del tren en Concepción; en el hombre que la había abordado de golpe; en su mano hedionda sobre su cara; en su propia mano que había extraído el cuchillo de su bolsillo para hundirlo en el costado, tan parecido al de Ramón; en la sangre tibia corriendo por su muñeca; en su huida. Y luego dejó el recuerdo. Miró feliz a su niña que mejoraba.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA, 2005

SOPA MISTERIO

Gloria Yudith Dünkler Valencia (27 años)

Pucón

Mientras satisfacía mi necesidad de orinar pude percatarme de que en las paredes de los baños públicos se plasman verdaderos manifiestos. Los rincones yacen empapelados de signos futboleros que, entre voluptuosas figuras de masculinidad, cantan victorias olvidadas. En el sanitario de mujeres las angustias afectivas mandan: solicitan asesoría moral y sexual, incluso me atrevo a señalar que me he topado entre confesiones respuestas ¡dramáticas! de niñitas que, con el alma en el hilo, viven el calvario de un atraso menstrual. Sin duda, los muchachos se apoderan de este muro de los lamentos sobre el cual redactan ácidos y urgentes graffiti remontándose, algunos, a los negros años del régimen: “¡almuerzos dignos!”, “más becas y créditos fiscales”, “muerte al dictador, ni perdón ni olvido”. Así fue como, de pronto, se me vino a la cabeza aquella gran movilización universitaria del año 1998 en la ciudad de Temuco.

Yo era una mocosa de pueblo callejeando por la ciudad, criada a la sombra de la mano ruda de doña María. Su puño de mamá-abuela me había entrenado para boxear el mal caracho de la existencia y así no caer en la lona al primer golpe. Acostumbrada a estas “místicas” enseñanzas, no me entraba en la piña como mis compañeros de estudios en las asambleas que, con una mano en alto, jugaban a la revolución de la boca para afuera y al rato los escuchaba lloriquear escudados en su inoperancia y su crítica hueca que, de seguro, nada habían contribuido para cambiar las condiciones históricas a las que nos vimos enfrentados. “En esos casos, si uno no sabe o no hace, si a uno no le da el cuerpo para meter las manos en la mierda y revolverla, mejor cerrar el pico y no decir ni pío”, fueron las lecciones de mi vieja tantas veces, mientras estiraba la masa y yo derretía la manteca en el sartén para la fritura de sopaipillas.

A principio de año todo marchaba excelente en los créditos fiscales y en el casino: nos servían vitamínicas cazuelas de ave acompañadas de carnudos trutros. Legumbres sabrosas, pastel de papas, bife alemán, pastas y ensaladas. A mediados de año el pollo había enflaquecido hasta los huesos, las longanizas ensancharon de tanta grasa y las vienas lucían absolutamente chamuscadas en un rincón del plato. De la leche asada pataleamos en una jalea aguachenta y ese único pan duro que nos ofrecían, a pesar de los reclamos, auspició mis desayunos por cinco temporadas. Aquellos buenos para el diente no tenían otra elección: debían hacer la “cola de hambre” rastrojeando entre las sobras de ese gallinero de platos a medio comer y peras mordisqueadas.

Hastados de que por “beca de alimentación” nos embutieran en la minuta la sopa misterio (nunca supimos si era de espárragos, choclo u otra sustancia verdosa de dudoso origen), hamburguesas sabor a cartón remojado o huevos fritos de utilería, duros como suela —pues algunas dietas nos provocaban tóxicas diarreas a fin de semestre—, en repudio vox populi un ruido bacanal inundó el casino: los afortunados (y quienes no gozaban del beneficio) comenzamos a golpear las bandejas de plástico con las cucharas, volviendo más tirante el ambiente que se cortaba con un cuchillo para las nutricionistas y los administradores de la concesionaria de cuyo nombre no les conviene que me acuerde; la acusación reventó en la avenida Francisco Salazar, allí arrojamos cuatro rumas de tallarines desde la mantelería desteñida, la mazamorra rojiza patinaba bajo las ruedas de los vehículos y los platos hechos añicos volaban sobre la acera. De este modo, se informó a la comunidad de la basura de comida que debíamos tragar. Entonces echaba de menos, tras la cocina a leña, los chicharrones con pancito caliente, una historia de males y entuertos, un

buen calducho de longanizas, unas pantrucas de la “mami”, unos porotos para adiestrar la rienda, un causeo de patitas o un reponedor caldo de sustancia después de clases, al regresar mojada como diuca a mi solitaria pieza.

Al caer la tarde, la movilización disminuía su accionar sin respuesta del gobierno —salvo uno que otro reportero de la prensa localista que perseguía fotografiar el punto negro o algún encapuchado de la jornada para vender noticia al otro día—, paulatinamente se iba desgranando la masa iracunda, algunos con el brazo acalambrado de tanto lanzar piedras al enemigo verde. ¡Vámonos al carajo!, gritábamos de vuelta a nuestras ratoneras o a cualquier rincón en el cual pudiésemos beber, vivir y estudiar las materias a nuestro antojo. No quedaba otra alternativa por las noches que naufragar en los vasos de vino tinto extraviados en la nube del cigarro colectivo, discutiendo los pormenores de la jornada al pulso de Inti Illimani y sus manoseados cánticos revolucionarios, como una forma de apalear la incertidumbre de no saber si aquellos compañeros de carrera lograrían continuar sus estudios superiores, pues desaparecería el Fondo Solidario al confiscarse las universidades estatales a causa de la Ley Marco.

Lo crítico de la situación nos llevó a tomar el tren de Temuco a Santiago decididos a combatir por la descentralización, ya que en regiones las pellejerías no son pocas; en nuestros planes no contábamos con la astucia del gobierno regional, pues nuestro convoy arribó a la capital a las cinco de la tarde, ocho horas después de lo normal, con la justificación, por parte del maquinista, de que la línea férrea se encontraba cortada. En la rabieta saltamos a la carretera y levantamos una barricada mediocre en la que chamuscamos cuatro tablas locas; debo confesar que de nuestra maniobra los automovilistas se reían a carcajadas, al igual que la caravana de muchachos oriundos de la Universidad de Concepción, quienes desfilaron muy campantes en sus buses con todos los vidrios rayados de consignas, para nuestra estúpida idea romántica del tren...

Exhaustos, portando nuestros lienzos de la UFRO, la UCT y vociferando el eslogan de nuestras respectivas almas mater ingresamos al gimnasio. Sólo conseguimos escuchar la despedida del presidente de la FECH de aquel tiempo, Rodrigo Rocco. Por último, el poeta Mauricio Redolés charangueó unas tonadas izquierdas y así culminó el evento en el cual nos mentalizamos la noche anterior a punta de chufly⁴ para calentar los huesos (compra secreta ejecutada en los cinco minutos en que el tren se había detenido en la estación de Chillán). A la salida del gimnasio se resolvió la gran concentración en paro camino a la Universidad de Chile. En la distorsión de la noche se impuso frente a mí el retrato del desaparecido Daniel Menco y su caída en combate entre las barricadas, ese rostro de interrogación, la boca abierta y sus desorbitados ojos de mapuche urbano; en varias ocasiones alzamos nuestras botellas en un salud póstumo. Así recibimos la mañana con varios damnificados vomitando en los baños de la Federación.

En esas juntas a los líderes se les iba en collera el intestino, prendidos de ombligo por el colon irritado de tanto negociar con el Ministerio de Educación, sin obtener un acuerdo que compensara las demandas de la Federación de Estudiantes de Chile. Los cerebros de aquel tiempo no tenían la mínima intención de censurar la autonomía de sus aparatos excretores insurgentes, agobiados por la hambruna que ardía en los estómagos y las repulsivas comidas preparadas sin cariño, “con la guata vacía no se hace filosofía”⁵.

⁴ Trago a base de agua ardiente, bebida o jugo en polvo (nota del autor).

⁵ Abrazo las palabras de Juan Arroyo, un sobreviviente del Estadio Nacional en los años duros (nota del autor).

Población civil, uniformada, héroes anónimos, en la ciudad o en el campo, todos unidos y enloquecidos por aquel fognazo que nos puede desconectar de la existencia, un soplo, la fibra que sostiene en una hilacha nuestra condición de bichos humanos, esa carestía que no tiene colores ni tendencias políticas: “el hambre”, esa hambre de justicia esculpida en la fontanería de los intestinos sociales no puede seguir esperando las sobras de los poderosos y sus miserias de espíritu. Ya bastante gozaron latigando sus 18 años de censura sobre las espaldas de nuestras viejas que esperaban con sus pirlguas vacías a la cola de los almacenes, para comprar una bolsa de té, una mancha de aceite o medio kilo de azúcar, mientras nosotros jugábamos al luche y a la tiña en los tristes años de la U.P., por lo que me han contado. En esta época de transición, a quince años, ¿no les parece estúpido que sigamos en el mismo baile y ahora torturando los estómagos con decadentes almuerzos que inflaman nuestros intestinos de fastidiosos gases tóxicos que anhelan independizarse?

A estas alturas del cuento, recuerdo a mi vieja cebando el mate para empezar la comilona de sopaipillas, mientras afuera una granizada parecía cuartear el techo de zinc. El pebre ya había reposado lo suficiente y le hincamos el diente ese domingo de despedidas y sentimientos encontrados para mí, entre quedarme en la casa o partir a la ciudad universitaria. Ya estamos en la hora, hija... échate unas sopaipillas en la bolsa, aquí tenís un pan caliente, abrígate bien la cabeza y te fuiste jote, que te vaya bien.

—¿Está ocupado?, ¡apúrese por favor que hay gente esperando!

Alguien me ha sacudido de mis profundas reflexiones en el inodoro de la Facultad de Educación y Humanidades. Todo ha sido consumado tras un tirar de cadena y asearse de arriba hacia abajo o, al contrario, no parece tener tanta importancia, mas no nos equivoquemos: nada de grato resultaría ir por la vida con estos perfumes de inseguridad estampados al calzón. Ello se resuelve al impregnar la endurecida realidad en el suave papel higiénico, hojas de maqui o el arrugado periódico nacional (a falta de recursos), que nos permite gozar del placer de hundir en nosotros al candidato de portada, acto anónimo y rebelde de ese voto nulo que se pierde en el fondo del pozo séptico, a propósito de las elecciones presidenciales que se acercan.

Con las prendas a la cadera me enfrento al espejo con ideas y decisiones a medio resolver. La movilización se aleja, los carteles se hunden con la corriente, se enredan en el horizonte junto a la travesía náufraga de cientos de troncos no identificados, esos prófugos al revolotear en las cloacas de nuestra ciudad van personificando a los Errázuriz, Piñera, Matte, Paillalef, Hofmann y Pérez, un mismo purgatorio en el que se revuelca toda la inmundicia. Para este viaje no hay clase social que valga, ni boleto de turista o económica.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA, 2013

BLANCA**Fresia Esmeralda Curihual Garrido (30 años)**

Temuco

Nos íbamos en la micro de las tres y llegábamos sagradamente a las seis y media. El trayecto era corto, pero la micro paraba cada dos potreros, así es que había que armarse de paciencia si queríamos llegar al campo.

Mi mamá pasaba, como siempre, a la farmacia de la feria a comprarnos unas pastillitas naranjas que nos ponía debajo de la lengua. No sé si en realidad hacían efecto, porque yo siempre terminaba vomitando. Con el tiempo fue probando otros secretos: el limón a pedacitos, el parche en el ombligo, las amarritas en la muñeca izquierda; pero nada, yo siempre terminaba blanca como papel y a las siete y media ya estaba durmiendo con el estómago revuelto y un tremendo dolor de cabeza.

Las mañanas en el campo siempre fueron bonitas. Recorriamos el estero y nos lavábamos la cara con el agua helada de la vertiente. Llamábamos a las gallinas para darles trigo y después corríamos a sacarles los huevos de sus nidos para preparar el desayuno. El turno de los chanchos venía después, seguido por los patos, los gansos y ese par de vacas con cara de asesinas que cada vez que les sacaban leche parecía que iban a explotar de rabia. Una vez siguieron a mi hermana, eso acrecentaba el prontuario. Aun así, las mañanas en el campo siempre fueron bonitas. Hasta ese día.

La tarde del sábado, y ya de vuelta de habernos cansado de tanto bañarnos en el río, nos juntamos con mis primas a conversar. Eran las típicas cosas de niñas: que si nos gustaba más Pablito Ruiz o Luis Miguel, que si le habíamos dado un beso a alguien o si la profesora de arte nos había escogido para ser la protagonista de la obra. Nos sentábamos a comer ulpos de harina con leche y nos regalábamos esquelas de papel.

Los mayores, por su parte, se tomaban la bebida con un agregado y recordaban las historias que habían pasado juntos en su infancia, cuando todos vivían ahí. Y aunque ya nos las sabíamos de memoria, hubo algo en ese instante que llamó poderosamente mi atención y es que mi tía Gladys nunca hablaba.

—En la parte del bajo era puh, donde estaba la entrá pa'l chiqueroé los chanchos. Ahí es donde se aparecía —le escuché decir despacio a esa persona, que más que un pariente era un completo enigma para mí.

—Sí pues, tantos años. ¿Qué habrá sido de esa chiquilla? —dijo después, con voz baja, mi tío Arturo.

—¿Qué chiquilla? —les pregunté con un grito, mientras me daba vueltas mirando una esquila rosada llena de corazones que recién le había cambiado a mi prima por una celeste que no me gustaba porque “parecía de hombre”.

—¡Nadie! A ver, ¡qué se mete usted! —me dijo mi mamá—. Éstas son conversaciones de grandes. Mirenvé que andar preguntando todo. Ya, ¡váyanse a dormir!

Como todo había sido muy sospechoso, con mis primas nos miramos de reojo y nos pusimos de acuerdo para empezar una nueva investigación nocturna, de esas que hacíamos siempre que escuchábamos conversaciones extrañas y algo nos parecía fuera de lugar. La Mirtita era la primera en pegarse a la pared; como era la más chica siempre se quedaba dormida primero, así es que la

dejábamos escuchar cinco minutos y la mandábamos a acostar. De ahí venía la Paula, que como era metiche quería quedarse siempre hasta el final; algo que nunca consiguió, porque la Juanita y yo teníamos el control de la situación.

Aunque, como todo, esa noche fue distinto. La Juanita me dijo que tenía sueño, que haber pasado toda la tarde en el río la tenía más cansada que de costumbre y que, si quería, ella me cedía su turno en la investigación. Que de todos modos qué novedad podían contar los tíos, si siempre eran las mismas historias y los mismos finales. Le dije que bueno, que quizás también me iba a acostar luego, que al otro día les contaría. Algo que, con el pasar de las horas, me había arrepentido de no cumplir.

—A mí me siguió, durante este año, desde la parte del chiquero que les decía. No sé cuándo se va a terminar esto, oye. A mí me tiene con los nervios tomados —decía la antes casi muda tía Gladys.

—Hay que llamar al curita no más. Mirené que tantos años y que siga apareciendo la muy chúcara. Si no se le pasa la travesura, va a haber que hacer algo así, aunque los vecinos sepan...

—Pero cómo se te ocurre, Arturo. Va a saber uno si después traen al diario pa' acá a entrevistar a la gente y ¡nos dicen que somos quizás qué cosa! —decía esta vez con más fuerza mi tía.

—Pero es que no podemos seguir así pues, Gladys. Si la Blanquita tiene que poder descansar en paz —remató casi en silencio mi mamá.

Yo me quedé pegada mirando la pared; no entendí nada y me dormí. A la mañana siguiente me levanté antes que todos. Les dije a mis primas que no quería ir a lo demás, por ese asunto de las vacas asesinas y todo eso, que mejor me iba a quedar ayudando a pelar papas. Le pregunté a mi tío Arturo qué era “descansar en paz” y me dijo que era cuando la gente se sentía contenta después de muerta. Lo quedé mirando, le dije gracias y me fui.

Como todavía nada me quedaba claro, entré al comedor. Empecé a revisar las fotos familiares. Revisé una a una a todas las personas que estaban ahí. La tía Rosa, la tía Gladys, el tío Arturo, la prima Sonia, la abuela, el abuelo y el Juan. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Todos contados una y otra vez. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. No había confusión. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... y esta vez mi dedo resbaló sobre la foto e hizo que cayera algo detrás del marco de madera casi podrido que estaba pegado a la pared. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... ocho. Una niña de blanco, de más o menos siete años, sentada junto a mi mamá. El pelo claro, zapatos negros y calcetines con vuelos. Había una inscripción de hacía muchos años en el reverso de la foto, escrita con una letra plomiza en la que se leía la palabra “Blanca”. No lo podía creer, lo había encontrado. El nombre, la niña, la conversación de la noche.

Me puse pálida de nervios. Mi mamá y mis primas llegaron de alimentar a los animales y me tomaron del brazo antes de que me cayera. Me preguntaron si estaba bien y les dije que a veces los mareos de los viernes se me replicaban los domingos. Nadie me creyó mucho. Mientras, en mi cabeza daban vueltas las palabras “descansar en paz”, “Blanca” y “río”. Y aunque río no fue una palabra que hubiese tenido en consideración, llegué a la conclusión de que tuve que haberla escuchado antes de quedarme dormida detrás de la puerta la noche anterior.

—¿Estás bien, mi amor? —me preguntaba mi mamá mientras pelaba el segundo limón y me lo echaba por pedacitos a la boca.

—Sí. Quiero agüita, pero de la vertiente —le dije mirando la pared.

Y, soltándome de sus brazos, bajé las escaleras y corrí directo a la vertiente. Cuando llegué ahí, la miré y, sin escuchar siquiera lo que me dijo, me puse a correr. Detrás de mí, las vacas.

Definitivamente se estaban comportando como las asesinas que eran y aunque en mi cabeza solo retumbaban palabras inconexas referidas a esa historia que de a poco iba entendiendo, no tuve más opción y llegué al final del corredor: al chiquero de los chanchos. Cerré la puerta y le puse la tranca de madera. Mientras intentaba respirar, mi mente se puso a atar cabos. La cruz del cementerio en la tumba de mi abuelo. La cruz en la entrada de la casa del campo. El chiquero, el barro, el viejo brazo del estero que pasaba por ahí. Las fotos, la niña, la Blanquita. La Blanquita que no descansa en paz. Me metí las manos a los bolsillos buscando un pañuelo, algo que limpiara las lágrimas que de pronto empezaron a salir a borbotones por mis ojos nublados que no veían más que sombras a lo lejos, mientras mis oídos escuchaban un gemir fuerte y pausado de algo que no era una vaca, ni un pato, ni un perro. Apreté mi pecho contra la tranca de la puerta mientras los gemidos se incrementaban y pasaban a ser gritos, gritos desesperados de algo que clamaba incesantemente por ayuda.

—A mí no, a mí no, Blanquita. Por favor, a mí no, Blanquita, por favor —le rogaba desesperada—. A mí no, Blanquita. Yo no sabía de ti, por favor, no me hagas nada. ¡¡¡A mí no, a mí no!!!

Y mientras intentaba mantener la respiración entre el llanto y los nervios, unos pasos que chapoteaban en el barro se acercaron a la puerta, corriendo con desesperación. Me hundí en mis lágrimas, el barro y el profundo suspiro que, supuse, era mi fin. Grité desesperada al sentir el calor del sol al abrirse la puerta. Me desmayé.

Mi mamá era quien estaba del otro lado. Me abrazó, sentí su olor a limón en las manos. La miré, le esboqué una sonrisa tibia de llanto y le dije que me quería ir. Me preguntó que qué me había pasado. Cuando estaba a punto de contarle mi descubrimiento, el tío Arturo gritó desde el otro lado del puente que las vacas habían pisoteado un chanchito nuevo.

Me miró con ternura y me llevó a la casa. Me dejó en el comedor con mis primas y nos pidió que no saliéramos. Mientras, todas me miraban con cara de interrogación.

—¿Y? ¿Qué averiguaste anoche? —me preguntó, inquieta, la Paula.

—No, nada, lo mismo de siempre —le dije, tratando de sollozar menos y mantener la calma.

—¿Viste? Te dije —replicó.

—¿Y por qué estás llorando? ¿Por lo del chanchito? —me preguntó la Mirtita, que no se había dado cuenta de que me habían perseguido las vacas.

—Sí, Mirtita. Es por lo del chanchito.

—Qué feo. Las vacas lo aplastaron. Pero a mí me da más pena, porque no lo pudimos ayudar —me dijo, mientras se ponía a llorar de forma desconsolada.

—Pero no llores pues, Mirtita —le dije, tratando de calmarla—. Si tú estabas muy lejos, ¿qué ibas a hacer desde acá?

—¡Todo pues! Si por quedarnos jugando con las chiquillas no le avisamos a mi papá.

—¿Avisarle qué?

—Que las vacas lo querían matar.

—Pero si tú no puedes saber eso pues, Mirtita.

—Yo no, pero cuando pasan estas cosas la Blanquita siempre nos viene a avisar.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA, 2016
EL NENE (1932)
Consuelo Elsa Riquelme Rosas (30 años)
Villarica

Ansiaban escaparse de su miseria, pero las estrellas quedaban demasiado lejos.

FRIEDRICH NIETZCHE

El niño dormía amarrado para no caer. El viejo, sentado sobre los sacos de carbón, guiaba a los bueyes por el camino apenas visible en la bruma matutina.

Un bulto se removió bajo las mantas y el viejo lo acercó un poco a su cuerpo para mantener el calor. El frío le tenía los pies, las manos y la nariz congelados, pero parecía no importarle; sólo le preocupaba que el nene se mantuviera cómodo y calentito. El camino de Los Laureles a Temuco era largo y aún quedaban varias horas para llegar. Luego tendrían que recorrer medio pueblo hasta la pastelería, principal cliente del viejo.

A eso de las siete, el hombre sacó un pan con queso de una bolsa y movió un poco al niño para despertarlo. Una manito apareció por debajo de las mantas y el viejo le entregó un trozo del pan que había sacado. Ambos comieron en silencio.

Al poco rato, el niño sacó la cabeza negra y rizada por un hoyito y dijo que quería hacer pipí. El viejo paró los bueyes, se bajó, ofreció los brazos al niño y éste se dejó caer con confianza.

—¡Eh! Nene, caminemos un rato —le dijo el viejo después. Sabía que así podrían entrar en calor. Los bueyes habían encontrado pasto tierno y ahora no querían avanzar. Sólo después de unos buenos garrochazos continuaron el camino.

El viejo iba sumido en sus pensamientos, por lo que le costó darse cuenta de que el niño le trataba de decir algo. Un tirón de manga lo hizo reaccionar. A lo lejos ya se oía el río Cautín.

—Papi, hay un hoyo en un saco —dijo el niño.

—A ver, Nene... —El viejo hizo parar los bueyes de nuevo y se subió al carretón. Uno de los sacos estaba caliente—. ¡Desamarra el cordel blanco! —gritó el viejo. El niño desanudó lo más rápido que pudo y el viejo agarró el saco y lo bajó al suelo. Cortó las pitas y esparció el carbón ahí mismo. Con una pala que llevaba por seguridad, cavó y cubrió con tierra los carbones. Cuando estuvo seguro de que estaban apagados, le pidió al niño que ayudara a meterlos de nuevo al saco.

Ambos quedaron con las manos negras y la ropa manchada. El niño se había limpiado los mocos con la manga y ahora tenía una gran mancha oscura cruzándole la cara de lado a lado. El viejo miró con tristeza al niño. Sacó su pañuelo y le frotó la cara, sin mucho éxito. Siguieron caminando hasta la entrada del puente.

—¡Mira, papá! —gritó el niño de repente. Una gran pila humeante, dos ruedas y un eje era lo único que había quedado de otro carretón, que había terminado de quemarse en la mitad del puente.

—¡Ay, Señor, mi Dios...! —gimió el viejo. Tuvieron que esperar media hora para poder cruzar, pues sólo había una vía disponible.

Al llegar, escogieron las calles de la derecha. Recorrieron las cuadras con parsimonia, gritando de vez en cuando la mercadería. El niño, que caminaba por la vereda, iba mirando los escaparates hasta que reconoció la pastelería: era la más bonita del pueblo y le encantaba el aroma que salía del local. Acercó su carita al vidrio y posó sus manos llenas de tierra y carbón para mirar a la gente que, sentada y cómoda, tomaba desayuno. Pero vio su reflejo: un niño de no más de ocho años, con la ropa zurcida y sucia, los mocos colgando y unos ojos grandes y brillantes que resaltaban en la negrura de su cara.

El dueño salió a corretearlo. Las manos quedaron marcadas en el vidrio. El padre se acercó a protegerlo y cuando el dueño se dio cuenta de quiénes eran, pidió descuento por la mugre que había dejado el mocoso en la ventana.

—Disculpe usted por la mancha —dijo el viejo y agarró al niño de la mano—. Vamos, Nene, nadie tiene derecho a tratarte mal. —El niño se puso a llorar, avergonzado, pero el viejo le pidió que se callara—. Ya habrá alguien que nos compre el carbón. Deja de moquillar y quédate tranquilo un rato. —Subió al niño al carretón y encaminó los bueyes al centro—. Con un vendedor menos (Dios me perdone), tendremos mejor suerte.

A eso de las seis, sobraban dos sacos solamente y esos podrían servir para pagar una pieza en La Casona. Era tarde y no alcanzarían a volver al campo antes de la medianoche.

Al llegar a la pensión, el viejo le dio unas monedas al niño y éste las guardó en su morral. Desenyugaron los bueyes, guardaron el carretón y fueron a la pieza a lavarse y ponerse ropa limpia.

—¿Puedo ir a comprar algo? —dijo el niño cuando estuvo listo. El viejo lo miró extrañado: la cara limpia, los rizos aplastados y bien peinados hacia atrás, el mono arrugado pero limpio, las calcetas bien estiradas y los zapatos rotos pero relucientes. Movi6 la cabeza diciendo que sí, y el niño sali6 disparado a la calle.

Lleg6 a la pastelería casi sin aliento y se detuvo en la entrada. Suspir6 hondo, dudando, y traspas6 la puerta. Compr6 dos berlines, guard6 uno y se fue comiendo el otro a trocitos, saboreando cada miga, para no olvidarlo.

REGIÓN DE LOS RÍOS, 1993

EL AFUERINO

Rosalba Elizabeth Puche (21 años)

Mafil, Valdivia⁶

Al dar las doce del día el tren se detenía en la moribunda estación del pueblo para dejar o llevarse a uno que otro pasajero y luego partir, dejando todo nuevamente abrazado a la rutina.

Pero un martes trece, de esos mal augurados por los veteranos, del mes de la patria el convoy trajo a un afuerino que, a pesar de su figura pequeña y delgada y una voz de ruiseñor, venía predestinado a cambiar la existencia de muchos moradores de San José y, por qué no, de la monotonía de un pueblo dormido en uno de los tantos laberintos del sur de Chile.

Las beatas se habían cansado de enviar cartas al Arzobispado, solicitando un nuevo sacerdote que se ocupara de las labores que por años cumplió el padre Adriano hasta marcharse de este mundo. Los meses fueron pasando y las esperanzas desapareciendo. La iglesia se cerró y nadie se preocupó del asunto. Con excepción de doña Manuela, que todos los jueves sacudía ceremoniosamente los santos, barría en puntillas de pies, haciendo infinitas genuflexiones al pasar frente a cada imagen y volvía a poner todo bajo llaves. Regresaba a su casa con la satisfacción de haber cumplido con el Padre Celestial.

Aquel día el afuerino bajó del tren con dos maletas y una moderna mochila en la espalda. Vestía blue jeans, camisa escocesa, botas vaqueras y una chupalla de fino tejido.

Nadie lo esperaba. Sonriente se acercó a la boletería, no había nadie, esperó algunos minutos mirando de un lado para otro. Repentinamente apareció un muchachito de no más de diez años, de fisonomía mapuche y una vivaz mirada, que le gritó al pasar:

—Caballero, si quiere comprar un pasaje vaya a la casa del jefe de estación, queda a la vuelta. Ya pasó el tren hacia Puerto Montt y para Santiago pasa a las seis.

—Gracias —respondió el hombre—, pero no quiero un pasaje. Vengo de la capital, soy el nuevo sacerdote. ¿Dónde está la iglesia?

El muchachito, abriendo tamaños ojos, se acercó curioso, lo miró rodeándolo y exclamó:

—¿Es usted cura?

—Con la gracia de Dios —le respondió el religioso, acariciándole la cabeza.

—¿Y por qué no lleva vestido negro? —continuó el interrogatorio con cierta incredulidad el muchachito.

—No es un vestido largo, sino una sotana. Yo la uso para ciertas ocasiones, prefiero vestir con más comodidad. ¿Me puedes llevar a la iglesia?

Con un movimiento de cabeza, el muchachito comenzó a caminar. El sacerdote cogió las maletas y lo siguió, afanándose en no quedar atrás.

El afuerino rápidamente fue despertando la mirada de los curiosos. Más aún cuando se detuvo frente a la iglesia, la miró con infinita alegría y entró a la casa sacerdotal, que estaba junto al culto.

⁶ La autora participó por la Región de los Lagos el año que se realizó la convocatoria.

Aquel primer domingo de encuentro, en medio de la homilía, muchos moradores tradicionalistas tuvieron que respirar profundo o quedarse sentados para no desplomarse. El sacerdote hizo una invitación a los jóvenes a formar equipos de fútbol, a las muchachas a organizar buenas barras y a los adultos mayores a una vida más solidaria con los necesitados y enfermos.

—Cristo quiere acción en medio de las oraciones propias de todo buen hijo suyo —concluyó su sermón.

Nadie dijo nada, bajaron la cabeza y lentamente fueron saliendo. En la plaza se reunieron como pequeños y furiosos panales, para murmurar su descontento.

—Ese no es un cura, es un loco —dijo una de las mujeres más acaudaladas del pueblo.

—Tal vez no sea un sacerdote, sino un farsante. Habría que averiguar en Santiago —agregó otra.

Los jóvenes pronto encontraron un líder, vieron la iglesia como un lugar amigo, donde Jesucristo parecía estar a su altura. En cambio, los mayores urdieron muchos planes dirigidos por doña Manuela para echar al nuevo ministro eclesiástico.

Una tarde de invierno, en que llovía sin tregua, el río comenzó a desbordarse y a inundar las parcelas cercanas, dejando aislados y sin ningún amparo a sus habitantes, especialmente a los peones, cuyas techumbres habían sido destruidas por el viento. El sacerdote, desesperado, comenzó a tocar las campanas de la iglesia. Rápidamente llegaron los feligreses con el ánimo de hacer oración por los infortunados. El padre esperó a que se juntara un grupo aceptable y empezó:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dice el Señor, por medio de su apóstol Juan, que todo cuanto se hace por un hermano, especialmente por los más humildes, a Cristo se sirve. Es por eso, hermanos míos, que ha llegado la hora de ayudar a Jesucristo, que está allá en el campo, mojado y asustado. Todos debemos poner el hombro. El que tenga vehículo, que lo traiga para transporte. Los carretones también sirven. El que tenga dos chombas, que dé una; la señora que hizo sopaipillas, que deje la mitad en su casa y el resto para los hambrientos.

—Padre, llueve mucho —dijo doña Manuela envolviéndose en su chal.

—Lo sé bien, hija, pero yo no obligo a nadie. Sólo apelo a los buenos corazones, lo mismo que Él —respondió, mirando al Cristo de la Agonía.

Aquella noche el pueblo trabajó muy unido, como nunca. Cerca de la medianoche la iglesia estaba llena de damnificados. Los jóvenes se encargaron de animarlos con cantos alrededor de un gran brasero, cuyo resplandor daba una extraña hermosura al rostro sufriente del Mesías.

Cuando llegó la primavera, cubriendo los árboles con nuevos ropajes e infinitos trinos de diversas especies, el río se transformó en un balneario, tanto para los estudiantes que preparaban sus últimas pruebas como para los temporeros que se tendían a comer su colación. El padre también fue un cortador de porotos más. Su meta, juntar dinero para pintar y reparar la casa de Dios. En los pequeños descansos tomaba su guitarra y cantaba con gran entusiasmo, alegrando a quienes lo rodeaban.

La segunda gran idea del religioso fue hacer un refugio para todos los niños que debían caminar kilómetros y kilómetros para venir a la escuela. Así que pidió ayuda a cuanto hacendado encontró y, con un par de carreras a la chilena, obtuvo el dinero para el terreno.

El curita (como le decían casi todos) se fijó una meta: correr la última carrera de la temporada él mismo. Y se puso en campaña para aprender a montar. Los hijos del alcalde se ofrecieron a enseñarle. Marianela, una hermosa joven de no más de veinte años, se encargó de darle las

lecciones mientras su hermano, condenado de flojo, se quedaba junto al río durmiendo la siesta. La muchacha partía con su alumno al corazón de las praderas y al caer la tarde regresaban a despertar al perezoso.

Esa temporada llegó a veranear al pueblo un sobrino del alcalde, que no tardó en prendarse de su prima, la cual no tenía tiempo disponible que no fuera para el padre y sus obras de caridad.

Un día, mientras realizaban una procesión a San Sebastián, fiesta religiosa de la zona, la muchacha sufrió un desmayo que la alejó de toda actividad. Su hermosura se vio opacada por una gran palidez. Una noche, luego de conversar tendidamente con su madre, decidió dejar la puerta abierta de su habitación para que su primo entrara a consolarla de una extraña pena que hasta le producía náuseas matinales.

Pronto corrió la voz de que la hija del alcalde se casaba y su padre echaría la casa por la ventana para celebrar el suceso.

El último oficio que realizó el popular sacerdote fue la boda de Marianela y Bruno. Al día siguiente se marchó sin que nadie se percatara. Después de todo, el pueblo estuvo más de dos días de fiesta.

El recién casado y nuevo habitante del pueblo tuvo que aprender solo, a porrazo limpio, a montar a caballo y desvelarse varios meses para pasear a su primogénito que nació prematuro. Doña Manuela fue la madrina y, cada vez que va a ver a su ahijado, lo queda mirando pensativa y dice:

—¿A quién me recuerda este chiquillo?

Al cumplirse un año de la silenciosa partida del padre afuerino, llegó una carta de Santiago anunciando que después de casi dos años al fin vendría un reemplazante del difunto padre Adriano. La explicación que alguien dio fue que ese otro padre debió haber sido un ángel o una aparición.

REGIÓN DE LOS RÍOS, 2004

EL FRÍO NO CONGELA, DUELE

Ivonne Coñuecar Araya (23 años)

Valdivia⁷

Cuando era chico, por la década del cincuenta, en la Patagonia se vivía de la tierra, se soportaban más los grados bajo cero de los que ahora nos quejamos, los accesos y caminos existían por las huellas del hombre, de tropillas y de erosiones. No fue un paraíso para mi padre llegar aquí como uno de los primeros, ni tampoco para mi generación, a los que, simplemente, nos tocó vivir en este lugar alejado de todo, entre montañas que son inmensos muros y un clima que te arrastra a quedarte aquí.

Existía sólo un equipo de radio para un área bastante extensa, la de mi padre. Los vecinos caminaban kilómetros para reunirse a escuchar el único medio que nos mantenía conectados. Muchos creían que había pequeños hombrecitos dentro del aparato, tampoco sabían que mi padre la hacía funcionar con la batería de su camioneta. El viejo llegó de Chiloé, joven y pobre. Nunca se caracterizó por ser benevolente, ni risueño, había que trabajar la tierra, la educación era sólo para algunos, decía, además de enseñarnos a golpes que nuestro futuro estaba ahí, labrando y soportando el inclemente clima austral.

A fines del otoño, hacíamos una bola con el chuño que quedaba cuando se hacían los milcaos para todo el invierno. Todas las mañanas había que levantarse a ordeñar, se consumía la carne de los animales, no había nada de lo que hay ahora. Hoy esto parece un paraíso, todo lo venden, todo está ahí en el supermercado. También se podían pescar salmones de doce kilos o más, salmones de verdad, no como ahora, que están todos intervenidos y uno ya sabe dónde se pueden pescar, antes era a la suerte. Una vez saqué uno como de quince kilos, pero no me gusta contar esa historia porque nadie me la cree, sobre todo cuando digo que fue en una poza pequeña cerca del campo.

A veces tenía que viajar de Aysén a Mañihuales con la tropilla de animales. Mis otros hermanos no podían ir porque eran pequeños y mi hermano mayor debía quedar soportando al viejo. Iba solo con mi perro, mi rifle, mi poncho, mi caballo y cagao de frío. Llevaba carne y la cocía bajo la montura, el sudor del caballo la salaba, y cuando caía la noche, paraba, hacía una fogata y dormía abrazado a mi perro para darme calor. Eran tres o cuatro días que se hacían eternos. Cuando venía a Coyhaique había que pasar por todas esas quebradas y farellones. Eran días interminables en los que sufría la dura soledad que te recuerda ese frío que te hace doler, que te recuerda de una cruel manera que estás vivo, y ese viento de la Patagonia, el perpetuo silbido que te sigue como sombra y que te tira a veces para cualquier lado. Pero el silencio era un privilegio, hoy en día ya no tenemos un minuto de descanso auditivo, pero también el mutismo era terrible a la hora de la melancolía. El silencio juega malas pasadas.

En esta mesa del comedor, con la TV encendida, el buen vino y los platos con los restos de comida, miro a mi padre y trato de imaginarme todo eso, la vida de antes, ahora todo tan ajeno pero tan cercano a la vez. Aunque haya nacido en un medio rural y lo haya dejado y viva aquí entre supermercados y bancos, nunca seré urbano, por más que me pueda mimetizar entre los ciudadanos. Saco un cigarro y lo prendo, tal cual como si corriera ese viento sureño, miro hacia la mesa, busco los ojos de mi padre, ya senil y enfermo, y lloro. Lloro porque a pesar de todo, lo logramos, no sé cómo, pero lo logramos, una extraña melancolía me hace sentir lástima por este

⁷ La autora participó por la Región de los Lagos el año que se realizó la convocatoria.

hombre sentado junto a mí, que espera su muerte sin saber ya nada de nada.

En algún momento odié esa vida. Todo lo hice con rabia, la rabia me ha hecho ser esto que soy. Desde mi familia hasta mis profesores me condenaban al trabajo con la guadaña, con los animales, con madrugadas gélidas, el dolor en los huesos, el cansancio, sentirse esclavo, pero no de cualquiera, sino que de la vida. Esa vida que te hace llegar embarrado y sudado a casa y nadie te recibe de una manera comfortable, porque todos andábamos en lo mismo, trabajando.

Pero acuérdate de lo bueno mejor, me digo a mí mismo para consolarme, y a pesar de lo cursi, logro verlo de otra forma que no sea ese largo respiro que tiene el exiliado cuando vuelve a su tierra, porque no todo es tan malo y, de veras, pudo ser peor. Esta casa ya no es la misma que entonces, la casa vieja se la llevó el río para una crecida en el sesenta. Ahí vi mucha gente pasar por el caudaloso río Aysén, pidiendo ayuda desde el techo de sus casas que llevaba el invierno y la crecida que no nos avisó. Recuerdo que gritaban y mi casa también se fue, se fueron animales y toda una vida de esfuerzo. No tuvimos tiempo para quejarnos, comenzamos a trabajar al tiro en la nueva casa, a pesar de que el campo estaba aislado del camino que conducía al pueblo, cruzábamos en bote y nos arreglamos como pudimos.

También recuerdo que llegaban las vecinas, comadres, compadres, primos y tíos que vivían a más de diez o veinte kilómetros, con escarcha, con sol, como fuera llegaban y se quedaban días, ayudaban a trabajar el campo y de noche se celebraba, y a mí me hacían bailar con esas viejas gordas grandes, esas viejas hediondas que más de alguna insinuación te hacen ya medias curadas. Yo tocaba el acordeón y el Marcos, mi hermano mayor, la guitarra. La pasábamos bien, se tomaba mucho y nos reíamos de los desafortunados que tenían que bailar con las viejas gordas, pero de repente queríamos que se fueran pronto todos los compadres. No podíamos estar eternamente sirviéndoles a ellos, teníamos que trabajar de madrugada, para después ir al colegio, luego volver a trabajar y acostarse cuando se acababa la luz. De noche yo leía, con velas, bajo las sábanas, para arrancar de todo eso. No le hacía caso a lo que me decían con crueldad mis profesores, después de todo era el mejor alumno de mi clase, de esa escuelita que aún está a unos quinientos metros más cayéndose a pedazos y convertida hoy en una cárcel, de esas donde rehabilitan a los presos con trabajo.

La TV suena, mi papá la mira, pero sé que no entiende nada, estos tiempos no son de él, y eso hasta su vejez se lo recuerda. La luz está prendida, si falta energía eléctrica todos buscamos culpables. Distinto era antaño, pienso en lo difícil que era la vida sin eso, tan básico. Parecía que cuando no lo teníamos, no lo necesitábamos, ahora lo exigimos. O el agua potable, antes había que ir a buscarla al río, con suerte a alguna vertiente; el campo quedaba lejos del río y había que hacerlo simplemente. Antes no había más opciones, se hacían las cosas, era la única forma de mantenerse a flote. Los autos, por ejemplo, se hacían andar con una manija dispuesta en el capó y que si no lo hacías bien te podías volar las manos, ahora das contacto y ya, llegas a una esquina y te das cuenta de que en realidad hay demasiados autos para ser una ciudad tan pequeña.

Hace años que no venía al campo a trabajar un poco, como para divertirme y salir de esa rutina, para aprovechar de ver a mi viejo, solo, que no se resigna a abandonar el campo, el campo que ahora se ve erosionado. Pese a que le han hecho ofertas, no lo quiere dejar, es un viejo porfiado y creo que ya sé a quién salí.

Y estos paisajes, camino a Aysén, Carretera Austral, la humedad, los glaciares, la erosión, este edén al sur de todo. Lugares vírgenes antaño, hoy llenos de turistas que pagan una enorme cantidad de dinero para venir a verlos. Nosotros, los que vivimos en Coyhaique, gozamos de las bondades de ambas vidas en esta ciudad urbanorural. A pocos kilómetros se viven realidades

distintas, conviven empresarios con gauchos, prostitutas con la mujer que descansa tras la cocina a leña mientras toma mate. Yo mismo, que vengo a este campo y soy otro.

Cuando tenía catorce años, más o menos, escuché que era costumbre de algunos ir a la esquila de ovejas, en la Patagonia argentina. Había que viajar hasta Coyhaique primero e inscribirse en la pensión “América”, ahí te encontrabas con gauchos de boina y cuchillo que no te mostraban ninguna cara de amabilidad, esos que andaban con el pucho colgando en la boca y que se les pegaba ese “qué sé yo” de los argentinos. Ellos estaban acostumbrados a ir, yo era un niño todavía. Fui solo, me arranqué del campo porque había escuchado a un vecino que pagaban bien. Sentí miedo, pero en lugares hostiles como la Patagonia no puedes darte el lujo de ser un miedoso, por eso siempre he sido solidario, para vencer el miedo, porque desde que lo conocí, está pegado a mi espalda como mi columna vertebral.

También había escuchado que si no le gustabas a algún viejo, te daba tu estocada y ya, y nadie decía nada. Qué pacos ni nada. Así que me quedé en silencio, mirando cómo miraban los viejos para tratar de saber cuál era el más malo. Pronto vi al gaucho más feo y canchero del lugar, grandote, y de su cinturón colgaba un cuchillo que, perfectamente, pudo haberle llegado a la rodilla. Intenté, hacerme amigo de él, como una forma de protegerme del resto, al principio me echó de su lado, pero después se acostumbró a que me convirtiera en una especie de sombra, nos hicimos amigos, me dijo que siempre venía para la temporada de la esquila, que no todos aguantaban, que él esquilaba más ovejas que cualquiera en la Patagonia. Tenía una extraña bondad a pesar de su soberbia.

Cuando tomábamos mate en la fogata, me contaba tantas historias y yo pensaba en mis libros, que el campo no lo es todo, y que él, un hombre del que ni siquiera recuerdo su nombre, me había enseñado más que mi padre.

Allá lo pasé más mal que en el campo, es verdad, pero con tal de no estar allá, con una madrastra que no quería cerca y que, con golpes sin motivo, nos excluía a Marcos y a mí de esa familia de la cual se enorgullecía. Prefería estar allá en la esquila, jugándomelas por mí mismo. Nadie me golpeaba y de mi trabajo dependía mi comida. Pagaban por oveja y nos daban un galpón insalubre para dormir con los mismos cueros de las ovejas. Conocí hartos gauchos después de que me alié con Segundo (ahí recordé el nombre), el malo, me respetaban porque era el menor y andaba solo. Jugábamos truco cuando se podía, cuando había velas para iluminarnos, cuando había alcohol para curarnos y uno que otro se robaba un cordero, entonces hacíamos fuego y comíamos sólo carne, que cortábamos con el mismo cuchillo que ocupábamos para esquilar y comíamos a lo bestia.

Una noche, con el cansancio de un día entero de trabajo, donde hice más ovejas porque Segundo me había enseñado una técnica para demorar menos, llegué al galpón, cansado, con sueño, hediondo y con hambre. Me fui a dormir a mi puesto. Estaba quedándome dormido, con los músculos adoloridos y mi estómago sonando, cuando me di cuenta de que el lugar olía asqueroso, entre humedad y animal muerto. No sabía qué hacer, si seguir durmiendo y arreglarlo al amanecer, o buscar de adónde venía el olor. Cuando no soporté la asquerosa náusea que me provocó, me levanté con cautela porque todos estaban durmiendo y comencé a olfatear buscando de dónde venía el olor. Como no tenía ninguna vela cerca, comencé a palpar el suelo. Hasta que levanté el cuero y pasé mi mano por debajo. Sentí una cosa pegajosa, eran gusanos, y de ahí venía la hediondez, olía a descomposición, así que en un ataque impulsivo, lancé el cuero lejos y me fui a dormir a otro lugar, a puro suelo. Ahí lloré porque estaba solo y porque había que ser hombre.

Mi padre nunca me felicitó por nada, nunca me dijo un “te quiero” o me saludó para fechas importantes. Para este viejo, que tiene la mirada perdida ahora, nada de eso era importante. Fue un huaso bruto, para quien todos los días eran iguales y sólo había que trabajar. Nunca hablé con él de nada, ni menos un abrazo o un beso. “Eso es de maricones”, decía.

En esta región ya el duro invierno no parece tan duro. Tanto pionero valiente que apostó por esta tierra. Mucha gente que sigue viviendo como yo vivía en los cincuenta y me los pilla en el supermercado cada sábado por la mañana buscando lo necesario para mantenerse, porque ya no hay que trabajar tanto. Ya no es como antes, antes no había supermercados y si los había, no eran accesibles para todos. Mi campo de sudor, hacha, guadaña, golpes, celebraciones y paisajes ya no está sino en todos los fantasmas que habitan en las ruinas de este campo. Mi padre sigue viviendo aquí, con radio, televisión, teléfono y un camino que lo deja en diez minutos en Aysén. Mi padre ya ni siquiera se acuerda de todo el daño que uno hizo, de ese amor a escopetazos que nos obligó a tenerle a él y al trabajo. Mis hijos no saben nada de esto. Cuando ellos llegaron estaba todo listo, porque hubo gente que creyó en la Patagonia y otros, como yo, que se tuvo que ir para volver. Mis hijos no saben nada de esto, porque sólo lo recuerdo, de la infancia no se habla.

—¿Seguro que va a estar, papá? —le pregunto casi gritando al viejo, que ya está sordo, antes de tomar las llaves del auto para irme.

—Sí, sí, ándate no más —me responde con ese rostro perdido, mientras toma mate y me hace un gesto con la mano para que me vaya.

—Cualquier cosa me llama —le grito para que me escuche. Asiente con la cabeza, como sin darme importancia. Entonces me acerco y le doy un abrazo, él me aleja de su cuerpo. Entonces me doy cuenta de que en esta región de mierda el frío no congela, duele.

REGIÓN DE LOS RÍOS, 2016
BLANCO Y NEGRO
 Juan Pablo Scroggie Smitmans (53 años)
 La Unión

Georg Fritz se colocó en posición y apuntó su rifle Comblain, que había traído desde Alemania, al cuerpo de Aucán Queipul. Cuando el humo del disparo se disipó, pudo ver que el joven recibió el impacto en su torso, se echó para atrás y cayó del caballo. Montaba sin silla, sólo con una manta. El alazán, entrenado para la guerra, no se alejó mucho, esperando que su dueño lo volviese a montar. Pero no sucedería, porque el mocetón, hijo menor del cacique Queipul, estaba herido de muerte.

Se acercó al joven para examinar la herida. Le acomodó la cabeza en la manta que fue su montura para que expirara lo más confortablemente posible, ojalá sin dolor. Amarró el caballo a un árbol para devolvérselo a la familia junto con el cuerpo y las ovejas.

Según la costumbre, era lícito para el dueño dispararle al indígena que hubiese, sin autorización, entrado a su propiedad. Se presumía a todo evento la eximente de legítima defensa, pese a que las víctimas estuviesen desarmadas.

Había advertido en reiteradas oportunidades al nativo que no se introdujese a su predio. Cada vez que lo veía en sus tierras le decía en su champurreado español:

—¡Irte de mi propiedad. Fuera. No dar permiso para pastar animales!

El williche⁸, rebelde como su nombre, no se doblegaba y respondía también en un castellano precario porque su lengua era el mapudungun:

—Ser tierras ancestrales. Aquí pastaron ovejas, abuelos de mis abuelos. No haber cercos.

Se sentó al lado del joven que se desangraba lentamente. Al menos no moriría solo. No tenía más de 17 años. No conocía sus creencias o el taiñ feyentún⁹ del moribundo. Rezó una plegaria en alemán, aprendida en la iglesia luterana. Creía que los indios no tenían alma. El moribundo yacía inconsciente, aún respiraba dificultosamente.

Sintió alivio después de todo. El indígena ya no vendría a pastar ovejas en su campo. Había hecho lo que Franz Kindermann le indicó cuando le vendió el inmueble, parte del loteo de la Hacienda Bellavista, norte del faldeo de la ribera del río Bueno. Le había dicho:

—Los títulos de la propiedad están válidamente otorgados por el Estado de Chile. Fueron originalmente constituidos sobre terrenos baldíos. No existe la figura legal de propiedad ancestral. ¡Defienda sus tierras!

Fritz llegó como colono junto con su familia a asentarse en el sur de Chile, aceptando un llamado del Gobierno para colonizar con extranjeros, porque se estimaba que eran más aptos para el trabajo y promovían mejor el progreso y civilización en esta zona.

Reflexionó acerca de lo que este país le había dado: transporte en el bergantín Wandrahm; estadía en Valdivia; viaje en carreta hasta La Unión; tres libras al mes para toda la familia por un año; trescientas tablas y vigas, clavos; materiales de construcción; una yunta de bueyes; semillas,

⁸ Williche: Mapuche de tierras australes (nota del editor).

⁹ Taiñ feyentún: Conjunto de creencias del mundo mapuche (nota del editor).

y asistencia médica por dos años. La tierra la había comprado con el producto de la venta de una parcela en Schichten, Würtemberg. El balance arrojaba algunas pérdidas, como ser la vida de su pequeño hijo Helmuth, muerto por la epidemia de sarampión en el barco.

Aucán Queipul exhaló un último suspiro. El alma del difunto inició su trayectoria a la “tierra de arriba”. Fritz se quedó mirándolo largo rato. Tenía que esperar para llevar el rebaño que regresa al pesebre con el crepúsculo. Le quitó la manta de la nuca para que no se manchara con la sangre que brotaba de la boca del cadáver y, por curiosidad, se detuvo a examinarla. Era de gruesa lana blanca con figuras negras, artesanal, hilada a mano. Pensó que en Europa se hacían finas y suaves frazadas de lana del mismo material, todo tipo de ropa refinada, teñida con los más diversos y llamativos colores. Una idea iluminó su mente: “Claro, lo que este país necesita son industrias que maquilen lo que la tierra puede dar”.

Se imaginó a La Unión con molinos, curtiembres, cervecerías, destilerías, madereras, hilanderías de lino y lana, queserías, empresas que pudieran radicarse y hacer progresar la villa. Desde luego esperaba que los bancos prestamistas y autoridades lo apoyaran. ¿Quién podría negarse al desarrollo del país? ¿A preferir lo extranjero por sobre lo nacional?

Subió el cuerpo del joven al caballo, acomodándolo como un bulto atravesado en su lomo. Ató los brazos a las piernas, por debajo de la barriga del animal, para que no resbalara. Se puso la manta del difunto en el hombro. Bajó el cerro hasta el borde del río Bueno, pastoreando las ovejas. Al llegar a las rucas de madera y paja de la familia Queipul, encontró solamente mujeres. Entregó el cuerpo, el caballo y las ovejas a la madre del joven, quien quedó muda de impotencia y dolor.

Convencido de su idea titánica, emprendió rumbo a casa, la que tanto esfuerzo le había costado construir a la usanza de su tierra natal, labrada de madera firme, dos pisos, pintada blanca, con jardineras en las ventanas. Ahora la iba a vender para iniciar su industria. Iba determinado a asumir el riesgo de emprender. Mientras caminaba con el fusil amarrado en la espalda, divagaba, con profundo beneplácito, que dentro de algunos años la modesta villa de La Unión se convertiría en una ciudad próspera y civilizada. Él sería el iniciador del proceso. Devolvería, con creces, el favor que este país le había dispensado.

Se detuvo en un recodo del camino, cansado del permanente vuelo amenazante y grito estridente de los treiles que están siempre muy atentos a cualquier asomo de peligro, y observó la hermosa vista del río Bueno, desplazándose cual mansa serpiente verde entre cerros y vegas. En ese momento se dio cuenta, finalmente, de que en su hombro aún llevaba la rústica manta blanca y negra del joven al que había dado muerte.

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2008

BITACORA DE LA TRAVESIA DE UN PEQUEÑO GOLFO

Nelson Antonio Torres Muñoz (51 años)

Castro

Un mensaje radial me comunica que debo viajar urgente a la Isla de Quehue. Bajo presuroso por la calle Blanco Encalada hacia el puerto, en donde se encuentra una hilera de lanchas atracadas y listas para partir. La Minerva II, una lancha de lujo comparada con las demás, hará esta vez la travesía. Todos afanados en algún trabajo. Suben y suben bultos, porque la gente del campo viene a la ciudad a buscar sus necesidades del mes. Se suceden ante mi curiosa vista las planchas de zinc, vigas de madera elaborada, tambores de combustible, sacos de trigo y... garrafas de vino, garrafas, garrafas y más garrafas de tinto y blanco. Es gente de los sectores de Chelín, Los Ángeles, Peldehue, etc., que calzan botas de goma de caña alta, boinas, sombreros, ropa de lana cruda, pero estos no están disfrazados como los chilotes de los conjuntos folclóricos: son los auténticos. Y hay muchachas y abuelas de evidentes rasgos chonos o huilliches que portan chales en sus cinturas y pañuelos de seda de vistosos colores amarrados a sus cabezas. En la bodega, debo apiñarme junto a mis coterráneos (bicho raro, yo, entre ellos) en un asiento de madera. Algo raro me sucede, debe ser lo mismo –pienso– que les sucede a los turistas cuando se relacionan con nosotros. Y me recorre a ratos una sensación de satisfacción por estar con los verdaderos exponentes de la cultura chilota y pienso en lo valioso que será aprovechar este viaje para conocer y registrar imágenes, sonidos, gestos, aromas, expresiones y cuanto capten mis sentidos. Ni bien me siento y me acomodo cuando encienden un televisor, así es que –lamentablemente– debo soportar durante las tres horas que dura el viaje las vicisitudes de la sufrida heroína de la teleserie de turno. Cada diez o quince minutos baja de la cubierta un joven campesino que (deduzco por su ropa) vive en la ciudad. Porta una caja de vino que se despacha en un dos por tres con otros paisanos y luego sube y regresa con otra. Salgo un momento a la cubierta. Tantos años viviendo en Chiloé y jamás había viajado a Quehue. Me dispongo a admirar la belleza de los cerros, con esos cientos de tonos de verde... Cientos de balsas de empresas salmoneras... Cientos de boyas... Cientos de corrales de empresas que contaminan el paisaje chilote. Sería hermoso sacar una fotografía de estos parajes, pienso. Pero tendría que buscar algún resquicio, alguna brecha en este recorrido de tres horas en que no haya alguna salmonera. Imposible.

Regreso a la bodega. Ahora la heroína está a punto de encontrar a su padre, quien la abandonó cuando era niña. Su madre yace en un hospital, olvidada, pero la joven no sabe de su existencia. Un sonoro eructo proveniente de los bebedores (se les acabó el vino y ahora beben cerveza) me devuelve a la lancha. Frente a mí se ha sentado una hermosa muchacha de ojos achinados, pelo negro, muy liso, que cae por sus hombros como alquitrán derretido. Ve a un joven que debe ser algún amigo y echa a volar una sonrisa que revolotea como un pájaro. La miro y la imagino con otra ropa, otro peinado, santiaguinizada casi. Pero la imagen se deshace de imposible: ella es como es y su belleza se sostiene en sus rasgos aborígenes. Dentro de su etnia, sin duda, sería una princesita. Una sonrisa y encaja algo de luz al temporal que desde hace unos minutos se ha venido acrecentando. Los pasajeros parecieran duchos en seguir el bamboleo de la frágil embarcación y, sin perder equilibrio, hasta deambulan de un lado para otro, mientras enormes olas barren la cubierta. Empiezo a preocuparme. Me quito el abrigo. En caso de naufragio puedo mantenerme a flote, pienso. Un ruido atronador en el motor de la lancha me hace acordarme y casi arrepentirme de mis pecados. Sucede que la lancha, en la cresta de la ola, queda con la hélice del

motor agarrando sólo aire. Así, se produce un ruido espantoso... Pero al pasar la ola, todo vuelve a la normalidad. Un calentador a gas encendido se vuelca y ahí yo pienso que se arma el incendio y cunde el pánico. Nada: uno de los paisanos, con voz calmada, ordena a otro que mejor apague el artefacto. Yo me arrimo a la orilla de la puerta de salida a la cubierta, listo para escapar en caso de que se necesite. Debe notarse que estoy más asustado que un conejo. A mi lado, dos isleños muy acodados, de rostros sonrientes, charlan de sus faenas en el campo, ni siquiera es tema de conversación el temporal que amenaza darnos vuelta. Eso me calma. Quiere decir –reflexiono– que no pasa nada serio. Una abuela de aros y con pañuelo amarrado a su cabeza exclama que ya estamos, que pasamos la parte mala. “Años pasando por lo mismo”, dice, “y nunca pasa de unos cuantos bamboleos”.

La Minerva II entra en el estero Pindo y las aguas parecen una taza de leche. Atraca en un largo muelle de cemento y unos profesores me saludan desde la orilla, reconociéndome distinto del resto de los isleños en la distancia. Desciendo con mi bolso lleno de libros y ropa para tres o cuatro días. Los abrazo con cariño, como si fueran parientes que no había visto en años, con una efusividad que ellos, hasta el día de hoy tal vez, todavía no aciertan a comprender.

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2015

EL DOMINGO**Matías Alejandro Díaz Huirimilla (20 años)**

Calbuco

Las arrugas en la ropa no le gustan, porque pareciera que una no se preocupara de cómo anda. Por eso, cuando ve una en su falda verde la alisa con fuerza hasta que desaparece. Podría usar la plancha para hacerlo, pero el fuego está malo y no calienta. Su blusa florida está dobladita, tal cual como la dejó el domingo pasado, y su chaleco tejido a crochet sigue teniendo el mismo olor a ajo. Sus zapatos cafés están arrugados y despegados en la punta, pero siguen quedando bonitos cuando se les pasa pomada. A sus medias les apareció un hoyo a la altura de la rodilla derecha, pero si se las sube un poco ni se nota. Se peina con esmero ese pelo que se confunde entre el blanco y el negro y se amarra su pañuelo azul oscuro en la cabeza. Ya son las ocho y media de la mañana; el piso está barrido, las gallinas y los chanchos ya comieron, hay leña en el cajón para todo el día y las ventanas están abiertas para que entre aire. Ya está todo listo, solo le queda sentarse. Sentarse y esperar tranquila.

Con el ladrido de los perros, sus ojos se agrandan. Con los cinco minutos que suceden a los ladridos, vuelve a la tranquilidad. Cuando las gallinas cacarean un poco más alto, vuelve a alisar su falda. Cuando no oye ningún golpe en la puerta, coloca su mano de nuevo al costado. Ya van siendo las doce, hora de almuerzo. Se levanta, sin mirar a las ventanas, y busca en el mueble su mate y la panera. Come unos pedazos de tortilla que le quedaron de ayer y disfruta el mate bien azucarado. Las chupadas hacen armonía con el tic-tac del reloj y ella se preocupa de que no le caigan migas en la ropa. Cuando le dan las doce y media, echa una mirada para afuera y ve que las vacas se andan montando entre ellas. Les pega un silbido y maldice al vecino que le quería cobrar por prestarle su toro.

Qué cómodo que es ese asiento detrás de la cocina y qué bien que arden los palos de luma cuando están secos. El cielo se oscurece un poco. Parece que se va a largar un chubasco, así que se levanta a cerrar las ventanas. Después de eso, va al baño y orina todo lo que la deja en estos tiempos su cuerpo. Se seca y se levanta. Va a mirar de nuevo a la ventana y, menos mal, las vacas se calmaron. Se sienta otro rato.

Se despierta de repente. Ni cuenta se dio que cayó a dormir. El fuego se está apagando, así que busca la cera, unta un poco en un cartón y, santo remedio, de nuevo arden los palos. No escucha gozar a los chanchos, así que deben haberse ido al monte a buscar avellanas. Se limpia las comisuras de la boca, porque le había quedado saliva pegada de la siesta. Va a mirar el reloj y son las cuatro y media. Se sienta otro ratito. Le pica una pierna y piensa en esa pulga que no la deja dormir en la noche. Vuelve a buscar su mate y corre la mesita chica al lado de la cocina, ahí matea tranquila.

Cuando dan las cinco, guarda el mate y la panera, pone la mesita chica donde estaba antes y va al baño. Se mira un rato en el espejo, hasta que se aburre y se va a su pieza. Ahí vuelve a mirar el reloj, son las cinco y media. Y se empieza a desvestir. Se desata el cabello y se acuerda de cuando la Camilita le regaló ese moño para la Navidad. Se saca un poco de esa sombra de ojos que le había regalado Andresito para su cumpleaños, esa que le pica un poco y que no se sabe poner bien. Se toca un ratito el pecho y acaricia la tela de su blusa florida. Se la saca y se acuerda de esa vez cuando se le destiñó su mejor blusa con el agua de mar por andar mariscando y ligerito se acuerda de

cuando Juan le regaló la blusa florida. Se acuerda de cuando su falda se rajó en la siembra de papas y ligerito se acuerda de cuando la Olivia se la regaló. Se acuerda de cuando sus zapatos se quedaron sin suela de tanto corretear a los animales que se arrancaron al monte y se acuerda ligerito de cuando Ramón le regaló estos zapatos cafés. Se acuerda de esos tiempos en que no se conocían las medias y se acuerda ligerito de cuando la Olivia llegó con el primer par para ella.

Se acuerda de todo eso cuando se desviste. Y el próximo domingo, cuando se vuelva a vestir así, a lo mejor se acuerde de lo mismo. A lo mejor se acuerda otra vez de sus niños. A lo mejor el otro domingo vengan.

REGIÓN DE AYSÉN, 2007

MALA SEÑA

Julián Patricio Vásquez Villarroel (33 años)

Coyhaique

Ya salimos mal de abajo. Decía nuestro entrenador, el viejo Carrasco, a cada rato arriba del camión.

Ya salimos mal de abajo.

Cállate, viejo jodío, tay igual que las viejas, le respondía alguien. El viejo era un antiguo carrerista y sabía que si el caballo sale mal de la gatera, ya no hay nada que hacer... Plata perdía no más. No lo iba a saber él que, según las malas lenguas, había perdido hasta la mujer jugándose todo en una escrituriada allá en Puerto Guadal.

Todo jugaba en nuestra contra... La fatalidad que le llaman. Pal sorteo ya entramos mal, jugaríamos contra el local a primera hora del sábado, eso significa que teníamos que salir casi de amanecida desde Puerto Sánchez... Sábado más encima... Día de pesca (por las cañas no por la actividad).

Nuestro transportista, de mala gana, llegó a la plaza y desde ahí maldecía a todo el mundo: al equipo, al entrenador, al delantero, al fútbol en general y, por último, a la puta vida que lo había traído a ese pueblo olvidado de la Patagonia aysenina. Yo, por mi parte, trataba de calmar los ánimos y buscaba uno a uno a mis jugadores. Este torneo no podíamos perderlo, era la primera vez que juntábamos tan buen equipo (bueno, era la primera vez que juntábamos once jugadores relativamente normales en este pueblito). El año pasado llegamos sin arquero y vestimos al viejo Gallardo, quien no solo no jugaba desde hacía unos veinte años, sino que, además, nunca había visto una cuarta fuera del ojo. Resultado, primer partido... Fuera... 11-0, más encima contra Bahía Murta, los enemigos, los que siempre se reían de nosotros. Claro, ellos con gimnasio y buena cancha, por supuesto, donada por el alcalde que era nació y criado ahí mismo. Nosotros, con suerte, nos juntábamos en una pampa de la Estancia cuando no estaba el capataz. Pa más recacha, ese hombre era hartito poco dado al deporte (con 130 kilos, supongo, que no jugaba ni con tierra) y tenía por costumbre meter animales en ese potrero, justo cuando teníamos la suerte de que el Chanco Cadagán –así le decíamos a este hombrecito– se iba al pueblo a hacer sus diligencias. Con unos cuantos chiflidos nos juntábamos a acortar la tarde. Pichangueábamos hasta que nos daba la claridad (por acá no tenemos la suerte de los murtinos que tienen hasta luz eléctrica los muy pesados), así que cuando ya andábamos a los topones, parábamos. Las más jodidas eran las viejas que después de los “entrenamientos” no solo tenían que lavar la ropa hedionda por el sudor, sino que, además, sacarle los pedazos de bosta de vaca pegados como *abrojos a la cola del cordero*.

“¡Ya poh, Contreras, apúrate!”. El paramédico de la posta que dio parte de enfermo para poder ir a jugar era un delantero ligero y peligroso, fue el tercero en llegar. Ya estábamos ahí con el Tractor Mardones, nuestro “bag centro” (el apodo no era por lo grande ni por lo fuerte, sino por lo lento de sus movimientos).

“Y estos güevones que no vienen, ¡pensarán que esta güevá es taxi!”, gritaba don Sofanor, siempre mal hablado. Era el dueño del camión que después de una semana de ruegos accedió a llevarnos por las diez lucas que, a duras penas, juntamos entre todos.

“Van a ser las siete y ni una papa pelá”, decía Mardones. “Íbamos a salir a las seis y si estos güevones no se levantan, vamos a perder por *bucover*” (la pronunciación no era muy exacta, pero el hecho era que si no estábamos a las nueve en cancha, de nada servían nuestros esfuerzos).

Me empecé a poner nervioso, porque a la hora acordada solo estábamos tres jugadores y el entrenador. Claro que, al parecer, nuestro DT no iba a ser de mucha ayuda, porque con la excusa de que había que salir tan temprano, buscó sus mejores casetes de rancheras y se predispuso a pasar la noche en vela. Claro... una cosa llevó a la otra, no faltó el que escuchó música, se entusiasmó y vamos comprando un vinito pa acompañar a don Carrasco y entre conversa y conversa... “Casio otra vez con la gracia de Dios”, como decía siempre.

Mi labor como capitán no solo era dirigir al equipo, sino que cuidarlos casi como guaguas: “P’ta Aguilar, no andís tomando, mira que mañana jugamos; Juanito pide permiso temprano, porque tú sabes que tu mamá es mañosa; señora, no se preocupe, esta vez su marío va a llegar temprano; por favor, Catelicán, no andís peliando, si te güevan por el apellido, aguanta hasta el final del partido, tú sabís que no tenemos cambios; siéntese ahí, entrenador, trate de dormir un poquito para que se le pase...”. Los discursos me los sabía de memoria.

Todos confiaban en mí, me creían. En la cancha era el último hombre, el patrón del área. Siempre elegante, siempre limpio. A lo Figueroa, don Elías Figueroa, mi ídolo. Claro, siempre sabiendo que esto es fútbol rural, aquí se pone la patita fuerte y se saca del fondo a como dé lugar, sin asco, como me gritaba el viejo Carrasco. Nunca mala intención, nunca un golpe por detrás. En mi vida deportiva, nunca una expulsión. Amarillas como todos: por llegar tarde al balón o por levantar mucho los codos, pero nunca por pegar sin pelota o por cortar un jugador... Nunca.

Las siete y cuarto y, por fin, llegaron los últimos. Todos arriba y a jugar. Estamos... Estamos.

“Ya, don Sofanor, salgamos no más”, le grité a nuestro chofer, que de tanta rabia ya llevaba como media cajetilla de cigarro. “Alcanzamos justito a pasar la gruta de San Sebastián, prendemos una velita por cada jugador y a ganar”, le dije bajito para que así no me oyera.

“A San Sebastián van a pasar los güevones”, dijo, irónico Don Sofanor. “A mí me contrataron para llevarlos a Murta y pa’ llá vamos, no me vengan con güevadas de santos ni difuntos. Si quieren, bien, si no, se bajan y les devuelvo sus diez lucas que ni pa’ petróleo me alcanzan”.

Viejo hereje, nos calzó... No nos quedaba otra. “P’ta, qué le va a hacer un ratito, don Sofanor...”, le rogamos, pero el viejo no y no y no más. Me tocó, como siempre, tomar decisiones. “Ya, don Sofanor, vamos no más, si igual el santito sabe que nos acordamos de él y una ayudita nos dará. Claro, que no se olvide de tocarle la bocina a la pasa, poh”.

Por fin salimos, siete y veinte. Si el camino está bueno, llegamos diez pa’ las nueve. Justo pa’ entrar a la cancha. Nos vestimos en el camino, dirijo un calentamiento tal como lo vi en la tele una vez que estuve en el pueblo, pensé, y estamos.

Pasamos frente a la gruta del santito y el viejo Sofanor como si nada... Ni un pitazo le tocó el viejo ateo... Mardones, por si acaso, sacó una vela y me la pasó para que yo la encendiera; prendí un fósforo y nada, no prendían los muy desgraciados. Seguro que la caja se había humedecido. “Mala seña”, dijo el viejo Carrasco en su curadera. Le pegué una mirada, pero prefería no decirle nada. “Toma Contreritas”, le dije al paramédico, “tengo los dedos engarrotados, dale tú”.

“Mala seña, mala seña...”, me daba vueltas esa frase en la cabeza, pero no dije nada. Serio no más. Concentrado, como dicen los jugadores profesionales. Miré la hora. Las ocho y veinte. “Ya, muchachos, estamos a llegar, así que a vestirse”. Todos sacaron sus zapatos de fútbol y yo repartí las

camisetas. Entre tanto movimiento, se hacía difícil la misión de sacarse la ropa de trabajo y vestirse de corto. Parecía que don Sofanor pasaba a propósito por los hoyos más grandes... Cómo se tiene que haber reído, mirando por el espejo, el viejo desgraciado.

Un cuarto pa' las nueve y divisamos el estadio, los murtinos ya estaban pateando al arco. Nos bajamos y fuimos con el DT a inscribir al equipo, el resto se estiró un poco, bajaron el balón y a moverse dentro de la cancha.

“Justo a tiempo”, nos dijo el Profesor Haro, que para estas ocasiones las oficiaba de dirigente deportivo, estrechándonos la mano. “Bienvenidos”. El profe me había hecho clases en la básica y era su regalón, porque me había contado que, en su tiempo, él jugaba en el mismo puesto que yo. Me hizo una seña para hablar aparte y yo despaché al viejo Carrasco para que fuera a mover a los jugadores y para que aprovechara de prepararse un cafecito, a ver si se le pasaba la mona.

“Vásquez”, me dijo, “te conozco de chiquitito, por eso me atrevo a hablarte”. Con eso me empezó a poner nervioso. “¿Te acuerdas del gringo Harris?”, me soltó por fin. “¿El Maldito?”, le pregunté. “Sí, llegó anoche y viene a reforzar a Murta, así que, por favor, te pido que juegues como siempre, tranquilo, sin peleas. Recuerda que tú eres el capitán del equipo y un ejemplo para...”, siguió hablando pero no logré escuchar nada, no sé qué pasó, lo veía mover la boca, pero no tenía cabeza para nada más... El Maldito Gringo Harris... Otra vez... Mala seña, mala seña... Se me repetían las palabras del viejo Carrasco.

Había dicho que nunca me habían expulsado... Mentí... Una vez. Hace cinco años... en la misma Copa del Lago. Me sacó de quicio. El Gringo Harris era un delantero de esos mañosos, metedor. Además, su apodo lo decía todo: El Maldito... Desde chico era desagradable. Desde el minuto uno me empezó a molestar, me dijo de todo y todo se lo aguanté... Hasta que me habló de mi madre..., minuto 40 del segundo tiempo, me llenó... Le metí un mazazo seco en la mitad de la frente. Cayó como un pajarito. Se me vinieron los murtinos como a buscar los vicios y uno a uno los fui enfrentando. No sé de dónde me salió tanto coraje, pero ese día estaba hecho un loco. Repartí y recibí como nunca. El saldo fue terrible, me quebraron tres costillas, dos dedos fracturados, la cara hecha pedazos y lo peor... Dieron por perdedor a mi equipo.

En la noche, de pura rabia, me puse a tomar como nunca lo había hecho. No me podía explicar cómo hice lo que hice, yo nunca había respondido a una provocación. Nunca tuve un problema ni dentro ni fuera de la cancha, ese día... ese maldito día... ese maldito Gringo... Más encima, como a la una de la madrugada, cuando yo ya estaba flotando en alcohol, apareció el Gringo, con los ojos tapados y una mirada que daba miedo. Me andaba buscando desde que salió de la posta. Me las tenía prometida. Menos mal que doña Maruja, la dueña del boliche, me sacó por la cocina y con la ayuda de algunos compañeros me subió al camión que nos llevó de vuelta a Puerto Sánchez. Nunca más volví a verlo, pero ya saben cómo es acá en La Patagonia, esas cosas no se olvidan.

Bueno, capitán, me dije, ahora a concentrarse. El partido está listo y tú eres el líder. Sentí el pitazo que llamaba al centro de la cancha y fui trotando, ajustándome la cinta de capitán en el brazo izquierdo, como siempre. Orgulloso, no miré a nadie. Simplemente, no me di cuenta de lo que venía. Mala seña, mala seña, me retumbaban esas palabras en la cabeza... Y no podía ajustarme esa maldita cinta desgastada. ¿Por qué no prendió la vela? ¿Por qué salimos tan tarde? ¿Por qué no pasamos a la gruta? Mala seña, mala seña. No lo vi venir..., pero sentí un viento helado que me entró por el costado, justo bajo la cinta que terminé de ajustar..., justo en lo blandito, justo al corazón... Mientras caía, lo alcancé a ver... El Gringo Harris, vestido de corto, con la 9 en la espalda, la cinta de capitán de Bahía Murta y el cuchillo sangrante empuñado en su mano derecha.... Mala seña... Mala seña.

REGIÓN DE AYSÉN, 2014

EL INVIERNO EN EL CHILE AUSTRAL

Jacqueline Boldt Corvalán (27 años)

Coyhaique

—**M**amá, los teros.

—¿Qué pasa con los teros? —preguntó Palmira mirando a esas ruidosas aves.

—Los teros, la nieve —le indicó José a su madre, apuntando hacia la ventana, mirando atento desde el cálido piso de madera y manteniendo bien el equilibrio a sus seis años de edad. Palmira, su madre, hilaba junto a la cocina a leña, al lado del corralito donde Juan de Dios, María y Lourdes dormían plácidamente.

—Parece que se viene una nevazón, Josecito. Me vas a tener que ayudar con tus hermanitos —dijo Palmira a su pequeño hijo, mientras el niño intentaba ayudarla a escarmenar el vellón de lana que Palmira tenía a sus pies.

Afuera, los cerros azules ya no se veían. El viento soplaba apenas, dando paso al característico y helado silencio de las nevadas. Los perros ya no ladraban, guarnecidos en sus casitas dentro de una perrera techada; las gallinas se habían guardado solas. Todos los seres vivos del hogar de Palmira esperaban tranquilos el último evento climático más difícil del año.

Bernabé, el esposo de Palmira y padre de José, Juan de Dios, María y Lourdes, había salido a buscar sus animales. Temía que se alejaran demasiado y fueran presa del león, que en esa época solía andar hambriento. Él era un hombre aguerrido, así que Palmira estaba tranquila por él. Algo le preocupaba: no tener la certeza si acaso Bernabé había llevado suficiente charqui y vino como para aguantar sin mayores quejas el frío y la nieve que se venían. Pero el mayor miedo de Palmira se lo provocaba la soledad y el aislamiento. Y bien sabía que estos temores brotaban con fuerza en las nevazones. El silencio de las tormentas de nieve le detenía el tiempo y desde que había conocido a Bernabé, nunca había tenido que soportar una nevazón estando sola. Tenía miedo de la abismante sensación de aislamiento que se le venía encima, pero se supo distraer de esos pensamientos.

—La radio está sin pilas, José. Sonamos. Vas a tener que cantarme alguna rancherita o un versito de truco de esos que te enseña tu papá, porque si no, nos vamos a aburrir aquí. ¡Si ni las chiquillas lloran pues! —le dijo Palmira a José con una sonrisa que no podía disimular el temor a lo que se avecinaba.

José hizo algo mejor que cantar; se levantó del suelo y despertó a su hermanito Juan de Dios.

—Ya, levántate, vamos a buscarle huevos a la mamá.

—Saliste vivaracho igual que tu padre —rio Palmira y tomando en brazos a Juan de Dios lo sacó de su corral. Abrigó bien a sus dos hijos y cuando estos no pudieron más de calor, los mandó para afuera—. Ya, se van al gallinero a buscar huevos, y cuidadito con la Colorá, ¡que pica bien fuerte!

Los dos pequeños salieron a buscar huevos al gallinero acompañados de sus perros mientras Palmira, a unos pocos metros, los vigilaba desde la ventana de su cocina. Lourdes necesitaba tomar pecho y María también. Palmira llevaba cuatro hijos seguidos y estaba cansada, pero por suerte no tenía tiempo para detenerse en pensamientos. Aprovechó la aventura de los huevos para

amamantar, dar cariño y mudar a sus hijas. A ambas les cantaba canciones del campo mientras afuera la luz del día casi se había ido y el atardecer no podía verse bajo la espesa capa de nubes. La tierra estaba gris y el pasto amarillo, el monte se veía negro y el frío estaba húmedo.

Dentro del gallinero se había armado un griterío descomunal puesto que los niños se habían hecho acompañar por sus perros. Las gallinas corrían por el patio y los perros ladraban furiosos, pero no ladraban a las gallinas, sino a otra cosa. Los niños se dieron cuenta de esto y de pronto José pareció comprender:

—¡Es el zorro! —dijo el pequeño, abrazando a Juan de Dios mientras éste explotaba en llantos, llamando a su madre.

Palmira escuchó todo el desorden desde su cocina y, cuidando de no perturbar el descanso de sus bebés, salió al patio en busca de sus pequeños.

—¡Tan bandidos que me están saliendo ustedes! —les dijo Palmira, tomando en brazos al desconsolado Juan de Dios y de la mano a José, quien cuidadosamente llevaba el botín, la canasta con huevos.

Palmira los dejó junto a sus hermanitas y volvió a salir muy rápido. En ese momento comenzó a nevar. Las gallinas se guardaron y solo tuvo que cerrar bien el gallinero y dejarles harta comida y agua dentro. Iba a hacer lo mismo con los perros, pero estos no paraban de ladrar, entonces ella miró lo que ellos perseguían con la vista y solo pudo ver movimiento de arbustos. Pero luego, al atender su mirada hacia el suelo, vio un rastro: una huella inconfundible plasmada en la nieve recién acumulada.

—¡Dios! ¡Es el león!

Chifló a sus perros y los guardó rápidamente con abundante comida y agua, pues seguro que la nieve sería de varios metros y lo cubriría todo. Palmira sabía que debía encerrarse lo antes posible, pero se aseguró de llevar una carretilla llena de leña, de troncos bien grandes, y el hacha. Estaba nerviosa, pero confiaba en sus perros y en Dios, a quien buscaba en instantes mirando al cielo, mientras la nieve le caía en los ojos y la hacía retomar su tarea.

Entró a la casa nuevamente y decidió acostar a todos después de satisfacer sus necesidades correspondientes. Cuando las dos bebés ya estaban en la cuna y sus dos pequeños en la cama que compartirían, ella se fue junto a la salamandra, donde había un espejo. Ahí se cambió de ropa mientras rezaba en silencio, pidiéndole a la Virgen que la ayudara a superar esa prueba, que cuidara a su Bernabé y que el invierno no le quitara a sus hijos. Cerró los ojos y, por un instante, se permitió pensar en Bernabé. Lo echó de menos. Luego se fue a dormir con los suyos, mientras afuera la nieve caía silenciosa.

Al amanecer, estaba todo tapado bajo un metro y medio de blanco espesor, incluida la perrera. Palmira estaba en su cocina con el fuego prendido, el mate en la mano y la mirada perdida en el horizonte. De pronto, allá en el fondo del patio y entre medio de los copos de nieve, pudo divisar a dos hermosos cachorros de león. La imagen hizo que su corazón latiera muy fuerte, con mucha alegría y emoción, hasta que en un instante apareció ella, la puma. Ella sostuvo una mirada fija en Palmira desde el otro lado de la ventana, mientras rodeaba a sus cachorros. Palmira la compadeció; estaba flaca, débil, desesperada y con miedo, tal cual había estado ella al tener a José a sus 17 años, en pleno invierno y con la casa a medio construir.

Palmira pensó en sus bebés, en las maderas, en la nevazón y en esa puma que tenía enfrente. No supo por qué, pero inmediatamente fue a buscar una pierna de cordero y se las lanzó por la ventana, tocando el frío exterior. Sintió la adrenalina corriendo por su sangre y una felicidad

inexplicable que la llevó a recordar a su padre cuando le decía que las fieras salvajes no eran razón de temer, sino que eran una compañía para ellos, para la gente de la trapananda.

—¡Comen y se van! —le gritó Palmira a la familia de pumas al cerrar la ventana—. Si llega mi Bernabé los va a agarrar a tiros a todos. ¡Capaz que mi hombre ande enfrentándose con tu león pues! Y nosotras... aquí preocupadas de los cachorros —dijo Palmira en voz alta, demostrando que ella no estaba débil.

La puma comió con acalorada energía y Palmira pensó mejor dejarlos solos. Se fue a alimentar a sus hijitos a la pieza y desde allí pudo ver cómo después de algunas horas los cachorros de puma bebían la leche de su madre. Ella se enterneció y se acurrucó con los suyos, empatizando con la familia de animales salvajes que estaba en su patio mientras la nieve caía con fuerza.

Llegó un nuevo amanecer y Palmira pudo ver a través de su ventana el sendero de rastros recientes que había dejado la familia de pumas. Iban derecho hacia el monte. Sintió que eran de buen augurio y pensó que Bernabé debía estar por llegar. La tormenta de nieve no cesaba pero Palmira, pese a no haber vencido la nevazón, sí había vencido el miedo a la soledad que estas circunstancias siempre le provocaban. Se sintió más mujer.

Entonces comenzó su día tomando el mate mañanero, sin dejar de mirar el camino de los pumas. Deseó de todo corazón su supervivencia y luego pensó en sus niños. Les preparó sus ropas y alimentos, hizo fuego y decidió despejar la nieve para ver sus perros y gallinas. El hogar debía llamar el regreso de Bernabé con abundancia, con los animales alimentados y con la familia sana y buena. Entonces pudo imaginarse a Bernabé, de a caballo en medio de la nieve, tropeando animales, pensando en ella y en sus hijos. Vio su casa en medio del campo y el paisaje agreste y, con una sonrisa, se animó.

—Ésta es la última nevazón. Se va el invierno, pues ya llegaron los teros.

REGIÓN DE AYSÉN, 2015

LOS PERROS

Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera (47 años)

O'Higgins

A penas sintió ladrar los perros se enderezó en la cama y buscó en la oscuridad la vela, los fósforos y, por si acaso, buscó a tientas también el estuche de su fiel facón. No podría asegurar si aquel silbido había sido de algún cristiano o si era el viento pampino que a fines del otoño soplaba frío desde el este, el viento puelche, el mismo frío desgarrador que se colaba por el techo del puesto haciendo bailar las latas como si fueran hojas de nalca. Las latas bailaban a pesar del pesado trozo de riel sobre el techo. Lo había rescatado de la antigua línea del tren antes de que no quedara nada, antes de que la compañía, los otros puesteros y cuanto curioso que pasaba por esos pagos se llevara como recuerdo partes de lo que había sido la estación Palos Quemados; mismo nombre de la Estancia, del poblado ya desaparecido y donde ahora él oficiaba de puestero, cuidando las últimas cien cabezas de ganado.

No quiso prender la vela, por lo que prefirió esperar a que los perros callaran para al menos poder identificar algún sonido claro que lo hiciera salir de la cama, ponerse las botas, arrojarse con su viejo abrigo de mariner y enfrentarse al sueño, al frío del otoño pampino o a algún sobresalto de la noche, todo en ese mismo orden. Pero no, no fue necesario salir. Los ladridos se calmaron a los minutos y se quedó allí solo. Poco a poco fue soltando el cuerpo, se arrojó bien hasta quedar casi sepultado bajo las cuatro mantas de vellón que lo abrigan por las noches y que en verano le brindaban abrigo cuando prefería dormir entre coirones, neneos¹⁰ y bajo ese manjar de estrellas que lo cobijaba por los pagos de Palos Quemados. En eso estaba, recordando sus arreos y dando vueltas en la cama, cuando una pesada angustia le robó de golpe el sueño. Esperó otros minutos sin resultados y de nuevo el insomnio lo llevó por caminos que ya conocía y que no quería volver a andar.

Mientras repasaba mentalmente el día anterior, pensó que el silbido podría ser del viejo Suárez, único puestero capaz de salir a buscar un trago de ginebra en plena escarcha de invierno. “Pa’ espantar los demonios”, solía decir el viejo Suárez. Hizo memoria y dio con la última botella de Carancho Negro, la peor ginebra que había probado y que, por lo mismo, guardaba bajo su cama para convidar a algún sediento que pasara frente a su puerta. Y si no era el viejo Suárez, ¿quién? ¿Sería el Polaco que, arropado en su chaqueta de cuero y bufanda de vellón, venía a cobrarle por lo sucedido en la última mano de truco que habían jugado, molesto aún por lo que considerara una trampa el fin de semana anterior, al perder los últimos pesos de la remesa del mes?

Cierto era que por el reflejo del ventanal había visto las cartas del Polaco y que por eso había revirado, dejando al pobre hombre sumido en la ira y con la mejor mano de cartas boca abajo. El Polaco era cosa seria. Lo doblaba en edad y porte, aunque esto último no era problema, pues desde chico se había enfrentado a tipos más grandes que él, saliendo casi siempre victorioso, no sin llevarse también como trofeo un labio partido, un ojo inflamado o una costilla rota. Nada que el trabajo de campo no le hubiera mostrado desde que era niño, o más tarde, jineteando reservados y haciendo buenos pesos, fama o consiguiendo miradas y favores de las mujeres más lindas de los poblados.

¹⁰ Neneo: arbusto endémico de Chile, característico de la Patagonia, que se presenta como cojín globoso. Nombre científico, *Mulinum spinosum* (nota del autor).

“Mal no me iba con las viejas”, pensó para sus adentros y rio orgulloso, arropándose la espalda. ¿Y si era don Figueroa? Al viejo se le había puesto la idea fija de que había andado mirando mucho a su señora. Mucho menos le había gustado que la invitara a bailar la noche que terminó la esquila. Pero bueno, se había echado unos tragos de más, andaba con el alma ligera y la lengua afilada. Como fuera, la ñora igual se reía bailando y no era su culpa ser veinte años más joven que don Figueroa. Pero el viejo era dueño de Palos Quemados y si lo echaba ahora estaba liquidado, sin techo, sin trabajo ni dinero. Y lo que era peor: estaba por empezar el invierno.

De a poco se le terminó de espantar el sueño. Ahora se daba vueltas incómodo en la cama, sudando como caballo en verano, temblando, sabiendo que esa noche ya no podría dormir, que volvería a tener que lidiar con sus pesadillas pasadas, los renuncios y cuanta embarrada tenía en su cuenta personal. Y sin saber cómo, el frío se le volvió miedo. Miedo a la oscuridad. Miedo al frío. Miedo a la soledad, a la venganza de hombres pampinos a los que más de una vez les había jugado chueco. Hombres y mujeres con los que no se juega.

El miedo ahora llenaba la pieza. Y el viento otra vez trajo un silbido, esta vez más corto. Y otra vez los perros y el miedo. Y otra vez los perros y los malos recuerdos. Otra vez los perros y la puerta que se empezaba a abrir.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA, 2004

VALLEJOS

Iván Darío Rojel Figueroa (36 años)

Punta Arenas

Un desfile de matas negras¹¹ a los costados del caballo como animales que se escapaban. En zigzag la bestia avanzaba a trote largo y galope, resoplando vapor en el aire helado de la tarde. Encima de la montura, Vallejos también resoplaba vapor como si fumara un invisible cigarro. Las manos sobre las riendas, cuero contra cuero. Galope y trote largo.

Una rápida mirada atrás, un reflejo, ya que tenía la certeza de que nada vería. Su olfato de cuatrero, adquirido en tantos años de oficio, no le mentía. La patrulla no estaba lejos pero tampoco cerca. Había logrado tomarles una ventaja conveniente y según sus cálculos podría alcanzar la frontera sin problemas antes que la partida se le acercara demasiado. La seguridad le dibujaba una sonrisa.

Vallejos era un hombre de rostro cuadrado y pálido, ojos grandes muy vivos y movedizos. Largas patillas que parecían tajos a los costados de su cara. Sus labios gruesos se movían con frecuencia hacia adelante como si fuese a silbar, al tiempo que su nariz aguileña se torcía un poco sobre el delgado bigote negro. Un gesto característico que lo identificaba. Su piel blanca con injertos de hielo se parecía a la piel de las montañas. “El hombre termina pareciéndose al paisaje que ama”, pensaba Vallejos a veces.

La marcha continuaba rápida y pareja y Vallejos pensaba que sólo un rayo podría detenerlo. Su caballo, el Tostado¹², no sabía tropezar, baqueano¹³, conocía la zona mejor que él. Todos los pasos entre el monte, todas las picadas. Se detenía justo donde debía.

Vallejos maneó un par de alambradas y continuaron raudos bordeando el gran bulto del Dorotea, que parecía un dinosaurio echado. Arriba, como si el lomo del cerro tuviera espinas, los árboles aparragados y los postes de las alambradas fronterizas a trechos en el suelo. Casi una burla que nada dividía. Es una buena alternativa para echar la persecución a la espalda, pensó Vallejos, como si fuera un poncho.

Los zorros y los pájaros no saben de jurisdicciones y se pasan de un lado a otro sin preocuparse. Y es que el coirón es igual a ambos lados y los postes retorcidos y los alambres oxidados no hacen la diferencia.

Solo el hombre pone barreras a sus libertades y corta sus propias alas. Está visto que la naturaleza no aprueba este comportamiento y al viento no lo para una alambrada... A Vallejos tampoco.

Más allá de la patrulla que lo perseguía, una sola preocupación inmediata le aleteaba en el cerebro. Sabía que debía cambiar caballo lo más pronto posible, ya que luego de la brutal subida del cerro, su Tostado quedaría muy cansado para galopar el par de leguas que distaban desde la frontera al rancho argentino donde había gente de su confianza. No tenía gracia escapar de los carabineros para caer en manos de los gendarmes. Una cosa por otra. Iba atento a cada vega que asomaba, en busca de alguna tropilla aventurera seducida por el verdín¹⁴ que en esa época ya

¹¹ Matas negras: Arbustos típicos de la Patagonia (nota del autor).

¹² Tostado: Color caballar (nota del autor).

¹³ Baqueano: Experto, criollo, conocedor de las labores del campo (nota del autor).

¹⁴ Verdín: Pasto corto y verde que sale cerca de las vegas (nota del autor).

comenzaba a asomar sobre la tierra húmeda. Llevaba los dedos amartillados sobre el lazo en caso de que asomara un grupo de caballos en algún recodo, para de un tiro, de pasada, apeguarse uno a la montura. Y listo. Pero nada.

Vallejos continuó rodeando una laguna de las Dos, que daban nombre al lugar por el que transitaba en el momento y que componía los campos productivos de una estancia con patrón de nombre gringo, como tantos. La constante. Muchos gringos dueños de la tierra criolla, pocos criollos que se mueren en lo suyo.

Vallejos sacudió la cabeza mientras entonaba un airecito campero:

“Porque no engraso los ejes... me llaman abandonao...”

Una quebrazón de palos en el lado opuesto de la laguna hizo que Vallejos llevara instintivamente la mano al cinto¹⁵ en el que el viejo revólver de culata remendada descansaba embutido en su funda de cuero. Al otro lado una yegua doradilla sin cencerro¹⁶ encabezaba una tropilla de unos ocho caballos que salían del monte. Muy a trasmano. Lástima. Vio con desazón cómo la tropilla se alejaba lentamente.

Hubiese sido bueno contar con un caballo de repuesto, sí señor. Una preocupación menos. Pero no podía darse el lujo de alejarse tanto de la ruta.

—No hay que abusar de la suerte tampoco —se dijo.

Dura faena la que le esperaba a su Tostado que aguantaba, tendría que forzarlo al máximo.

Pensando en esto, torció riendas donde correspondía y como quien pone el caballo donde pone el ojo, se dirigió hacia la picada¹⁷ abierta en el monte al terminar la segunda laguna. Al final de la picada se abría una pequeña vega, al lado de la cual los estancieros según la época y también según el año, instalaban caravanas con puesteros para vigilar los animales que ocasionalmente ocupaban esos campos. Las caravanas no son otra cosa que ranchos con ruedas de carreta que sirven de casa a los peones que viven en una sola pieza, pequeña, con la cama al lado de la estufa, algunos bancos de madera rústica, una ventana chica y alta donde hay que ponerse de puntillas para mirar quién viene; los aperos¹⁸ en un rincón y alguna radio vieja para mantener un leve contacto con el mundo. En algunos casos, los peones viven en estos ranchos con la mujer, los hijos, y hasta algún gato vago de mascota. Y... cuando entra el sol... hay que salir, dicen algunos, con jocosa indolencia.

A Vallejos no le preocupaban los puesteros. Ellos nunca se meten donde no los llaman.

De todos modos nunca planificó su salida del monte unos metros atrás de la vega, en un claro que se extendía recto hasta los terrenos más cercanos a la falda del cerro sin sol, encima del cual se extendía la línea fronteriza. Agreste y empinado el Dorotea parecía hinchar el lomo como un potro que va a corcovear.

“Soy del pago natalino¹⁹, medio gauchón²⁰ y ladino...”

¹⁵ Cinto: También llamado tirador, es un cinturón ancho de cuero doble, que usan los gauchos en la cintura (nota del autor).

¹⁶ Cencerro: Pequeña campana que se cuelga al cuello de la yegua madrina para que guíe la tropa (nota del autor).

¹⁷ Aperos: Conjunto formado por la montura, las riendas y otros elementos de un caballo ensillado (nota del autor).

¹⁸ Picada: Camino abierto en la espesura de un monte (nota del autor).

¹⁹ Natalino: Nacido en Puerto Natales (nota del autor).

²⁰ Gauchón: Sinónimo de gaucho, baqueano (nota del autor).

Vallejos improvisaba sus propias melodías, mientras se ladeaba un poco para evitar las ramas más bajas de los árboles. El Tostado parecía aplaudirle batiendo las orejas.

Al salir del monte y enfrentar el claro, muy atado a una soga guardiera²¹, muy manso y muy conveniente, se encontró casi a quemarropa con un matungo²² zaino²³ que lo observó por un momento con mirada inexpresiva, para luego seguir comiendo mechones de pasto que alcanzaba desde la estaca.

A pesar de un aspecto flacuchento, Vallejos lo miró con interés.

—No es ninguna maravilla, pero aguanta el cimbronazo —se dijo.

Desmontando rápidamente cortó el cabestro que unía al zaino a la cadena de la guardiera y atándolo a la cincha del Tostado, montó de un salto y saltó al trote largo, silbando de contento.

—¡Ehhhhhhh, señor...!

Vallejos giró velozmente la parte superior del cuerpo mientras por segunda vez su mano se pegaba a la culata fría del trabuco²⁴; el magnetismo del fierro sobre la carne.

Un muchacho de unos once años, montado en un moro malacara²⁵, salía del monte a la izquierda de Vallejos. Casi perdido en el abultado cojinillo²⁶ de una gran montura de bastos, agitaba un brazo, mientras la bellota de lana de su boinita criolla se mecía como un péndulo al vaivén del tranco.

—¡No se lleve el caballo de mi tata!

El Tostado por su cuenta apuró el paso porque sabía que eso era lo que correspondía hacer. Vallejos volteó la cara hacia el camino y sin gastarse en detalles continuó su recorrido en la invariable dirección del cerro cada vez más cercano. Su rostro parecía una máscara de piedra. Por lo general en situaciones como esa el hombre sufría los embates de una potente lucha interna. El eterno conflicto entre el criollo capaz de tender la mano y el bandido práctico y calculador. Y era hora de ser práctico. Velozmente cruzó una zona pantanosa y luego se internó en los pasadizos espinosos de un calafatal²⁷, entró en una nueva mancha de monte y al salir tiró un poco las riendas porque el cerro se encontraba justo frente a él. Miró hacia atrás y pudo ver con asombro al muchacho en su caballo moro saliendo del monte al trotcito corto, como un cachorro que no tiene dueño y que sigue la ruta de cualquier viajero.

Cuando el cuatrero escuchó “Ehhhhhhhhh, señor”, no esperó más ya que sabía lo que continuaba.

—Con esto seguro se desaira —se dijo, y comenzó la difícil ascensión al cerro, sin más preámbulos.

Al principio, el zairo de la discordia trató de clavar²⁸ los garrones esquivando la subida, al tiempo que cabeceaba y tironeaba rítmicamente. El Tostado simplemente lo arrastró como un

²¹ Guardiera: Soga larga con una porción de cadena que sirve para atar los caballos en el campo abierto para tenerlos a mano (nota del autor).

²² Matungo: Caballo (nota del autor).

²³ Zaino: Color caballar (nota del autor).

²⁴ Trabuco: Revólver (nota del autor).

²⁵ Malacara: Caballo con la cara cruzada por una mancha blanca (nota del autor).

²⁶ Cojinillo: Trozo de cuero con lana de oveja que se pone en la parte superior de la montura (nota del autor).

²⁷ Calafatal: Aglomeración de calafates. Arbustos espinosos típicos de la Patagonia (nota del autor).

²⁸ Clavar los garrones: Retacarse, empacarse, no querer avanzar (nota del autor).

trineo cerro arriba, sin ningún tipo de protocolo equino ni asomos de fraternidad. El zaino se afirmaba como podía. El Tostado, haciendo alarde de una gran capacidad para trepar, hubiera hecho pensar a cualquiera que tenía sangre de cabra montaraz.

El jinete echado muy delante de la montura, mantenía el equilibrio dejando las riendas lo más flojas posible para que el animal tuviera libertad de movimiento. En poco tiempo, los tres estuvieron arriba de la redonda y arbustiva cima a escasos metros del alambre fronterizo. Vallejos contempló sonriente las líneas flojas de la frontera, con sus postes blanquecinos por el viento. Respiró hondo y antes de cruzar, echó una última mirada hacia abajo distraídamente.

Sus ojos se entornaron.

El muchacho se disponía a subir el cerro.

Vallejos pensó, con los dientes apretados: párate ahí, mocososo, no lo intentes...

El otro no hizo caso del mensaje mental del hombre y enfiló el caballo hacia la cima por lo derecho, al tiempo que acortaba y se afirmaba de las riendas para no deslizarse hacia atrás por la montura. Mala idea. El animal, vacilando alzó las manos, le fallaron las patas y quedando por un momento agazapado como un gato se fue desplomando lentamente hacia su costado izquierdo mostrando la panza blanquecina. Quedó un momento tendido y con el cuello arqueado al pie del cerro. El chico había intentado arrojarlo por el lado contrario para evitar ser apretado y habiendo salvado del apretón quedó curiosamente tendido sobre el flanco derecho del caballo.

Vallejos titubeó en la cima mientras abajo la bestia intentaba levantarse alzando al chico sobre su costado, como un muñeco. Luego volvía a caer sobre su flanco levantando polvareda. A Vallejos le pareció que el chico estaba enredado en los aperos y enseguida se dio cuenta de lo peligroso de la situación. Si el moro se levantaba de seguro lo arrastraría por todo el monte.

—No es mi problema —se dijo, cerrando la puerta de la conciencia como había aprendido a hacerlo, a veces, por necesidad.

Espoleó su bestia y enfiló hacia la alambrada, que parecía atraerlo con una fuerza irresistible. Estaba apurado. De pronto se detuvo y sin darse tiempo de pensar, volvió grupas²⁹ y comenzó a descender rápidamente maldiciéndose por dentro.

Llegó abajo justo a tiempo para sujetar al caballo que había logrado levantarse y resoplaba con los ojos enrojecidos. Ayudó al muchacho a desenredarse de la cincha. Éste se veía revolcado y aturdido, pero no parecía tener huesos rotos. Vallejos lo ayudó a ponerse en pie mientras lo sacudía por los hombros para que dijera algo. El muchacho lo miró con los ojos cerrados y las cejas enarcadas.

— ¿Y... me va a devolver el caballo, sí o no?

Vallejos lanzó una carcajada admirado por la tenacidad del mocito y desatando el cabestro de la cincha del Tostado con un acento ahogado por la risa:

—Ahí tenís tu pingo³⁰, cabro³¹, y déjate de hinchar³²...

²⁹ Volver grupas: Desandar el camino andado (nota del autor).

³⁰ Pingo: Caballo (nota del autor).

³¹ Cabro: Muchacho, joven (nota del autor).

³² Dejar de hinchar: Dejar de molestar (nota del autor).

El muchacho aferró el zaino del cabestro y cabalgando de un salto, con una mueca de alegría, se perdió rápidamente entre los matorrales.

Vallejos sacudió la cabeza.

Montó dispuesto a recomenzar la ascensión.

Cuando su incondicional y sudoroso pingo había dado apenas unos trancos sobre las rocas tapizadas de musgo, una avalancha de cascotes hizo retumbar el suelo y el monte vomitó varias figuras verdes que rápidamente le cerraron el camino al tiempo que una ronca y poderosa voz lo conminaba a rendirse.

Vallejos miró con abatimiento las bocas oscuras de los seis fusiles y supo que no tenía nada para hacer.

Descabalgó despacio y dejó caer al suelo el tirador con el revólver.

El carabinero que mandaba el grupo, un veterano de rostro moreno y cejas pobladas, adelantó un poco su caballo y Vallejos sintió el aliento tibio de la bestia sobre el rostro.

—Tanto tiempo, Vallejos.

—¿Qué hay, sargento?

El baqueano y el sargento Cabrera eran viejos conocidos. A Vallejos debía el sargento la úlcera que lo atormentaba de vez en cuando y muchas demoledoras jornadas por los llanos y las quebradas en persecución de su escurridiza sombra. Al sargento, en cambio, Vallejos le debía un par de temporadas entre rejas y varios negocios prometedores frustrados. A pesar de todo eso había una especie de admiración mutua entre ambos, sin hablar de leyes o destinos. Había méritos que se reconocían. De oficios muy distintos, un abismo entre ellos, pero para ambos se requería una alta cuota de coraje y astucia.

—¿Y qué pasó, Vallejos, hombre? Con la ventaja que traías yo ya te hacía al otro lado de la frontera.

Vallejos sonrió mientras retiraba el sombrero y pasaba la mano por sus escasos cabellos.

—Usted sabe, sargento, los caballos se ablandan con el tiempo. Este matungo ya no me responde como antes.

El sargento Cabrera también sonrió, mientras miraba de soslayo el lomo del cerro sombrío.

—No sólo los caballos se ablandan con los años, Vallejos, no sólo los caballos...



Me la contó mi abuelito

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA, 1998
EL AVESTRUZ Y EL ZORRO
Elvira Elena Choque Calizaya (14 años)
Ticnamar, Putre¹

Era una vez un zorro que iba en busca de comida para sus cachorros. Llenó un saco con pajaritos y emprendió el camino de regreso. Cuando iba caminando, pasó por una laguna y al lado de la laguna había una vieja avestruz que estaba sentada en su silla, tejiendo. Al zorro en ese mismo instante le habían dado ganas de ir al baño. Se acercó a la vieja avestruz y le preguntó dónde podía ir al baño. La vieja avestruz le dijo que tenía que ir al otro lado del cerro. El zorro, antes de irse, le dejó encargado el saco al avestruz y le dijo que por favor no lo abriera.

La vieja avestruz se preguntaba qué es lo que llevaría el zorro en ese saco. Llegó un momento en que no pudo más y fue más poderosa su curiosidad. Entonces abrió el saco y salieron volando todos los pájaros que el zorro había logrado cazar.

La vieja avestruz al darse cuenta de lo que había hecho, no supo qué hacer, porque, si llegaba el zorro y se daba cuenta que en el saco no había nada, se iba a enojar muchísimo. Entonces se le ocurrió llenar el saco con muchas espinas para así poder engañar al zorro.

Al cabo de un rato, el zorro llegó, le dio las gracias al avestruz, tomó el saco y siguió su camino. Cuando iba rumbo a su casa, empezó a sentir unos pinchazos en su espalda y entonces pensó: “deben ser sus uñitas”, y siguió caminando.

Un rato después volvió a sentir los pinchazos en su espalda y esta vez pensó: “deben ser sus piquitos”. Así llegó a su casa donde se encontraban los cachorros.

El zorro les dijo a sus hijos que abrieran sus bocas y ellos las abrieron, entonces el zorro vació el saco sobre sus cachorros y los cachorros, como estaban muy hambrientos, comían y tragaban las espinas sin darse cuenta.

Al poco rato todos los cachorros habían muerto por comer tantas espinas.

El zorro se enfureció y fue a buscar a la vieja avestruz. Cuando llegó a la laguna la encontró en medio de ella. Claro que la vieja avestruz se había ubicado en ese lugar porque sabía que el zorro vendría a buscarla.

El zorro no sabía cómo sacarla porque no sabía nadar, entonces le dijo:

—Me tomaré toda el agua de esta laguna y cuando esté seca, iré a buscarte.

Y comenzó a beber el zorro. Tragaba y tragaba el agua de la laguna y esta parecía que nunca se secaría. El zorro comenzó a hincharse de tanta agua que había tomado. Tenía tanta rabia que no se daba cuenta que ya parecía un globo peludo y seguía bebiendo y bebiendo agua.

Llegó un momento en que ya no pudo tragar más. Entonces, se llenaba la boca de agua y la botaba, y así lo hizo hasta que el cansancio fue haciéndose cada vez más fuerte.

Estaba tan hinchado y cansado, que se fue a recostar al lado de unas mantas de “paja brava”. De pronto se quiso dar una vuelta y una “paja brava” lo pinchó y el zorro reventó en mil pedazos que saltaron por todos lados.

Es por eso que hay tantos zorros en el altiplano y los avestruces les tienen miedo.

¹ La autora participó por la Región de Tarapacá el año de la convocatoria.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA, 2005
CÓMO LLEGÓ LA QUINUA A LA TIERRA

Karmina Trency Jara Crespo (13 años)

Putre²

Hace mucho tiempo, muy cerca de la cordillera, estaba el astuto achalari (zorro), que en ese momento no era tan astuto, porque tenía mucha hambre y no podía encontrar nada que calmara su inquieto estómago.

Sin que el achalari se diera cuenta, un kunturi (cóndor) se le acercó y le preguntó:

—¿Qué le pasa, amigo?

El achalari al escucharlo, dio un salto y le dijo:

—Oiga, no me asuste así, amigo. Lo que pasa es que estoy muerto de hambre y no hay nada para comer en esta pampa.

—No sé preocupe, amigo, yo tengo una idea para que usted coma de lo lindo —dijo el Kunturi.

—¿Qué, qué?, lárguela —dijo el achalari.

—Hoy en las quinayas (nubes) se hará una gran fiesta de kunturis (cóndores). Allí tendremos k`usa (quinua)...

—¿Qué es eso? —preguntó el achalari.

—Es lo que llamamos el alimento de los dioses, porque con la k`usa se puede hacer de todo, harina, cereal, sopa, etc., y además es deliciosa con azúcar o con leche.

—Amigo, no me diga nada más y lléveme de una vez para allá.

—Espere, amigo, no es tan fácil. Tiene que disfrazarse de algún pájaro, ya que en el cielo no aceptan a los animales de la tierra. Ellos creen que son raros.

—Amigo, no se preocupe. Ya sé cómo, espere aquí un momento.

El Kunturi esperó y esperó, pero el achalari no volvía. De pronto escuchó un sonido muy raro, y se dio cuenta de que era su amigo el achalari que venía disfrazado de p`isaqa (perdiz). Para poder hacerlo se puso ramas y plumas.

El achalari quedó tan chistoso, que cuando el kunturi lo vio, se cayó al suelo de la risa y se rio hasta que le dolió la barriga. Cuando se le pasó la risa, se levantó y tomó al achalari de los hombros con sus patas. De esa manera comenzaron a viajar por el cielo hasta llegar al lugar de la fiesta.

Al llegar, el kulturi escondió al achalari en la cocina del lugar y luego se fue a bailar.

Después de dos horas, el kulturi ya se había olvidado del achalari que estaba borracho y además muy pero muy panzón de tanto comer k`usa sin ni siquiera mascarla.

La borrachera del achalari provocó que se sacara el disfraz y saliera de su escondite. Cuando los kunturis lo vieron, les dio tanta rabia que lo salieron persiguiendo. El achalari al ver esto salió disparado.

² La autora participó por la Región de Tarapacá el año de la convocatoria.

Después de unos minutos de persecución, el achalari se tropezó y justo antes de caer al vacío, la garra de un kunturi lo alcanzó, y de lo hinchado que estaba, reventó y toda la k'usa que tenía en la barriga cayó al suelo.

De esa manera llegó la quinua a la tierra. Gracias a un zorro hambriento, hoy tenemos la posibilidad de comer algo tan rico, nutritivo y fácil de usar.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA, 2000

PAMPA ENCANTADA

Angelo Yante Chambe (7° básico)

Camarones³

Hasta ahora el camino había sido largo. Carretera de asfalto, camino de tierra, y ahora desde este punto, cruce de los caminos Codpa a Esquiña. El trayecto se presentaba peligroso, muy angosto para la camioneta. Sin embargo, se dejaban llevar al dulce sueño momentáneo. De pronto, en una curva encima de un elevado monte, las luces amarillentas presentaban, al frente, dos promontorios que a esa distancia, con la suave luz, parecían dos espléndidos pechos erguidos majestuosamente. A los pies de los mismos se divisaba una planicie de arena que se extendía suplicante al vehículo para que lo transitase. La camioneta viró ligeramente a la izquierda y continuó su trayectoria a Esquiña.

—Esa es la pampa encantada —murmuró el chofer.

—¿Qué cosa? —preguntó el resto de personas que iba en la abrigada cabina del vehículo.

—Estos cerros que parecen dos tetas, y esa guata que se viene al camino... esa es la pampa encantada —prosiguió el conductor como preocupado de deshacerse de sus pensamientos. —No hay ni siquiera que detenerse allí, menos en las noches; no vaya a ser cosa que a uno lo pille la mala hora y la pampa lo llame y se lo trague... como pasó con aquella banda de músicos que venían a una fiesta.

Todos quedamos en silencio por un rato. Se notaba que afuera, sobre las rocas, se barnizaba un frío seco capaz de empalar a uno hasta los huesos.

—¿Por qué está encantada esa pampa? —preguntó por entre un montón de brazos y piernas, un niño que se interesaba en la historia.

—La pampa conduce, por entre esos dos cerros, a la ciudad perdida de los incas, que está a pocos kilómetros de allí. En algunas noches, durante las malas horas, se siente un llamado dulce, musical, lejano, insinuante, que obliga a acudir... y en cuanto se está sobre esa pampa...

—¿Qué pasa?

—La arena se lo traga... uno desaparece poco a poco. —Hubo un murmullo de ahés.

—Hace tiempo ya —continuó el relator— venía una banda musical en mulares. Justo en esa curva se pararon a descansar. De pronto empezaron a escuchar gimoteos y llamados de voces e instrumentos musicales, y comenzaron a tocar, a la vez que caminaron felices por la pampa. Antes de marcharse, un músico dijo al niño que venía con ellos:

—Asegura los animales, ya volvemos.

Pero no volvieron. El niño los esperó hasta el amanecer. Cuando estaba claro y no divisó a nadie sobre la pampa, ni cerca de allí, entonces echó a correr como un diablo, y llegando al pueblo contó a todos lo que había pasado.

—¿No aparecieron más?

—¡No! Hay que tener cuidado con esa pampa; uno se puede terciar con las malas horas... por eso, yo para otra vez, me voy a venir con el sol arriba, no vaya a ser cosa...

³ El autor participó por la Región de Tarapacá el año de la convocatoria.

REGIÓN DE TARAPACÁ, 2016

LOS VIAJES DE MI ABUELITA: COMERCIO ENTRE POBLADOS INDÍGENAS

Melanie Patricia Cáceres Pachao (11 años)

Pica

Mi abuelita es originaria del pueblito de Cosca, pueblito chileno de la región de Antofagasta, en la frontera con Bolivia y perteneciente a la etnia quechua. Yo vivo en el pueblo de Pica al interior de la región de Tarapacá.

Cierto día mi abuelita me contó que ella desde pequeña ya visitaba Pica ya que sus padres una o dos veces al año realizaban un largo viaje desde sus tierras de Cosca hacia los pueblos del interior de Tarapacá, a los poblados de Pica, Matilla y Huatacondo para comercializar sus productos.

Mis bisabuelos vivían de la agricultura y la ganadería, por lo que era común viajar por la venta de sus productos: charqui de llamo, cueros, lana, harinas y quinua⁴ o hacer trueque⁵ por productos de otros lugares: limones, naranjas fruta y verduras. En ciertas fechas se juntaban las familias para realizar la venta de la cosecha de sus productos y el trueque de los mismos. El viaje era largo. Demoraban cuatro días en llegar hasta Pica haciendo varias paradas en el camino.

Mi abuelita decía que ella se cansaba mucho porque casi todo el tiempo le tocaba ir caminando, ya que los burros y llamos estaban cargados con grandes canastos en los que trasladaban los productos, además que desde siempre sus papás utilizaban el Camino del Inca para llevar sus animales ya que era el camino más corto para viajar pero ella lo seguía encontrando largo, de todos modos se entretenía con su honda tirándole piedras a los lagartos y pájaros.

Durante el viaje, cada vez que anoecía, amarraban sus animales y hacían una gran fogata para estar calentitos. Comían harto charqui⁶, pancito y té con rica-rica⁷. Hacía mucho frío en las noches.

A la mañana siguiente, apenas salía el sol, tomaban tecito y continuaba el viaje. El agua de los pastizales estaba congelada y se veían los trozos de hielo como vidrios flotando y todo estaba escarchado. En cada pueblito en que se detenían, se hacían cambios. A veces se cambiaba lana por semillas o papas por charqui.

También me cuenta que en cada lugar todos se conocían y ella era amiga de los niños de esos lugares, aprovechando para jugar un ratito mientras esperaban.

En los pueblitos a los que llegaban, había corrales hechos con piedras para dejar los animales guardados y pasar la noche más tranquilos para que no se escaparan y se confundieran con los de otros dueños. Pero lo que más le gustaba era el regreso del viaje, porque los cestos venían vacíos y ella se iba dentro de uno, sentadita mirando todo el paisaje.

Mi abuelita dice que le gustaba mucho viajar, porque se conocían lugares nuevos y que en el camino se encontraban con muchos animales del altiplano: flamencos, guanacos, patitos, vicuñas y zorros, además que ella tenía una vizcacha de mascota y también tuvo un quirquincho con sus bebés que eran animales muy dóciles e inteligentes.

⁴ Quinua: Cereal de origen andino (nota del editor).

⁵ Trueque: Sistema de comercio basado en el intercambio de especies (nota del editor).

⁶ Charqui: Palabra de origen quechua que designa la carne seca (nota del editor).

⁷ Rica-rica: Planta andina (nota del editor).

¡¡¡ Yo quiero tener una vizcachita!!!

Me dice que son iguales a los conejos pero más lindos y hacen caso cuando se les llama y hacen un ruido como un silbido cuando sale el sol en las mañanas.

Gracias a mi abuelita conozco muchos lugares hermosos del altiplano, distintos animales y la cultura de mis antepasados. Mi abuelita ya no está conmigo, pero todos los años viajamos a verla a su tierra y aprovechamos de visitar a todos nuestros parientes lejanos y pasamos las fiestas religiosas con ellos. Soy muy feliz de ser chilena y descendiente de quechua-atacameña.

REGIÓN DE TARAPACÁ, 2004
EL GALLO Y EL PUCU-PUCU
Erwin Challapa Choque (8° básico)
Colchane

Hace muchos años, en el tiempo de los incas, cuando todos los animales hablaban, un gallo cantaba en su pueblo todas las madrugadas, hasta que un día pasó un pucu-pucu y empezó a cantar a la misma hora. Desde ese momento empezó el gallo a discutirle que él era el que tenía que seguir cantando todas las mañanas como siempre lo había hecho.

El pucu-pucu, muy enojado, dijo que iba a poner una demanda y se fue a un lugar de justicia y le explicó al juez que el gallo no lo dejaba cantar. Entonces el juez mandó a buscar al gallo y como éste se vino caminando, se demoró un mes en llegar. El juez les pidió que le explicaran la situación. El gallo entonces le dijo:

—Yo canto a las cuatro de la mañana y el pucu-pucu me copió.

Y el pucu-pucu le dijo:

—Eso es mentira yo canto a las cuatro.

Y empezaron a gritarse. Entonces el juez les dijo:

—Haremos lo siguiente: el que cante a las cuatro de la mañana en punto seguirá cantando a esa hora y para siempre.

El pleito se hizo conflicto. Mientras tanto, el juez mandó a hacer dos hornos de barro, uno para el gallo y otro para el pucu-pucu. Los llamó a los dos y les dijo que esa noche tenían que dormir ahí y cantar a las cuatro de la mañana.

—El que lo haga justo a esa hora ganará el conflicto —agregó.

Los dos se durmieron temprano. El juez se despertó a las doce de la noche. El pucu-pucu también se despertó a esa hora y desde ahí en adelante cantó y cantó sin parar hasta a las tres y media de la mañana. Ya no podía más así que dejó de cantar. El juez miró su reloj y al rato después a las cuatro justas despertó el gallo y aleteando sus alas cantó un fuerte cocorocó.

El juez entonces dijo:

—Yo soy testigo de que el gallo cantó a la hora indicada por tanto él gana este conflicto y desde este momento el gallo cantará siempre a las cuatro de la mañana y el pucu-pucu puede cantar cuando quiera, donde quiera y a la hora que quiera, siempre que no sea a las cuatro de la madrugada. ¡He dicho!

Y es así como el gallo se ganó el derecho a despertar a los hombres a esa hora y para siempre.

REGIÓN DE TARAPACÁ, 2003

LA MOMIA DE LA CABELLERA RUBIA

Macarena Alejandra Araya Alfaro

Pica

Siendo muy niño, en el seno de mi familia, escuché la historia de una momia de mujer con cabellera rubia sacada del cementerio incaico. Estaba en el morro de la banda, llamado El Gentilar, expresión judía aplicada a los que no practicaban su religión. Después de trabajar 20 años en las salitreras Cecilia y Victoria, regresé a Pica en 1956.

Un día de junio de 1961 aprovechando una tupida camanchaca, salí a recorrer la pampa entre la comunidad y Chintaguy. Caminando, me topé con las antiguas canteras de tiza, material usado para la construcción de casas. Me recordé entonces que junto a ella hay un cementerio primitivo, según los entendidos.

Este encuentro me hizo recordar que en la banda había otro cementerio de origen incaico que guardaba la momia de la mujer con cabellera rubia.

Entonces decidí regresar a la banda para buscar la momia señalada ya en el lugar. Me acerqué a la casa del señor Palape, residente antiguo en el sector, al cual le pedí prestada una lampa⁸ y una barretilla⁹ delgada para aflorar¹⁰ el terreno.

—¿Qué va a buscar? —me preguntó. Le conté la inquietud que tenía.

—No pierda el tiempo —me dijo—. Le mostraré dónde está.

Cuando llegamos al altar de la Cruz de Mayo, me indicó el lugar donde estaba la momia que justamente estaba al pie del altar, y se fue.

Hice el hoyo hasta llegar al paquete funerario, así le llaman.

El cuerpo estaba envuelto en un poncho de lana de vicuña, al cual le corté las amarras para que exudara el mal olor. Ocurrió todo lo contrario, salió algo fragante a yerbas muy agradables pero igual me senté mirando a la momia. Justamente a las once horas me dormí. Vi que de su cuerpo salía una especie de vapor de color amarillento oro que se fue formando en el cuerpo de una mujer de unos 35 años vestida con una bata del mismo color en cuyo pecho tenía bordado un sol con hilos azules, diadema con plumas de colores, brazaletes, un collar de turquesas y una cabellera rubia que le llegaba más debajo de la cintura. Su mano descansaba sobre la cabeza de un niño como de unos ocho años con ojos azules igual que los de su madre. Tenía un cintillo multicolor de lanas y aretes de oro con colgantes de guairuros¹¹. La hermosa fisonomía de ambos mostraba sangre extranjera.

⁸ Lampa: palabra quechua que designa una pala de minero (nota del editor).

⁹ Barretilla: herramienta con punta aguzada que usan los mineros o campesinos para abrir agujeros en el suelo o para hacer palanca (nota del editor).

¹⁰ Aflorar: hacer agujeros en el terreno para buscar agua (nota del editor).

¹¹ Guairuros o huaaururos: palabra quechua que designa un tipo de semillas rojas y negras brillantes que se usan para collares, aros y pulseras (nota del editor).

¿Te sorprende encontrar el cuerpo de una mujer blanca entre tumbas de indios incaicos, verdad? Te contaré mi historia para que la describas y la des a conocer a la gente de tu tiempo.

Vivíamos en un puerto del mar Báltico donde mi padre tenía una compañía naviera. De regreso de unos de sus largos viajes, llegó con la entusiasta novedad que había encontrado en una parte del mar, una piragua con un salvaje casi desfalleciente que después de haberlo recuperado en su dialecto, le dio a entender que una tempestad lo alejó de la tierra de los incas, y con mímicas y mostrándoles algunos alimentos que en su patria había muchos y también oro, mostrando el medallón que mi padre tenía sobre su pecho, también le mostró las estrellas para que se guiara y pudiera llegar a la tierra de los incas. Cuando el salvaje recuperó su salud fue integrado a la tripulación del velero.

Continuamente les recalaba: “Inca, hijo, tata inti, el inca es hijo del sol”. Mi padre quedó tan impresionado de esa leyenda que tomó la decisión de vender su flota comercial, dejándose la más poderosa y la hizo llenar de alimentos, herramientas y algunos animales domésticos, subió a toda mi familia y la de algunos marineros.

Zarpamos de mi tierra una tarde de frío invierno, fecha en que yo tenía quince años de edad. El tiempo que navegamos no lo recuerdo, soportando durante ese tiempo que navegamos no sé cuántas tempestades que vivimos. El salvaje que mi padre bautizó con el nombre de Trongen fue la brújula que nos condujo a cruzar un canal con mucha dificultad. “Rumbo al norte”, ordenó mi padre y comenzamos a navegar por un mar tranquilo.

Un día durante la medianoche, el barco empezó a zarandearse peligrosamente a tal extremo que mi padre ordenó “estado de emergencia” que consiste en amarrar a las mujeres y niños a barriles de madera que según él, eran más seguros que los botes. Todo ocurrió en pocos minutos. “Sálvese quien pueda, les doy mi bendición”, gritó mi padre. Se tumbó el barco y todos comenzamos a dar tumbos en las crestas de las olas.

Desde ese momento no los vi nunca más. No sé cuánto tiempo pasó desde entonces. Empujada por una ola, me botó en una playa arenosa. El día estaba tan nublado que no me permitieron ver qué altura tenían los cerros que estaban frente a mí.

A piedrazos desarmé el barril y formando un atado, me dirigí a los cerros en busca de algún refugio, encontrando una grieta entre las rocas. Como me quedaban pocas horas de luz, bajé a la playa a buscar basuras secas, teniendo la suerte de encontrar cerros de árboles del mar. Friccionando dos piedras logré encender la basura y sequé mi ropa interior, no así la capa que colgué en un cactus para que la secara el viento.

Hasta ese momento el Creador había escuchado mis ruegos. Durante esa, y dos noches más, las tablas fueron mi techo pero no sentí mucho frío porque de día amontoné muchos árboles del mar que por gran cantidad están diseminados en la playa.

El hambre la saciaba con mariscos y la sed con el agua de los troncos de cactus. El segundo día bajo un sol radiante, subí a un montículo para observar las playas norte y sur, llevándome la sorpresa de ver que a cierta distancia de la playa, había cinco pescadores en unas piraguas muy pequeñas. Entonces corrí hasta mi refugio, avivé el fuego y comencé a producir humo para llamar la atención de los pescadores. Vi que suspendieron la faena y se reunieron a conversar mirando el humo que producía. Luego se dirigieron a la playa y yo bajé corriendo hacia ellos pero cuando me vieron se asustaron y se subieron en sus piraguas, alejándose. Los llamé desesperadamente, arrodillándome en la arena. Entonces reaccionaron y vinieron hacia mí.

Con movimiento de manos les expliqué lo mejor que pude mi llegada al lugar. El pescador más anciano les ordenó a dos mozos que por tierra me llevaran a su pueblo distante del lugar. A tres horas más o menos llegamos a una caleta formada por unas veinte carpas fabricadas con cueros de ballenas montadas en costillas, teniendo por asiento las vértebras de esos grandes mamíferos.

El grupo familiar era numeroso. Todos me miraban como si vieran en persona al diablo o a un ángel. De una carpa salieron los tres pescadores que regresaron por mar, acompañados de un anciano con una capa cubierta de plumas, un gorro caucásico con plumas de colores y en su mano izquierda, un bastón de huesos con un cóndor y en la derecha, un canasto con pescado cocido con papas.

Luego me arrodille ante él y le besé las manos. Él se conmovió, como así también las mujeres que me miraban desde sus carpas. El anciano cacique entró a su carpa y luego salió acompañado de una india muy fea. Él, mirándome, dijo golpeándose el pecho: “chañabaya... chañabaya...” y señalando a su mujer dijo “chañabayito, chañabayito”.

Con un movimiento de cabeza entendí que me preguntaba mi nombre, le dije “Brojni... Brojni” y todos repitieron mi nombre en coro.

Pasaron varios días, durante los cuales les pregunté a las mujeres si habían encontrado gente como yo. Muchas lunas atrás, muchas, en Loa, habían salido del mar cuatro hombres de mi color que habían sido llevados a Pica y allá por orden de otro cacique, los habían sacrificado en homenaje al padre Inti, el dios sol de los incas.

Un día llegó el chasqui trayendo la orden del cacique Quisma que me condujeran a su presencia. Una tropilla con ocho machorras, dos indios y dos pastores formaron la caravana que partiría a Pica. Cuatro descansos en tambos hicimos para llegar a esa nueva comunidad de indios. Niños y niñas se alborotaron al verme llegar. Entre los viejos no hubo sorpresas porque ya conocían a los blancos que fueron los cuatro ajusticiados con cuya sangre pintaron los troncos de chañares.

Luego me bañaron en la vertiente de las rocas y me dieron una bata blanca llamada acso. Me peinaron sorprendidos de mi larga cabellera y la prendieron con dos peinetas de oro, aros, brazaletes y un collar. Me convirtieron en la princesa de la comunidad. Este trato me despertó un presentimiento. Me estaban preparando para que fuera la esposa de Pukilo, hijo mayor de Quisma, con unos veintiún años o Huanta con diecinueve años de edad. Me preguntaba: ¿cuál ira ser?

Luego me dieron a entender que el cacique me recibiría y me llevaron a una ramada adornada con tapices con hermosas alegorías. En el fondo estaba sentado un anciano de mucha edad que se puso ágilmente de pie al verme llegar hasta su trono. Me miró con mucha atención, igualmente la anciana que lo acompañaba. Golpeándose en el pecho me dijo: “Quisma tupacc (poderosos) Quisma tupacc” y señalando a su esposa dijo: “Urpila (paloma) Urpila”.

Luego ordenó que los profesores de la tribu me enseñaran todo lo relacionado con el movimiento diario y costumbres, incluyendo la historia y geografía del imperio y lo que estaba más allá de sus fronteras. Entonces recordé al salvaje que mi padre rescató del océano, pues había llegado a un nuevo continente, desconocido en los reinos nórdicos.

Pasada la temporada de lluvia Quisma, me citó a la ramada. Lo encontré acompañado del consejo de ancianos, siete en total, y ante ellos me comunicó que en la próxima fiesta del Tata Inti, el 2 de junio, me tenía que casar con su hijo Huanta, capitán zonal de la guarnición de inca Atahualpa en Pica.

Enseguida hizo tocar el pífano, un instrumento de viento hecho de un largo tronco de árbol, en su forma parecido a un clarinete. Reunida la comunidad de indios quechuas, en sencillo ceremonial, Quisma, tomando la mano de Huanta y Urpila la mía, sellaron el compromiso del próximo matrimonio el día del Tata Inti.

El tiempo disponible hasta el día de la boda lo ocupamos en recorrer casi todos los pueblos del cacicado. En este tiempo Huanta tenía 19 años y yo 18. La ceremonia de la boda pasó a segundo plano ya que lo principal era el festejo al Tata Inti.

Doce años más tarde, mi hijo mayor Yaro fue acogido y con otros fue enviado al Cuzco a la escuela militar del Inca Atahualpa. Tres años habían pasado desde la partida de mi hijo Yaro cuando llegó el Chasque desde el Cuzco con la noticia de que el Inca Atahualpa había sido tomado prisionero por un ejército de hombres blancos en la fortaleza de Saccsaguamam.

La orden era que debería reunirse todo el oro que se pudiera para pagar el rescate. Estábamos todos en esa tarea cuando llegó otro chasqui anunciando que los blancos habían matado a Atahualpa. Dos órdenes impartió el cacique Quisma: ocultar el oro en la laguna del Huasco y cavar veinte tumbas para que los principales del cacicado ofrendaran sus vidas para servir al Inca en el otro mundo.

Huanta y Pukilo partieron al norte a reforzar el ejército del Inca. El día indicado por Quisma, los veinte voluntarios nos reunimos en la ramada para beber el mata-chocta, líquido que mata sin dolor contrayendo el cuerpo y secándolo sin descomponerlo. Sepultados con las ceremonias de rigor, este cementerio pasó a llamarse el Gentilar.

Como puedes darte cuenta, esta es mi historia, ahora tú puedes narrarla a tus hijos, y ellos a sus hijos. Así no desaparecerá jamás y podré vivir entre ustedes por siempre.

REGIÓN DE TARAPACÁ, 2001
EL CÓNDOR Y LA PASTORA CHAIMA

Nilda Choque Challapa
Colchane

Un día sentado en el champeal, pastoreando los llanos, mi abuelo me contó que hace muchísimo, pero muchísimo tiempo, había una pastora que se llamaba Chaima y que pastoreaba los llanos todos los días, mientras tejía lana para hacer cama y gorros.

Un día, llegó al champeal un hombre muy elegante de terno negro. Era el cóndor que se había convertido en una persona. Se encontró con la pastora y le dijo:

—¡Cunamasta ymilla! (¿Cómo estás niña?).

Contestó la pastora Chaima:

—¡Baliquista yocalla! (Estoy bien).

El cóndor, actuando como una persona, le dijo:

—¿Por qué no jugamos a las payayas? (Se juega con bolitas).

Contestó la pastora Chaima:

—¡Bueno, ya! Yo empiezo primero.

Y así, haciéndose amigos, mientras pasaba la hora hasta el atardecer, cuando el sol se perdía entremedio de los cerros, el cóndor le dijo a la pastora:

—¿Por qué no jugamos al cargarse a la espalda?

Contestó la pastora Chaima:

—¡Ya, po, pero tú cárgame primero!

El cóndor le dijo:

—¡Bueno ya! ¡Yo te cargo primero en mi espalda y después tú!

La pastora Chaima se subió a la espalda. El cóndor la sujetó bien y luego corrió y corrió. Se fue elevando hacia el cielo y se fue convirtiendo en un gran cóndor. Mientras tanto, la pastora intentaba bajarse, pero no podía. El cóndor la llevaba a una cueva muy alto donde nadie podía ir a rescatarla... Cuando llegaron a la cueva, la pastora le dijo:

—¡Tengo hambre!

El cóndor le respondió:

—¡No te preocupes, voy luego, pero no trates de escaparte!

El cóndor inmediatamente fue a buscar alimento. Como el cóndor se alimentaba de carne fue a cazar un llamo. Mientras la pastora lloraba y lloraba, en un momento llegó el cóndor muy cansado con un trozo de carne cruda y le dijo:

—¡Aquí está el alimento más rico!

Contestó la pastora:

—¡Yo no me alimento de carne cruda!

El cóndor se devolvió para cocer la carne, pero como no sabía lo que era cocer la carne, pensaba que era ponerla encima de la ceniza. Así lo hizo y luego volvió a la cueva y le dijo a la pastora:

—¡Aquí está la carne cocida!

Contestó la pastora muy furiosa:

—¡Tampoco me alimento de carne con ceniza!

El cóndor recién comprendió lo que era cocer la carne y se fue inmediatamente a cocerla, mientras la pastora Chaima lloraba y lloraba. De pronto, sin saber de dónde, apareció un loro que le dijo:

—¡Ymilla! ¿Por qué estás llorando?

Contestó la pastora:

—¡Porque un cóndor me trajo a esta cueva, y no puedo bajarme, y yo sé que mi familia está preocupada! ¡Ayúdame, lorito!

El loro le dijo:

—¡Dame esa traba amarilla, y después te bajo de esta cueva!

Contestó la pastora:

—¡Ya, po', yo te doy esta traba amarilla pero tú me bajas de esta cueva!

Entonces el loro, muy afligido, la cargó a su espalda con todas sus fuerzas y la bajó de la cueva. La pastora Chaima agradeció al lorito y le pidió que la acompañara hasta su choza.

Mientras tanto, el cóndor volvió a la cueva y se dio cuenta que la pastora se había escapado. Entonces, muy furioso, mandó a llamar a todos los animales que volaban. Justo en ese instante no se encontraba el lorito, así que el cóndor se dio cuenta que se había llevado a la pastora, entonces el cóndor atacó a todos los loros, y es por eso que el lorito quedó para siempre con su cresta amarilla en la cabeza.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA, 2012

EL FLOREO

María Alegría Bello Sota (6° básico)

San Pedro de Atacama

Hace mucho tiempo atrás los abuelos contaban que se floreaba a los animales, poniéndoles lanas de colores para recibir la primavera. Cada color representaba algo diferente: siembra, flores o abundancia de agua. Se cuenta en reuniones familiares que un año los animales no fueron floreados, y que entonces hubo sequía y hambruna. Los *apus* (cerros) estaban tristes y enojados, porque el floreo no había sido hecho y la gente estaba desesperada al no poder alimentar a sus familias. Una pequeña niña apareció con la solución: guardaba un saquito con semillas de todos los colores y tamaños. Les contó a los de su pueblo, pero no le creyeron. Fue entonces que empezó a sembrar afuera de su ruca.

Crecieron semillas de todas clases, maíz, papa y quínoa, de diversos colores y tamaños. Los *apus* vieron los colores y creyeron que era el floreo, de modo que dieron fin a la sequía y la hambruna. De esa manera la pequeña niña salvó a su pueblo.

REGIÓN DE ATACAMA, 2009
ZAPATITOS DE CRISTAL
Mauricio Leiva Arqueros (17 años)
Copiapó

Mi abuela era una mujer de campo. Vivió ochenta y dos años al servicio de esta tierra copiapina, encerrada entre las cercas de chañares y pimientos en el pueblo de San Fernando. Con sus ojos grises y su delgada y pequeña figura, parecía flotar entre la amarilla y reseca tierra del terreno, cuando corría con sus manos llenas de maíces para alimentar a las gallinas y a los pavos. Yo la miraba desde lejos, quería descubrir cuántas soledades habían atrapadas en aquellos ojos azulosos y cuántas penas olvidadas, transparentando los innumerables momentos de tristeza que al pasar de los años había acumulado en su corazón. ¡Qué tiempos aquellos!

La indomable mujer vestida siempre de pantalón negro y chaleco café, alboreaba junto con los primeros cantos del gallo de casa y encendía azarosa el fuego en el fogón. Su casa, humilde como su alma misma, entablada al final del terreno del callejón Pedro de Valdivia, ardía con los calores del verano y se sumergía en la lluvia y el barro en los tiempos de invierno. En la entrada de la casa, se erguía orgullosa una higuera que entregaba dos frutos al año: las deliciosas brevas de piel oscura y rosada carne, y luego los higos que ella recogía y dejaba secar al sol con la paciencia de una otoñal brisa, entregándonos después sus sabrosos y dulces resultados.

Tenía mi abuelita treinta gallinas y dos pavos, a quienes cuidaba celosamente, dándoles la harinilla en la mañana y a media tarde, cuando el sol caía, los restos de la comida que había sobrado del almuerzo. Nunca se enfermaba, y cuando le dolía la cabeza, cortaba rodajas de papas y las maceraba en vinagre para luego colocarlas como una corona vegetal sobre su frente ajada y gastada por el tiempo. Yo la miraba, mientras dormía al lado del perro blanco y a sus pies el Churrungo, un gato que de tan viejo no tenía dientes. Yo le preguntaba qué es lo que comía el gato, y ella sonriendo amablemente me decía:

—Come ratón en polvo, hijito.

Mientras me imaginaba cómo era el ratón en polvo, mi abuela sonreía a carcajadas y luego me envolvía entre su cuerpo dándome un palmazo o sacudiendo mis orejas.

Todos los quince de cada mes, se apostaba en el enrejado de chañares que celaban cuidadosamente el portón, esperando al abuelo que venía de la cordillera, trayendo entre su morral, el queso de cabra, el charqui de guanaco y la milagrosa yareta, una hierba que, según ella, curaba de espanto al mismo demonio.

Crecí con ella y con sus recuerdos, disfruté de sus risas y nunca entendí sus lágrimas, pero me daban mucha pena, porque las lloraba en un silencio que parecía un fantasma que la poseía toda, y es que cuando la abuela Olinda lloraba lo hacía por sus pasados, por su mamá, por su hija muerta, por sus familiares de antaño que no pude conocer, porque llegué a sus brazos después de que la vida se había ensañado del todo con ella.

Un día, mi abuelita no se levantó temprano. Su andar mediero y tranquilo acusaron cansancio y aquella sonrisa fresca comenzó a desaparecer lentamente.

—¿Qué le pasa abuelita? —le pregunté un día cualquiera.

Ella me miró traspasando mis ojos, y en aquel momento descubrí que no estaba bien.

—¡Nada mijito, nada! Estoy un poco cansada, pero eso es todo.

—¿Me puedes contar una historia? —le pedí arrullado en su falda.

—¿Una historia? ¡Pues bien, te contaré una historia! Hace muchos años en este mismo terreno, nació la mayor de tres hermanas, quien se preocupó siempre de cuidar a sus hermanos menores y a su padre, un gigantesco hombre que medía casi dos metros y que vendía huevos en el pueblo de San Fernando. Ella no fue a la escuela, por lo que apenas sabía escribir su nombre. Vendía flores ¿sabes? Cultivaba ilusiones y para el uno de noviembre las iba a ofrecer a la salida del cementerio viejo. Su única ambición era tener zapatos nuevos. Al pasar de los años, sus hermanos encontraron sus vidas y ella quedó en este mismo lugar, cuidando hasta el último minuto a su padre, quien después de tanto vender huevos se cansó y se quedó dormido a la salida de la casa. Allí nunca más despertó. Después conoció a un gentil varón que la enamoró y de él tuvo cuatros hijos. Camilo, Isabel, Delfina y Margarita, y los amó y los cuidó hasta que ellos hicieron su propia vida. Les dio estudios y nunca escatimó en darles lo poco y nada que ella tenía.

Mientras mi abuela relataba su historia, yo jugaba con el botón de su chaleco café y miraba atentamente aquella mirada azulosa que se empañaba una y otra vez. Una lágrima turbia cayó sobre mi frente. Ella cuidadosamente la secó y luego comenzó a mecarme.

—¡Hace frío, mijito! —me dijo.

—¿Abuelita?

—Dígame.

—¿Es usted la del cuento, verdad?

Y volvió a sonreír.

—Cuando yo sea grande y trabaje —le dije acariciando sus canas— le voy a comprar esos zapatos hermosos con los que usted soñó.

—Ya es demasiado tarde para ser grande —replicó besando mi frente.

No pude entender lo que ella me dijo, pero guardé el más absoluto silencio y me dejé llevar por aquella mano que acariciaba ahora mi cabello y me dormí.

Cuando desperté, ella no estaba, se había dormido en sus propios sueños, llevándose con ella la alegría más grande que un ser humano pudiera sentir. Aquella tarde de mayo, faltando dos días para su cumpleaños, mi querida abuelita Olinda dejó este mundo en el ritual más extraño que pudiera elegir para partir.

Ahora estoy frente a su tumba, bordeada de flores, las mismas flores que antaño ella vendiera, y junto a un hermoso par de zapatitos de cristal en miniatura, le entrego mi mejor beso de amor y gratitud. Yo fui todo para ella y ella siempre lo será todo para mí. ¡Te quiero, abuelita, y gracias por aquella tarde de historias que te pedí y me regalaste eternamente! ¡Nunca te olvidaré!

REGIÓN DE ATACAMA, 2010
LOS ESPANTOS DE MI TÍO
Nelson Leiva Arqueros (15 años)
Copiapó

Copiapó es una ciudad minera por excelencia, nombrada en el mapa del Chile colonial como la más próspera de las tierras del norte y eso quedó comprobado con las insólitas historias que mi abuelo Gregorio solía contarme.

Él era un hombre solo. Me contaba que a su padre se lo había llevado “el Cachúo”, porque fue a buscar un entierro por entre los cerros, historia que a pesar de que le apenaba, lo empujaba a lanzarse a la aventura por lo menos para tener un recuerdo, por vago que fuera, de aquel padre a quien tanto extrañaba y que jamás había podido olvidar y a quien admiraba eternamente por su coraje y valentía.

En cierta ocasión fuimos de paseo. Comenzamos nuestra cabalgata, internándonos por los cerros costeros, verdaderas pirámides naturales que nos envolvían en la inmensidad y el silencio. El sol parecía no moverse de su sitio, inspirado en brindarnos toda su luz y su calor. Subíamos, bajábamos y descansábamos, todo en un silencio que inexplicablemente comunicaba lo real con lo imaginario. Más allá de la aventura, la experiencia que viviríamos no la repetiría por nada en el mundo.

Yo iba detrás de él, imitando cada uno de sus pasos, cuando de repente un grito que me curó del espanto salió de su boca.

—¡Jesús, María y José!

—¡Quéeee!

—Anda y di tres veces diablo al revés, que hemos encontrado un nido de oro en la cola del Patas de Toro....

—¡¡¡Olbaid, Olbaid, Olbaid, que el diablo no me lleve a mí!!!

Efectivamente, mi abuelo me había preparado para la eventualidad de encontrar una mina abandonada entre aquellos vientres de tierras y piques olvidados, en los que de seguro andaba ese caballero que no quiero ni nombrar...

—¡¡¡Olbaid, Olbaid, Olbaid, que el diablo no me lleve a mí!!!

Mi abuelo detuvo el caballo a la entrada de un gran tajo, bajó rápido y sin temor alguno, me tomó de la mano que sudaba de espanto y me advirtió una y otra vez.

—Si ves algo extraño, solo di tres veces lo que te dije... Quédate al lado del caballo, iré a echar un vistazo y vuelvo enseguida.

Yo debía ser un hombre a los doce años, porque para eso había venido con mi tata Gregorio desde Tierra Amarilla, para acompañarlo en su búsqueda, pero debo confesar que el miedo era tan grande que me tiritaban las cañuelas y se me secaba la garganta de tanto decir al revés y tres veces “Olbaid, Olbaid, Olbaid.....” que se había convertido casi en una oración.

Aquella mina estaba abandonada por años y la curiosidad obviamente me llevó a entrar en una de las casuchas que al parecer cobijaba a los pirquineros. Todo estaba intacto, cubierto de telarañas, de polvo y de recuerdos dormidos. Una cama, un cajón manzanero que servía de velador, una silla, un tablón apoyado a la pared lleno de papeles, revistas y diarios...

Con cada paso que daba crujía la madera como reclamando al intruso que venía a desordenar el pasado, pero la curiosidad pudo más que el espanto y empecé a trajinar las cosas que estaban en aquella improvisada mesa, entre ellos, diarios que databan de 1954, revistas, cajetillas de cigarrillos y varias cartas, algunas que jamás fueron abiertas. De pronto y mientras trajinaba, un fuerte crujido resonó en la pieza.

—Cruncccccccccchhhhhh.

No sé si fue una rata o un zorro que se había escondido entre los olvidos, pero inmediatamente quise salir de aquel lugar, obviamente diciendo “¡¡¡Olbaid, Olbaid, Olbaid, que el diablo no me lleve a mí!!!”... Eso resultaba según mi abuelo, porque a él también se lo enseñó su papá, o sea, mi bisabuelo.

La puerta se abrió estrepitosamente frente a mis ojos, mis cañuelas nuevamente comenzaron a bailar incontroladas y el sudor bañaba mi frente y mis manos. Los ojos me salían de las órbitas, mientras esperaba que la puerta se abriera completamente para ser descubierto por el Patas de Toro.

Una silueta de como dos metros se desdibujó en la sombra que proyectaba el sol y el cerro; una sombra tan larga e interminable como mi miedo. Demoré en llegar hasta su rostro, porque tenía los ojos cerrados de espanto y no cesaba de decir: “¡¡¡Olbaid, Olbaid, Olbaid, que el diablo no me lleve a mí!!!”

—¿Qué estás haciendo aquí, chiquillo de moledera?

—¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Mamáaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaá!!!!!!!!!!!! —grité preso del espanto y salí corriendo sin mirarle la cara al Patas de Toro, porque mi abuelito me dijo que no tenía que hacerlo. Corría y corría, pero ni siquiera estaba el caballo y el tajo de la mina abandonada parecía más oscura... mucho más oscura que al llegar. ¡Claro, si ya estaba oscureciendo!

—¡Abueliiiiiiiiiiiiitooooooooo! —llamaba sin cesar una y otra vez.

Alguien me tomó por los hombros y me levantó en los aires como si fuera una hoja de papel seca o una de esas cartas que encontré en aquellos sitios de olvidos...

—Aquí estoy, niño tonto... ¿Qué te ha pasado?

Sin mirarlo aún, porque la posición no me lo permitía, conocí su voz, pero tenía miedo, porque también me habían contado que “el Malulo” se transformaba en cualquier cosa. Así como vaciando todos los conocimientos adquiridos por mi abuelo Gregorio, me acordé también que me dijo que había que mearlo. Así que muy sigiloso y con las manos aun temblando me propuse cumplir con mi cometido y una vez que me hubo bajado procedí...

—¡¡¡Allí tenís, diablo malo!!!

El diablo que no era el diablo, sino verdaderamente mi abuelito quien se espantó de la mojada que le entregué, trataba de convencerme de que no siguiera haciéndolo, pero la humedad de mi miedo era tal que ni siquiera podía terminar de hacerlo.

Abracé a mi abuelo Gregorio, luego de haber entendido todo y me puse a llorar.

Él me abrazó y me consoló diciéndome que las cosas que me contaban eran solo mitos y que formaban parte del folclore copiapino... Que nada de eso ya existía. Entonces le pregunté:

—¿Y estas cartas abandonadas?

—Esta es una mina de oro muy antigua... Ya no queda nada que hacer aquí, seguramente su dueño la abandonó junto con la historia que vivió, pero nada de diablos ni cosas por el estilo... Vamos, se hace tarde y debemos cabalgar a casa...

—¿Y qué hago con esta carta?

Mi abuelo Gregorio la tomó, la abrió y la leyó a viva voz...

Estimado don Gregorio Marquesina:

Le saludo con todo respeto y le ruego me envíe el dinero de mi padre, ya que producto de la caída en la mina ha quedado muy quebrado el pobre y necesitamos remedios para que se recupere, porque sabemos que usted se irá a vivir a Inglaterra. Además de las fichas que nos tiene que enviar por haberle lavado los sacos harineros y haber remendado la ropa de los pirquineros.

Mi hermana Lorenza ya no trabajará más en su mina, porque... quiero contarle, además, que su hijo Gregorio Marquesina, pretende a mi hermana, y déjeme decirle que mi padre no estaría a gusto si el joven Gregorio sigue pretendiendo a mi hermana... Usted sabe, eso de las sociedades y todo...

Espero por el dinero, estaré en la Estación de Copiapó el jueves 24 de junio de 1932 a espera de que la "Copiapó" pase a dejar los pescados y mariscos al mercado municipal. Le ruego me envíe con el boletero el sobre correspondiente y con hartos lacres por favor.

Atentamente.

Candelaria Maturana.

Mi abuelo Gregorio respiró profundo y comprendí que algo más allá de la curiosidad lo movió a caminar a esa pieza atestada de recuerdos detenidos. No me dijo nada, me pasó la cincha del caballo y palmoteó mi hombro. El sol ya caía pleno tras los indemnes cerros y las primeras brisas frías bañaron el lugar. Lo esperé no muy convencido de lo que mi abuelo me había asegurado, así es que por si acaso comencé mi ritual de "¡¡¡Olbaid, Olbaid, Olbaid, que el diablo no me lleve a mí!!!", mientras mi abuelito avanzaba de regreso, sin ninguna carta en la mano.

—Vamos, muchacho —me dijo.

—¿Y las cartas abuelito, vas a dejar las cartas?

Me miró con sigilo y una línea brillante había surcado su rostro. A mí me pareció la huella de una lágrima...

—Es bueno dejar los recuerdos... Tal vez dormidos duelan menos... —respondió.

Ahora, al pasar los años, supe que aquella mina era de mi bisabuelo quien por largos años tenía guardado aquel secreto de esa mina de oro y que su desaparición repentina no era obra del diablo, sino que se había hecho silenciosamente rico y se había ido a Inglaterra, dejando a su esposa y a su hijo Gregorio solos en esta ciudad.

Han pasado los años, pero los recuerdos perduran guardados en aquella mina abandonada entre los cerros, junto con los silencios penosos de mi querido abuelo Gregorio Marquesina.

REGIÓN DE ATACAMA, 2010
EL DIABLO EN SU CABALLO

Felipe Andrés Muñoz Molina (16 años)

Vallenar

La Mami Flora vive en la majada La Cantero, al sur de la ciudad de Vallenar. Ahí cría cabras, gallinas, chanchos, conejos y burros. Le decimos Mami, porque nunca ha querido que la llamemos abuela. Ella es muy especial, tiene tantas historias como años sobre sus hombros. Esta es una de esas veces en las cuales, como siempre, guardamos silencio y nos dejamos envolver por su voz llena de magia.

Yo era una niña, creo que tenía unos once o doce años. Vivía con mi mamita y mis hermanos, el Lázaro y el Melqui, en la majada El Molle. Nosotros éramos los más chicos, porque mis hermanas Gala y la Berta ya se habían casado. La Gala vivía cerca, pero la Berta se había ido a la mina La Abundancia, por allá por Camarones, el mineral de plata y cobre que años antes había sido muy grande. Incluso ahí había hasta pulpería, pero por ese entonces quedaban las puras ruinas y unas cuantas minas que aprovechaban los pirquineros.

Entre esos pirquineros estaba mi cuñado Manuel, marido de la Berta, pero él era tan bueno *p'andar* tomando que lo poco que ganaba se le iba en puro vicio, así que la Berta pasaba harta necesidad, y mi mamita vivía *preocupa'* por ella, por eso siempre me mandaba a dejarle alguna cosa. Claro que antes no era como ahora, cuando las mamás mandaban, uno tenía que obedecer al tiro y *na'* de andar rezongando, fuera lo que fuera que te mandaran a hacer, uno lo hacía. Y así *pu'*, mi mamita un día de los tantos se puso a arreglar unas cosas para mi hermana, la Berta, y sin preguntar *na'*, me dijo: “Oye Flora, *vai* a ir a dejarle un poco de hierba, harina y azúcar a tu hermana”.

Yo *callá'* obedecí y aunque el sol ya se había puesto, ni tonta reclamar que era tarde *pa'* ir y volver. Así que ensillé al Calchilla, un burro que teníamos bien mansito, y era bien difícil que se espantara con algo. Yo me sentía bien segura cuando andaba en él, le arreglé la alforja con los víveres y llamé al Pichintún, mi perro, que nunca me dejaba y me cuidaba como hueso santo cuando yo andaba por el cerro. Y me fui *po'*, me demoré en llegar, porque los caminos eran malos, caminos de arrieros nomás.

Cuando llegué a Camarones, allá estaba la Berta, había hecho unas tortillas de pacul y las tenía en la parrilla... ¡pacul, *pu'*!, esas semillitas que ustedes recogen *pa'* hacer con azúcar *quemá'*, pero en esos tiempos cuando uno no tenía pan las molía en piedra, después con un poco de agua quedaban como manjar de campo y bien cocidas eran capaz de tentar al diablo.

Cuando me vio, la Berta se puso contenta y me ofreció un tecito. Yo comí rapidito porque estaba cayendo la noche y tenía que volver y mi vieja era *jodía'*, y no aguantaba que uno se quedara en las casas. No como los niñitos de ahora que se amanecen en la calle y no les importa ni una cuestión, así que la Berta me alistó una tortilla de las que había hecho en la alforja: “Es *pa'* la mamita” —me dijo— “*pa'* que tome mate, y te *apurai*, *pa'* que no se te haga de noche” —terminó diciéndome.

Salí rapidito de ahí *pa'* alcanzar un poco de sol, pero a mitad de camino se me vino la oscuridad, empezaron a salir las primeras estrellas y la noche se vino encima como una mina vieja sin lámparas. Yo arriaba al *Calchilla pa'* que se apurara, pero el burro caminaba despacito, y entre tiras y aflojas llegué hasta el portezuelo del Romero, y bajé pensando que sería mejor irme por la quebrá, *pa'* evitar encontrarme con algún minero, porque habían hartos por ahí y, según mi mamita, uno tenía que alejarse de ellos, porque no conocía las intenciones de toda la gente, y yo que era niña nomás.

Ahí empezó la noche más larga de toda mi vida. No alcancé ni siquiera a avanzar un metro cuando de repente sentí un *rodaño* de piedras y una sonajera de riendas detrás de mí. La piel se me puso de gallina y un escalofrío me recorrió completa, pero como mi mamita siempre decía: “Cuando anden por ahí y sientan lo que sea, nunca ¡pero nunca miren *pa’trás!* porque puede ser cualquier cosa mala y si la miran de frente pueden hasta perder la vida”.

Así que no sé cómo le di rienda al Calchilla y de vez en cuando le apretaba las costillas con los talones *pa’* que se apurara, pero parecía que el Calchilla no me entendía, porque cada vez me sentía más cerca de ese huaso a caballo que me seguía sin siquiera decir una palabra. Me siguió metros y yo de reojo podía ver que el caballo era negrito y que de las riendas le salían chispas amarillentas, lo mismo que de las herraduras.

El hombre que montaba ese animal era grande y no era de este mundo, porque aunque yo no podía verlo, sentía que no era algo bueno, además que el Pichintún gemía como si alguien le hubiese *pegao*, pero nunca se apartaba de mi lado.

No sé cuánto camino recorrí, pero ese trecho fue el más largo que nunca había andado, el Diablo y su caballo estaban tras de mí y yo sin siquiera poder pronunciar ni una palabra. Yo creo que me siguió como una media hora, nunca miré, pero podía sentir el resuello caliente y húmedo por la espalda, y así fue por toda la *quebrá*.

Cuando llegamos a media falda del cerro, donde hay unas piedras negras grandes, sentí como si venía una tropa de caballos rodando... como si un cerro se me venía encima y un viento fuerte con olor a azufre me entró por la nariz. Sentí un miedo grande y quedé como hipnotizada, me caí del burro con montura y todo, me acuerdo que traté de agarrarla, pero no pude y en mi inconsciencia busqué la alforja con la tortilla de pacul y no estaba, era como si alguien la hubiese *sacao* del burro: todo era muy terrible.

Al rato me paré como pude y me quedé como *paraliza’* sin pensamientos ni nada, no sé cuánto rato estuve así, a lo lejos sentía una voz que me gritaba: “¡Flora!, ¡Flora!” pero no podía contestar, estaba muda e ida...

Lo que me dijeron después fue que mi hermano Melqui me encontró al aclarar y que estuve tres días sin decir una palabra. En la casa pensaban que algún hombre me había hecho algo, pero no *pu’*, si lo que yo había vivido esa noche nunca más se me olvidará, incluso ahora que ya estoy vieja...

Esa noche, hijo mío, me había seguido el Diablo en su caballo y de seguro el muy sinvergüenza se habrá chupado los bigotes con la tortilla de pacul que me robó.

REGIÓN DE ATACAMA, 2011
LA FÁBULA DEL ALICANTO
 Nelson Leiva Arqueros (16 años)
 Copiapó

Un día de lluvias, de esas que pocas veces se ven en el norte, donde el viento arrecia intempestivamente, donde las tralcas¹² y los relámpagos figuran una orquesta llena de ruidos y luces que pareciera que hubiera una fiesta en los cielos; un día de esos, en que los zorros y las iguanas huyen hacia sus guaridas presos del espanto y llenos de asombro, y los jotes y los aguiluchos aletean con urgencia hacia sus nidos; un día de esos, don Manuel bajaba del cerro Capi con su carpacho lleno de mineral de oro, con el mismo asombro y temor mezclados.

Don Manuel Godoy era un hombre de cerros y piedras, de mineral, de piques profundos y de picota y barreta. Él era minero de nacimiento, según decían los que lo conocían. Un hombre de rudos gestos y frente quebrada por el sol, de mechales blanquecinas y dientes entreabiertos, singularmente tenía en su boca un diente de oro y uno de verdad, por lo que, cuando reía, el sol golpeaba sobre su boca haciéndola brillar.

Muchos decían que era hermano del cuco, porque no tenía nada de buenmozo el hombre, pero era muy amable con la gente que lo conocía, no obstante ello, era mediero y tranquilo.

Mientras, la lluvia caía por su cuerpo, y los truenos y relámpagos de aquella lluvia parecían reclamarle el tesoro que llevaba en su carpacho. Don Manuel Godoy se detenía toda vez que los fuertes truenos hacían su sonata y curiosamente bajaba su morral y lo golpeaba sobre el suelo. Según él contaba, eso lo hacía para apaciguar a la Pachamama y ejercer dominio sobre ella, situación que producía casi por encanto una llovizna suave que calmaban los vientos.

Cerro abajo pasando por el cementerio, lugar donde vivió una colonia de indios atacameños que dejó por vestigios algunas cocinas rudimentarias, unas lozas talladas de piedras y muchas tumbas, las que sólo se podían ver —según él— con los ojos del alma, mientras las contemplaban con los ojos del cuerpo; don Manuel esperó con paciencia que acampase la lluvia y dejó su saco sobre una piedra que en esos años había servido de lavadero.

—¡Buen dar con la lluevecita esta! —exclamaba a la nada, porque su vida era tan solitaria como esos cerros que lo acompañaban.

Don Manuel encendió un cigarrillo y fumó mientras observaba el carpacho lleno del fruto de su trabajo. ¡Sendas peñas pintadas de oro!

—¡Cerro bendito de mi taitita Dios! —volvía a exclamar mientras contaba las piedras: —Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis.... Sólo me falta una piedra y estoy listo.

Luego miraba las nubes que corrían presuras tiñendo el cielo de gris y replicaba.

—Solo la séptima y habré terminado mi tarea.

Era un hombre testarudo y siempre se salía con la suya, pero aquella tarde de lluvia algo le haría cambiar sus pensamientos.

Como la lluvia había cesado, tomó su morral y continuó su bajada hasta llegar al despeñadero,

¹²Tralca: palabra en mapudungun que significa trueno (nota del editor).

un lugar donde las piedras descansaban después de un largo recorrido cerro abajo movido por los temblores o los vientos, o la simple necesidad de que aquellas piedras estuvieran allí, señalando el camino a la ciudad. Las nubes se abrieron de improviso, dejando traspasar algunos rayos de luz, los que al chocar con las gotas de lluvia formaron un gran arcoíris, que comenzaba desde el inicio del despeñadero y cruzaba todo el cerro Capi.

Don Manuel se detuvo para ver la belleza de aquella postal en vivo que su taitita Dios le regalaba. Sonreía y el sol también chocaba con sus dientes de oro. Entonces, puso atención al inicio del arcoíris y descubrió que entre las peñas, había una que brillaba sobremanera y que le llamaba con su brillo.

—¡La olla del arcoíris, la olla del oro! —exclamó rebosando de alegría—. ¡Sí, sí, sí!

Corrió raudamente, porque tenía que llegar antes que el arcoíris desapareciera o si no los duendes (según él), se llevarían el tesoro. No le importó su morral ni el inmenso trabajo que le tomó encontrar tanta peña de oro y corrió con su pala y picota hacia el inicio del arcoíris sonriendo siempre, porque había aprendido que si él sonreía, la lluvia chocaría con el brillo de sus dientes de oro y mantendría abierta la puerta a ese gran nido de oro que le esperaba al inicio del arcoíris.

Corrió y corrió sin descanso, pisando piedras, y riendo siempre para no apagar el arcoíris, pero mientras más avanzaba, más lejano le parecía el final.

Detuvo sus pasos, cuando un zorro se cruzó en su camino y lo miró tan fijamente sentado en su cola que don Manuel no tuvo más remedio que enfrentarlo, pero si cerraba su boca se apagaba el arcoíris, porque el sol no chocaría con sus dientes, por lo que no podía espantarlo si no con musarañas, con aleteos y con piedras que recogía y lanzaba, pero no cesaba de reír.

El zorro le dijo:

—¿Por qué sonríes y me atacas a la vez si dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis?

Y él con la boca abierta intentaba decirle:

—Es que si dejo de reír se apagará el arcoíris y la peña número siete jamás encontraré...

Y el zorro se apartó de él y don Manuel continuó su marcha.

Con trote ligero avanzó, mientras algunas nubes empezaban a seguirlo desde el cielo opacando el brillo del sol y desarmando el arcoíris. Una bandada de jotes estaba en pleno festín, alimentándose de carroñas. El los miró sin dejar de reír, y los jotes lo observaron mientras saboreaban su cena.

Uno de ellos se acercó a él y lo sobrevoló.

—¿Por qué te ríes de nuestra cena minero Manuel si dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis?

Y él contestó:

—Es que si dejo de reír se apagará el arcoíris y no llegaré hasta él y la piedra número siete jamás encontraré.

Y el jote, junto al resto, decidió emprender vuelo hacia sus guaridas.

Ya quedaba poco tiempo y si Manuel cerraba su boca el arcoíris desaparecería, porque el brillo del sol ya ni siquiera le alcanzaba. Corrió a prisa, muy a prisa y sin descansar y en su camino casi llegando hacia el inicio del arcoíris que cruzaba todo el cerro Capi se encontró con una iguana que se puso frente a él y con voz amenazante le preguntó.

—¿Por qué te ríes mientras corres minero Manuel si dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis?

—Es que si dejo de reír el arcoíris se apagará y no podré llegar hasta el oro.

—¡Humm! —exclamó la iguana— será mejor que te devuelvas, porque seis menos dos son cuatro y cuatro menos dos son dos.

Manuel Godoy se extrañó: por qué si el zorro le preguntó lo mismo y lo dejó pasar, después el jote le preguntó lo mismo y lo dejó pasar y la iguana le preguntó lo mismo y le pide que regrese; no lo entendía.

—Mientras tú ríes, el sol choca sobre tus dientes de oro y las gotas de lluvia provocan un arcoíris siempre que tu boca esté abierta. Si la cierras desaparecerá.

Manuel hizo la prueba y, efectivamente, la iguana tenía razón.

—Tu propia ambición ha jugado en tu contra. Has dejado el fruto de tu trabajo en medio del cerro y has corrido preso de la ambición.

Y dicho lo último, la iguana se alejó confundiendo entre las piedras.

Manuel Godoy que era minero de nacimiento, de extraño aspecto y con un diente de oro y otro no, comprendió el mensaje de la iguana y se devolvió por el mismo camino. De regreso, se encontró con el jote, quien le dijo:

—¡Te has dejado de reír minero Manuel, y el arcoíris se ha ido! —Y sobrevolaba sobre su cabeza riendo.

Continuó Manuel y a su paso encontró al zorro, quien le dijo:

—¿Qué ha pasado con tu risa minero Manuel? Has dejado de reír y se ha ido el arcoíris.

Y se fue el zorro gruñendo y riéndose del pobre minero Manuel.

Cuando estaba a punto de llegar hasta donde había dejado su carpacho, el minero Manuel Godoy observó con distancia que una gran ave y de mucho brillo descansaba sobre su carpacho.

—¡El alicanto, el alicanto! —gritó afanosamente. Y corrió desesperado tras su caza, pues él sabía que donde el alicanto hacía su nido se encontraba oro o plata.

—¡El alicanto, el alicanto! —corría y corría, pero de pronto se detuvo y se acordó de lo dicho por el zorro y por la iguana que hasta pareció haberlos escuchado a coro decir: “Has dejado de reír minero Manuel, porque dos y dos son cuatro y dos son seis y la siete que tú buscas frente a ti la encontrarás”.

Entonces entendió que los animales le habían dado una señal y que la séptima peña era justamente la que se encontraba anidando en su carpacho. El alicanto se había posado sobre él y anidaba sobre sus seis peñas.

El minero Manuel avanzó sigiloso como el zorro, hábil como la iguana y con una vista amplia como el jote repitiéndose que no tenía que ser afanoso ni ambicioso, porque el alicanto alzaría sus alas y emprendería su vuelo llevándose consigo el fruto de su trabajo; entonces, cuando estuvo cerca del ave se abalanzó sobre él. El alicanto aleteó, removiendo el polvo de oro y plata que cubría su cuerpo y tomando con su grueso pico el carpacho del minero Manuel, emprendió el vuelo hacia el infinito dejándolo sin el fruto de su trabajo. Tan grande y fuerte fue el chillido del ave alicanto que rompió las nubes que espectaban la escena y la lluvia comenzó a caer nuevamente.

El minero Manuel Godoy sintió la lluvia sobre sus cabellos blanquecinos y caminó hacia la ciudad, sin su carpacho con seis piedras de oro, sin sus amigos el zorro la iguana y el jote, y con la boca cerrada por temor a que un nuevo arcoíris apareciera luego de la lluvia y le diera una nueva lección. De regreso a casa, exclamó: “La avaricia rompe el saco”.

Y elevando su vista al cielo vio cómo el ave se alejaba con su carpacho con seis piedras, perdiéndose entre las nubes.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2001
LA PIEDRA DEL TOPE
 Natalia Victoria Valentina Ponce Briones

Mi nombre es Natalia y vivo con mi mamá en Los Llanos de Pan de Azúcar, en la Hacienda Venus. Aunque no soy escritora, les voy a contar una historia que un día le escuché a mi abuelito Bartolo, quien trabajaba de pirquinero en las minas de Andacollo.

Primero les voy a decir que, a la entrada de Los Llanos de Pan de Azúcar, a la orilla de un cerro bien alto que ahora tiene una Virgen en la parte de arriba, hay una piedra grandota, como del porte de una casa que tiene una marca con forma de pie. Es como si estuviera hundida la piedra. A esta roca le llaman “La Piedra del Tope” y está parada justo al lado de la carretera... Ahora les voy a contar la historia que le escuché a mi abuelito y que habla de esa roca.

En los tiempos antiguos, cuando las culebras andaban con chaleco, el Diablo vivía en la cueva escondida en el Cerro de la Virgen. En la parte alta del cerro había una inmensa piedra media redonda, puesta ahí por el mismo Satanás.

Como al Diablo le gustaban las fiestas, cada vez que los campesinos celebraban Navidad, trilla o cualquier cosa, se disfrazaba de paisano y se iba a las ramadas, donde se ponía a bailar cuecas como loco. La gente lo reconocía porque debajo del sombrero siempre se le asomaban los cuernos y la cola se le salía por debajo del poncho.

La gente de Los Llanos de Pan de Azúcar, decía mi abuelito, estaban aburridos de que cada vez que estaban celebrando algo, viniera el Diablo y no dejara divertirse, por eso decidieron correrlo para siempre, poniendo en práctica la siguiente idea: un día, cuando organizaron un baile para celebrar el Día de Todos los Santos, esa misma tarde fueron a buscar un curita a La Serena, pueblo que está bien cerquita, como a quince kilómetros más o menos, y lo escondieron en una casa cercana para que el Demonio no lo viera.

Cuando estaba en lo mejor del baile, como a eso de las doce de la noche, llegó el Demonio vestido con un traje de huaso de color negro, un poncho negro y un sombrero de paja del mismo color. Cuando apenas entró a la ramada sacó un pañuelo y se puso a zapatear una cueca. Según cuentan, llegaba a sacar chispas del suelo con sus inmensas espuelas de plata.

Estaba en lo mejor saltando en medio de la pista, cuando por detrás del mostrador sale el curita llevando un rosario en una mano y una botella de agua en la otra:

—¡Ándate a los infiernos, maldito! —le dijo el religioso acercándose a él.

—¡Déjame bailar, comesantos, oh! —le reclamó el Diablo.

Cuando el sacerdote le empezó a tirar agua bendita, el Diablo se volvió como loco, se le pusieron los ojos de color rojo y echaba fuego por las narices cuando respiraba. Pero el curita no le tuvo miedo y siguió correteándolo por la pista mientras le tiraba agua y le mostraba el rosario. Entonces el Diablo se fue hacia la puerta y salió a toda carrera, siempre perseguido por el religioso.

Mi abuelito contaba que la tierra se estremecía a cada salto que daba el Demonio, porque el curita lo iba huasqueando con el rosario y le seguía tirando agua bendita.

—¡Márchate a tus tierras malditas, Lucifer...! —le gritaba.

Esa noche los perros aullaban asustados, el cielo se puso oscuro y la tierra se remecía como si hubiera un terremoto, pero el curita seguía dale que dale, pegándole en la espalda con el santo rosario:

—¡Nunca más vuelvas por aquí, ángel malo! —le decía cada vez que lo golpeaba.

Después de tanto correr, el Malulo llegó hasta el cerro de la Virgen, que entonces no tenía ninguna virgen. Como la tierra temblaba muy fuerte, la piedra que estaba arriba del cerro se vino cuesta abajo derecho para aplastarlo, justo cuando el Mandinga había empezado a subir el cerro. La inmensa roca ya estaba por aplastarlo, pero cuando estuvo cerca de él, el Malulo la paró con su pie de fuego y saltando sobre ella se perdió en el interior del cerro, dejando esa tremenda marca sobre la llamada Piedra del Tope.

Después de esto, el curita no lo persiguió más y se volvió a su iglesia de La Serena, contento por el castigo dado al Demonio que molestaba a los campesinos de Los Llanos.

Y desde ese tiempo antiguo está la Piedra del Tope a la orilla del camino y tiene la marca de un pie en la parte de arriba. También desde aquellos años a los campesinos se les ocurrió poner una Virgen en la punta del cerro, para que nunca más el Demonio fuera a molestarlos y los dejara hacer sus fiestas en paz.

Esta historia se acabó, dijo el burro, y se volvió para seguir mascando pasto, más la cabra replicó: “¡qué será Dios de nosotros si no vuelve el abuelo y cuenta otro...!”

REGIÓN DE COQUIMBO, 2003
**DE POR QUÉ LA HIGUERA DA
DOS FRUTOS AL AÑO**

Daniela Magdalena Moreno Plaza (11 años)
Canela

Siempre se cuentan historias sobre el diablo, pero yo deseo contarles una distinta.

Me contó mi abuelito Cayetano, que en los años en que Jesús andaba con sus doce discípulos predicando la palabra de Dios aquí en la tierra, en una oportunidad en que él estaba cansado de caminar, se sentó a descansar justo afuera de una cantina, que era el lugar en donde los caballeros se juntaban a tomar unos cuantos vasos de vino.

En esos precisos instantes, dentro de la cantina, había varios hombres bebiendo. En una de estas mesas estaban cuatro hombres compartiendo un vinito y uno de ellos dijo:

—Mira, ahí está al que le llaman Maestro.

Otro agregó:

—Oye, ¿por qué no le damos un traguito de vino al Maestro?

—No, no, a lo mejor se puede enojar —dijo otro.

—¡Démosle no más! ¿No ves cómo viene todo sudoroso y llena de polvo su túnica, sus sandalias y sus pies?

Uno de ellos se levantó con un vaso lleno de vino en sus manos, se lo llevó y pasó a Jesús que estaba conversando con sus discípulos, diciéndole:

—Maestro, sírvete, te veo agotado y con sed. —Luego volvió con sus amigos a la mesa en la que continuaron bebiendo.

Jesús mirando el contenido del vaso, y sintiendo la frescura del mismo en sus manos, comenzó a beberlo plazeramente, sin detenerse y hasta terminar la última gota, sin darse cuenta de que los discípulos estaban sorprendidos por la manera en que se había tomado aquel líquido. Entonces el Señor se paró y fue a la mesa donde estaba aquel hombre y le preguntó:

—¿Me podéis decir de qué árbol se obtiene el fruto que da tan rico jugo?

Los hombres se miraron sombrados entre sí y uno de ellos dijo en un susurro:

—Oye, ¿no será que no le gustó el vino?

—A lo mejor, con sus poderes puede hacer desaparecer las parras —agregó otro.

—Sí, sí, ¿por qué no le decimos el nombre de otro árbol? —acotó un siguiente.

—Pero ¿cuál? —se preguntaron.

—Ya sé —dijo uno y respondió finalmente, a Jesús:

—Maestro, pues el fruto del cual se obtiene tan rico jugo, es el fruto que da la higuera.

Entonces Jesús dijo:

—¡Bendita sea la higuera! ¡Que dé dos frutos al año!

Y nuestro Señor se marchó a predicar la Buena Nueva a otros lugares.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2003
EL PÁJARO ENAMORADO
Franco Trujillo Cortés (11 años)
La Higuera

Esta es una historia de la vida real que sucedió en Los Choros. Cuenta mi abuelita que por los años 1960-1961 llegó a la escuela de Los Choros una profesora muy jovencita, recién egresada de la Escuela Normal de La Serena. Esta señorita era muy linda y era muy buena con sus alumnos. Estaba de novia con un joven que vivía en La Serena y que la venía a buscarla todos los viernes.

Los Choros se ha caracterizado toda la vida por su escasez de vehículos y sus caminos muy malos, más aún en esos años cuando los automóviles eran sumamente escasos y sólo uno o dos camiones iban una vez en la semana o cada quince días a La Serena.

Pero para nuestro joven enamorado eso no era problema ya que tenía una avioneta que aparecía ruidosamente por el lado sur de Los Choros, daba un par de vueltas por el pueblo y aterrizaba en el lado norte del pueblo.

Allá a las cinco de la tarde en punto la esperaba su enamorada junto a sus alumnos que íbamos a la novedad de ver de cerca un avión. Subía al avión la profesora y carreteaba por la pista de tierra levantando una gran polvadera hasta cuando el pájaro de fierro se elevaba por los aires.

El día lunes temprano volvía el pájaro enamorado a dejar a nuestra linda profesora. Esto duró dos años hasta que se casaron. Ella pidió el traslado y se acabó ese lindo avión que venía a Los Choros dos veces a la semana.

Fue la última vez que en nuestra cancha de avión llegaron aviones y nunca más vimos a la linda profesora que aquí nos enseñó.

REGIÓN DE VALPARAÍSO, 2002

LA HISTORIA DEL HEKE, LADRÓN DE CURANTOS

Mahany Pía Tuki Escobar (12 años)

Isla de Pascua

Mi abuelito, don Benedicto Tuki Tepano, que es un koro¹³ de 70 años, siempre nos contaba historias de tiempos pasados en Isla de Pascua. Cuando era chica me gustaba mucho escucharlo en todas las tardes de verano. Siempre nos deleitaba con sus simpáticas historias. Hay una leyenda que se me quedó grabada en la mente, es la del pulpo Heke que se robaba los curantos.

Don Petero Languitopa era un anciano pescador que vivía sólo a orillas del mar, en una caleta llamada La Perousse. Este hombre, solitario, tenía su historia de tiempos pasados. Cuando era más joven, conoció a una hermosa mujer chilena llamada Mireya, con quien se casó y tuvo dos hijos: Ragi-Roa y Hotu Iti, pero aquellos tiempos pasados quedaron en sus recuerdos. El destino se encargó de separarlo de su familia ya que su esposa emigró a Chile en busca de un mejor futuro para sus hijos.

Petero se había acostumbrado a ser un pescador solitario. Una vez al mes bajaba al correo ubicado en el centro de la isla para retirar alguna carta o encomienda que le mandaba su esposa.

La vida en la caleta era muy apacible y rutinaria. El anciano pescador se sentaba al atardecer en una roca mirando el mar y fumaba su tabaco recordando, siempre recordando esos hermosos tiempos que no volverían.

El viejo se levantaba muy temprano, desayunaba y se iba a regar las verduras y a desmalezarlas. Después, como a la una de la tarde, almorzaba y luego preparaba su curanto con pescados y a veces carne de mamoe (cordero), taro o kamote (papa dulce). Hacía un hoyo y allí lo enterraba, encendía el fuego y esperaba que las piedras se calentaran para que éste se cocinara. Así lo dejaba y se iba en su bote a pescar.

La rutina se repetía a diario, pero cierto atardecer, al volver de la pesca, pudo comprobar que alguien se había encargado de comer su curanto. Furioso, al otro día volvió a prepararlo dispuesto a descubrir quién era el ladrón que se lo robaba, y es así como en vez de hacerse a la mar, se escondió detrás de unas rocas hasta el atardecer. Cuando de pronto emergió una gran sombra del mar y un inmenso pulpo negro se atravesó ante él y se dirigió hacia donde estaba el curanto. Con sus tentáculos escarbaba las rocas calientes y se lo comía. Petero, furioso, salió de detrás de las rocas con un gran palo diciéndole:

—¡Así es que tú eras el ladrón de curantos! ¡Ahora verás lo que te voy a hacer!

Y el pulpo sorprendido tratando de huir. De pronto sintió que el pescador de un solo palo, le cortaba uno de sus tentáculos. Adolorido, el pulpo le dijo:

—¡Te arrepentirás, viejo! ¡Algún día vendré a buscarte y te comeré en un curanto! ¡Te lo juro!

Ha pasado el tiempo y Petero envejeció, pero ha tenido la gran alegría de que su esposa y sus hijos lo han venido a visitar. Comparte con ellos la pesca y el cariño que tanto tiempo no pudo darles.

¹³ Koro: Anciano, padre o jefe de una familia pascuense (nota del editor).

Cierto atardecer, el pescador se encontraba como siempre fumando su tabaco y mirando el mar cuando de pronto, en una gran sombra, emergió el pulpo con un tentáculo menos, agarró al viejo con uno de ellos por el cuello y se lo llevó hacia las profundidades del océano diciéndole con voz malévola:

—¡Te dije que algún día volvería! ¡Llegó tu fin, viejo pescador!

REGIÓN METROPOLITANA, 2004
PROFUNDO RECUERDO

Sebastián Muñoz González (9 años)

La Florida

Recuerdo el verano pasado cuando como de costumbre, fui con mi familia de visita a casa de mis abuelos, en un sector rural cercano a San Javier en la región del Maule. Es una parcela pequeña con una casa de adobe a su entrada. Recuerdo las veces que jugamos con mi hermano menor y mis primas, persiguiendo a las gallinas, o subiéndonos sobre el chanco para ver quien aguantaba más arriba de él, pero lo que realmente me marcó fue cuando jugando a la pelota al final del predio y entre unas ramas se encontraba tapado un pozo de no mucha profundidad.

Nos dio mucha curiosidad y con ayuda de mis primas, quitamos la tapa, y como una forma de jugar, les dije si se atrevían a bajar. Ellas se negaron ya que son muy "mamá", pero yo como todo un hombre de nueve años, bajé con ayuda de mi hermano menor, prendí unos fósforos pero al cabo de un tiempo, no fue necesario ya que mi vista se acostumbró a la oscuridad. Me llamó la atención una canasta de mimbre y unos platos viejos que parecían haber estado allí durante mucho tiempo. Había ropa, pero la tela estaba muy gastada. Sentí miedo, pensé que tal vez era la cueva de algún pirata así que grité fuerte para que mi hermano me ayudara a salir. En cuanto lo logré, corrimos todos juntos a contarle a nuestra abuela sobre el hallazgo.

Ella lo tomó con calma, y luego de sentarse y tomar aire nos dijo:

—Hace muchos años, después de la Guerra del Pacífico, gobernó un presidente de apellido Balmaceda. Él tuvo problemas con la oposición y con el Congreso, los cuales le pidieron su renuncia pero éste no accedió por lo que los ánimos subieron de tono y pronto se pasó a las armas. Se conoció como la revolución de 1891. Ambos bandos, los de opositores y partidarios del gobierno se enfrentaron en diferentes batallas, y por acá en los campos, pasaron reclutando a los hombre para servir en el ejército de los opositores y otros en el del gobierno. Se dividieron muchas familias y ni siquiera a los jóvenes de quince años se les dejó, por lo que muchas familias decidieron esconder a sus hijos. Ese fue el caso de mi madre, que escondió a mi tío en aquel pozo.

Le pregunté a mi abuela, debido al asombro que esta historia me provocaba:

—¿Pero cómo lo hizo para que no lo descubrieran?

—Bueno, ese pozo del fondo estaba seco, por lo que se llevó ropa y cosas de comida y el tío de mi madre, de dieciséis años, se ocultó durante meses, comiendo pan amasado que a veces mi madre le llevaba, generalmente de noche, para que ningún vecino se diera cuenta. Él debió soportar frío y lluvia, no podía hacer fuego debido a que era muy estrecho el hoyo ya que con el humo posiblemente alertaría a los soldados.

—Abuela ¿qué sucedió finalmente con él?

—La guerra terminó y el tío de mi madre logró salir de allí, pero a los pocos meses murió a causa de una neumonía.

No me quedaron más deseos de visitar aquel pozo, pero sentí mucha pena al pensar lo que muchas personas han vivido en un Chile dividido, y tal vez en ese tiempo como ahora alguien dijo: ¡para que nunca más!

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2000
LA CUEVA DE SALAMANCA
Andrea Zúñiga Valdenegro (9 años)
Litueche

Me contó mi abuelita que hace muchos, muchos años atrás, en un lugar llamado Salamanca que era un lugar retirado y solitario, había un pueblo en el cual, entre todos sus habitantes, vivía un hombre llamado Atanasio. Este hombre era todo un incrédulo, de poca fe, no muy buenos sentimientos, bebedor empedernido, mal vecino y muy amargado de la vida, y vivía solo.

Una noche muy fría de invierno se fue a la cantina de ese pueblo; allá se sirvió unos tragos con lo que se sintió alegre y muy conversador, empezando a hablar de brujos y que a él le gustaría que se apareciera el “chonchón” o un “tué-tué”, esos pájaros que supuestamente son brujos o personas que se convierten en pájaros y que se reúnen los martes y viernes en lo que muchos llaman “aquelarre”.

En un rincón de la cantina había un hombre muy especial que no le quitaba los ojos de encima, escuchándolo.

El hombre ya borracho decidió regresar a su casa montando en su caballo, el que se sentía asustado y no quería andar. Se respiraba un ambiente extraño y tenebroso.

Como Atanasio iba un poco tomado, no se dio cuenta de esto, así que comenzó su regreso, cuando, en la mitad del camino se le apareció una pareja: ella muy buena moza y él muy apuesto, elegantemente vestidos. Le invitaron a una fiesta, pero eso sí, tenía que bajarse del caballo e irse volando con ellos. En un principio se burló y no se lo creyó, pero de todas maneras hizo lo que le pedían, sin darse cuenta siquiera que estas personas se volvieron pájaros muy feos.

Volando llegaron a un lugar muy hermoso: un salón en el que había mucha gente que bailaba, otros bebían, otros comían. Muchas mujeres bellas, con peinados muy bien hechos, elegantes vestidos de finísimas sedas con grandes ruedos. Los hombres igualmente bien vestidos, con relojes de oro puro en los bolsillos. Y a Atanasio lo vistieron y le regalaron para verse igual a los demás.

El salón estaba alumbrado por grandes candelabros de oro con muchas velas, quedando todo muy iluminado. Se podían ver las elegantes mesas con materiales de encajes, lo mismo que las servilletas; sobre ellas, preciosos cubiertos y finísimas lozas. Todo era ostentoso.

Atanasio se sentía feliz, contento, admirado por tanta algarabía, comenzando luego a conversar con los que allí estaban. Fue muy agasajado. Transcurrió el resto de la noche, que para él fueron muchas horas que había pasado allí, y ya cansado y borracho se durmió en una mesa.

Cuando despertó vio por una rendija un suave rayo de luz y estaba sorprendido de encontrarse allí, en ese lugar oscuro, perdido, sin saber dónde estaba. Se fue incorporando de a poco, dándose cuenta de que estaba en una cueva húmeda con olor nauseabundo y algo putrefacto. Al ver mejor cada vez, vio que allí había huesos de animales muertos entre basura inmundada y que en su mano ya no tenía reloj de oro, sino un papel que tenía escrito:

“¿Crees ahora en los brujos?”

Atanasio se sorprendió y a la vez sintió un gran temor, el que nunca había sentido antes. Trató de salir de la cueva y no encontraba la salida. Cada vez sentía más miedo, ya que recordó todo lo vivido. En aquel momento ya no estaba elegantemente vestido sino que su ropa estaba destrozada y sus pies descalzos.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero fue demasiado, lo que le hizo desesperar y pensar que no podría salir de ahí, que esto era una prueba por lo mal que se había portado con sus vecinos, por no tener fe en Dios, prometiendo cambiar. El cansancio lo venció y se quedó dormido.

Al despertar nuevamente, intentó salir; vio allí donde se veía la claridad, pero no pudo. Intentó repetidas veces y se decía a sí mismo qué tonto había sido al aceptar lo que le pidieron hacer esas personas extrañas.

Al fin empujó la piedra con más fuerza y ésta se movió y pudo salir. Afuera se dio cuenta de que estaba perdido y muy lejos del pueblo. Miró, caminó un largo rato hasta encontrarse con dos hombres que iban camino a su trabajo en el campo, a quienes les contó lo sucedido. Ellos le dijeron que había estado en la cueva de Salamanca y que los brujos lo habían llevado a él como a otros y que después los abandonan y los dejan perdidos. Esto lo hacen con todos aquellos que son incrédulos y burlescos.

Se dice que aún hoy todavía se juntan allí los brujos y que Atanasio había estado con ellos esa noche de frío invierno que lo marcó para toda su vida.

Por eso, no digas nunca no creer en brujos, porque “que los hay, los hay”.

Y como decía mi abuelita: martes hoy, martes mañana, martes toda la semana.

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2003

LA CHULA

Juana Andrea Donoso Silva (11 años)

Litueche

Durante mucho tiempo, hasta el día de hoy, mi abuelo Filo miraba con temor y desconfianza el rebaño de ovejas que apaciblemente pastoreaba en los alrededores de la casa. Jamás se comía alguna, solo las tenía para ayudarse económicamente y alimentar a su larga familia.

Cuando lo invitaban a algún asado, lo primero que preguntaba era: “¿es de vacuno o cordero?” Y si era de cordero no iba. Eso nos extrañaba mucho a mis hermanos y yo.

A medida que iba creciendo, aumentaba en mí la curiosidad por saber la razón de ese rechazo a la carne de cordero, y un día me decidí y le pregunté. Mi abuelo solo me contestó con evasivas, que le caía mal... que estaba enfermo, o cualquier otra cosa. Pregunté después a mi padre si sabía algo, pero nada sabía o no quiso contarme.

Un día, que estábamos solos, mi abuelo y yo, me llamó a un lado y me dijo:

—Juan, te voy a contar el secreto del porqué no como carne de cordero... Sucedió un día en que estábamos de farra en casa de mi compadre Juan —que siempre se veía solo durante el día— y después de tomarnos varios tragos, decidimos pillar una oveja para comerla, y yo, que me las di de más gallo, logré agarrar una de mediana edad a la que mi compadre llamaba cariñosamente la Chula. Al manearla para matarla, mi compadre la reconoció y me gritó:

—¡Alto! ¡No la mate, compadre!... ¡A la Chula, no!... —Le doy un cordero más nuevo...

—Pero si la *tenimos pillá* —le contesté.

—¡No porfíe, compadre... ya le dije que se la voy a cambiar! —rezongó ya enojado.

—Bueno —le dije— pero para que no se nos confunda le cortaré una oreja y ¡pum! lo hice. Mi compadre se enojó mucho y me lanzó una serie de garabatos, pero aun así continuamos nuestro asado y tomatara.

Bien entrada la tarde, casi oscureciéndose, apareció en el portón, mi comadre Úrsula. Traía su cabeza amarrada con un paño en el que aún se notaban algunas gotas de sangre.

Al verla, le pregunté qué le había sucedido...

—Solo me duele la cabeza —me respondió... y entró a la casa, quedándose allí sin salir.

Mi preocupación y extrañeza fueron mayores cuando mi compadre se puso a llorar como un niño chico... Traté de calmarlo, sin saber qué sucedía, hasta que después de llorar por un rato, me cuenta que la Chula, a la que yo le había cortado la oreja, era su mujer... la que por un extraño hechizo, un brujo que se había enamorado de ella, y al no ser correspondido su amor, la convirtió en oveja, la cual durante el día se confundía entre el rebaño y durante la noche retornaba nuevamente a su hogar como su mujer y esposa...

Una vez terminada su historia, llamó a su mujer, y le pidió que se sacara el paño de la cabeza.

Mi asombro no se detenía, al verle la herida fresca aún y su mirada de rabia y odio por haberle cortado su oreja...

Me sentía culpable de lo hecho y casi muerto de susto me vine pa' mi casa y desde ese día no he vuelto a probar cordero...

Al terminar de oír el relato de mi abuelo, me quedé con la tremenda curiosidad de saber qué pasó con su comadre Ursula o la oveja Chula, lo que le preguntaré otro día.

REGIÓN DEL MAULE, 2000
EL TORITO DE LOS CACHOS DE ORO
Hilda Valeria Núñez Núñez (12 años)
Provincia de Linares

Cuentan los antiguos del cajón de Pejerrey una linda leyenda que se llama *El Torito de los Cachos de Oro*. Pero mejor sería que se la escuchemos a don Juan Segundo, para que la cuente personalmente y en su propio lenguaje.

—A ver, don Juan Segundo, cuénteme *El Torito de los Cachos de Oro*.

—Muy bien, puh, mis caballeritos, con mucho gusto. Pongan oreja, pero antes me echo esta chichita al cuerpo, está de mascarla. Es de Melozal, al otro lado de Loncomilla, muy güenas viñas de rulo, asis que la chicha sale dulcecita. ¡Ah! Qué cosa más güena y mire lo que se pierden los canutos¹⁴.

Cuenta mi taita que por aquí habitaba un torito que tenía los cachos de oro, el cual pasaba en las vegas que había a riberas de río. Este animalito era muy valioso pa'l país, porque era el que traía la abundancia del ganado de vacuno a Chile, con decirles que toítita la comuna de Linares estaba repleta de vacunos. Y se dice que una hacienda cercana proveía de carne a todo el ejército español, llegando esta hacienda hasta a quince mil vacunos y seis mil caballos y no crea que estoy mintiendo. Y esta abundancia según cuentan, se debió a la presencia del torito de la leyenda, el que era cuidado con mucho esmero porque era el chiche de las vacas, las que cada vez que lo veían, llegaban a poner cara de vaca enamorada con caída de saliva y todo.

Los toros restantes llegaban a excavar de pura rabia y pica. De los bueyes no vamos a decir nada, porque a ellos les importaba muy poco el asunto. No tan solo los animales le tenían envidia, sino que también los argentinos lo querían para ellos, porque se les estaban dando muy malas papas en cuanto a ganado y a toda costa querían llevarse el animalito, porque el tonto era cuidado por un calcú de los buenos, el mejor calcú de la zona.

El calcú era un brujo. No dejaba a sol ni sombra al torito, porque los brujos cuyanos estaban esperando como peuco¹⁵, esperando cualquier descuido para llevárselo. Pero como toa la vida no ha de ser para la lindura, una vez que el brujo chileno fue volando a visitar a otro amigo brujo que tenía la Cueva del León, a fin de que eran como dos o tres brujos cuyanos que iban a venir a llevárselo.

De regreso a la casita, cuando el brujo dueño de casa del lugar donde visitaba le dijo: “Cómo se van a ir sin probar la chicha, cuando está tan güenaza”. Tomaron el calabacito y se lo mandaron al cuerpo, y así se mandaron otro y otro más, luego se fueron volando de regreso.

¡Pero hijitoè Dios, esta fue la perdición! Porque después de haberse tomado los calabacitos de chicha, se les calentó el hocico a los dos y pasaron a varias estaciones a mandarse otros traguitos, hasta la amanecía. Estando ya de día, mientras los brujos cuidadores estaban durmiendo la mona, se fue levantando una nube con truenos y relámpagos, llevándose el campo con toito y too, y por desgracia los brujos chilenos no pudieron llegar a tiempo para defenderlo.

¹⁴ Canutos: En la lengua oral de Chile se denominan así a los evangélicos quienes no beben alcohol (nota del editor).

¹⁵ Peuco: Ave cordillerana que está merodeando a ver qué presa comerse (nota del editor).

Uno de los brujos chilenos se convirtió en zorro, pero de tanto correr quedó con las patas toas pelás, y el otro brujo, que se convirtió en culebra, quedó con la guata toa pelá, y por culpa de estos dos güenos pa' la chicha, nos quedamos sin el torito de los cachos de oro, lo que dio comienzo a la merma de animales en la hacienda de este sector y crearse la abundancia en los campos argentinos.

Así somos nosotros, güenos pa' la chicha. ¡Qué le vamos a hacer! A usted lo dejo pensando, porque eso sería too... y gracias por la chicha.

REGIÓN DEL MAULE, 1999
EL REBAÑO DE OVEJAS
Juan Eduardo Gangas Zenteno (8 años)
Provincia de Linares

Se cuenta que don Bautista Salgado, dueño del antiguo fundo El Culmén, en el mes de diciembre de 1922, envió un gran número de ovejas a la pre cordillera para que engordaran, pero al ir a buscarlas, no las encontraron.

Al pensar que se habían perdido, le dijo a don Juan Cerda que le daba un tercio de ellas si las traía de vuelta a la hacienda. Entonces partió don Juan Cerda con don Juan Ibáñez, caminando por varios días, rastreando a los animales, hasta que los vieron a lo lejos, cuando ya habían perdido las esperanzas.

Al otro día, las arrearon y las llevaron camino abajo, pero como eran muy lobas, poco duraron juntas y se dispersaron entre los montes. Como ya era de noche, los arrieros decidieron separarse y tratar de juntarlas.

En eso estaban, cuando don Juan Ibáñez sintió un grito y un rodar cerro abajo y luego silencio. Así que corrió cerro abajo, lleno de miedo, hasta las casas, dando allí la noticia que don Juan se había mandado por una barda¹⁶ y había muerto en el despeñadero.

En la hacienda lo velaron en ausencia durante dos días y como se acostumbraba en el campo, mataron una vaquilla para atender a la gente y compraron varias barricas de vino y todos se recordaban de la vida del finado.

Al otro día lo fueron a sepultar al cementerio de Pejerrey, localidad cercana. Cuando llevaban el guando¹⁷ con las ropas del difunto, al pasar por la orilla de un cerro, en lo alto estaba don Juan Cerda, medio maltratado y magullado, pero bien vivo, preguntándose a quién sería que iban a sepultar, mientras se persignaba devotamente.

¹⁶ Barda: Barranco (nota del editor).

¹⁷ Guando: Palabra de origen quechua que designa una especie de camilla para transportar un cadáver en hombros de quienes lo cargan (nota del editor).

REGIÓN DEL MAULE, 2014

LA CAMPANA DEL RÍO LONGAVÍ**Génesis Rebeca Rodríguez Montecino (13 años)**

Longaví

Hace muchos, muchos años en el valle central de Chile, se estableció una congregación religiosa, la Compañía de Jesús, que tenía el propósito de evangelizar a los habitantes de Chile. Se afincó en casonas patronales durante 174 años. Sus miembros vivían como verdaderos terratenientes, hasta que al Gobernador de Chile y también administrador de la congregación, el Brigadier Antonio Guill y Gonzaga, le correspondió la difícil misión de decretar su desalojo de nuestras tierras, el 26 de agosto de 1767, por oponerse a las libertades públicas en boga en la época. Por lo menos, eso fue lo que me contó mi abuelo y a él se lo había contado su abuelo.

Mi abuelo es una de esas personas que dice que un pueblo es lo que su gente hace y que lo que la gente hace, hace grande a un pueblo.

—Longaví es el pueblo donde vivimos y no es un pueblo con historia —me repetía cada vez que conversábamos—. La única historia que tenemos es aquella vieja campana que se esconde en el fondo del río Longaví.

—¿Qué campana, abuelito? —le pregunté con un dejo de curiosidad.

—Esa campana de oro que escondieron los jesuitas cuando los expulsaron del territorio. Yo la vi cuando tenía tu edad, una vez que fuimos a nadar al río. Es resplandeciente como el sol que brilla en el cielo y sólo las almas puras y limpias pueden verla. Tiempo después la quise volver a ver, pero ya era tarde, pues el pecado había cubierto mis ojos y nunca volví a verla.

Lo que mi abuelo me dijo me intrigó mucho y me dediqué a buscar información sobre la historia de la campana del río Longaví en bibliotecas y diversas fuentes acerca de los jesuitas. Sin embargo, nadie podía decirme en realidad lo que esto significaba, aun cuando yo vivo a pocos kilómetros de este río.

Los jesuitas se dedicaron a educar, misionar y también a producir vinos, cultivos, quesos, carnes y otras muchas cosas. Uno de los productores, Juan Ignacio Molina, destacó entre los otros. Este insigne abate había nacido en la zona campesina de Linares y se había dedicado por completo a la investigación y observación de la naturaleza. Había escrito la historia de Chile más bella, pero de la campana, nada.

Cuando los jesuitas fueron expulsados, tuvieron que llevarse consigo sólo una parte de sus pertenencias, que eran innumerables. Habían logrado tener muchas tierras, fundos, escuelas, esclavos negros y una gran cantidad de oro. Cuando se estaban yendo de Concepción, en el momento que cruzaban el río Longaví, fueron asaltados por desconocidos. Según algunos, fue ahí que perdieron la campana en el fondo del río. Según otros, los indios les robaron la campana, arrojándola al río para que no continuaran evangelizando en tierras indígenas. Según mi abuelo, ellos la escondieron para volver posteriormente por ella. Cuentan que sólo un jesuita la puede rescatar desde el fondo del río en el mes de agosto.

De cualquier modo, mi abuelo aseguraba haberla visto como se ve al sol. Otros abuelitos a los que les pregunté también coincidían. Me fui hasta el lugar descrito y quise averiguar lo relatado. Con mis amigas Belén, Camila y Bárbara la buscamos por mucho tiempo, sin encontrar nada. Pensamos que mi abuelo y los otros abuelos sólo contaban algo que habían escuchado, pero cuando nos disponíamos a marcharnos, después de ya haberle dado la espalda al río y haber avanzado algunos metros, sentimos los toques tristes de la campana, desde el fondo del río. Nos miramos en silencio y, sin decirnos nada, nos echamos a correr.

REGIÓN DEL MAULE, 2006

ME ROBARON A MICHAEL JACKSON

Karina Paz Espinoza Vergara (13 años)

Rauco, Curicó

Mi mamá demoró más de lo habitual en cortar leña porque había sólo acacios y este árbol es demasiado duro para cortar, por eso fuimos más tarde a recoger los huevos y a esa hora las gallinas ya se habían acostado. Pero fue tremenda nuestra sorpresa al entrar al gallinero y darnos cuenta que sólo había cuatro gallinas, y ni siquiera estaba el Michael Jackson. Él es mi gallo, lo bauticé así porque cuando nació era más negro que blanco, y ahora solo tiene la cabeza medio negra, y el cuerpo es completamente blanco. En este momento, vi a mi mamá roja de rabia y lo único que dijo fue: "San Pedro y doña Carmen". Ellos son un matrimonio que vive en un terreno que colinda con el nuestro. A San Pedro le dicen así porque toma mucho, claro, su nombre verdadero es Pedro y el vino con que él se emborracha es de la marca San Pedro.

Las gallinas de mi mamá, no sé por qué razón, siempre se van para el olivar que ellos tienen. Son bien tontas porque en mi casa tienen un tremendo espacio donde pueden andar y comer, pero siempre se van para el lado. Alguna vez escuché que San Pedro tiraba trigo en el olivar para que las gallinas que llegaran de afuera se cebaran y pasaran más allá que en sus casas, y así poder cazar más.

Bueno, el asunto es que fuimos inmediatamente a recorrer el olivar. Saltamos la reja que divide los terrenos, en donde yo me enredé en el alambre de púas y caí al suelo, quedando toda embarrada y con el pantalón roto, producto de mi inexperiencia, me decía mi mamá. Pero no me importó, porque lo único que quería en ese momento era encontrar a mi gallo. Fuimos hasta la punta de abajo y no encontramos nada. Volvimos por otras hileras de olivos que están más cerca de la casa de doña Carmen, caminamos un poco y en medio de unos pastos secos había una trampa, ahí estaba mi Michael Jackson acompañado de una gallina castellana, todo aplastado, parecía tortilla, pobrecito, seguramente había estado todo el día allí, porque su acompañante hasta puso un huevo en la trampa. Nos acercamos a ella y en eso divisamos a San Pedro que se dirigía a su casa en completo estado de ebriedad.

Mi mamá estaba indignada, sacó al Michael y su acompañante, me los pasó y ella llevó consigo la trampa para que no volvieran a armarla y robarle más gallinas, claro que no les costará mucho hacer una nueva. Dejamos a Jackson y compañía en su mansión y mi mamá partió rápidamente a hablar con doña Carmen, pero le fue mal porque salió una sobrina y dijo que su tía andaba en Santiago. Ella viaja mucho a la capital porque allá viven dos hijos de su primer matrimonio y siempre les está llevando de todo lo que tiene, dice ella. Bueno, y lo que no tiene también, porque lo roba.

Mi mamá se quedó con las ganas, no pudo decirle ni media palabra del discurso que con tantas ganas le había preparado, tampoco pudo decírselo a San Pedro, porque estaba muerto de curado.

Esto no es primera vez que pasa, nosotros llevamos un año viviendo en esta casa y cuando llegamos traíamos más de treinta gallinas, hoy solo tenemos cinco, más el Michael. Dejamos de comer nosotros esas ricas cazuelas de gallina de campo, con una buena papa, zapallo y harto cilantro encima, para dejársela a águilas y peucos que comen por parejo, sin importarles de quién sea la presa.

Cuando nos empezaron a faltar las gallinas, mi papá habló con San Pedro, ellos se conocen de toda una vida, pero obviamente él negó todo. Varias personas advirtieron a mi papá que habían visto a este personaje en reiteradas ocasiones agachado en el olivar echando gallinas en un saco en vez de aceitunas, y justamente al día siguiente de la advertencia, doña Carmen espera el bus que la lleva a Santiago, carga sacos y cajas, ¿cuántas gallinas lleva?, es lo que nunca se supo, pero se supone que varias.

Hoy comprobamos que las advertencias eran efectivas y es por eso que mi papá está esperando que doña Carmen vuelva de la capital y que a San Pedro se le pase "la mona" para hablar con ellos. Pero esta vez no creo que sea tan amablemente, seguro que otro Michael Jackson les cantará. No pueden ser tan cara de acacio.

REGIÓN DEL MAULE, 2007

EL PACTO

Carlos Antonio Cavieres Cancino (17 años)

Maule, Duao

—¡Abuelito! ¡abuelito! ¿Usted cree en el diablo?

—¡Je, je, je, je!... ¡Ay, mijito! ¿En el *diaulo*? El *diaulo* ya no existe, la gente ahora está más *diaula* que él, ¡je, je, je!...

—¿Pero antes existía, abuelito?

—Antes, hijo, se creía en cuestiones raras, en el *diaulo*, los chonchones, las candelillas y en toas las tonteras que la gente inventaba; pero el *diaulo* yo creo que existió porque cuando yo era un *guaina*¹⁸ trabajaba en un fundo y la gente comentaba que el patrón tenía pacto con el Colúo. El patrón era un hombre muy rico y todos decían que su fortuna venía de un pacto que había hecho con el Mandinga. La gente lo respetaba mucho y algunos le teníamos mucho miedo porque era misterioso. Llegaba donde estábamos trabajando sin que nadie se diera cuenta, sólo aparecía y nadie sabía de adonde.

Nosotros nos asustábamos mucho y parece que nos agarraban de las mechas cuando se aparecía por detrás y nos hablaba de repente. Él se reía porque sabía que le teníamos miedo. Yo trabajé en el campo siete años hasta que un día el patrón me dijo que iba a trabajar en el jardín de las casas patronales porque el jardinero de planta estaba muy enfermo y muy viejo. Las casas tenían un parque muy grande lleno de toda clase de árboles que yo nunca había visto. Comencé a trabajar ahí. Los jardines estaban bien cochinos. Yo empecé a limpiarlos con hartito empeño para que el patrón viera que yo sabía trabajar para que me diera esa pega a mí. Un día que estaba afanao limpiando, se me hizo hasta tarde, cuando en eso, me di cuenta que se estaba oscureciendo. Me apuré para guardar las herramientas e irme a mi rancha; pasé por el patio de atrás y sentí que llegaba un coche, pensé: “es el patrón que viene llegando”. Me quedé medio escondido esperando que llegara, cuando vi que entró al patio un coche muy elegante y tirado por dos caballos negros muy lindos y brillantes. Los aperos relumbraban como si fueran de oro. Del coche bajó un hombre muy bien vestido, de sombrero y todo de negro. Pasó por el corredor y se metió en la oficina de patrón. Yo me asomé por la ventana y vi al patrón que estaba conversando con él, me di güelta para adonde estaba el coche y no había nada. De pronto sentí algo atrás de mí, me di güelta y casi encima mío había un perro negro como de un metro de alto con la lengua ajuera y echando chispas por los ojos.

Salí corriendo desesperado, agarré por el camino del fundo hasta mi rancha, entre más corría más cerca de mí veía al animal. Llegué a mi casa casi cortao, entré y cerré bien las puertas y me puse a rezar hasta que aclaró el día.

En la mañana, cuando me presenté al trabajo, el ministro me dijo que por orden del patrón, tenía que salir a trabajar al campo porque ya había encontrado jardinero. Seguí trabajando en el campo y todos me preguntaban qué me había pasado. Yo les contaba lo que me sucedió y ellos me decían que todo el mundo había visto antes cosas raras en las casas. Decían que siempre se veía llegar el coche con su pasajero vestido de negro y que en las noches de San Juan se veían las casas muy iluminadas, que se escuchaban risas y música como si estuvieran en una gran fiesta. Los sirvientes y criados no decían nada de esto porque, según los más entendíos, el patrón se los tenía prohibido.

¹⁸ Guaina: Muchacho (nota del editor).

Tiempo después, el patrón cayó enfermo; se medicó en el pueulo, pero los doctores no le conocieron la enfermedad. Siguió enfermo y según la gente, necesitaba a una persona para que lo ayudara a hacer un trabajo. Pagaría muy bien a quien le echara una mano. Decían que pagaba diez mil pesos. Harta plata era en ese tiempo porque yo ganaba dieciocho mil pesos al mes. Todo el mundo comentaba que este trabajo era ayudarlo a pelear con el Colúo porque ya estaba por cumplirse la fecha en que el Diablo tenía que llevárselo.

Había en el fundo un hombrecito ovejero que era muy calladito y muy quitado de bulla. Un día lo vimos pasar con rumbo a las casas patronales y a los días después todos comentaban que Prudencio, el ovejero, ayudaría al patrón a salvarse de las garras del Mandinga por el pacto que habían firmado con un plazo de cincuenta años, que ya estaban por cumplirse.

Un día, no me acuerdo el año, lo que sí sé, es que era víspera de San Juan, Prudencio bajó muy temprano a las casas patronales. Conversó primero un güen rato con el cura y después se jué donde el patrón quien le dijo lo que tenía que hacer. Preparó una carreta con un ataúd negro, un candelabro, velas, un cordero blanco, una mesa redonda con tres patas y varias cuestiones más que le servían para lo que iban a hacer.

Como a las tres y media de la tarde salió el patrón en su coche con rumbo desconocido. Atrás salió Prudencio en la carreta cargá, dicen que se fueron pa' detrás de los cerros donde ni siquiera se escuchaba el canto del gallo. Allí escogieron un lugar y prepararon una especie de altar donde pusieron el ataúd, los cuatro candelabros al lado izquierdo de la mesa redonda y todo dentro de un círculo marcado con la sangre del cordero blanco que mataron.

Cuando llegaron al lugar, todos los arreglos los dispuso el mismo patrón. Se preocupó de que todo estuviera en regla y cuando ya iba a entrarse el sol, le dijo a Prudencio: "Tienes que ser muy valiente para aguantar todas las cosas que se te van a presentar. Yo estaré contigo, pero no podré ayudarte. Tienes que cuidarte de no quedarte dormío. No tienes que dejar de rezar ni un momento". Y lo que más le recomendó fue que no se saliera jamás del círculo.

Él decía, refiriéndose al Mandinga: "Intentará sacarte del círculo con cualquier artimaña. Se te presentará en distintas formas y tratará de convencerte de que me dejes. Yo te suplico que no lo hagas porque si te gana nos llevará a los dos".

Prudencio cumplió al pie de la letra las órdenes del patrón y cuando se entró el sol, lo puso en el ataúd y lo cerró; encendió las velas, se sentó en la mesa y se puso a rezar. Y empezaron las visiones, primero un toro negro que venía encima, después un perro negro que iba a morderlo, luego una linda mujer que le ofreció su cuerpo, su madre que le suplicaba que la defendiera del perro negro, en fin. Todo lo que uno se puede imaginar. Pero Prudencio no paró de rezar hasta que llegó la luz del día y cuando el sol alumbró el campo, Prudencio sacó al patrón del ataúd, éste lo miró, lo abrazó, le dio las gracias y lloró de alegría. Luego en silencio recogieron las cosas y emprendieron el regreso al fundo.

El patrón se salvó, pero nunca más fue el mismo. Se lo pasaba encerrado en la casa; se puso viejo de un solo viaje y después de unos años, murió. Todos comentaban la gran hazaña de Prudencio y le preguntaban cómo lo había hecho para resistir al Calvo. Él se reía y les decía "con agallas no más po, hombre, con agallas".

Lo que nadie sabía era que Prudencio, el día en que iban a velar a su patrón, había conversado con el cura y él lo había bañado con agua bendita, le había hecho de esperma de vela bendita, unos tampones para los oídos y le había prestado unos paños del altar de la iglesia para que se vendara bien los ojos y sólo mirara cuando tenía que cambiar las velas.

La familia del patrón no visitó más el fundo y, después de unos años, lo vendieron. Dicen que al poco tiempo después estaban en la ruina y que uno a uno fueron muriendo misteriosamente.

¿Y tú me preguntas si existe el Diablo? Güeno, yo no sé si existe ahora, pero antes creo que sí.

REGIÓN DEL MAULE, 1998

MATILDA ¿VACA O GALLINA?

Mabel Zapata Retamal (14 años)

Paine, Comuna de Longaví

Una vez me contaron que en una granja hubo un animal extraño llamado Matilda; este animal era especial porque era una gallina a medias con vaca.

Matilda tenía aspecto de gallina porque tenía plumas, ponía huevos y tenía pico pero a la vez era vaca pues mugía, tenía cachos, cola y daba leche. Era un poco más grande que una gallina, pero más pequeña que una vaca.

“¿Sería gallina o vaca?” se preguntaban todos.

Unos decían “Es vaca porque da leche”, y otro decían “¡No! Es gallina. ¿No ven que pone huevos?”.

Matilda a veces se molestaba por aquellos comentarios de mal gusto, pero otras veces se sentía feliz pues todos ellos se fijaban en ella. Era la novedad de la granja, la gran atracción. Ponía sus huevos en un lugar oculto y luego los incubaba. De ahí salían sus hijos, que eran pollos, porque estaba casada con Don Gallo. Él, a su vez, se sentía alegre de ver a sus hijos tan bellos pero todos lo molestaban por estar casado con Matilda.

Los hijos de Matilda se alimentaban de leche y no de maíz, como todos los pollos. Todos se preguntaban “¿Quiénes serán los padres de Matilda? ¿De dónde habrá salido?”.

Un día encontraron respuesta a sus preguntas al oír a sus dueños decir que esta gallina a medias con vaca, era hija de un toro y una gallina, que superaron las barreras de la naturaleza, al luchar por su amor.

Su dueño la quería mucho; nunca la vendió ni menos la mató.

Por lo demás era muy beneficiosa, porque daba leche y ponía huevos a la vez, aunque nunca los encontraban.

Matilda nunca tuvo hijos igual a ella.

Su recuerdo se convirtió en una leyenda y siempre perduró la pregunta y aún está: “¿Sería gallina o vaca?”

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 2000
RUPERTO, EL FLOJO
 Pamela Ruiz Fuentes (12 años)
 Trehuaco

Hace muchos años atrás, allá por el año 1930, en Paniagua, había un viejito llamado Ruperto que vivía solo. Era tan flojo y tan amargado que no le gustaba hacer nada. Andaba siempre con los pantalones rotos, pues ya no tenía qué ponerse y para colmo permanecía con la ropa toda sucia, ya que no se lavaba de pura flojera.

Como no trabajaba, estaba todo el día en su casa sentado en una silla alrededor del fuego. No tenía qué comer, no tenía amigos ni vecinos a quienes recurrir, por lo que estaba ya aburrido de vivir.

Un día pasaron unos hombres por su casa, y lo encontraron regañando por su vivir tan miserable. Fue entonces, cuando les pidió a estas personas que lo ayudaran, pero ellos le dijeron que había otras soluciones. Ruperto les dijo:

—¿Como cuál?

Pero uno de los hombres le respondió:

—Que trabajaras, pues hombre.

Sin embargo, les contestó:

—¡Eso nunca! ¡Jamás trabajaré!

Así estuvieron estos buenos hombres, un buen rato, tratando de convencerlo para que entrara en razón, pero fue imposible. De tal forma que no les quedó otra solución que preparar un ataúd y acomodarlo en guando¹⁹, para llevarlo al cementerio. Cuando pasaron por el fundo de Leuque con el ataúd al hombro, el patrón les preguntó:

—¿Quién es el muerto?

Los hombres dijeron que nadie. Le explicaron que el sujeto no estaba muerto y que sólo se encontraba aburrido de vivir porque no tenía nada para comer. Entonces el dueño del fundo respondió que cómo era posible que una persona estuviera en esa situación.

Para ayudarlo le ofrecía un saco de trigo y que mejor lo llevaran de vuelta a su casa, entonces don Ruperto preguntó:

—¿El trigo está tostado?

El patrón respondió:

—¡No, el trigo no está tostado!

Ante eso, Ruperto gritó desde dentro:

—¡Que siga el funeral!

¹⁹ Guando: Palabra de origen quechua que designa una especie de camilla para transportar un cadáver en hombros de quienes lo cargan (nota del editor).

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 2016

EL AHORCADO

Catherine Antonia Belén Melo Matamala (13 años)

Negrete

El olor a mate con hierba recién sacada de su envoltorio inunda toda la casa. Es una noche de invierno, con lluvia y viento. Uno se sobresalta cuando escucha el ruido del agua cayendo sobre los tejados de zinc, porque la modernidad desplazó a la señorial teja.

—Ya es hora de dormir —me dice mi madre, pero sé que quieren que desaparezca de la cocina. Algo pasó y no quieren que los escuche porque mi tío Juan es cazador. Sale a poner huaches²⁰ o a calar, como dicen ellos, para traer conejos y liebres además de las tórtolas para el estofado de San Juan, el que se hace todos los años en esta fecha. Doy las buenas noches y me voy, pero mi curiosidad de niño puede más que el miedo a los palos que me ganaré por desobediente. Me quedo agazapado a un costado del aparador donde se guardan los vasos y mi tío empieza su relato:

—Vi al ahorcado —dijo mi tío—. Se me apareció el ahorcado del bosque de ciprés.

Mi madre dio un grito de horror que me paralizó el corazón y le dijo:

—¿Tú sabes qué significa eso? —Y mi tío lloraba, no sé si de miedo.

—Eso es lo que me preocupa. Dicen que si se te aparece el ahorcado es porque te queda poco tiempo de vida y yo no me quiero morir —sollozaba el pobre hombre.

—¿Y cómo te fuiste a meter al bosque? —le reclamaba mi madre con angustia.

—No lo sé —decía él. De pronto bajó la neblina y no se veía nada.

—¡Pero cómo! —decía mi madre—. No es posible si no ha dejado de llover.

—¡Pero allá no! —gritaba mi tío—. Fui siguiendo una liebre. La encandilé con mi foco y ahí lo ví, colgando del ciprés.

—¿Estás seguro?

—¡¡¡Sí, mujer!!! —decía mi pobre tío que ya no sabía qué más decir.

En eso llegó mi padre y al enterarse de tal tragedia se puso frente al aparador en donde yo estaba escondido y sacó un botellón de vino “para calmar las pasiones”, dijo, y yo ni respiraba del miedo, no sé si a la reprimenda o al relato que allí se estaba dando.

No encontrando solución a lo que allí había acontecido, todos se fueron a dormir y yo tuve que esperar un buen rato para hacer lo mismo. Entonces me di cuenta de todos los ruidos nocturnos que hay afuera y que jamás me había percatado. Con miedo y en una noche lluviosa es horroroso: los árboles con sus enormes ganchos con dedos arqueados como de brujas rasguñan todo lo que encuentran a su paso. Apegados a la casa hay dos castaños gigantes y al rozar sus ramas unas con otras, parecen quejidos de una mujer muy afligida.

Me armo de valor y muy agazapado me voy a mi cuarto y, como el piso es de madera, cruje al apoyar mis pies descalzos. De pronto, siento el grito de mi madre:

²⁰ Huaches: Sistema de trampas que utilizan los campesinos para cazar conejos (nota del editor).

—¡¡¡Luchín!!! ¿Eres tú?

—¡¡¡Sí mamá!!! —le respondo.

—¿Todavía no te duermes? —me pregunta un poco enojada.

—Es que andaba en las casitas —le contesto.

Las casitas son baños de pozo hechos al final del sitio, sobre todo en el campo cuando no hay alcantarillado, para que la familia “haga sus necesidades”. Parecen unas casas pequeñitas, de ahí el nombre de “casitas”. Me arropo lo que más puedo. Solo me saco los zapatos, me acuesto ensillado, con la misma ropa que ando, y me duermo, total con la luz del día las cosas se aclaran más.

Mi curiosidad de niño me lleva a preguntarme por lo que le pasó a mi tío Juan y es muy grave, es como una sentencia irreversible: ¡está destinado a morir!

Con mis amigos nos armamos de valor y fuimos a investigar. Pasamos por un cerco de alambres de púas que tiene dos estacas, una a cada lado. Es como un paso para que la gente no corte los alambres y pueda acortar camino. Es un atajo para llegar a un campo cercano además para los que van a sus casas, después de hacer algunas compras en el pueblo y también para los que trabajan en ese campo. Es todo muy tranquilo y muy bonito: hay muchos pájaros, pinos, eucaliptos y otros árboles que no conozco adornan el paisaje. Pasamos por un canal y vemos el bosque de ciprés. No se ve nada anormal, pero me imagino que en la noche y con lluvia debe ser muy distinto. A lo lejos se ve un claro y luego otro grupo de árboles. De pronto, a lo lejos, vemos algo colgando de un gancho...

—¡¡¡¡Dios mío, es el ahorcado!!! Solo pudimos decir eso y salimos disparados arrancando como alma que se lleva el diablo. Un pedazo de mi pantalón quedó en los alambres de púas y seguimos corriendo. Llegué a mi casa gritando:

—¡¡¡Mamita, mamita!!! Me voy a morir junto con mi tío. Se me apareció el ahorcado del bosque de ciprés...

—¡¡¡Luchín!!! ¡¡¡Y qué hacías allá!!! —se molestó mi madre.

Le iba a contestar cuando apareció mi padre...

—¡¡¡Niño, por Dios, no me escuchas que te vengo gritando desde el bosque!!!...

—¡¡¡Yo lo vi!!! —y me aferré a sus piernas sollozando— ¡¡¡Me voy a morir papito!!!

—¡¡¡Qué estás diciendo, cabro lesa!!! —me gritó mi padre.

—Fuimos a investigar con los chiquillos lo que le pasó a mi tío anoche y vimos al ahorcado.

—Cabro tonto —me dijo mi padre—. Si nosotros te vimos. Fui a buscar mi chaqueta que ayer, cuando andaba buscando leña, se me quedó colgada y como se puso a llover, se me olvidó ir a buscarla y fue la misma que vio tu tío anoche creyendo haber visto al finao. Eso le pasa al Juan por salir “cargado al litro”. Y a vos te pasa por andar escuchando detrás de la puerta —dijo mi padre—. Ya —Juan agregó—. Anda a buscar un botellón para pasar el susto. Esta vez te salvaste. La próxima te va a llevar el ahorcado. Si eso no es mentira: el finao existe al que se le aparece, se muere.

Y nos tuvimos que entrar porque empezó a llover de nuevo.

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 2016
LA CHANCHA ACUCHILLADA
Felipe Andrés Fernández Martínez (12 años)
Nacimiento

Era una mañana de invierno. En la noche anterior había llovido mucho, mucho. Daba la impresión de que el cielo se iba a caer con viento y relámpagos.

—Buenos días, mi niño. ¿Cómo amaneció?... Llovió hartito anoche ¿cierto? Parece que estaba enojado Diosito... —me dijo mi abuelo mientras trataba de prender fuego en la cocina—. Venga, venga a tomar desayuno conmigo que falta que hace para empezar el día con fuerza y ánimo...

Mi tata Chaco siempre me decía que un hombre de trabajo tenía que desayunar muy bien para que toda la faena saliera como corresponde... Yo no entendía mucho porque mi única labor era la de estudiar, pero si mi abuelo lo decía era porque así era. Él era muy sabio.

—¡¡Dónde está mi niño!!! —se escuchaba a lo lejos...

Era mi abuela que se asustaba cada vez que se despertaba y no me veía en la cama. Ella era muy maternal conmigo... ¡Mi Lela!... ¡Cuánto la quiero!

—¿Les dio de comer a las gallinas, mi niño? ¿Tenían un huevito para nosotros? Ja ja ja —se reía, y yo con él—. ¿Sabes? ... —me dijo mi abuelo—, que este tiempo me hizo recordar cuando yo trabajaba en la Forestal...

Esas eran muy buenas historias y yo no me las quería perder porque eran vivencias que mi Tata había pasado en sus trabajos.

—¡Qué mentira le vas a contar ya al niño, oye! —le dijo mi Lela.

—No te preocupes vieja, si solo le voy a contar una historia no más —le respondió mi Tata Chaco.

Y mientras preparábamos un caldillo de cebollas y harina tostada con mi Tata, me empezó a relatar la historia que ahora les paso a contar.

Mi Tata Chaco empezó a relatar su historia que dice más o menos así:

—Estábamos trabajando con mi cuadrilla, en una faena forestal por allá en el fundo de los Barros, cerca de Curanilahue, cuando me llamaron por radio y me dieron la orden de que teníamos que ir a podar unas hectáreas de pino más adentro de la cordillera. “Bien”, dije yo... “Me voy con mi gente a terminar esa faena”... Era una buena cuadrilla, éramos todos amigos, años trabajando juntos.

Nos vino a buscar el furgón y nos fuimos rumbo a la zona donde teníamos que trabajar. Nos bajamos y seguimos trabajando y luego, de repente, se escuchó un ruido muy raro, un chillido feroz... Todos quedamos mirándonos. Pensamos que era el león y de repente de entre las zarzas aparece... ¡una chancha! de esas chanchas lobas que se crían solas en pleno cerro. Nos miramos y ya teníamos mucha hambre de tanto trabajar.

Ya se nos había abierto el apetito y... ¡zas! Entre cuatro la tomamos y preparamos todo para matarla... Ya se nos hacía agua la boca de solo pensar que nos íbamos a comer un rico asado de cerdo en pleno cerro.

Ya estaba todo listo para el sacrificio y cuando le estábamos enterrando la cuchilla... ¡esta chancha loba se soltó y salió corriendo con cuchilla y todo en el pecho!... La tratamos de alcanzar pero no pudimos y se nos fue... ¡Qué estábamos enojados! Porque hasta ahí no más quedó el asado.

Pasó el tiempo y terminamos la faena. Nos fuimos a nuestros hogares hasta la próxima temporada que era en primavera. ¿Y sabes qué pasó? Nos mandaron a la misma área en la que pillamos a la dichosa chancha, y nos acordamos y nos pusimos a reír... ¡¡¡ja, ja, ja!!! ¡Qué chancha más loca!

—Decía mi tata—. De repente —me dijo— cuando estábamos lo más bien trabajando, se escuchó de entre las matas, unos chillidos ¡y adivina qué era! —me dijo— ¡¡¡Era la chancha que había parido seis chanchitos y todos ellos traían en su pecho un cuchillito como el que le enterramos a su mamá!!! ¡¡¡Ja, ja, ja, ja!!!

Se puso a reír y mi Lela y yo igual nos reímos de la historia fantástica de su chancha acuchillada...

Luego me tomó de la mano y fuimos a pescar y allá me contó otras historias más fantásticas que las que les relaté, pero esas se las dejo para otra oportunidad...

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA, 2015
LA PIEDRA EMBRUJADA
Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán (11 años)
Lican Ray

Hace un tiempo atrás, cuando era más joven y tan solo tenía nueve años, en casa de mi bisabuela Florinda —tengo la fortuna de tenerla aún y paso algunas tardes con ella— solía acomodarme entre sus piernas, o me ovillaba a sus pies como un gato a escuchar sus relatos de tiempos pasados. Hay uno que no puedo olvidar, porque le ocurrió a ella al cumplir los diez años, y yo los cumplo en exactamente un mes, con un día y una hora más. Aún recuerdo el relato que ella comenzaba así:

—Mijita, hace muchos años atrás, el día de mi cumpleaños número diez, mi madrecita me arregló bonita, con mis mejores pilchas, pa' ir a Curihue, que queda al otro lado del lago Calafquén. Iba a conocer a la parentela de mi padre, que había muerto trágicamente apenas yo nací, razón por la cual su familia era muy lejana para mí; tanto que recién entonces, a los diez años, la iba a conocer.

Ese día el Lago Calafquén estaba tranquilo, su azul intenso se confundía con el cielo. Para cruzar debíamos subirnos a una pequeña barcaza llamada "Rayén", que transportaba tanto personas como sacos de papas, gallinas y las infaltables garrafas de vino. Yo, curiosa, quiseirme sentada en la parte delantera de la barcaza. Cuando íbamos en medio del lago, entre las tres islas y la península, comenzó a levantarse de la ná una niebla densa, muy densa. Perdimos de vista hasta las islas. Mi asustada madrecita me llamaba para que saliera de ahí, para que volviera a su lado, pero algo me detenía, una fuerza. De pronto alguien gritó: "¡Cuidaò que por aquí 'tá la mentá Piedra Bruja!". Yo con mi curiosidad no me escondí como los demás, seguí ahí, firme. De pronto la vi: era una roca como cono de volcán, que sobresalía unos dos metros sobre el lago. Estaba a solo metros de nosotros, no sé de dónde me salió una voz tan fuerte. Sin más, grité: "¡Cuidado! ¡La Piedra!". Don Crecente, el que manejaba la barcaza, la alcanzó a esquivar, lo que nos salvó la vida.

Al bajarnos en Curihue todos me miraban, se persignaban y se iban. Una anciana se acercó a mi madre y le dijo: "Cuide a la niña, ella tiene un don". Me hizo la señal de la cruz en la frente y se alejó mientras se persignaba. Mi madre, al ver mi cara de sorpresa, me explicó que desde hacía muchos años nadie había podido ver la Piedra, menos a tan corta distancia y que durante años se habían producido hundimientos inexplicables de botes y barcazas que divisaban la Piedra desde la orilla. Cuando llegaban al lugar ya no veían ni rastro de ella. Por eso el nombre, por eso bruja.

Mi bisabuela Florinda dice que durante mucho tiempo fueron a su casa a consultarle por la Piedra antes de atravesar el lago. O la invitaban cuando se inauguraba una barcaza nueva. Pero todo quedó en el olvido cuando el Gobierno comenzó con los caminos y carreteras; ya no hubo necesidad de atravesar el Calafquén en botes o barcazas. No sé si al cumplir yo los diez años veré la Piedra Bruja, pero tengo claro que ese día —o sea en un mes, un día y una hora— quiero que mi regalo sea un paseo en bote al Calafquén, ojalá al atardecer, acompañada de mi bisabuelita. Ambas con la mirada fija hacia el horizonte.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA, 2013
EL CULEBRÓN DE MARTINI

Renato Aníbal González Seiffert (5° básico)

Lican Ray

En algunas ocasiones, cuando llueve torrencialmente y hay mucho viento, recuerdo a mi abuelita Clarita, sentada detrás de la cocina a leña con su mate siempre en la mano y en la otra una palta con una cuchara. Esas paltas que le mandaba una señora de Santiago, siempre llegaban duras como palo, pero ella las guardaba envueltas en diario detrás de la cocina para que maduraran. Nadie las podía apretar, porque se echaban a perder, decía ella. A mí me gustaba sentarme a su lado en ese duro cajón de leña, cubierto con un chal rojo a cuadros, al calor del fuego y envuelto en el humo que se devolvía por tanto viento que había en esas noches negras de invierno sureño, sin ninguna estrella en el cielo. Me gustaba sentarme a su lado a ver si me convidaba un matecito “con harta azúcar y tibiecito”, le decía yo. También me gustaba sentarme a su lado a ver si me contaba alguna historia. De las miles que me contaba, la que más me gustaba era “El culebrón de Martini”.

La historia comienza así:

—Hace muchos años atrás, en los setenta, había un huaso muy encachao, de ojos azules como el mar, pero este huaso era tan pobre que no tenía ni tierra debajo de las uñas. Un día el huaso Martini andaba arriando unas vacas en el cerro Chihuaico, cerca de Lican Ray. Era muy de noche, pero la luna le servía *pa’ alumbrar* el sendero que debía seguir. *De la na’* sintió que algo se movía entre las hojas secas. Se quedó bien quieto, como un palo, con los ojos bien abiertos. Entonces vio pasar, despacito por sus pies, un culebrón negro, tan negro como la mismísima oscuridad. El huaso Martini movió la mano con tanta velocidad que agarró de un *saz* la cabeza del culebrón. Lo metió rapidito en un saco que andaba trayendo, se lo echó al hombro y siguió su camino hasta su rancho. A la mañana siguiente, con mucha hambre y sed, se sentó a pensar qué haría con el culebrón, hasta que decidió cuidarlo como hueso santo. Este huaso empezó a darle leche de burra, *pa’* que creciera, decía él.

No pasó na’ mucho tiempo, cuando se empezó a ver al huaso Martini con un caballo negro, grande y lindo. Luego con dos, tres y diez. Al tiempito, este huaso empezó a ser dueño de cuanto campo vendían, se hizo una casona de dos pisos a la entrá del pueblo grande y atrasito de su casona levantó un tremendo aserraero, el más grande de toita la región.

*Y así fue como la gente empezó a decir, a murmurar, a copuchentiar, que este huaso había encontrao un culebrón; que lo tenía en su mismísima casa y que bien tempranito se levantaba a sacarle leche a la burra *pa’ dársela fresquita*. Se decía que este culebrón era hijo del colúo y que el huaso Martini le había prometido cuidárselo a cambio de fortuna y una larga vida.*

Yo no sé qué pasó con el culebrón. Mi abuelita Clarita nunca me lo contó y ni siquiera sé si ella misma sabía. Hace varios años que ella falleció, pero aún se ve al huaso Martini trabajando en su *aserraero*.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA, 2012
LA GRIETA DE LA FLOR DE ORO
Pablo Enrique Orellana Orellana (1° medio)
Temuco

Esta historia que les voy a contar pasó cuando yo era apenas una niña; bueno, un poco más niña. Me llamo Florencia y un día me pasó algo increíblemente sorprendente.

Yo vivo en Cunco, en el campo, y a veces voy a visitar a mi abuelito que vive en Huichahue, que está bien hacia el cerro, en la punta de la montaña. Por eso vamos muy pocas veces, lo que es una lástima, porque es muy divertido. Él siempre nos inventa juegos y nos cuenta historias que, según él, le han pasado; son todas fantasiosas y por ende, mentiras, pero tienen algo de verdad (bien en el fondo) y siempre son divertidas.

Una de sus historias más repetidas es la de una grieta que, según algunos arrieros, hay en uno de los montes de por ahí. Dicen que es una grieta en la tierra, como un foso que da hasta el infinito; bueno, así dice mi abuelito que dicen ellos. En un borde de esta grieta, crece una planta única, con flores de oro. Varios han ido a buscarla, pero nadie vuelve. Se cuenta que sólo uno volvió con una flor de oro y por eso se conoce la historia.

Mi abuelito cuenta que cuando era niño se topó con esta grieta mientras buscaba una cabra perdida. Como era de noche, no le dio importancia. Sin embargo, quedó maravillado por la hermosa planta y fue a contárselo a su papá, pero al querer volver a encontrarla, no supo el camino y nunca más volvió a verla.

Bueno, yo no sabía si creerle o no, y nunca más volví a preguntarle. Un día, mientras estaba de visita en su campo, al encerrar los corderitos, nos dimos cuenta que faltaba uno: era mi regalón, Copito de Nieve. Hacía poco que había nacido y nos dio mucha pena, así es que entre todos salimos a buscarlo por los alrededores. Yo fui con mi abuelito. Salimos a buscarlo cerca del río. Todavía era de día y eso nos ayudaba a buscar mejor. De repente apareció el chiquitito, estaba un poco embarrado, pero sanito. Lo terrible era tratar de agarrarlo, porque era muy desordenado. Corrimos para agarrarlo y en un descuido se fue para atrás y cayó al río. Menos mal el río era bajito, aunque muy torrentoso. Corrimos detrás del corderito para alcanzarlo. Corrimos y corrimos hasta que el río lo tiró a la orilla. El pobrecito estaba todo mojado y se había lastimado con las piedras, así que lo cargué y mi abuelito le puso su manta encima para abrigarlo.

De repente nos dimos cuenta que estábamos muy lejos y decidimos seguir por el río. A esa hora ya era peligroso porque venían cazadores y ellos seguían el sendero del río. Mi abuelito me dijo que era mejor tomar un camino por lo derecho del hualhue (que es como un bosque con hartas plantas y árboles).

A mí me daba miedo porque se estaba haciendo de noche, pero mi abuelito era fuerte y conocía de bosques. Nos fuimos por ahí caminando y caminando, aunque no lográbamos encontrar la salida. Íbamos conversando y cantando, así no me daba susto el sonido de los bichitos (en la noche se escuchan muchos sonidos).

De repente vimos una luz que salía y resplandecía entre los árboles. Mi abuelito se quedó quieto y me apretó la mano. Su cara tenía una expresión entre felicidad y desconcierto, y decía:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Nos acercamos despacito, como si supiéramos que lo que íbamos a ver nos marcaría para siempre. Cuando llegamos y vimos lo que había enfrente, no lo podíamos creer: era la grieta. ¡Sí lo era! No era un cuento ni una mentira. Era verdad. Era como un pozo sin fondo del que no se veía el final. Mi abuelito comenzó a saltar y a gritar como nunca, pues no lo podía creer. Me abrazó muy fuerte y me dijo que jamás nadie le había creído lo que él había visto y que muchos le habían dicho que era cuentero y mentiroso. Entonces, se hizo la idea de que lo que había visto había sido un sueño. Pero era verdad.

Y allí estaba la famosa planta. Sus flores realmente eran de oro, pero estaban en un borde al que si uno se asomaba para intentar sacar una, se caía, así es que no sacamos ninguna. Era un tesoro de la naturaleza y era muy peligroso sacarlas. Aunque no sacamos ninguna flor, lo que más me hizo feliz fue saber que mi abuelo no era un mentiroso, por lo que ese día lo admiré más que nunca.

Luego de contemplar un poco más la hermosa flor y su brillante luz, seguimos camino a casa. Nos costó llegar, pero al llegar nos dijimos que no le contaríamos a nadie lo que habíamos visto, porque de lo contrario todos querrían ir, y destrozarian esa única y maravillosa planta.

Yo creo que está ahí para todos los que no creen que, a veces, lo fantástico existe y que la naturaleza nos sorprende con cosas maravillosas y mágicas. Nuestro mundo está lleno de tesoros: sólo hay que salir a descubrirlos, pero sin destruirlos ni aprovecharse de ellos, sino cuidándolos para que perduren y sigan maravillándonos con su luz.

Al otro día, fuimos de nuevo y recorrimos el río con mi abuelito, pero nunca pillamos el hualhue donde estaba la grieta, y nos quedamos con esa hermosa sensación que nos une y unirá siempre. Quizás algún día volvamos a ver la “grieta de la flor de oro”.

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2001

LAS SIETE CARRETAS DE ORO

Bernardita Isabel Cárdenas Carrera
Purranque

Lo que voy a contar, me lo relató mi abuelita y me lo contó más tarde mi papá un día cualquiera, una fría noche de invierno. Y todavía me acuerdo de ver a mi abuelita sentada junto al fogón, asando con una vara de coligüe un trozo de longaniza ahumada, y de vez en cuando se le caía en la ceniza, y parecía que su sabor fuera más rico aún.

Más tarde nos regresábamos a la casa donde vivíamos. La cocina de fogón sólo servía para ahumar carne cada vez que mi papá mataba un chanco, especialmente para la noche de San Juan. Y mi abuelita se encargaba de ahumar los charquis y a veces también hacía mote. Pero la vejez la estaba consumiendo y hoy día sólo me queda el recuerdo de mi abuelita. Y también me acuerdo clarito el último cuento que me contó. Y se me nublan los ojos de lágrimas al recordarla. Era tan sabia ella, y a menudo me estaba enseñando cosas del pasado, de nuestros antepasados, de mis raíces, de sus leyendas, de sus tesoros escondidos que hoy día parecen sólo mitos que se duermen bajo la alfombra del olvido y la poca valoración que los chilenos les atribuimos a la cultura ancestral que es nuestra cuna.

—Siéntate a mi lado —me decía mi abuelita— y escucha lo que te voy a contar: Hace muchos años, cuando ninguno de nosotros existíamos, aquí en Hueyusca también llegaron los españoles, esos winkas que nos quitaron todo, y cuentan que las tribus que aquí vivían, tenían grandes cantidades de oro que conservaban intacto. Solamente sacaban lo necesario para confeccionar algunas joyas, pero se sentían muy orgullosos de sus riquezas y dueños de todo lo que la naturaleza les ofrecía.

El Chao Nguenechen (Dios) era muy bondadoso con ellos, y hacía que el Chao Antu (el Padre Sol) les produjera buenas cosechas y abundante ko (agua) porque además había un gran río y corrientes frescas que bajaban de la mawidam. Todo era tan tranquilo y feliz para las tribus huilliches, y los pichi weches crecían y corrían junto a los pu kullin (animales). Eran hermanos del pangui (león), porque su fuerza y su valor lo habían copiado de él.

Los xewas (perros) aullaban como que predecían que algo malo iba a pasar, y las machis tenían sueños y visiones que una gran tormenta de dolor se aproximaba, porque la misma Ñukemapu (naturaleza) les estaba anunciando algo. Las nubes se veían grises. El chucao y el pitío no dejaban de lanzar sus cantos lastimosos de aves malagüeras. En la noche el tué tué y las hualas también emitían gemidos. Y bandadas de jotes negros revoloteaban sobre las rukas de las tribus, como anunciando que pronto tendrían carne para comer. Y así pasaban los días, todos los presagios y anuncios malagüeros hacían presumir a las tribus que algo malo les rondaba y tenían que prepararse para ello.

Entonces organizaron una rogativa o nguillatún y rogaron al Dios Nguenechen para que los protegiera y las machis invocaron al espíritu de la Ñukemapu al son de los kultrunes y el sonido de la xuxuka, danzando durante tres días y tres noches consecutivas alrededor del rehue.

Nada cambió. Los mismos acontecimientos de presagio seguían ocurriendo, sólo que una machi llamada “La Machi del Amanecer”, invocó al espíritu del amanecer para que a través de una visión le mostrara lo que les iba a ocurrir. Le vino entonces un sueño profundo que duró muchas horas y allí vio cómo unos hombres de cara pálida, desconocidos y con vestimentas y armas que

los indígenas no conocían, llegaban hasta sus tierras, quemaban sus rukas, robaban sus riquezas y mataban a los indígenas sin piedad.

Se despertó asustada y transpirando, gruesas lágrimas brotaban de sus negros ojos, parecían dos carbones encendidos por el dolor y el furor.

—¿Qué viste en tu peuman (sueño)? —le preguntaban las otras machis.

—Vi, vi... — y no podía hablar más, la voz se le quebraba y se ahogaba en la garganta como una fiebre que produce afonía y daña las amígdalas.

—Vi —comenzó de nuevo—, que xewas (perros), winkas xewas nos mataban a todos, y eran muchos, nadie de nosotros quedaba vivo. Todos morían, era terrible, todo ardía, fuego, lamentos y muerte...

—Nos prepararemos para la guerra y nos defenderemos —dijo el lonko (cacique), y comenzaron a preparar flechas, arcos de quilas y coligües, lanzas y garrotes, boleadoras y piedras afiladas, y a ejercitar el arte de lanzamientos.

Las malaguenes (mujeres) preparaban comida seca y ahumada y la enterraban en bolsas de cuero en hoyos bajo tierra. También sepultaban cántaros llenos de joyas y oro por todas partes para proteger sus riquezas de los usurpadores.

La tribu tenía siete carretas que les servían para acarrear leña o animales que cazaban: así es que al lonko se le ocurrió llenar esas siete carretas con oro y llevarlas a una altura a la cual hoy día se llaman El Mirador desde donde se puede observar Hueyusca que está más abajo.

Un grupo de indígenas se llevó las siete carretas llenas de oro hacia la altura. Allí hicieron grandes hoyos y sepultaron el oro con carretas y todo.

Acababan de terminar de sepultar las siete carretas de oro, cuando una ola de humo y fuego acompañada del ruido del tropel de los kahueyos (caballos) de los españoles se echó sobre los indígenas. La lucha duró mucho tiempo, pero finalmente todos los indígenas fueron masacrados y las carretas de oro nunca nadie las encontró.

Todos dicen que con el correr del tiempo, al atardecer, se ven las siete carretas de oro en El Mirador, y que se sienten ruidos y lamentos por las noches, y que en la noche de San Juan arde ese lugar. Dicen que allí están sepultadas las siete carretas de oro que enterraron nuestros antepasados para que no se lo robaran los españoles en los tiempos de la Conquista.

Cuentan que cierta noche, un lugareño de Hueyusca, al ver la llama ardiendo, se armó de valor y se fue a sacar el entierro y al otro día lo encontraron allí mismo. Tenía el rostro espantoso. Todos dicen que murió de susto, porque el diablo se ha apoderado de las siete carretas de oro. Y desde entonces nadie osa sacar ese entierro que se dice que está allí según cuentan los más antiguos, y cerca de la noche nadie se atreve a pasar cerca de donde dicen que están sepultadas las siete carretas de oro.

REGIÓN DE LOS LAGOS, 1998
LA PAPA, EL GUALATO Y EL HOMBRE
Moisés Antonio Unquén Unquén (10 años)
Isla Cahuach, Quinchao

Una vez un hombre fue a sacar papas para hacer su cena y olvidó su *gualato*²¹ en el papal.
De repente, una papa que estaba cerca, le dijo al *gualato*:

—Oye, amigo, no me arranques de aquí ¿ya?

El *gualato*, un poco sorprendido, le contestó:

—Yo no te quiero sacar, es el hombre, que con su fuerza me obliga.

Un día, el hombre se enfermó de un dolor de espalda, porque después que sacó papas, fue a cortar un palo para hacer leña. Como el palo era tan grande, se lo echó al hombro y en ese momento sintió el dolor. Por eso al otro día no pudo ir a sacar papas.

¡Qué contentas estuvieron las papas ese día!

Pero cuando el hombre mejoró, volvió a sacar papas y entonces encontró su *gualato* con el astil²² podrido.

—Tendré que ir a cambiar el astil, porque así no podré trabajar —dijo entonces.

Volvió a su casa y cuando estaba preparando un palo para el astil, una astilla le saltó y le pegó en la cabeza. En ese momento el hombre quedó medio aturdido.

Entonces, de la rabia que sintió, tiró su *gualato* al monte y dejó las papas tiradas en el papal para que se pudran o se las coman los chanchos.

Entonces las papas vivieron felices y tranquilas en la tierra, hasta dos meses después, cuando el hombre pasó con su arado sembrando trigo.

²¹ Gualato: Herramienta agrícola de los campesinos de Chiloé. Es un azadón para abrir surcos en la tierra (nota del editor).

²² Astil: Mango (nota del editor).

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2002

EL VALOR DE UNA RICA SOPAIPILLA

Johani Macarena Castro Cárdenas (7 años)

Puyehue

Todos recuerdan el terremoto de 1960 con mucha tristeza y espanto. Lo que les voy a contar muestra una anécdota muy diferente.

Mi abuelo Orlando, no pasaba los catorce años. Su padre, don Heriberto, era zapatero o algo parecido. Un día muy temprano lo mandó al pueblo a comprar tachuelas y otras cosas para remendar los zapatos de su “compañera”, como él le decía a su esposa Maudelina. Ensilló el caballo y se fue feliz a La Unión. Muy pocas veces tenía la oportunidad de visitarla. Le encantaba recorrer la calle principal mirando las vitrinas y soñando con esas cosas tan lindas. Además, siempre le regalaban unas chauchas para algunas golosinas.

Cuando llegó al pueblo, el negocio de don Custodio estaba cerrado. Decía:

“Fui al doctor, vuelvo a las 11”.

Mientras leía el letrero, pasó por allí doña Celestina Núñez, una vecina que había tenido en Curicó.

—¿Qué no es Nandito? ¿Qué vientos le echaron por acá? —le preguntó.

Él respondió que lo habían mandado a comprar unas cosas, pero estaba cerrado.

Ella muy cariñosa lo invitó a tomar desayuno con ella. Le dijo que hacía mucho frío para estar parado ahí tanto rato así que no tuvo más remedio que decir que sí. Mientras esperaba sentado en la larga banca detrás de la estufa, la mujer comenzó a hacer una masa rápidamente:

—Hay que atender bien a las visitas —dijo—. Te voy a hacer unas ricas sopaipillas para que vengas más seguido —afirmó doña Celestina. Él, algo tímido, sólo sonreía.

No se demoró nada cuando ya estaban saliendo las primeras sopaipillas de la manteca caliente que se veían deliciosas.

Mientras tomaban desayuno sintieron un gran ruido subterráneo. Se miraron algo preocupados, pero no le dieron importancia. Sin embargo, comenzó a temblar cada vez más fuerte. Las tazas se dieron vuelta, y la señora Celestina, comenzó a gritar.

—¡Dios Santo, el fin del mundo!

Y todas sus cositas comenzaron a caer de los muebles, los dos corrieron hacia fuera de la casa y quedaron afirmados en el cerco.

Mi abuelo, mientras le saltaba el corazón, no pudo llorar al ver a doña Celestina, que entre sollozos, no soltaba de sus manos una sopaipilla que se devoraba desesperadamente.

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2009
LA YUNTA DE BUEYES
Macarena Soledad Segovia Vargas (13 años)
Los Muermos

Cuenta mi abuelo que cuando él recién se casó a los 25 años, se fue a vivir con mi abuela a un sector llamado Llico, en donde se trabajaba en la fabricación de tejuelas de alerce. En este lugar, existe un río muy caudaloso con el mismo nombre del sector que da al océano Pacífico.

Allí trabajaban muchas personas en la explotación del alerce muerto, ya que era el único medio para mantener sus hogares.

Cuenta mi abuelo que un día bajó desde la cordillera sus tejuelas hasta las orillas del río Llico, para luego transportarlas desde ahí. Una vez que había descargado sus tejuelas, se puso a descansar junto con sus bueyes a orillas del río, y de pronto, en medio del río, vio cómo flotaba un enorme tronco de alerce de unos ocho metros de largo.

Al verlo, mi abuelo pensó inmediatamente en la gran cantidad de tejuelas que le podía sacar y sin tener que bajarlas de la cordillera. Por lo que rápidamente, se dirigió a sus bueyes y tomando una cadena se introdujo al río para tratar de amarrar el gran tronco de alerce, pero el tronco era más grueso de lo que parecía, por lo que debió unir dos cadenas y nuevamente se introdujo al río logrando por fin amarrarlo. Luego, procedió a tirarlo con sus bueyes. Cuando ya había logrado sacar como un metro el tronco del agua, éste empezó a irse hacia dentro del río con una fuerza indescriptible, llevándose consigo a sus bueyes.

Mi abuelo les gritaba a sus bueyes para que tiraran con más fuerza, pero finalmente el tronco lo arrastró consigo, perdiéndose en las aguas del río. Esta era la única yunta de bueyes que tenía, por lo que ahí mismo se puso a llorar y maldecir su mala suerte. Luego de esto volvió a su casa apenado y le contó lo ocurrido a mi abuela, quien se indignó por su locura.

Al tercer día de ocurridos estos hechos, tempranamente todo el sector de Llico Bajo se cubrió de una extensa neblina. De pronto, tocaron a la puerta de la casa. Mi abuelita abrió y se encontró con un hombre desconocido. Éste le explicó que necesitaba hablar con mi abuelo, pues le traía un recado. Al escuchar esto mi abuelo sorprendido salió a ver quién lo buscaba, y grande fue su sorpresa al encontrarse a una persona completamente desconocida, con el cabello largo, al igual que su barba, además de llevar ropas viejas y harapientas.

Mi abuelo se presentó y el desconocido le explicó en muy pocas palabras que sólo tenía como misión hacerle entrega de un baúl de madera que se encontraba junto a la puerta. Mi abuelo, estupefacto por estos hechos, guardaba silencio. Finalmente reaccionó y le preguntó quién le mandaba ese baúl, a lo que el desconocido le respondió que no podía responderle eso, pero que las personas que le enviaban el baúl, también le mandaban a decir que estaban muy buenos sus bueyes. Dicho esto, el desconocido se dio media vuelta y se perdió entre la espesa niebla de la noche.

Mi abuelo cuenta que él no sabía qué pensar. Finalmente tomó el baúl y lo entró a la casa. Luego de mirarlo con extrañeza y ante la insistencia de mi abuela, procedió a abrirlo, pero grande fue su sorpresa al ver que estaba lleno de monedas de oro y plata. Cuenta mi abuelo que jamás había visto tanto oro y plata juntos. Esa noche, soñó que andaba en un hermoso barco, en donde se estaba realizando una gran fiesta en honor al capitán y que todos los tripulantes se le acercaban y lo felicitaban por la gran calidad de sus bueyes y por lo sabroso de su carne.

Al otro día, cuando mi abuelo despertó, se dio cuenta de que el tronco que trató de sacar del río era el Caleuche, que se había transformado para no ser reconocido por él, y ahora le mandaba ese baúl lleno de monedas a cambio de su yunta de bueyes.

Ante esta gran revelación y sin pensarlo dos veces, mandó a mi abuela a empacar las pocas cosas que tenían y ese mismo día abandonaron el sector de Llico. Con el dinero del baúl, compraron un campo en donde viven hasta hoy día, y muchos animales, además de dos grandes yuntas de bueyes.

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2012

SOLO UNA LEYENDA

Ivannia Walezka Muriel Gutierrez Brûle (2° medio)

Puerto Montt

Recuerdo que de pequeña, cuando vivía en Chiloé, mi abuelo siempre me contaba historias del Caleuche, fantásticos cuentos sobre cómo él lo había visto y sobrevivido. Me decía que nuestra sangre estaba marcada y que cuando fuera mayor lo entendería. Jamás le creí. Cuando me hice mayor fui a estudiar a Puerto Montt a una escuela privada, donde estudio hoy en día. Mi vida cambió este verano.

Como siempre, fui a casa de mis abuelos para las vacaciones. Esa tarde el cielo estaba oscuro por la cantidad de nubes que había, pero eso es normal en Ancud, así que fui al muelle como de costumbre, ignorando el viento y las gotas de agua que me cubrían el rostro. Me senté en el muelle y miré el mar, tan revuelto a causa del viento y aun así tan hermoso.

No me di cuenta lo tarde que era hasta que el silencio me sorprendió. Miré alrededor; estaba sola. El cielo se había despejado y la luna brillaba llena sobre mi cabeza, pero la niebla había bajado y no podía ver nada a tres metros a mi alrededor. No me importó, pues estaba acostumbrada a andar de noche y la casa no quedaba demasiado lejos, solo a unos cuantos cerros.

Me disponía a partir, cuando un sonido me sobresaltó. Traté de encontrar de dónde provenía el ruido, pero no logré ver nada a causa de la niebla. Era un ruido extraño, como si hubiera una gran fiesta. Sin embargo, era domingo, y los clubes estaban cerrados a esa hora. Entonces lo vi: un gran barco se acercaba al muelle. Era hermoso y me llamó la atención, pues por lo general solo llegaban barcos pesqueros al lugar. Me atrajo tanto que regresé al muelle a ver cómo lo amarraban.

El barco era espléndido, con grandes velas blancas y cañones a los costados, como un verdadero barco pirata. Estaba tan absorta que no me di cuenta que me había estado acercando al barco. De pronto me percaté que estaba en él. Entonces pude comprobar que el sonido provenía de ahí, de la cubierta. Había una gran fiesta. Aunque le preguntaba a la gente qué celebraban, nadie me daba una respuesta clara. Un hombre me dijo que celebraba el nacimiento de su segundo hijo, una anciana me dijo que celebraba la desaparición de sus achaques y dolores, y una niña dijo que celebraba su cumpleaños. Parecía que todos celebraban algo distinto. A medida que transcurría el tiempo dejé de importarme y cuando el barco zarpó, no me importó, pues lo único importante era celebrar. Tenía que celebrar que estaba de vacaciones.

Estaba feliz y no tenía sueño; solo tenía que celebrar, ése era mi propósito en la vida. Pasaron las horas y estaba bailando cuando la vi: una mujer de unos veinte años sentada en un rincón, llorando. Molesta porque no estaba celebrando, me acerqué a ella y le pregunté qué hacía.

—Estoy aquí —me respondió.

—Eso es evidente —le contesté—. Yo te pregunto por qué no estás celebrando.

—¿Por qué habría de celebrar? Vine aquí porque tenía que hacerlo.

En ese momento me di cuenta dónde estaba: en un barco extraño en medio del océano. Empecé a sentir pánico.

—¿Por qué tenías que venir? —le pregunté a la mujer.

—Las leyendas dicen que si le pides algo al gran barco fantasma, te lo concede. Yo quería curar a mi hermana de su leucemia, así que vine al muelle y le pedí un deseo. Entonces apareció un hombre y me dijo que curaría su cáncer a cambio de que me fuera con ellos y celebrara. Yo estaba muy contenta y me embarqué. Estuve celebrando por mucho tiempo. Hace unas semanas, sin embargo, en un puerto subió una señora de edad vestida de negro. Ella no celebraba; se me acercó y me dijo que mi hermana había muerto.

—¿Pero cómo es eso posible? —le pregunté.

—Yo le pregunté lo mismo —replicó—, pero ella me dijo que había muerto de vieja. Le dije que eso no tenía sentido, pues mi hermana era menor que yo. La señora se rió de mí y me dijo que estaba confundida, pues yo era joven y mi hermana había muerto a los 86 años. Ahora que lo pienso, creo que ella era un fantasma que vino a recordarme que un trato con el barco, sea cual fuere, no vale la pena.

En ese momento reaccioné, recordé las leyendas del abuelo y de cómo el Caleuche vendría por mí. Recordé las historias sobre cómo la gente que se embarcaba en el Caleuche no envejecía y quedaba condenada a festejar eternamente. Me espanté, pero entonces recordé que yo no le había pedido nada al barco fantasma, así que no estaba atada a la maldición; sin pensármelo dos veces, me lancé al mar.

Entonces abrí los ojos. Estaba sentada en el muelle y miré al horizonte. La niebla era muy espesa a mi alrededor y no se veía nada a tres metros. El cielo se había despejado y la luna brillaba llena sobre mi cabeza. Creí que me había dormido sentada en el muelle y me horroricé al ver lo tarde que era. Me encaminé a casa, pero de pronto me detuve. Había un sonido extraño, y al concentrarme me di cuenta que era como el de una gran fiesta. Busqué de dónde venía el sonido y entonces lo vi: un gran y majestuoso barco, de velas blancas y cañones a los costados, que se alejaba y se perdía entre la niebla.

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2013
LA NOVIA DE MI ABUELO
Iberia Bernardita Galindo Gallardo (1° Medio)
Castro

Hace varios años, una noche, cuando yo estaba de visita en su casa, mi abuelita Juana Rosa me contó que mi abuelo Celedonio, cuando era joven, estuvo de novio con una joven muy hermosa llamada Cremilda. Esta jovencita nunca se miraba al espejo, tenía el cabello largo y bello, y siempre iba muy bien vestida. Sus padres tenían mucho campo y hartos animales. En fin, gente de mucho dinero en los bolsillos.

Llevaban de novios un año más o menos, cuando los padres de Cremilda lo invitaron a cenar, pero cuando llegó, su novia no estaba ahí. Él preguntó por ella y su papá le dijo que andaba en una reunión muy importante. Celedonio quedó bastante sorprendido, ya que ella no le había comentado nada. La esperaron un buen rato, pero Cremilda no llegó. Entonces se sentaron a la mesa y comieron. Eran pasadas las once de la noche cuando llegó un pájaro negro a aletear en la ventana. No más de cinco minutos después, golpearon la puerta despacito... ¡Uf! Por fin, era su novia Cremilda, que saludó a sus padres y enseguida a su novio. Comentó que le había ido muy bien en la reunión y que todo era muy positivo. Luego le dijo a Celedonio:

—¡Discúlpame, pero tengo que salir de nuevo, justo a las doce de la noche, por motivo de mis estudios. Se despidió con un beso y se retiró a su habitación.

Entonces mi abuelo, un poco molesto, regresó a su casa y al pasar por un callejón oscuro del pueblo, un bulto negro se le cruzó por delante, sin dejarlo caminar. Celedonio alumbró con una pequeña linterna y vio que era una enorme chancha negra que tenía tres patas y un solo ojo; se cruzaba de un lado a otro en su camino. Según mi abuelita, Celedonio estuvo sin poder avanzar hasta el amanecer. Cuando alumbraron los primeros rayos del alba, la chancha desapareció como por arte de magia. Celedonio no pudo entender lo que le había pasado y, cansado, se fue a su casa.

Dos días después, le contó a Cremilda lo que le había sucedido. Ella, sin darle importancia, le dijo:

—¡Ah, era un brujo!

Y así fue pasando el tiempo. Celedonio le contó a sus padres lo acontecido y estos le dijeron que tuviera cuidado con su novia, ya que ella no había querido decirle a qué reuniones asistía en la noche, ni qué era lo que estudiaba. Celedonio, preocupado por las reuniones nocturnas de su novia, le comentó lo sucedido a un amigo y este le respondió lo mismo que sus padres:

—¡Ten cuidado, porque se ve que la Cremilda no confía en ti! ¡Averigua bien antes de casarte!

Como mi abuelo estaba muy enamorado, pidió en matrimonio a Cremilda a sus futuros suegros, los que aceptaron. El matrimonio se realizaría en tres meses más, pero ella debía decirle antes en qué consistían sus reuniones y qué era lo que estaba estudiando.

La novia se veía muy feliz por la petición de matrimonio, pero a la vez muy entristecida por la condición impuesta. Cierta tarde, le dijo que había hecho un juramento de no revelar su secreto a nadie, ni siquiera a él.

Aunque lo amaba profundamente, solo podía revelárselo hasta después de su matrimonio y le dijo además que sus padres eran los únicos que sabían, pero que tampoco podían decir nada. Él se quedó callado, no dijo nada y así pasaron los tres meses, durante los cuales, todas las tardes

Cremilda lo invitaba a su casa y mi abuelito, aunque no decía nada, estaba muy ansioso por saber qué hacía su novia cada noche o por lo menos, saber qué estudiaba.

Una tarde, fingió irse a su casa, pero regresó cuando ya estaba de noche y se ocultó detrás de la casa, desde donde podía ver lo que sucedía en la habitación de su novia.

Mi abuelita me contó que poquito antes de la medianoche, la mamá de Cremilda entró a la habitación llevando un lavatorio de color negro y un paño del mismo color. El papá iba detrás con Cremilda del brazo, los tres con vestiduras negras y capuchas; luego dijeron algo en voz muy baja, por lo que mi abuelo no entendió nada. Al rato, los padres salieron de ahí y Cremilda quedó sola. Esta se recostó sobre su cama, boca abajo, colocó el lavatorio bajo su cara y comenzó a vomitar sus intestinos. Cuando hubo terminado, tapó el lavatorio con el paño negro y lo guardó bajo su cama. Peinó su largo y hermoso cabello y se acostó entre las sábanas. Justo a las doce de la noche, su cabeza se desprendió de su cuerpo y voló hasta la ventana transformándose en una *bauda*²³.

Comenzó a emitir unas frases contra Dios y contra la Virgen, desapareciendo en la oscuridad. Entonces Celedonio, que no podía creer lo que había visto, asustado y con mucha rabia, entró a la habitación y tras observar por un instante el cuerpo de su amada que yacía sin cabeza, lo dio vuelta, dejándolo “boca abajo”, bien tapado. Se escondió nuevamente, detrás de un mueble, en la habitación.

Antes del amanecer llegó la *bauda*, entró por la ventana y volvió a transformarse en la cabeza que trataba de pegarse a su cuerpo, pero eso le era imposible, porque no estaba en la posición adecuada. La cabeza volaba hacia el cielo raso una y otra vez, golpeándose fuertemente hasta que cayó desvanecida y desangrada al suelo.

Celedonio salió de aquella casa despavorido. No podía creer lo que había sucedido. Dos días después, los padres de Cremilda dijeron que ella había amanecido muerta, sellaron el ataúd y nadie pudo ver el cuerpo.

Pasado el tiempo, mi abuelo Celedonio conoció a mi abuelita Juana Rosa y se casaron como Dios manda. En un momento de sincera conversación, él le contó la historia de su primer amor.

Mi abuelita me dijo que ese día Celedonio había comprendido que su novia estudiaba brujería y magia negra. Nunca comentó lo que vio aquella noche a ninguna otra persona.

Mi abuelita me contó esta historia unos días antes de morir. Me dijo además que había acontecido en el campo, en un pequeño caserío, muy lejos de la ciudad, en la isla de Chiloé, específicamente en un lugar llamado Quicaví.

²³ Bauda: Pájaro considerado de mal agüero que habita en Chiloé. Se dice que las brujas voladoras se transforman en este pájaro (nota del editor).

REGIÓN DE LOS LAGOS, 2016
LA FLOR DEL MAR
Amparo Asenjo Baxa (12 años)
Frutillar

Yo vivo con mi *ñuke*²⁴ Isabel. Desde que me acuerdo hemos estado solas las dos. Tenemos una pequeña *ruka*²⁵ y en el patio una huerta donde plantamos papas, zanahorias, betarragas y lechuga. Todos los días voy a buscar *luche*²⁶ para ir a venderlo en la feria. Uno de esos días, vi que había una domo *lafkenche*²⁷ con unos brillantes e intensos ojos negros. Estaba sentada sobre una gran roca cantando una hermosa melodía mientras las olas la acompañaban en un suave murmullo como si conocieran las notas de esa pieza musical. Tras ella había un *lituche*²⁸ de cabello oscuro y ojos café escuchando y admirando su hermoso canto. Yo estaba tras un arbusto, igual de maravillada que el lituche viendo a la domo cantar. Cuando terminó, ambos se tomaron de las manos, pero al hacerlo, ella mágicamente se convirtió en una *Kai-Kai*²⁹ y él, en un *Tren-Tren*³⁰. ¡No podía creer lo que estaban viendo mis ojos! En el instante, desaparecieron en la inmensidad de la orilla.

Al poco andar, quedé paralizada pensando en lo que pasó. Me sentía confundida y extraña. No sabía cómo reaccionar. Raudamente y aún sorprendida por aquel suceso, volví a mi *ruka* para preguntarme qué había pasado. Estaba tan inquieta que no podía dormir. Me daba vueltas de un lado a otro y no sabía si era solo un *peuma*³¹ o una señal de *Nguenchen*³².

Para tranquilizarme un poco, salí a caminar. Al llegar a la playa, otra vez estaba la *domo* y el *lituche* pero esta vez tomando *mudai*³³ en grandes y bellas caracolas.

Ya se había hecho de noche y en eso sentí que la *kuyen*³⁴ se iluminó majestuosamente recibiendo su luz nocturna en mi cara. Entendí inmediatamente que era definitivamente una señal de *Nguenchen*. Regresé y al llegar a mi *ruka* caí dormida como nunca.

Al día siguiente, y sin razón alguna (al menos eso creía), mi *ñuke* me sorprendió regalándome un hermoso canelo y me dijo que mientras más lo cuidara, más crecería, que siempre me acompañaría y que algún día iba ser el más grande y hermoso canelo de todos los alrededores. Entonces comprendí, decidida, que debía llevarlo conmigo a todas partes con la idea de cobijarlo, como si fuese mi mascota, a pesar de lo extraño que se veía.

Después de hacer mis deberes en la *ruka*, recordé a la hermosa *domo*. Tomé mi canelo para ir a la playa con la esperanza de volver a verla, pero ahí solo estaba la *domo* cantando tristemente, mientras de sus ojos brotaban cristalinas lágrimas que cuando caían, sentía que el cielo se tornaba gris oscuro.

²⁴ Ñuque: Mamá (nota del editor).

²⁵ Ruka: Vivienda tradicional mapuche (nota del editor).

²⁶ Lucho: Alga marina comestible (nota del editor).

²⁷ Domo lafkenche: Mujer lafkenche, mapuche de las costas sureñas (nota del editor).

²⁸ Lituche: Hombre del comienzo del mundo (nota del editor).

²⁹ Kai-Kai: Serpiente mitológica marina (nota del editor).

³⁰ Tren Tren: Serpiente mitológica terrestre (nota del editor).

³¹ Peuma: Ilusión (nota del editor).

³² Nguenchen: Divinidad de la creación del mundo (nota del editor).

³³ Mudai: Bebida mapuche.

³⁴ Kuyen: Luna (nota del editor).

Comenzaba a llover mientras las aguas se movían con mayor violencia. El susurro de las gotas de lluvia me hizo sentir algo que me destrozaba por dentro y me obligaba a ir, pero no me atreví pues tenía miedo de lo que podía decirme. Tan grande fue el temor que me devolví corriendo a mi *ruka*.

Al caer el *antu*³⁵, supe que algo tenía que hacer para ayudar a esa pobre mujer, pero no sabía si podría hacerlo ¡Solo era una niña! Le pregunté a la *kuyen* qué podía hacer. Tras eso le dije:

—*Kuyen*, dame una idea, ¡ilumina mi camino!

Seguía inquieta y desconcentrada. Traté de descansar.

Cuando *antu* despertó y mostró sus luminosos colores, volví a la playa y una vez más me encontré con ella. Seguía sentada cantando y llorando más apagadamente que la última vez, pero nuevamente no me atreví a hablarle y no supe qué hacer.

Al tercer día, sentí que debía llevar mi canelo, porque mi *ñuke* dijo:

—Mientras más lo cuides, más crecerá y más bello será.

Así lo hice. Me fui a la playa con mi canelo en el brazo y con una mano bajo el macetero. Esta vez me atreví a acercarme (¡por fin!) y pude ver cómo sus hermosos ojos negros se iluminaron con algo de esperanza. Con una seña, me invitó a ir con ella, pero no me dijo dónde íbamos ni para qué lo hacíamos. Nunca habló, pero insistió en que la acompañara haciendo siempre el mismo gesto.

Me llevó al centro de la playa y me mostró un lugar cerca de la arena. Instintivamente entendí que quería que plantara mi canelo en ese lugar. Con una extraña sensación de seguridad y cariño, lo hice. Cuando terminé, sus hermosos ojos negros rebosaron de felicidad y de agradecimiento. Al verla de esta manera también sentí que me invadía una sensación de agradecimiento y antes de irse, con su mirada, me transmitió que lo cuidara con mi vida y que siempre estuviera con él. Me sonrió, se despidió con la mano y desapareció entre la niebla que había en la playa.

Con el tiempo mi canelo fue creciendo. También mis sentimientos, conocimiento y mi vida. Al pasar el tiempo, tuve que partir lejos al colegio. Volvía cada verano a visitar mi canelo que crecía y crecía. Tras varios años, un día cualquiera sentí que debía ir a verlo. Volví a mi pueblo y, al llegar donde lo había plantado, me asombré al ver a la misma *domo* que conocí en mi niñez. La gran sorpresa fue cuando también vi al *lituche* que caminaba tras ella con una bella sonrisa en su cara. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi en la playa. Ambos se tomaron de la mano, como cuando estuvieron juntos la primera vez que pude verlos y, mágicamente, la *domo* se convirtió en una *Kai-Kai* y el *lituche* en un *Tren-Tren*. Los dos subieron juntos al canelo. Entendí que el *lituche* le había prometido que se encontrarían de nuevo en el canelo más grande, frondoso, hermoso y con más vida de los alrededores, que juntos subirían a él como si nunca hubieran estado separados y en ese canelo —mi canelo— estarían juntos para siempre.

³⁵ Antu: Sol (nota del editor).

REGIÓN DE AYSÉN, 2014

LA CASA SOLITARIA

Ziomara Francisca Chahuaicura Andrade (10 años)

Isla Magdalena, Cisnes

Mi abuela me contó una aventura que le tocó vivir junto a sus hermanos y primos cuando era pequeña. Su casa estaba junto al canal Puyuhuapi y era una de las tantas que habitaban los pescadores llegados desde el norte a esta zona, atraídos por la pesca y la extracción del loco.

Cerca de ahí había una puntilla, en donde hoy construyeron un mirador. Es un lugar muy bonito y con una hermosa vista. Decía mi abuela que ahí había una casa grande, de dos pisos, en donde vivía hace ya muchos años una familia muy numerosa. Los miembros de esa familia, por extrañas circunstancias, comenzaron a enfermarse y a morir uno tras otro. Al cabo de un año se habían muerto todos. La gente estaba asustada y nadie podía explicarse lo que sucedía; sólo evitaban acercarse a la casa. La policía tuvo que ir y llevarse los últimos cuerpos. La casa quedó cerrada y nadie se atrevió a volver a ocuparla. Como estaba en la puntilla, todos los botes debían pasar cerca de ahí, de modo que algunos aseguraban que por las noches, al regresar de la pesca, se veían luces y se oían ruidos en la casa.

Pasaron los años y ya nadie se acordaba de los trágicos sucesos. Sin embargo, la casa seguía sombría y callada mirando al mar. Un día, al grupo de primos y hermanos de mi abuela se le ocurrió acercarse a la casa. Pudieron abrir la puerta sin problemas, entraron y la recorrieron arriba y abajo. Para los niños era una experiencia maravillosa, pues la casa, las ventanas, algunos muebles, los dormitorios y sobre todo la escalera estaban intactos. Les divertía el hecho que con cada paso que daban la casa crujía entera. Así se les pasó el tiempo y no se dieron cuenta de que se hacía de noche. Decidieron partir, pero la puerta por donde habían entrado estaba cerrada y no pudieron salir. Buscaron otra salida, pero todas las puertas estaban bien cerradas. Los más pequeños se pusieron a llorar y los grandes llamaron a gritos a sus padres para que fueran a sacarlos. Sin embargo, nadie los oyó. Es más, muchos pasaron por fuera de la casa y no vieron ni escucharon a los niños. Buscaron y buscaron a sus hijos toda la noche. Adentro, los niños miraban desesperados pasar a la gente que los buscaba, les gritaban, les hacían señas y golpeaban las ventanas sin resultado. La casa se había adueñado de ellos.

Casi al amanecer se quedaron dormidos, todos acurrucados en un rincón. Y dice mi abuela que esa noche soñó con una niña que bajaba desde el segundo piso, se acercaba a donde ellos dormían y les decía que les ayudaría a escapar, porque pronto vendría un barco para llevárselos, igual como había hecho con su familia. Luego la niña caminó hacia la puerta y la abrió con una llave.

Mi abuela despertó y les habló bajito a sus primos grandes. Estos revisaron la puerta y esta se abrió sin problemas. Los niños salieron corriendo y no pararon hasta llegar a sus hogares, donde sus padres.

Nadie pudo explicarse nunca lo que había pasado, pero —según recuerda mi abuela— una anciana del lugar siempre repetía que, desde muy antiguo, los primeros pescadores llegados a la caleta hablaban de un barco iluminado que por las noches de temporal llegaba a capear justo en la puntilla de la casa solitaria.

REGIÓN DE AYSÉN, 2016

EL CABALLO, LA NOCHE Y EL NIÑO

Sofía Inés Arregui Contreras (14 años)

Aysén

La primera vez que vio un verdadero parto, fue una madrugada a finales de agosto.

El niño se había despertado en su cama por los ruidos de pasos fuera, en el pasillo. Escuchaba con atención, tratando de averiguar qué sucedía. Sabía que era algo importante, lo sentía en el pecho, como una extraña emoción, un raro presentimiento.

En la litera de abajo, su hermanita también se había despertado. El niño se asomó y vio sus ojitos brillantes en la oscuridad, como los de un animalito asustado.

Quería bajar y tranquilizarla, decirle que todo estaba bien, pero apenas se estaba planteando aquella idea, la puerta se abrió y su primo, años mayor, apareció recortado en el umbral.

—La yegua está pariendo —dijo.

Minutos después, el niño, abrigado apresurada y torpemente, corría hacia el establo donde tenían a los animales. Levantó la trampilla de la puerta como pudo y se coló dentro. Los caballos lo recibieron con relinchos de alegría; estaban nerviosos aquella noche, pero la presencia del hombrecito siempre lograba calmarlos.

Allá al fondo, en el último espacio, el niño divisó a su padre. Corrió hacia él, candil en mano, pero al llegar se quedó totalmente quieto y paralizado.

Todo estaba lleno de sangre. El caballo estaba tendido en el suelo, con la cabeza levemente levantada. Gruñía y se quejaba, y su aliento errático y jadeante creaba nubecitas tibias que se desvanecían en el aire. La yegua dirigió su mirada hacia él por un momento y el niño estuvo a punto de dejar caer el candil, pero su padre, presintiéndolo, volteó la cabeza.

—No seas cobarde —le reclamó—. Ven, necesito ayuda.

Ese tono no aceptaba objeciones, así que el niño obedeció.

Pasaban los minutos y aún no salía el bebé. El adulto tranquilizaba a la yegua con caricias, hacía lo posible para ayudarla a pujar, pero nada sucedía. Y el niño seguía lavando la sangre, una y otra vez. A pesar de su corta edad, comprendía que aquello estaba mal. Muy mal.

—Vamos a necesitar ayuda —dijo al cabo de un rato su padre, levantándose. Tenía las rodillas sucias de tierra y paja—. Tú quédate aquí. Si pasa algo, grita.

Y entonces el niño se quedó solo.

Y por alguna razón que nunca pudo entender, apenas unos minutos después de que su padre se hubiera marchado, la yegua comenzó a empujar.

Al principio se volvió loca. El niño se corrió hacia atrás por reflejo cuando el animal se sacudió, y solo eso evitó que fuera pateado. Intentó gritar, pero la voz no le salió. Tenía miedo.

El caballo relinchaba ahora y los otros del corral también, histéricos. El niño se acercó como pudo y tratando de esquivar los golpes, se posicionó peligrosamente cerca de ella. Se le escapaban las lágrimas de terror y desesperación, pero se las secó con la manga.

La sangre salía a borbotones y la yegua tenía los ojos entornados. Otra vez lo miró, pero de una manera distinta. “¡Ayuda!”, decía su mirada.

—¡Fuerte, Blanca! —susurró entonces el niño. Tenía los músculos tensos y el pecho oprimido, pero intentó sonar seguro. Y el animal pareció entender.

Su estómago comenzó a moverse, violentamente, de arriba abajo, como en patrón y, el hombrecito, temblando, se arremangó. Actuaba como por instinto.

—¡Aquí viene! ¡Sigue, sigue! —chilló cuando vio aparecer, a medias, un pequeño hocico. El corazón le latía fuerte, ensordecedor. En sus cuadrillas, esta vez, los otros animales parecieron vitorear.

Luego, el niño vio una pata. Otra. Tres patas. Un ojo cerrado.

—¡Un poco más, Blanca! —insistió, poniendo una palma sobre el vientre animal.

Y entonces la yegua lanzó un último relincho adolorido, justo cuando el niño tiraba de la pata del bebé, buscando sacarlo al exterior, sacarlo a la vida.

Cuando su padre volvió, diez minutos más tarde, angustiado y esperando ver el peor panorama, el niño lloraba en silencio en el suelo. A unos metros allá, el caballo, aún recostado, lamía a su pequeño potrillo, quién movía la cabeza, como buscando alimento. El chiquillo se volteó a verlo y le sonrió. Aún tenía algunos dientes de leche.

—Nació —fue lo único que dijo.

Y no fue necesario decir nada más, porque el hombre le leyó en la mirada todo lo que necesitaba saber. Se acercó y se sentó junto a él a mirar cómo el potrillo abría los ojos, y en ellos se reflejaba la luz de la vida. Había roto el cascarón, había nacido. Y al padre le dio la impresión de que, aquella noche, el niño también lo había hecho.



Poesía del mundo rural

REGIÓN DE COQUIMBO, 2005

PIRQUINERO

Bartolomé Segundo Ponce Castillo (54 años)

Coquimbo

A mi padre, pirquinero en la mina «La Famosa».

Cuarteta

Porque soy un pirquinero
del Norte Chico famoso,
persigo el metal precioso:
capacho, combo y culero.

Glosa

Por el abrupto collado
a raíz sanlorenzina,
tengo de cobre una mina
en su vientre colorado.
Con el diablo he trabajado
siendo apir o barretero,
disputándome el venero
en el pique, el socavón...,
valiente como un león
porque soy un pirquinero.

La vida al roto minero
le exige su sacrificio,
al borde del precipicio
donde es cateador-muestrero.
De niño me hice aguatero
o del arriero, marucho,
barrené con el cachucho
y aprendí a enmaderador,
ya viejo fui un chancador
del Norte Chico famoso.

Por Combarbalá, Tamaya,
 Punitaqui, La Variola...,
 la llaucana es hembra sola
 si el metalito se palla.
 El venero jamás falla
 en el Tulahuén famoso
 y el Huatulame lluvioso
 me ofrenda la veta buena...,
 por Vicuña y La Serena
 persigo el metal precioso.

Al pirquín mi padre vino,
 también mi tatita Floro
 y el bisabuelo Isidoro
 con lo diaguita en su sino.
 Pirquinero peregrino
 por el andino sendero,
 mi ancestro se hizo minero
 con su lámpara a carburo,
 rastreando el oro más puro:
 capacho, combo y culero.

Despedida

Grande hicieron nuestra tierra
 los antiguos pirquineros,
 de los quiscos compañeros
 allá en la escarpada sierra.
 También fueron a la guerra
 en el Batallón Coquimbo,
 combatiendo en aquel limbo
 con valentía y arrojo,
 por el azul, blanco y rojo
 siguiendo al bravo Orozimbo.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2005
ROMANCE DE LA ALUMNA TRAVIESA
Bartolomé Segundo Ponce Castillo (54 años)
Coquimbo

Un paisano en La Cantera
menta a Ivonne muy traviesa,
imagen de la pereza
sólo inventando leseras.
Para probarlo asevera
que es arisca y malcriada,
por sobre todo porfiada
como ninguna en la escuela,
donde siempre se revela
con alguna payasada.

Que don Antonio en el día
cien veces me la regaña,
para quitarle la maña
de hacer tanta tontería
que ayer mismo a la María
le rompió su cabecita
y a la pobre Teresita
le puso roja la cara,
hasta lograr que llorara
arrinconada y contrita.

Que de los cinco, tres días
no se le ve por la Escuela
y en los dos, cuando se cuela,
habla puras groserías.
Que además de su porfía
viene tarde y despeinada,
con la tarea olvidada
y sin saber la lección,
que hasta casi la oración
le enseñó su madre amada.

Que los fines de semana
se pierde por lo potreros,
persiguiendo a los jilgueros
o derribando manzanas.
Que molesta a su hermanas
e importuna a los vecinos
y si va por los caminos
desde la hijuela hasta el cerro,
a la siga de su perro
va soñando desatinos...

Respondo desde esta sala
Amigo, porque es un templo,
donde es tan puro el ejemplo
de quien usted pinta mala.
Tiene en su alma de percala
el perfume de una flor,
se lo dice un Profesor
que con pasión la defiende,
pues la conoce y entiende
como ella siembra el amor.

Es verdad, siempre está ausente
pero si viene no falta,
ese clavel que resalta en
su manito inocente.
Y cuánta alegría siente
al compartir su membrillo
o entonar con voz de grillo
una ronda de Gabriela,
en el patio de la escuela
para todos los chiquillos.

Y si explico la fracción
le resulta tan extraña,
que al número lo acompaña
con un tierno corazón.
Y prefiere, con razón
cuando juegan al cordel,
ir con la Juana Raquel
mi niña ciega del aula,
para alegrarla en su jaula
con los sones de un rabel.

Y quien la vio me contaba
cómo esa tarde de invierno,
sabiendo al maestro enfermo
con honda pena lloraba.
Pero usted, señor, callaba
dándole muy mala fama,
a quien humilde nos ama
sin ponernos condición,
ofrendando el corazón
como una bendita flama.

Cuando premien la esperanza,
la bondad, la fe, el cariño...,
o el tierno botón de un niño
se haga sol en lontananza,
iniciaremos la danza
por esa luz satisfechos,
para poner en el pecho
de mi niña una medalla...;
y feliz si el gesto acalla
su rezongo o su despecho.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2008
HIJOS DE MI PUEBLO
Tránsito Salvador Quimen Pichunman (52 años)
Combarbalá

Somos hombres de la tierra,
del arado, de la azada
y por mi frente sudada
mi pan lo gané en la guerra.
Del día a día que encierra
la epopeya del labriego,
con rayos el sol de fuego
hizo mi surco fecundo
como la pena, profundo,
y dio respuesta a mi ruego.

Somos pámpano en las vides,
luego en las mesas, primores,
en tierra de agricultores
lo que el clima no divide
ni permite que se olvide
las bondades de esta zona
pues, a veces, no perdona
y desata la tragedia.
No mata, pero te asedia
si la lluvia te abandona.

Somos gestor de una historia
ligada a ferrocarriles
donde está escrito por miles
en una estoica memoria;
días pasados de gloria,
sin renegar del presente,
pues de trenes mucha gente
siente nostalgia pasada,
más, al alzar la mirada,
lo hacemos serenamente.

Somos visión del mañana,
sin olvidar lo vivido
ni el camino recorrido
que al recordar nos afana;
pues existe la ventana
—promesa azul de un camino—
que se abre a nuestro destino
para sembrar la esperanza.
¡Labrador a su labranza
sobre estos suelos andinos!

Somos los hombres rurales
de nuestra tierra chilena
tan soberana y tan plena
de cordilleras murales.
Esquivamos como tales,
a veces grande dolor,
pues nace la inspiración
en dulce melancolía
brotando pan y alegría
¡del chileno corazón!

REGIÓN DE COQUIMBO, 2013

YERBA MATE

Ismael Efraín Rojas Carvajal (52 años)

San Marcos

Mi madre, siendo una anciana,
le gusta tomar el mate.
«Para el cansancio que abate»,
dice la señora Juana.
Y así saca la semana
chupeteando la bombilla,
con quesito y con tortillas
cuando vienen las visitas,
señoras o señoritas.
Si no hay pan, con sopaipillas.

La tetera en el brasero
con el pan en la parrilla,
tostadas con mantequilla,
vamos probando el primero.
Es un invento certero
para el mundo popular.
El mate vino a estrechar
los lazos de convivencia.
Hay que escuchar con paciencia
al bueno pa conversar.

Así les puedo contar,
tomar mate es tradición.
Es bueno pal corazón,
poema pal paladar,
que se puede declamar
cuando la bombilla suena,
cuando la mesa está llena
de cositas pa picar.
Qué más les puedo contar,
si es la cultura chilena.

Para el frío o el calor,
ya sea alegre o con pena,
la yerba siempre es muy buena
y con canela es mejor.
Y hasta compone el humor
de los que toman por vicio.
Hay un arte, hay un oficio
en este verde brebaje.
Yo le rindo un homenaje,
pues bien vale el sacrificio.

Para el fin de este poema
bien vale una aclaración:
si obtengo una distinción,
que sería enhorabuena,
y si a usted no le da pena,
aunque suene a disparate,
la invito a tomar un mate
a tierras del Norte Chico.
Le aseguro que es muy rico
y seguimos el debate.

REGIÓN DE COQUIMBO, 2014

AGUA CERO

Ismael Efraín Rojas Carvajal (52 años)
Combarbalá

Quiero hablar de la sequía
por la que estamos pasando,
y todo esto va llevando
a tremenda carestía.
Sobre todo la comía,
la fruta y las hortalizas.
No alcanza para camisa,
que los pesos se hacen poco
y el gobierno se hace el loco,
y con los pobres ni a misa.

Las papas a mil cien pesos,
el zapallo a mil quinientos;
la cebolla es otro cuento.
San Isidro se hace el leso,
no hay oraciones ni rezos
que revoquen la sentencia.
En árida penitencia
la tierra deshidratada,
que ya no produce nada
y todos piden paciencia.

Y qué han de saber las cabras
o en el campo las ovejas,
o quién oirá sus quejas
si no pronuncian palabras;
y si el hombre lo que labra
se seca y no da su fruto.
Habría que ser muy bruto
para quedarse indolente.
Sin lluvia sufre la gente
al no encontrar sustituto.

Quiero hablar de la grandeza
de la gente de esta zona.
Reina madre sin corona,
la mujer en su pobreza
que sin saber de pereza
busca en la tierra el sustento,
pa los suyos alimento,
pal ganao su forraje,
llevando siempre por traje
el más puro sentimiento.

La esperanza nunca muere,
y tal vez para el invierno
tengamos pastitos tiernos,
buenas lluvias si se quiere.
Hombres, niños y mujeres
felices en sus faenas;
sacudirnos las cadenas
que nos impuso la vida,
sanarnos de las heridas
de esta sedienta condena...

REGIÓN DE VALPARAÍSO, 2016
DEFENSA DE LA CARRETA
Cecilia Margarita Vargas Retamal (52 años)
Viña del Mar

Quiero rendir homenaje
a mi querida carreta,
aunque parezca chancleta
abandoná en el paraje,
fue muy largo su bagaje
por esta querida tierra,
cuántas historias encierra
en sus ejes ya mohosos,
entre tristezas y gozos,
veterana de la guerra.

Les cuento, mis caballeros,
que por el año cuarenta
aromadita de mentas,
tirada por dos overos,
cruzando por los potreros
entre cantos y vihuelas,
llevó a mi mamita Lela
al casorio con mi abuelo,
linda como flor de cielo
con toda la parentela.

Según contaba mi tío,
cruzaba las alamedas
dejando sus dos estelas
en el sol de los estíos.
No venga un mozo atrevido
a decirme que es arcaica:
vieja está mi perra Laica
pero pa ná esta chiquilla,
aún gimen sus gavillas
como plegaria de guaica.

Claro que está muy malita
ya con su pértica rota,
gastadas sus dos ojotas
mordida por las termitas;
de tantas lluvias tiritita
como poncho de baquiano.
Se fueron ya tus veranos,
tus yuntas, tus carreteros,
lejano quedó el granero
solo te quedan mis manos.

Así que no venga, ñore,
mi guaina de poca monta
a decir palabras tontas,
agora que sus amores
es su yunta de tractores.
Es re cierto que el Fortuna
y el lenteja del Cuncuna
ya son cueros pa la monta,
el corazón de esta tonta
carretea en esta cuna.

Era de verla en invierno
arremangá la rotita,
dejando con mi taitita
pan, quesillo y trigo tierno
allá en el fundo El Averno;
o bajo la resolana,
cargaita de damajuanas
por la cuesta La Puntilla.
Pobre mi linda chiquilla,
mi compañera, mi hermana.

Qué importan ya los abriles
sobre tu estampa de roble
si eres la más linda y noble,
la que recorrió por miles
los caminos de mi Chile.
Por eso, carreta amada,
entre cerros y quebradas
siempre queda tu rumor
cual copihuales de amor
dibujando la alborada.

REGIÓN METROPOLITANA, 2011

LA FAUNA

Miguel Ramírez Barahona

Quilicura

(Verso a lo poeta con cuarteta glosada)

Copla o cuarteta

Por su hábitat usurpado
la fauna sufre un dolor
a los altos ha escapado
del humano usurpador.

Ya no ven sus pastizales
ni en el agua su reflejo
y en su vivir tan complejo
van padeciendo sus males.
Ya no están los matorrales
que cortó el hombre alzado,
que los valles ha rozado
y todo brote que aflora
mientras toda ave llora
por su hábitat usurpado.

Sin piedad es perseguida
con trampas y munición
destrozando sin razón
todo retazo de vida.
Con su libertad raída
por un sangriento invasor,
y sin odio ni rencor
no sabiendo lo que es raza
mutilada por la caza
La fauna sufre un dolor.

Y del ruido del cemento
 huye, el noble piden
 han usurpado su edén
 y no escuchan su lamento.
 Que se ha perdido en el viento
 de su prado devastado,
 el que fue su suelo amado
 que le daba un porvenir
 para dejar de sufrir
 a los altos ha escapado.

No es sólo la vida alada
 la de seres humillados
 son los frutos mutilados
 de esta vida tan sagrada.
 Y la natura cansada
 en un constante clamor,
 va pidiendo al creador
 castigo a tanta maldad
 y a la falsa humanidad
 del humano usurpador.

Despedida

Al fin doy la despedida
 a este verso tortuoso
 que no me llena de gozo
 sí, de rabia contenida.
 Por toda triste partida
 de la vida simple y pura,
 de toda noble criatura
 que habita mi tierra entera
 que del hombre sólo espera
 que respete la natura.

REGIÓN METROPOLITANA, 2012
VACACIONES ESCOLARES

Erick Gil Cornejo (35 años)
Pirque

El respeto y la enseñanza
con cariño y disciplina,
mis abuelos me entregaron
a la usanza campesina.

1

En verano o en invierno,
la casa de los abuelos
acogía con anhelos
de humildad y amor materno.
Dejando atrás lo moderno,
esos meses de crianza,
entre juegos y labranza,
a cada instante del día
se observaba y se aprendía
el respeto y la enseñanza.

2

Antes que el sol despuntara,
doña Irene y don Humberto
amasaban con acierto
el pan que me alimentara.
Mate o leche se prepara
al fogón de la cocina
mientras la olla rechina;
el amor es condimento
que adoba los alimentos
con cariño y disciplina.

3

El gallinero escudriño
 y el maíz hay que moler,
 los huevitos recoger,
 en orden la leña apiño.
 Acompaño siendo un niño,
 en la chacra y su sembrado,
 disfruto lo cosechado
 con esfuerzo en tierra ajena,
 la constancia y la fe plena
 mis abuelos me entregaron.

4

Era el recreo habitual
 fantasear por los potreros,
 recorriendo los senderos,
 trepar un viejo nogal.
 Refrescarse en el canal
 con sus aguas cristalinas;
 el caudal bien se domina,
 con los botes de chancletas
 se inventaba jugarreta
 a la usanza campesina.

Despedía

En el valle el Aconcagua,
 el poblado de los Andes,
 hoy el asfalto se expande;
 turbia también está el agua.
 Donde me crié de guagua,
 sólo me queda el consuelo
 que este camino que enrielo
 a los recuerdos se aferra,
 y este apego por la tierra
 agradezco a mis abuelos.

REGIÓN METROPOLITANA (2015)
LA LEYENDA ES DESPLAZADA
Ricardo Vargas Cisternas (20 años)
Puente Alto

Glosa

El Trauko está en el altar
la Pincoya en el desierto
el Cuero en un río seco
el Caleuche halló su puerto.

Por pensión alimenticia
fue citado frente al juez;
como tierra firme al pez
no es un hábitat propicia,
creyó realidad ficticia.
Ángeles oyó cantar
palabras debió pactar
pa sellar sus travesuras,
siendo su alma ahora pura,
el Trauko está en el altar.

Muchas penas de amor tuvo:
pescadores en su red
buscaban saciar la sed
del amor que no se obtuvo.
Hasta en tierra firme anduvo
pa que no terminen muertos
pero les diré lo cierto:
confunde amar con matar
y está condená vagar
la Pincoya en el desierto.

Que sufrió cambios el clima,
calentamiento global
que desplaza al animal
lo lleva de sima a cima.
Hoy no se escuchan las rimas
considerándolas ecos,
mensajes vacíos, huecos,
mas yo les veo sentido:
que el ave no tiene nido
el Cuero en un río seco.

Nadie tiene un rumbo fijo:
perdidos en mundo propio,
cubiertos por nubes de opio,
dibujan mapa prolijo.
Que el cantor se contradijo
y dio vida al que está muerto;
yo con esto me divierto
y me río a carcajadas,
pues con la ayuda de un hada
el Caleuche halló su puerto.

Despedida

La leyenda es desplazada
por el mito del progreso,
que se entierra hasta en los huesos
y ya no nos queda nada.
Como la última calada,
me despido tristemente,
esperando que la gente
a los versos dé valor,
pa que inunde de color
cada espacio de su mente.

REGIÓN METROPOLITANA, 2016
ALLÁ POR CUREPTO
Ricardo Altamirano Aravena (73 años)
San Bernardo

Yo fui Profesor Rural
por El Queñe, allá en Curepto:
debo decir al respecto
como balance final,
no lo hice nada de mal
en ese duro trabajo,
estuve pelando el ajo
casi dos años seguidos,
de esos tiempos no me olvido
ni reniego por lo bajo.

Debo contarles primero
que fui «Maestro Ciruela»:
hice de todo en la escuela,
fui Director, cocinero,
auxiliar y hasta enfermero;
enseñaba el silabario,
celebraba aniversarios
de la historia con sus fiestas,
también las sumas y restas
eran mi trabajo diario.

Con mis alumnos salía
a hacer largas excursiones,
repasábamos lecciones
que en la sala se aprendían,
y en grupos se competía
sin trampas y sin rencillas,
haciendo listas sencillas
de árboles y matorrales,
también aves y animales,
plantas, hojas y semillas.

La Escuela era una casona
 de adobes y pastelones,
 se paseaban los ratones
 corriendo, haciendo maromas,
 y lo que digo no es broma
 para rematar el cuento,
 había pulgas por cientos
 que picaban noche y día
 con saña y alevosía,
 era terrible el tormento.

Sin baño ni agua corriente
 sin luz, con pocas ventanas,
 fue tarea de semanas
 dejarla decentemente,
 trabajando duramente,
 sacando mugre a montones,
 limpiando bien los rincones,
 tapando los agujeros
 y haciendo de carpintero
 arreglé hasta los portones.

El pueblo estaba cercano,
 caminos casi no había
 así que todos los días
 en invierno o en verano,
 a levantarse temprano
 y ponerse a caminar,
 con gran cuidado avanzar
 para cruzar un estero
 o atravesar los potreros,
 la cuestión era llegar.

No faltaba el buen vecino
que un caballo me prestaba;
de este modo se alegraba
y se acortaba el camino
llegando pronto a destino
y corriendo como cuete
alardeaba de jinete,
llegaba al pueblo volando
y no lo estoy inventando,
me ponían nota siete.

Aprendí a cazar conejos
con trampas originales,
a distinguir los zorzales
y tórtolas desde lejos
y escuché sabios consejos
de los viejos campesinos,
esos chispeantes, ladinos,
al lado de un buen fogón
en grata conversación
y compartiendo un buen vino.

Siempre las tengo presente
y a mi memoria aferradas
historias nunca olvidadas.
Amigable era la gente,
solidaria y diligente,
de palabras verdaderas,
generosas y sinceras
que ayudaron a salir
de apuros, y no sentir
la soledad traicionera.

Si no fue color de rosas,
el recuerdo es el mejor.
Aún conservo el sabor
de situaciones hermosas.
Allí aprendí muchas cosas
que atesoré y he guardado,
y aunque el tiempo haya pasado
de nada yo me arrepiento:
es verdad, ciento por ciento
todo lo que he relatado.

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2002
AL PIE DE UN PALTO FRONDOSO
Carlos Santiago Varas Yáñez (61 años)
Rancagua

Una graciosa chercana,
con un zorzal bullanguero,
una loica y un jilguero,
cuatro tordos con sotana.

1

Al pie de un palto frondoso
me instalaba a cualquier hora
a oír las aves cantoras
en su concierto armonioso.
Era muy grato el reposo
por la tarde o la mañana,
poder sentir tan lejana
la ciudad sin alma y fría,
cuando un canto me ofrecía
una graciosa chercana.

2

Mi recuerdo, al escuchar
la pequeña ruiсеñora,
se escapaba sin demora,
de mi mente, a otro lugar.
Me sentía transportar
a mi hogar de quinceañoero,
cuando en el parrón casero
por las tardes me sentaba
y a diario me deleitaba
con un zorzal bullanguero.

3

Por mi memoria pasaban
 bellas horas infantiles,
 en que bandadas de triles
 en los sauces se posaban
 los tiuques que picoteaban
 los surcos en el potrero
 y a la orilla del estero,
 ¡cómo les tomaba asunto,
 cuando hacían contrapunto
 una loica y un jilguero!

4

Oí mezclar los matices
 bajo los rayos del sol,
 del canto de algún chincol
 y unas viejas codornices.
 De aquellos días felices,
 mi recuerdo se engalana,
 cuando en la higuera cercana,
 con brevas recién maduras,
 goloseaban con bravura
 cuatro tordos con sotana.

Despedida

De vuelta a la realidad
 ya no está el frondoso palto,
 tan sólo edificios de alto
 le dan sombra a la ciudad.
 Volviendo a la frialdad
 de la selva de cemento,
 se me viene un pensamiento,
 que en este momento estampo:
 «No hay nada mejor que el campo,
 lo demás, es puro cuento».

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2004
EL SEÑOR ME DIO UN TALENTO
Sergio Antonio Barahona González (40 años)
Rancagua

Hoy cantaré por lo Humano
hoy cantaré a lo Divino,
cantaré por su destino
por el moro y el cristiano.

El cantor con su instrumento
el bailarín con su don,
el hombre con la razón
forjarán este cimiento.
También los cuatro elementos
que produjo el soberano,
tomó el barro con su mano
y la vida derramó,
un poeta allí clamó
hoy cantaré por lo Humano.

Viene de tiempos remotos
del tiempo de La Colonia,
un canto con mucha historia
es el que están escuchando.
Así se fueron fraguando
los versos al unitrino
el cantor con su gran tino
ha hilvanado la palabra,
y más saltón que una cabra
hoy cantaré a lo Divino.

Esta cultura ancestral
entregada al campesino,
el Señor con mucho tino
también se puso a cantar.
También se puso a tocar
un huasito muy ladino,
un torrante sin destino
también quiso improvisar,
y yo sin menospreciar
cantaré por su destino.

Se canta por los fundaos
del Evangelio escrito,
se canta por el bendito
y los santos alabados.
Se canta por todos lados
incluso por lo mundano,
por el rincón más lejano
debe andar algún cantor,
yo cantaré sin temor
por el moro y el cristiano.

Cantaré la despedida
agradeciendo a mi Dios,
por esta modesta voz
y la cultura perdida.
Por la gracia de la vida
que me brindó el soberano,
por estas modestas manos
que laboran día a día,
y el que canta en alegría
dos veces está rezando.

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2004
VERSO A LO HUMANO
Raimundo Hernán León Morales (66 años)
Pichilemu

Cuarteta

Yo soy Raimundo León
nacido allá en Cardonal
en ese sector rural
aquí en la Sexta Región.

1

De los doce años cumplidos
gusté el sabor al trabajo
desde ya pelando el ajo
por los potreros y al frío.
Me gustó ser bien cumplido
por darle gusto al patrón
formándome ya de pión
pa afrentar mi porvenir
pa que sepa mi sufrir
yo soy Raimundo León.

2

Aquí este suelo nos da
y quede bien entendido
el alimento nutrido
para el campo y la ciudad.
Nombrando alguna bondad
toda clase de animal
lenteja y el gran trigal
el cual produce la harina
crié patos y gallinas
nacido allá en Cardonal.

3

Se vive tranquilamente
 no hay smog ni grandes ruidos
 descanso pa los oídos
 se toma agua de vertiente.
 Aire puro diariamente
 no hay drogas pal colegial
 se hace cualquier festival
 del poroto y de la uva
 y hay chiquillas macanúas
 en este sector rural.

4

Feliz en la actualidá
 ta llegando la cultura
 deportes a gran altura
 y otras especialidá.
 Hijos e hijas educá
 centros de recreación
 para el adulto mayor
 con preferencias a los niños
 ¡y esta vida es con cariño!
 aquí en la Sexta Región.

Despedida

Por fin en la despedida
 le doy las gracias a Dios
 por la abundancia de arroz
 ¡de nuestra tierra querida!
 Con leche cruda o cocida
 la familia crece sana
 se siente por la ventana
 el trinar de pajarillos
 cuando el sol muestra su brillo
 ¡arriba!, chao a la cama...

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2005

EL INFIERNO

Raimundo Hernán León Morales (67 años)

Pichilemu

1

Soñé que me había muerto
y me fui al Más Allá
me encontré con Satanás,
pero con brazos abiertos.
Me decía, muy contento:
«Hombre, te estaba esperando,
contigo estoy enterando
el kilaje pal asao».
Dios mío en tar asustao
bañadito, transpirando.

2

Pasé al living comedor
y estaba la diabla vieja
arreglándose las cejas
y pintándose a color.
«Hola mi negro guatón»,
me dijo aquella vampiro,
«¿por qué profundo suspiras?
¿qué sientes, algún recelo?
aquí es más rico que el cielo
y no se agotan las pilas».

3

«Si tu cuerpo algo desea
 súbete al segundo piso,
 sírvete un plato de erizos
 y después la pololeas.
 Aquí no existen peleas
 todo es gratis la garzona
 tú eres muy bella persona,
 no pienses 'tar condenao
 aquí son todos salvaos
 se come, goza y se toma».

4

En el subterráneo había
 centenares de curaos
 taba el diablo revolcao
 que apenas se conocía.
 La diabla allí entretenía
 también jugando canasta
 mientras pelaban las paltas
 para servir los completos,
 tortas, queques y el cubierto,
 las más sabrosas comidas.

5

El baile allí es rotativo
 y a media luz el farol
 pa la cumbia y rocanrol
 se ve que el diablo es batido.
 Bailan hey los impedíos
 cojos, zuncos, con muletas
 animan aquella fiesta
 unas muy preciosas lolas
 sirviendo ricas piscolas
 y otras armando retretas.

6

Por fin el diablo advertía
cerrando un ojo y sonriendo:
No cuenten que aquí en el infierno
se baila de noche y de día
sabrán los de la otra vida
y se vendrán en expreso
como haciéndose los lesos
coparán los aposentos
no habrá que echarle pa dentro
menos de chupar un hueso...

REGIÓN DE O'HIGGINS, 2014
CAMPESINO Y LA ESPANTAPÁJAROS

Aida Amanda Correa Toro (54 años)

Las Cabras

Serás mi razón de ser;
en el medio de mi siembra
te voy a vestir de hembra
y te convierto en mujer.

Todos los días temprano
madrugo a mi trabajo.
Tomando por el atajo,
con el sombrero en la mano,
voy encontrando gusanos
y es mucho mi padecer.
Ya no veré florecer
el fruto de mi sembrado;
es tanto lo que te amado,
serás mi razón de ser.

Empiezo a idear la forma...
crear un espantapájaros.
Tú tendrás mucho trabajo,
vas a cumplir con mi norma.
El sembrador se conforma
con que no lleguen culebras
ni mucho menos las cebras.
Pa tener buena cosecha,
tú serás la que acecha
en el medio de mi siembra.

Campesino, eres mi dueño.
Cuando te veo llegar
yo comienzo a temblar.
Casi se cumple mi sueño,
pues pongo todo mi empeño,
así el fruto no se quiebra
pa continuar con la hebra
de lo que hemos logrado.
Si cosecho lo sembrado,
te voy a vestir de hembra.

Ya se acerca el final
pa recoger lo sembrado.
Con tu ayuda he logrado
la cosecha sin igual.
Para mí es fenomenal
haber visto florecer
lo que era tu menester
y el fruto de mi trabajo.
Te quitaré los andrajos
y te convierto en mujer.

Hoy daré la despedida
de este lindo amor.
Termino con un dolor
y la siembra bendecida.
Campesino no olvida
a su amada espantapájaros.
Siempre cuidó su trabajo,
hasta verlo florecer.
Y se convirtió en mujer
al quitarle los andrajos.

REGIÓN DEL BÍO BÍO, 2009
MERCEDES ROSA
Hugo Alberto Harrison Canales (36 años)
Concepción

Desde Chanco, hasta Punchedema
jugaba Mercedes Rosa
hermosas cejas frondosas
de carácter, gran emblema.

Por esos cerros costeros
de maulinos arreboles
entre zanahoria y coles
el mar se puso un sombrero,
de garúa y aguacero
con una virtud extrema,
hizo frente a los problemas
una niña muy temprano,
con la fuerza de sus manos.

Cabellera negra intensa
hija de doña María
nada la doblegaría
a esa niñita de trenzas,
con una pasión inmensa
cruza esteros, lodo y pozas
para ingresar muy dichosa
a su escuelita rural
en medio del cardonal
jugaba Mercedes Rosa.

Rosita se hacía cargo
de su hermano y de su madre
pues había muerto el padre
fue duro aquel rumbo largo.
Va buscando los encargos
lava y cocina, hacendosa
ha crecido buena moza
carga dos hijos en brazos
mi abuelo le grita al paso:
hermosas cejas frondosas.

Doña Rosa se engalana
con un furioso labial
de trenzas un espiral
en su cabellera cana,
en vez de aros, caravanas
ocho hijos no es dilema
en la sopa echa la yema,
fue cocinera grandiosa
su memoria ya rebosa
de carácter, gran emblema.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA, 2003
FLORENTINA DEL CAMPO

Laura Nivia Jaque Zúñiga (53 años)

Cunco

Señores y señoritas,
yo me quiero presentar
con mi modesto cantar
y mi humilde poesía;
perdónenme la osadía,
disculpen mi atrevimiento,
pero heredé los talentos
de mi taita y de mi mama,
y aunque no busco la fama
quiero expresar lo que siento.

Soy Florentina del Campo,
un «retazo» del folclor,
hija de un gran payador
y una excelente poetisa;
mi taita causaba risa
cuando se ponía a cantar,
mi mamá hacía llorar
con su solemne poesía,
que sólo ella sabía
como nadie interpretar.

Y después de presentarme
les contaré brevemente
‘stuve veinte años ausente
de mi Novena Región,
llevando en el corazón,
con mucho amor, a mi gente,
añorando especialmente
la de mi querido Cunco
y también la de Temuco,
donde estudié unos semestres.

Sin embargo al regresar
no hubo lugar para mí,
un gran portazo recibí
incluso de mis parientes;
un antiguo pretendiente
me ha declarado la guerra,
¡todos la puerta me cierran
y no comprendo por qué,
si en todas partes dejé
bien puesto el nombre e mi tierra!

He tenido que vivir
en cien hogares distintos,
huyendo de mil conflictos,
por todita la región;
¡casi me comió el león
allá en la casa del Nano,
una noche de verano
que al baño me levanté!,
y del susto que pasé
me fui donde un primo hermano.

Ya me despido cantando
y rindiéndole homenaje
a estos agrestes paisajes
donde yo busco la paz;
la luna su claridad
derrama sobre mi canto,
cubriéndome con su manto
de estrellas, diáfano y puro,
y Adonai, les aseguro,
me bendice desde lo alto.

REGIÓN DE LOS RÍOS, 2010
CAMPO Y PENA
Ada Erica Zapata Mera (24 años)
Panguipulli

(Colección de décimas)

1

Por la falda de los cerros
viene asomando la lluvia
el viento suelta su furia,
se alborotan los terneros,
van bajando pa'l estero
pa pasar el temporal
que entre tanto matorral
la lluvia pega más suave
eso el animal lo sabe
desde que es animal.

2

Hay que tener sentimiento
para cultivar la tierra,
conocerle sus maneras
de darnos el alimento;
así el hombre halla sustento
con cariño y con cuidado;
no es bueno dar por sentado
que la tierra es un recurso
nadie trata con abuso
su tesoro máspreciado.

3

La perdiz en el rastrojo
escondida se lo lleva
entre las cañas de avena
no la pilla ningún ojo.
Como en la cabeza el piojo
encuentra su camuflaje,
la perdiz tiene por traje
plumaje y lindo color
no se ve ni por error;
forma parte del paisaje.

4

En la noche de San Juan
dicen que anda el diablo suelto;
que se lamentan los muertos
si los van a molestar.
La vela hay que asegurar,
no soltar el crucifijo
mi abuela siempre lo dijo,
rezando el ave maría,
que así el diablo no venía;
se arrancaba a su escondrijo.

5

Por el camino del cerro
viene un viejo y su carreta.
Se le ve una rueda suelta
y al lado trotando un perro.
Abatido el carretero,
como cargando pesares,
lento van sus animales
vagando, medios perdidos,
eterno se hace el camino
bajo los cielos australes.

6

Que no me digan a mí
que no conozco de penas
a mí que traigo en las venas
dolor desde que nací;
que no me digan a mí
que no sé lo que es el llanto
a mí que he sentido tanto
esta vida de pesares.
Mejor no me hablen de males
que me basta con mi canto.

REGIÓN DE AYSÉN, 2006
UN VIAJE MARAVILLOSO
Ricardo Altamirano Aravena (63 años)
Aysén

1

Vengo llegando recién,
después de pegarme un viaje;
harto lindos los paisajes
que vi por el sur de Aysén,
pero les cuento también,
no todo es maravilloso
pues se aprecian los destrozos
que el hombre está provocando
mientras anda visitando
esos parajes hermosos.

2

Vidrios plásticos, basura
ensuciando la belleza.
¿Tendrán mala la cabeza
o sólo la tendrán dura,
aquellos que se aventuran
por las riveras del Lago?
Sin tino causan estragos,
no tienen contemplación,
quieren dejar la región,
mugrienta como Santiago.

3

La agreste naturaleza
se impone a pesar de todo,
me cuesta encontrar el modo
y describir con certeza
de Murta y Puerto Guadal.
La increíble Catedral
de mármol en El Tranquilo
y las truchas de diez kilos
que pescan en el Bertrand.

4

Calafate, pillopillo,
pitíos, patos, zorzales,
piedras, plantas, animales,
como el fuego el ciruelillo,
radiante el chocho amarillo,
cisnes volando en bandadas,
descomunales cascadas,
grandioso el Lago Carrera
con sus aguas azuladas.

5

Si de esto no le han contado,
permíteme que le enseñe;
comí nalcas y diegüeños;
vi arrayanes colorados,
quedé en Castillo pasmado
y el corazón en la boca
al ver pintadas en rocas,
manos, por siglos allí,
para contar lo que vi,
las palabras se hacen pocas.



Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños(as), jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra.

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, 2017